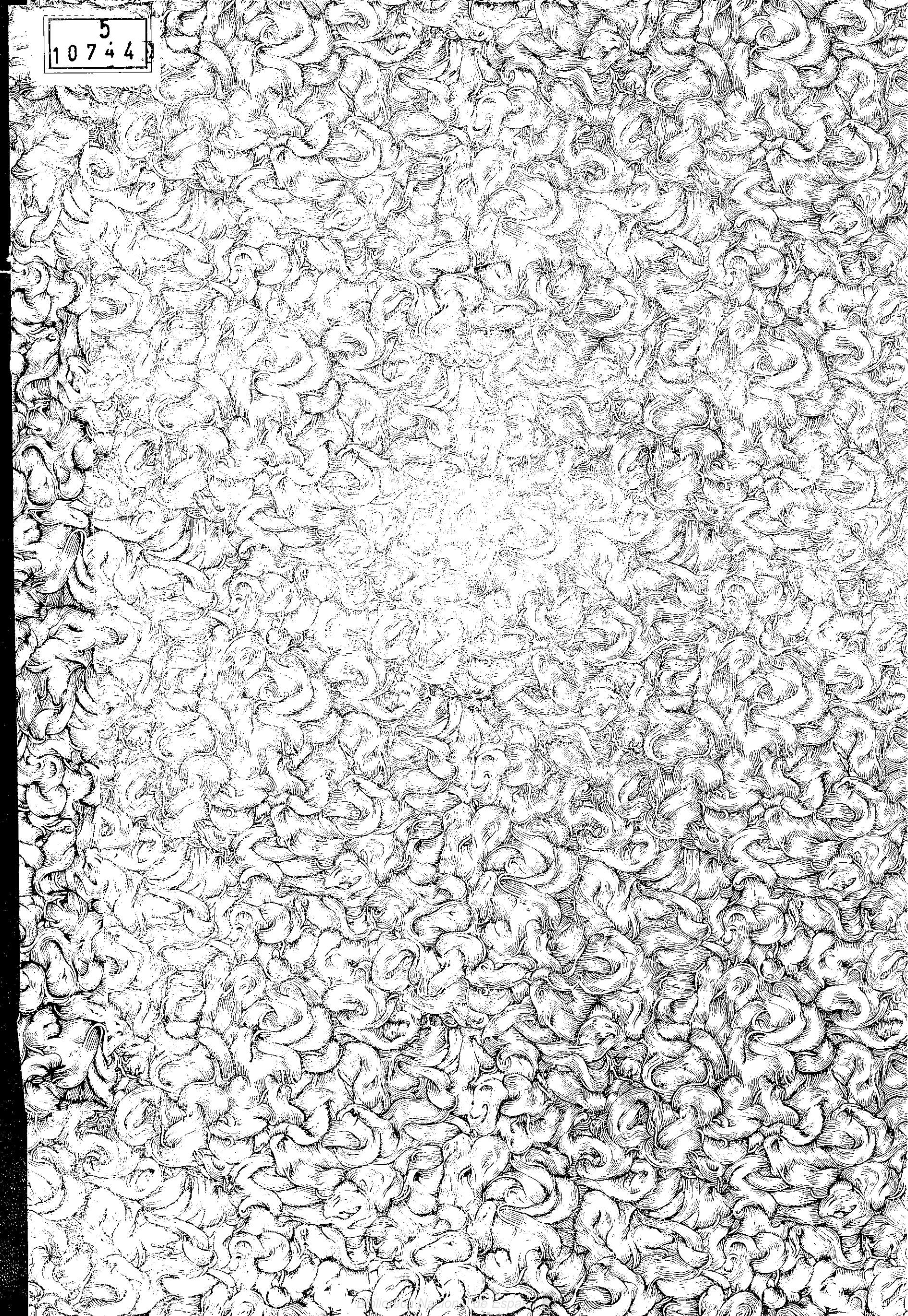
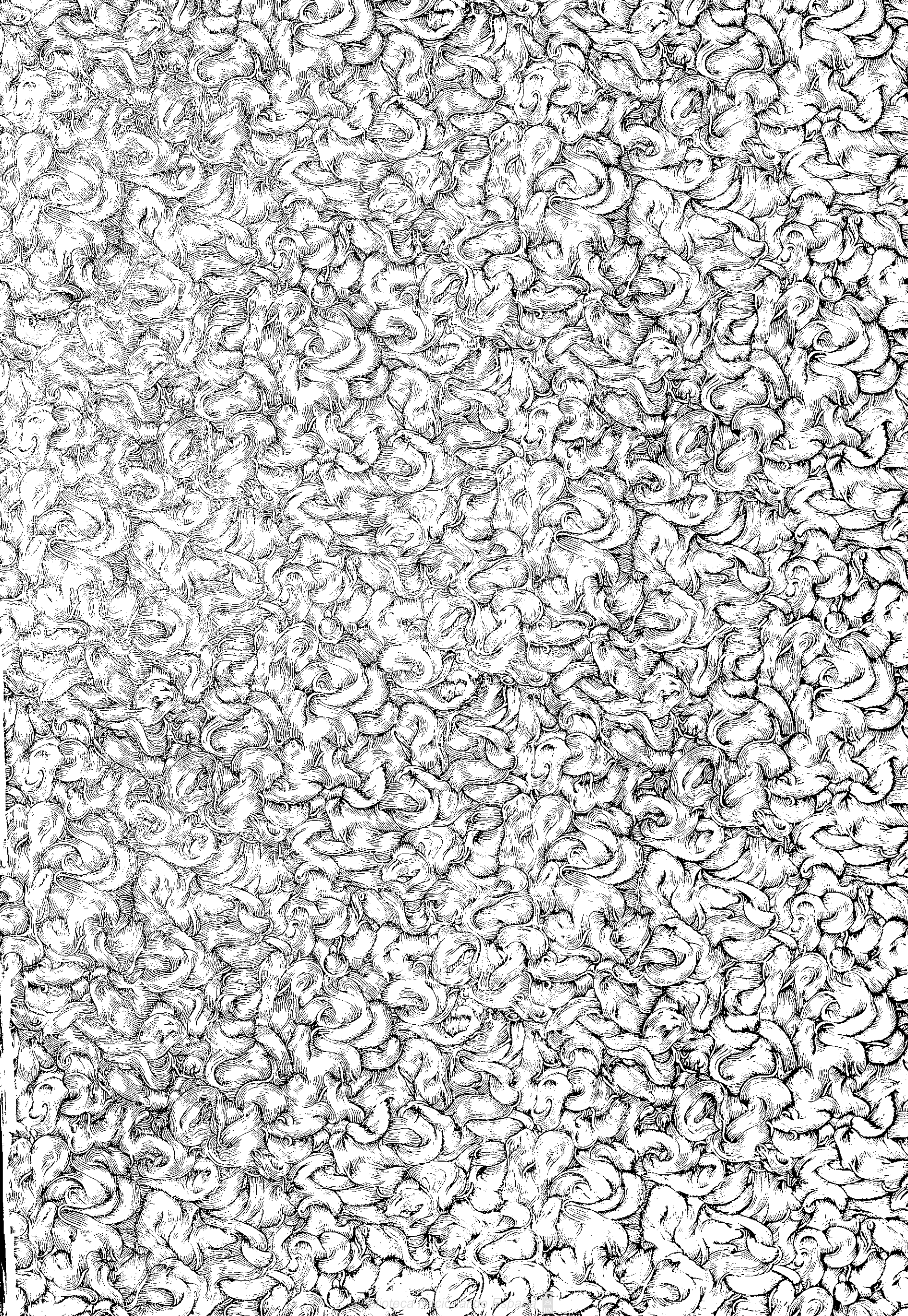




5
10744

5
10744





CASTILLOS

y

TRADICIONES FEUDALES

DE LA PENÍNSULA IBÉRICA.

CASTILLOS
Y
TRADICIONES FEUDALES

DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

POR

UNA SOCIEDAD DE LOS MÁS DISTINGUIDOS ESCRITORES NACIONALES,

BAJO LA DIRECCION

DE D. JOSÉ BISSO,

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO POR D. JUAN PEREZ DE GUZMAN.

GUIA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA DEL VIAJERO EN ESPAÑA.

TOMO I.

MADRID

ACHILLE RONCHI, AUTOR Y EDITOR

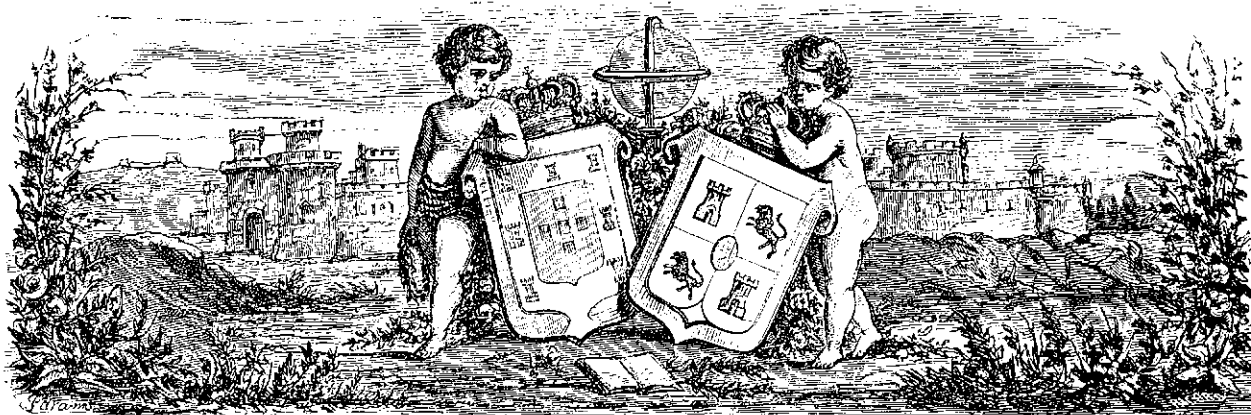
CIRCULO EDITORIAL, CALLE DEL PRÍNCIPE, 23 PRINCIPAL

—
1870

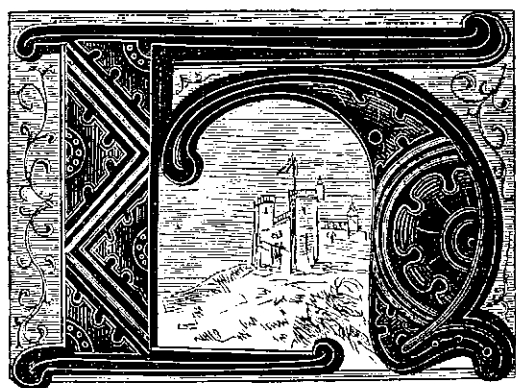
La historia de cada castillo será dedicada á los descendientes y herederos de sus fundadores, á los protectores de las ciencias y de las artes, y á las personas más distinguidas y respetables por sus virtudes civiles.

Es propiedad del editor.

IMPRESA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.



AL LECTOR.



AY en los tiempos presentes una necesidad universal é incontestable de libros cuya lectura sea á la vez instructiva y amena. Tal es el motivo que nos induce á la publicacion de una obra que tienda á resucitar las antiguas tradiciones, refrigerando los pasados recuerdos, y á reconstruir por medio de la historia y el poderoso impulso de la fantasía las ruinas amontonadas por el oneroso peso de los años, haciendo brotar de ellas todo lo grande que encierran en su sudario de piedra, tanto con respecto á las triunfales glorias de las armas, como á las acciones magnánimas y generosas, dramáticas y conmovedoras de la familia, y á las que fueron provocadas por el estímulo de la pasión y por la avidez calculadora de privados intereses.

Hasta ahora este precioso legado de los tiempos que fueron, explotólo casi exclusivamente la novela, que atenta siempre á determinados fines, le bastardeó en su mayor parte, faltando por completo á las severas exigencias de la historia.

El editor que se proponga tan elevado y noble propósito, no puede, en verdad, encerrarse en el estrecho é infecundo círculo de la fábula, sino que por el contrario

ha de trabajar con vigoroso impulso, para ofrecer al público una obra de tal naturaleza, que despertando y satisfaciendo los intereses legítimos de la nación, ocupe ventajosamente el puesto que hasta ahora han usurpado los libros extranjeros, y reuna en estrecho maridaje la amenidad del drama y el encanto de la novela, con la utilidad del saber y el exacto conocimiento de las acciones ilustres que realizaron nuestros progenitores.

Las tradiciones de los Castillos Iberos formarán una obra de agradable é instructiva lectura, en que, al lado de la verdad histórica, campee, como en propio terreno, el conmovedor interés de los libros de imaginación. La tarea, preciso es confesarlo, es árdua y espinosa, pero no imposible, cuando se dispone con exceso de todos los elementos necesarios, y cuando se juntan con una voluntad firme y decidida, y la ilustrada cooperación de distinguidos y competentes publicistas.

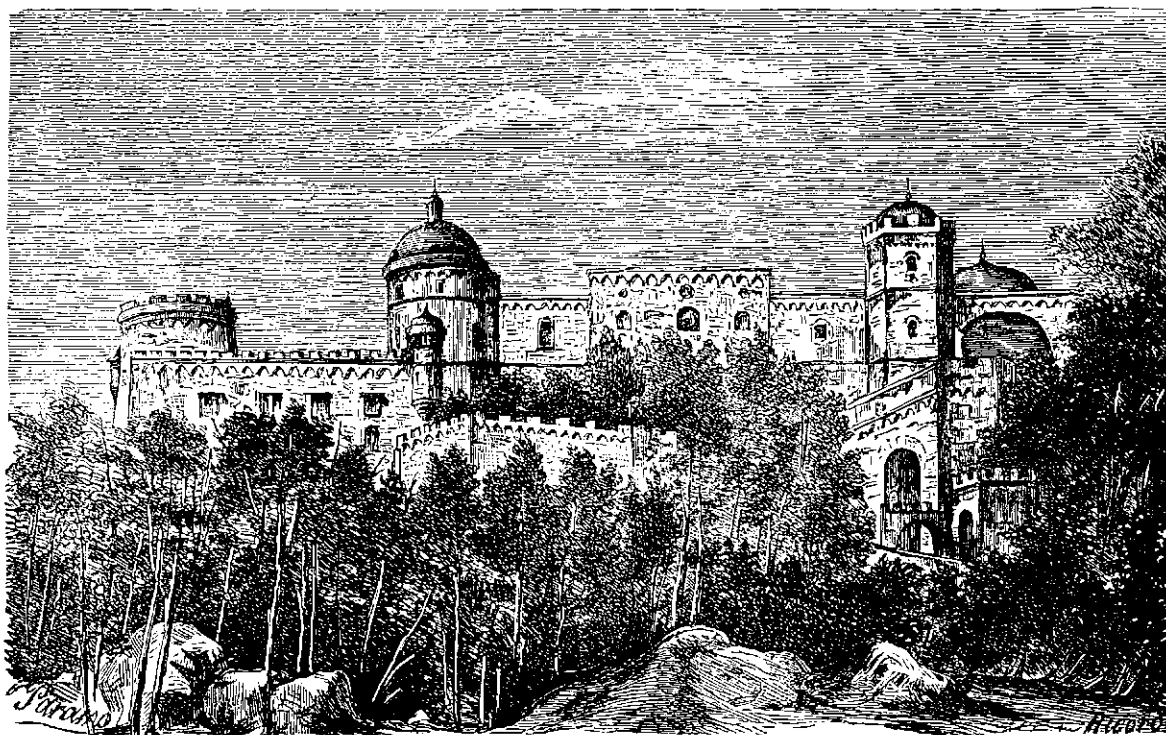
Valiéndonos de tales recursos, y guiados por la esplendente antorcha de la historia, penetraremos en las tinieblas de los tiempos antiguos, recogiendo y agrupando lo que respetaron los siglos; los cuales con su imperceptible hálito, destruyendo las memorias del pasado, nos harían dudar de su existencia, si no pudiéramos aún fijar nuestra ávida mirada en esos carcomidos murallones conservados en parte, á guisa de recuerdos entre el cielo y la tierra, y que, erguidos ante el hombre como otros tantos fantasmas del destino, atestiguan lo deleznable y perecedero que son las humanas grandezas. Al contemplar sus esparcidos restos no podemos ménos de detenernos meditabundos ante tan informes vestigios, preguntándoles con melancólica curiosidad, si en su seno se agitó la lozana vida de otros días; si desde sus altas torres fueron mudos testigos de las sangrientas luchas entre cuyo pavoroso fragor germinó la semilla de los tiempos modernos; si algo saben del origen de nuestros padres, ó si vieron á éstos ante sus muros ilustrar nuestra cuna con magnánimas empresas ó envilecerla con acciones vergonzosas.

Por ventura, el feudalismo en España no se asemejó á la fiera crueldad que en otras naciones le caracterizara; ántes bien, fuente fué de varoniles libertades, de protectoras instituciones y de severas costumbres, preparando en su magnífico desenvolvimiento con la independencia de la pátria, los días mejores de los tiempos actuales, y la legítima esperanza de un porvenir risueño, ardientemente anhelado por los espíritus selectos, en que sea ley del mundo el triunfo de la libertad por el orden, de la igualdad por la virtud, y de la fraternidad por el amor y la mútua benevolencia.

Vergüenza hasta aquí era el abandono y menosprecio en que han yacido tan nobles monumentos; tiempo es ya de arrancarlos de las garras del olvido, abriéndoles nuevas páginas donde la historia y el arte se recreen; y que, siguiendo el ejemplo

de otros pueblos, ántes que la ignorante guadaña del campesino, sin conciencia iracunda ni cálculo desapiadado, acaben de exterminarlos, se salven de la muerte y sirvan para estudiar en ellos las tradiciones añejas de nuestra infancia histórica, para que cuando se nos interrogue por el extranjero caminante no tengamos que humillar la frente ruborizados por ignorar qué contestarle, como el expósito que desconoce la série de sus abuelos.

¡Cuántos de estos Castillos habrán servido de mansion á poderosos y augustos príncipes! ¡Cuántas fiestas, estrepitosas orgías, encarnizadas luchas, palpitantes torneos, amorosos coloquios, temerosos suspiros y silenciosas lágrimas no se habrán agitado en su recinto! ¡Cuántos cuitados trovadores habrán suspirado bajo



sus torres los romances amorosos, ó habrán celebrado las empresas de los héroes! ¡Cuántos ilustres barones, espléndidos magnates ó célebres guerreros, habrán vivido dentro de sus muros ó habrán sucumbido en ellos! ¡Cuántos príncipes, bajo las sombrías bóvedas de sus largas galerías, habrán acariciado soñadoras ambiciones ó habrán urdido miserables intrigas! ¡Cuántos gemidos se habrán apagado en sus mazmorras, cuánta sangre habrá manchado sus muros, cuántos trabajos se habrán sufrido bajo la pesada mole de sus sillares, y cuántos mártires habrán escuchado con serena frente la sentencia horrible del nefando suplicio! Toda clase de pasiones, sentimientos, ideas, ardides, acciones heroicas, criminales, generosas, mezquinas, grandes y pequeñas, en una palabra, cuanto retratar puede la inmensa variedad de la humana vida, ha tenido su eco, su lugar y su tiempo en estos tristes y melancólicos recintos, donde la justicia, instrumento fiel del poder de Dios, quedó unas

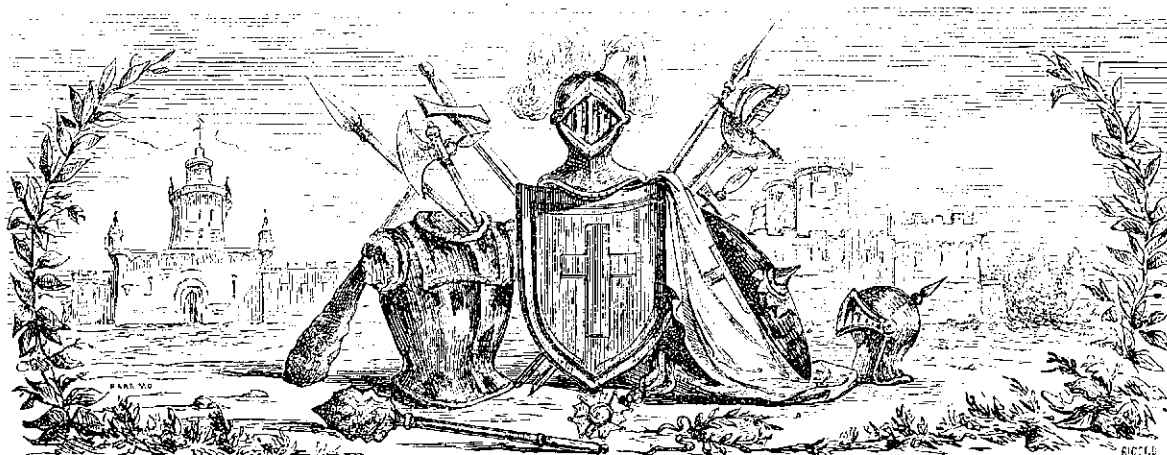
veces subordinada al arbitrio del más fuerte, y halló otras espléndido asilo y decidida defensa contra toda tiranía.

¡Esos recuerdos existen! pero ¿qué ha sido de aquellos omnipotentes señores? ¿Qué de sus legiones y tesoros, de sus cortesanos y esclavos?..... ¡son polvo!

Reconstruir, pues, en lo posible aquella sociedad especial y tan característica en la historia, valiéndonos de los vestigios que nos han legado; hacerla revivir con sus tendencias y designios, ideas y sentimientos, tal será el objeto de nuestros afanes.

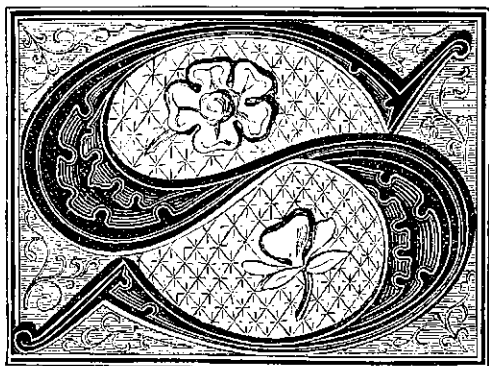
Para realizar este trabajo nos sobran valor y firmeza, sin que nos falte el poderoso estímulo y necesario patrocinio de eminentes hombres de reconocidas virtudes y de entusiasta patriotismo. No se quebrantará nuestra constancia por los obstáculos. Contamos de antemano con los necesarios elementos, y nos congratulamos de poder llevar á feliz término una obra que indudablemente despertará las dormidas memorias de las instituciones caballerescas de la Edad Media en España. La generosidad de las mismas personas que en nuestro propósito nos alientan, habiéndose apresurado á responder á nuestro llamamiento, nos impone también dobles deberes de gratitud y cortesía, que nos obligan á multiplicar nuestros esfuerzos para presentar á la consideración de los amantes de las glorias nacionales la dramática historia de los Castillos de España, historia que formará el más imperecedero monumento de cuantos puedan ofrecerse á la grandeza española.

Achille Ronchi.



INTRODUCCION.

I.



RIENDO la palabra libertad la que resuena estrepitosa y triunfadora por los cuatro puntos cardinales de España; hoy que el sentimiento de la emancipacion está encarnado en el espíritu de los españoles; nosotros, que pertenecemos al pueblo, y que reconocemos á nuestros progenitores en los siervos de los tiempos medios, tenemos un deber de penetrar en esas fábricas derruidas por la poderosa y destructora mano del tiempo, y analizar con el reposo natural de la filosofía las páginas de nuestra pasada historia, observando detenidamente por entre aquellas solitarias ruinas, si el eco de nuestras palabras puede ser saludable interrogacion que responda cumplidamente á nuestra santa curiosidad.

Hoy, que contemplamos á la sociedad moderna agitada por las tempestades de la duda y de la discusion, es cuando mejor puede y debe comprenderse la Edad media, época monstruosa en la que marchan de consuno la civilizacion y la barbárie, la libertad y la esclavitud, la beatitud y la impiedad, pero en la que nacen la poesía y la religion, que guian al pueblo por la senda de un solo sentimiento, cuya unidad no puede alcanzarse sino despues de una lucha tan necesaria como desastrosa. Esta es, desgraciadamente, la marcha consecutiva de la humanidad, para llegar andando el tiempo, á esa edad de oro, hácia la cual deben encaminarse nuestros esfuerzos, no con la tea que enciende las rebeliones, sino con la antorcha que alumbra el camino de la verdad, y guiados por el sentimiento de la paz y de la caridad cristiana.

Para comprender el presente, y para que no se ahuyente de nuestro pecho la esperanza de lo mejor, es necesario examinar reposadamente el pasado, y más que nada, ese período que llamamos Edad media, período de transición, que constituye una série no interrumpida de lentas emancipaciones tan difíciles como dolorosas, pero que la situación en que nos hallamos nos patentiza su seguridad y su eficacia en el progreso gradual de los pueblos. Antes que justificarnos que la sociedad camina á la decrepitud, nos promete el panorama, aunque lejano, de mejoras futuras; y es de lamentar, ver á los sectarios de la escuela enciclopedista ridiculizar el pasado, en cuyo estudio nos complacemos nosotros, pues le vemos como una saludable preparacion á lo risueño y consolador de nuestro porvenir. Poco importa que los ánimos fatalistas y las imaginaciones calenturientas de ciertas y determinadas escuelas quieran convertir al hombre en salvaje y ateo, porque existen en todos los pueblos falanges numerosas y más racionales, que propenden al sistema de añadir quilates á la instruccion y á la moralidad, apresurando por entre las tinieblas de la ignorancia el reinado de Dios, baluarte imperecedero desde donde combaten contra el error la razon, la verdad y la virtud.

En la Edad media, nada se vé que sea exclusivo y estrecho; ántes al contrario, la sociedad entera se lanza á la pelea llena de vigor y excitada noblemente por una voluntad vírgen. Amos y esclavos, conquistadores y conquistados, señores y siervos, propietarios y colonos; todo esto marcha desunido, pero siempre luchando. Una imaginacion poco detenida, que no repare más que en la superficie de las cosas, sólo verá descomposicion perpétua; un alma reflexiva y dotada del instinto de observacion, descubrirá por entre medio de estos indispensables trastornos una organizacion estable en la constitucion religiosa, de donde nace la unidad de que carece nuestro tiempo, entregado á la indolente duda y á las oscilaciones naturales que engendran las revoluciones.

El imperio romano une á los pueblos por medio de sus conquistas, por la espada y el terror; Roma católica, une á los pueblos por la fé, la esperanza y la caridad. Los conquistadores propagan la guerra, y el cristianismo predica la paz; y la Iglesia, arca de salvacion en este espantoso naufragio, llama á la Europa entera para rechazar al Oriente. ¡Qué contraste no ofrecen al observador que dirige su vista hácia los tiempos medios, la unidad de la Iglesia y la variedad que reinaba en todo lo demás! En tanto que la Iglesia caminaba perseverante y unisona para establecer los cimientos de su doctrina, los bárbaros, hartos de sangre y de botin, fatigados por sus constantes y desastrosas correrías, buscan con ánsia, y encuentran nuevas patrias en que asentar sus reales y establecer su predominio. No es de extrañar, por lo tanto, que se hiciesen dueños de la soberanía política, ni que se invistiesen con aquella preeminencia social á que les excitaba el dominio de la riqueza inmueble, y la autoridad sobre una plebe que perdía hasta su nombre.

No obstante, ese feudalismo que tanto deprimen los historiadores modernos, fué el primer ariete, que armado de su espantosa y tradicional barbárie, comenzó á despedazar los eslabones con que se encadenaba á los pueblos; ese feudalismo tan anatematizado, fué el primero que, multiplicando los centros sociales y debilitando el prestigio de la fuerza, apagó la tea que encendia y alumbraba el camino de las conquistas, y organizó la sociedad por medio del territorio, preparando el equilibrio al mismo tiempo que iba haciendo ménos pesado el yugo de la esclavitud. Diráse que no habia orden político, y que la moral era grosera; pero no podrán negarnos que las voluntades eran enteras y vigorosas, y que ménos tiranizadas, fueron poco á poco allanando los tropiezos para su absoluta emancipacion, y facilitando el establecimiento de las municipalidades.

Los que son hijos del pueblo, contemplan con irritante enojo los castillos feudales; pero debiales ser grato considerar aquellas batallas contra los castillos, porque no se trata de la historia de los reyes, sino de la del pueblo. El período feudal fué un periodo revolucionario, que dió á los modernos poesía, artes y libertad; y decimos esto, dirigiéndonos á aquellos que pintan á la Edad media como una época de opresion exagerada, siendo así que de ella surgieron las constituciones políticas. Existia la barbarie, no lo negamos, pero existia el contraste entre la brutalidad de las acciones y la pureza de las máximas proclamadas por la Iglesia, por los caballeros y por los poetas.

¿Qué voz autorizada se oye en los tiempos antiguos que se atreva á reprender la ferocidad de Aquiles, y la imbécil crueldad de Calígula? Ninguna. En los tiempos medios se oyen muchas voces, que llenas de vigor proclaman los dogmas de la moral más pura, en medio de la licencia y la grosería. Por eso ha dicho Feller en su *Catecismo filosófico*, que «medio siglo de paganismo, presenta sin comparacion excesos más enormes que los que se encuentran en toda la monarquía cristiana desde que el cristianismo impera en la tierra.» El feudalismo está preñado de contrastes. Se vé la violencia en los dominadores y el libertinaje en los príncipes; pero de frente á estos desórdenes y á estas reprehensibles torpezas, aparecen otras sociedades que amparaban al oprimido y amenazaban al poderoso en nombre del Señor Omnipotente. Los opresores derramaban á torrentes la sangre de sus siervos para conquistar un pedazo de tierra, y los anacoretas abrian refugios para los heridos, y asilos para los perseguidos; intimaban la tregua; y contra los apetitos sensuales del castillo, establecian la castidad de los monasterios. Estas sociedades establecieron posadas; abrieron hospicios y ermitas; distribuyeron la sopa á la puerta de los conventos; pusieron mercados, y conservaron en los cláustros los restos del saber. Hé aquí la Edad media anatematizada por la escuela moderna, siendo así que ella ha sido la fuente de nuestra civilizacion.

No deduzcan nuestros lectores por lo que acabamos de apuntar, que es nuestro propósito declararnos panegiristas de la Edad media, ni que deseamos que resuciten aquellas instituciones, porque de la Edad media nada hay que desear, ni nada que imitar; pero sí mucho que aprender para hacer justicia á unos tiempos tan mal conocidos y peor apreciados.

¿Qué nos dicen los pensadores modernos de la revolucion francesa, cuando acometemos la tarea de exponer en toda su desnudez sus terrores, sus violencias y desaciertos? Nos demuestran al instante la necesidad de aquellas sangrientas escenas que tendian, segun ellos, á la nivelacion de los poderes abusivos del reinado de Luis XV; nos pintan, para persuadirnos, el desacuerdo entre la potestad irritante del poderoso y la sufrida sumision del vasallo; y nos arguyen acerca del deber que tenia el oprimido de restanrar sus derechos destruyendo el edificio social sostenido por la arbitrariedad de los grandes. ¿Por qué, entónces, no se han de conceder iguales consideraciones á un período de barbarie y de sufrimientos, pero que fué el cimiento en que empezaron á sostenerse los primeros materiales de la sociedad y de las costumbres modernas? ¿Nos negarán, por ventura, que á esta época de espantos y de miserias se deben los idiomas envueltos ántes en la Babel de la conquista? ¿No surge de la Edad media una literatura brillante, apasionada y con un carácter de originalidad? ¿No se esparcen por la tierra los más grandiosos monumentos? Seamos más indulgentes con este período transitorio, y veamos en todos sus accidentes y peripecias la intervencion de la Providencia.

¿Cuánto se comenta y cuánto se murmura para rebajar este periodo acerca de las preocupaciones del pueblo y de su inocente credulidad en materias religiosas! Ciertamente, el cristianismo, inmu-

table en la esencia, no lo ha sido en las formas con que se ha dado á conocer. En los primeros siglos se presenta valiente predicando contra las supersticiones gentílicas que amparaban el interés y la conveniencia de los Césares. Doce hombres, tan humildes como consecuentes en la exposicion de sus doctrinas, destruyen con la palabra y el martirio los templos del paganismo, y desprestigian el sacerdocio imbécil que levantaba altares á la soberbia y á la deshonestidad. En la Edad media, ante una gente tosca y sensual, hubiera sido insuficiente una cruz desnuda de adornos; y de aquí las visiones de la fantasía en las aspiraciones del corazon; y de aquí aquellas manifestaciones sobrenaturales, los infinitos milagros, que multiplicaba la inocente credulidad del vulgo. Aquellas poblaciones aglomeradas en derredor de los castillos, sujetas á los azares de una existencia informe y sin leyes concretas y determinadas; sujetas á las invasiones de los enemigos; á las inundaciones de los rios; á las pestes, al hambre y á todo género de calamidades públicas, les hubiera sido más penosa su servidumbre, si la imaginacion no hubiera ensanchado el horizonte de sus creencias; si en el torrente que destruía su morada, si en el rayo que incendiaba la vivienda del vecino, si en la peste que desolaba la poblacion, no hubieran visto la mano vengativa del cielo que castigaba los desmanes del pecador. Si en el sol que bañaba los prados, si en el rocío que fecundaba los granos, si en la victoria conseguida contra el moro, no hubieran visto la recompensa de la virtud ó el cumplimiento de una peticion por medio de una promesa. ¿Qué hubiera sido de tantos millares de desgraciados reducidos á una condicion peor que la de los animales, sin el amparo de la fé y sin el consuelo de aquellas visiones celestes que dulcificaban sus padecimientos? Para soportar los rigores de la vida material, tenian necesariamente que asociar su alma á ese mundo invisible que les suministraba el pan del espíritu aunque les faltase el del cuerpo. Ese cúmulo de leyendas que sazonan y dan caracteres especiales á los siglos xi y xii; esa aglomeracion incalculable de delirantes exaltaciones, y que son las únicas fuentes donde estudiamos la historia de la Edad media, nos demuestran que aquellas preocupaciones exageradas y aquellos milagros fueron remedios eficaces y asentados en los designios de la Providencia.

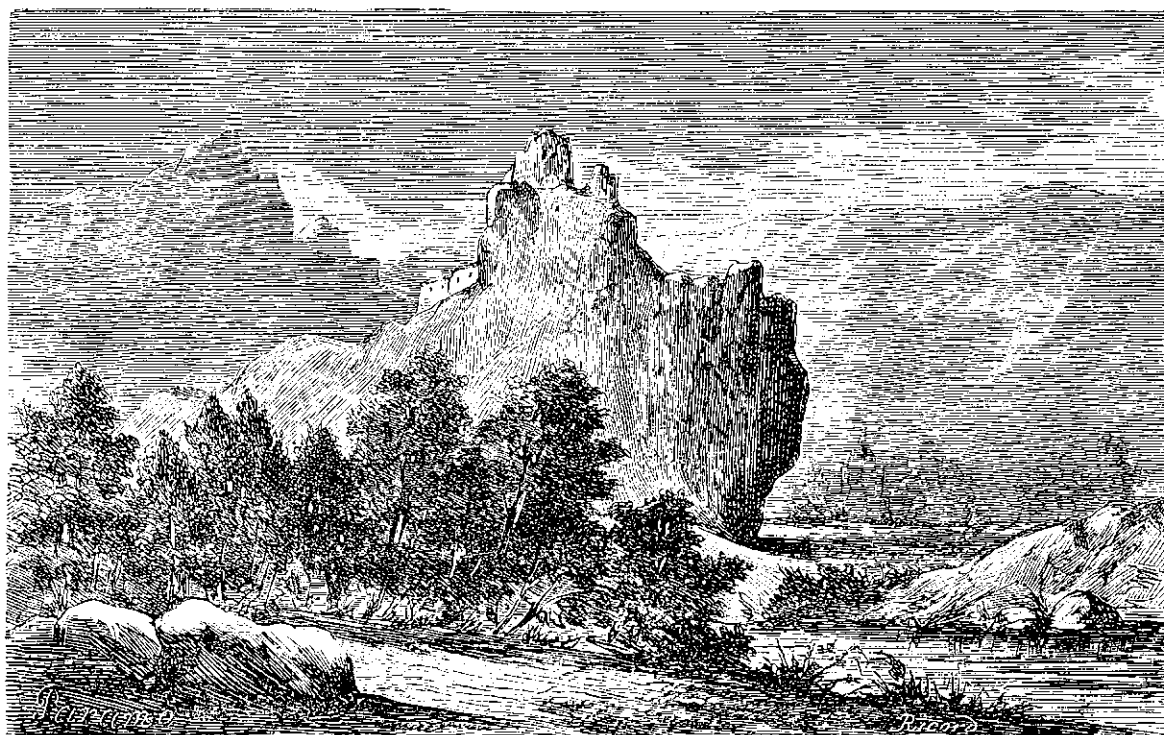
Consideremos al mismo tiempo que el gentilismo habia dejado á los pueblos una herencia funesta de supersticiones prácticas y de creencias absurdas, que el cristianismo fué destruyendo con incansable perseverancia. Esto nos conduce á tratar, aunque someramente, acerca del influjo que sobre la civilizacion ejercieron las ideas religiosas, único remedio y contrapeso contra la fuerza dominante de los reyes y magnates de los tiempos medios.

La jerarquía instituida por los apóstoles adquirió hasta un poder político, opuesto y resistente al civil; pero sostenido por la caridad, tan necesaria entre tantas desgracias, y por la ciencia sagrada, creciente, al mismo tiempo que la profana daba visibles señales de su natural decadencia.

II.

Los bárbaros habian adquirido la odiosa costumbre de dominarlo todo por la fuerza, y por consiguiente no habia poder que lograrse contrarestar el ímpetu feroz de sus frecuentes opresiones; no podian ser domados por la fuerza, porque eran superiores en todo linaje de violencias; ni podian ser civilizados por la literatura, porque no se hallaban en aptitud de comprenderla, y por lo tanto,

la despreciaban. ¿Quién salió, pues, al encuentro de esta indomable falange, cuyo predominio no reconocia limites? El clero, que presentándose valeroso y prepotente con la sencillez de sus doctrinas, y exagerando al pueblo con la majestuosa pompa del culto externo, con aquella inagotable série de ceremonias que se imprimen tan agradablemente en imaginaciones vulgares, fué poco á poco atrayendo las voluntades de aquella indómita caballería, que terminó por rendir pleito homenaje á la virtud y por acatar los preceptos de un clero que le combatia, no con las armas, sino con la palabra; no con ultrajes irritantes, sino con razones sin réplica, y que en nombre de Dios les invitaba á poner una tregua saludable al exterminio y á la desolacion.



¿Qué espectáculo tan sublime no seria contemplar al sacerdote, inerme y valetudinario, penetrando por entre las hordas de aquellos guerreros, infatigables en la destruccion del hombre, sin más armas que una cruz, y sin más escudo que una palabra persuasiva y consoladora, para arrancar víctimas al suplicio! Si el débil buscaba proteccion contra sus crueles perseguidores, la Iglesia era el refugio que amparaba su desventura. Si el artesano ó el mercader querian salvar su industria del pillaje del más poderoso, se congregaban en derredor del convento para que la Iglesia hiciese lucrativo el objeto de sus afanes. En los monasterios se escondian las vírgenes para no convertirse en botín de los desafucos y torpezas del vencedor; y á los monasterios iban los reyes destronados. ¿Quién puso coto á los desmanes de Atila y á las crueldades de Genserico? La religion, áncora de salvacion y de piedad para todos aquellos que naufragaban en el espantable golfo del feudalismo.

Esta noble mision de paz y de caridad no se limitaba al simple sacerdote; tambien los obispos, como capitanes de este ejército cristiano, daban ejemplos de caridad y se fatigaban en la obra de la regeneracion. Ellos fueron embajadores para poner término á las guerras de señor á señor, de monarca á monarca; para rescatar prisioneros de guerra condenados á un odioso y eterno cautiverio, ó á una represalia cruel. Todavía recuerda la historia con placer, que San Cesáreo, obispo de Arlés, vendió cálices, patenas y ornamentos para rescatar esclavos, diciendo: « Cristo cenó con platos de barro, y no con vasos de plata. »

Vinieron las misiones, y esta nueva milicia de paz y de concordia se esparció por todas partes, arrostrando toda clase de peligros y todo género de penalidades. Los reducidos términos con que contamos para esta introduccion, nos impiden extendernos acerca de los misioneros de la Edad media, y de los oscuros pasos de estos maestros sin altanería, bienhechores sin esperanza y mártires ignorados, que sucumbieron buscando la perfeccion de la humanidad entre las tinieblas del feudalismo. Es lo cierto que ellos propagaron el cristianismo, y que donde pusieron la planta renacieron los gérmenes de la fraternidad; fueron paulatinamente desapareciendo los esclavos; comenzaron á extenderse las ideas del deber, y el pensamiento de una vida futura amansó el materialismo grosero que imperaba en el campo, en las ciudades y en los castillos. El cristianismo, libertad y freno al mismo tiempo de la libertad, se puso al frente de la civilizacion.

La oleada de los bárbaros que todo lo iba destruyendo, se detuvo al pié de la cruz. El cristianismo introducía en la sociedad ideas de orden y de paz; predicaba la caridad, el pudor, el deber, la lealtad, el sacrificio generoso; enseñaba á no degollar á los vencidos, ni á privarles de los derechos de la humanidad; y marchando la Edad media por este camino, iban las guerras perdiendo su antigua ferocidad.

Por eso es de admirar, que en este mismo período el islamismo, fundado en una idea verdadera y grandiosa de la divinidad, sin misterios que repugnasen á la razon humana; reconociendo como principales virtudes la liberalidad, la magnanimidad y el valor heróico, no avasallase al mundo entero. Y es, que mientras predicaba el amor á la humanidad, indicaba el orgullo y la arrogancia. El mayor elogio del cristianismo como doctrina social, está en los efectos del islamismo. Allí donde llegan los apóstoles del Evangelio, cesa de correr la sangre, mientras que el islamismo arranca por un instante á la Arabia del fraccionamiento patriarcal para lanzarla á feroces guerras y dejarla caer luego nuevamente en la barbárie inculta y estacionaria de los primeros tiempos. Al paso que la cruz puebla de ciudades las orillas del Rhin y del Oder, la cimitarra destruye las del Asia; y hasta en la época presente, en los más deliciosos países de esta region y las playas más risueñas de Europa, se ven perpetuadas aquellas antiguas formas. No han cesado la piratería, ni los serrallos, ni la esclavitud, ni el más desenfrenado despotismo. De suerte, que si algun grande hombre en Constantinopla, y otro amigo de la humanidad en Alejandría, se proponen reformar sus respectivas naciones, tendrán necesariamente para ello que violar todos los preceptos del Corán.

III.

Por las precedentes observaciones que llevamos apuntadas, habrán notado nuestros lectores en el feudalismo un maridaje singular y extraño de libertad y de barbárie, de disciplina y de independencia; un palenque abierto para entronizar todas las virtudes aconsejadas por las máximas del Redentor, así como las pasiones más violentas y desenfrenadas.

La base del feudalismo no estriba en los poderes que descienden desde el rey hasta el vasallo, sino en el vínculo estrecho del vasallo con su señor. Este humilde vasallo no conoce á otro superior que á su señor inmediato, al dueño del castillo que se avecina con su morada; para este señor se apresta

á la lid; á este caballero presta todo linaje de servicios, y de este señor reclama proteccion y justicia. Es verdad, que por encima de estos infanzones resplandecia el monarca, adornado de todas sus régias preeminencias, soberano á quien rendian los grandes pleitesía, pero desnuda de la fuerza material que cimenta el poder de los imperios modernos.

Prueba de esta inmediata dependencia entre el señor y el vasallo, la encontramos en la costumbre que tenian los inferiores de jurar ante su señor cuando éste le conferia alguna propiedad en recompensa de sus servicios. El agraciado, descubierta la cabeza y sin armas, se postraba ante su señor, y decia: « Desde este momento soy vuestro hombre, y os consagraré mi fé por las tierras que de vos tengo. » Luégo el señor le entregaba una rama de árbol ó un puñado de tierra, mediante cuyo símbolo se consideraba el vasallo convertido en hombre suyo. Así fué, que la propiedad fué adquiriendo un carácter especial, llegando por consiguiente á ser completa, real, hereditaria, porque se recibia de manos de un superior, al que debian prestarse ciertos homenajes, y cuya omision causaba su pérdida.

La propiedad estaba aneja á la soberanía; así es que pertenecian al poseedor del feudo, respecto á sus habitantes, los derechos soberanos hoy reservados al poder público; por consiguiente, la union de la tierra con la soberanía aislaba á cada una de las tribus, que formaban tantos Estados como propiedades. De este modo proseguian los señores en sus usurpaciones, reduciendo la monarquía á un vano nombre, y en ocasiones se alzaban estos reyezuelos para hacerle la guerra.

Dependiendo, pues, cada vasallo de su superior inmediato, desaparecia el rey, á quien no le quedaba ningun poder sobre el pueblo. Al monarca no podia considerársele como al jefe supremo del Estado, ni como al ejecutor de la voluntad de una asamblea soberana; no era tampoco general de un ejército nacional; era únicamente el propietario directo de aquellos feudos que él habia conferido, y no podia disponer como soberano sino de sus vasallos inmediatos.

Faltaba la superioridad legislativa, y hubo tantos estatutos como países. La corte no tenia en los tiempos medios aquel boato ni aquella magnificencia que hoy resplandecen en nuestras monarquías. Existieron reyes que se esforzaron para sofocar el espíritu personal de estos soberbios feudatarios con objeto de restablecer la unidad del imperio romano; pero no lograron el fin que se habian propuesto, porque los nobles se esforzaron tambien en hacerse cada vez más independientes del rey, pues hasta se abrogaron el derecho de acuñar moneda.

Esta independencia señorial, donde más se refleja es en los castillos; en esas fábricas históricas y monumentales que retratan al vivo la época en que se fundaron en todas las naciones de Europa, y que constituyen el asunto principal de esta obra. En una época en que cada cual ponía su derecho al nivel del poder de que gozaba, vemos que estas aisladas fortificaciones se fundaron para esconder en ellas los productos de un continuado y perseverante merodeo, y para resistir á la autoridad. Cada castillo que aparecia, era comunmente un atentado directo contra las prerogativas de la corona.

Cuando recorremos los campos de nuestras provincias, todavía encontramos vestigios que recuerdan aquellos tiempos; y el aislamiento y la situacion en que vemos cimentadas aquellas fortalezas, nos dicen que el feudatario escogia para su residencia una altura en medio de sus dominios. Esos castillos situados sobre las más empinadas colinas, que nos revelan que las armas hacian oficio de ley y de derecho; esos castillos en los cuales se ven simbolizados el poder solitario y la independencia personal, son para nosotros el libro en que debe consultarse la historia del feudalismo.

La naturaleza y el arte se concertaban para que fuese impracticable el acceso de esos edificios de piedra maciza con fosos, antemurales, empalizadas, contrafuertes, rastrillos, puentes levadizos, compuertas, cadenas, trampas, subterráneos; finalmente, todo aquello que debiera imponer y aterrar al enemigo.

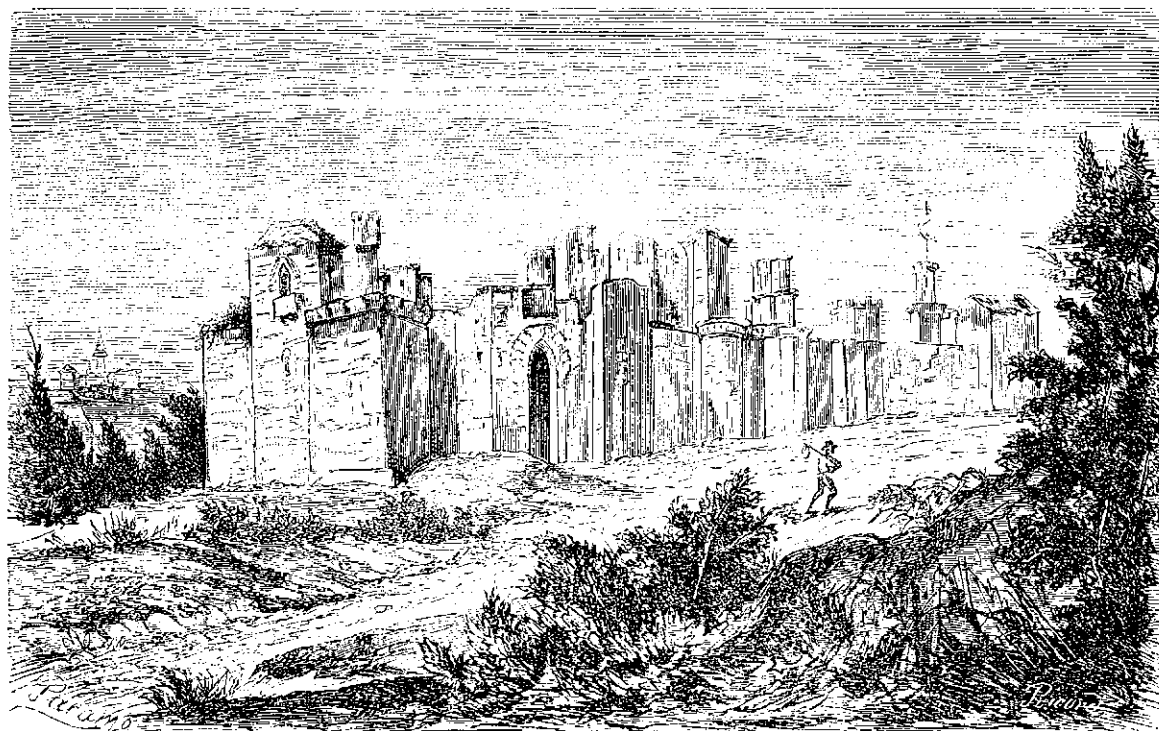
Fácil es de presumir, que en lo interior de aquellas melancólicas mansiones se encontraría el ornato, la esplendidez y todo aquello que pudiera contribuir á la comodidad y á la delicia del señor. Pero nos referimos á unos tiempos en los que la molicie no entraba por nada en la condicion humana, y la grosería y el sistema de asechanza debían prevalecer en todas partes. Por eso, en lo interior de estos castillos todo aparecía dispuesto, no para la comodidad y el recreo, sino para la seguridad y la fuerza. Armaduras, lanzas, alabardas, mazas ferradas pendían en medio de los escudos colgados en aquellos salones espaciosos con grandes y elevadas chimeneas, hogar en donde se congregaba la familia para jugar á los dados, escuchar los cuentos del peregrino ó las trovas entonadas al compás del laud. En todo se veía un lujo costoso, pero poco delicado.

Recorred, visitad nuestros montuosos campos, y si notais á lo léjos una eminencia, y en lo más elevado de su cima distinguís las ruinas de alguno de estos castillos, aproximaos y exclamad: «Esta solitaria mansion, hoy derruida por la mano del tiempo, tenía torres con ventanas para el centinela, que anunciaba la hora en que el sol amanecía, con el sonido de la campana ó del cuerno, para que los siervos se levantasen y elaborasen la tierra de su señor; ó bien anunciaba la proximidad del enemigo, para que los guerreros se aparejasen á la defensa del castillo de su señor. En el interior de ese castillo, había vajillas de plata y copas de oro. En sus grandes chimeneas se sostenían calderas capaces de contener media ternera. Había mesas espaciosas que circuían cien cántaros de vino; había hornos para cocer el pan con abundancia, bodegas, guarda-ropas, despensas, lecherías, inmensos fruteros, todo abundante, pero todo hacinado sin gusto ni simetría. La servidumbre inmediata del señor se componía de escuderos, halconeros, marmitones, tahoneros, peleteros, conserjes, soldados y atalayas.»

Por ruinoso y deteriorado que encontréis el castillo, si le observais con detenimiento y examináis su configuración, encontrareis que la arquitectura de aquellos tiempos se cuidó de dividirlo en varios compartimientos. Tenían habitaciones reservadas para las damas, que se ocupaban en emplumar las flechas, en preparar los dardos y adornar las cimeras, y tenían departamentos para los bruñidores que pulían las armas.

La prepotente condicion del feudatario, sus inmediatas relaciones con el vasallo, podrían acaso suministrarnos la idea del patriarca al frente de su inmensa tribu. Pero ni el siglo revestía al señor de aquel carácter de mansedumbre, ni los siervos miraban al superior con el aspecto que inspira el amor, sino con aquella sumision que inspira el miedo. El pueblo que residía en derredor del castillo, no le ligaba con el señor el afecto ni la tradicion. El noble no tenía otra sociedad íntima que la de su mujer y sus hijos; áspero de carácter, receloso por instinto y apartado de aquellos que le obedecían, vivía con su poder y con su fuerza. Desde luego se comprende cuál sería el porvenir de la niñez educada en esta escuela de soberbia, de vanidad y de escándalo; lo que sería andando el tiempo el jóven caballero que no había presenciado más que el orgullo de su padre y la sumision de los siervos. Estos, en cambio de sus servicios particulares, no recibían sueldo, sino el derecho de tiranizar y de vejjar á sus semejantes, déspota gradacion de poderes abusivos que cimentaban entre las masas la tiranía.

Para calcular hasta dónde llegarían los desmanes del feudatario, no hay más que recapacitar su aislamiento, sus pocas afecciones hacia el vasallo, y la consecuente oscuridad en que vivía. Fortificar más y más su castillo, hasta lograr convertirlo en fortaleza inexpugnable; engordar su caballo predilecto y adiestrarlo para los azares de la pelea; poner los ojos en la doncella ó en la mujer del villano para arrebatárselas; estas eran las principales ocupaciones del señor en tiempos normales. Por eso vemos, que el feudatario que se encontraba dotado de un temperamento de actividad y de energía, y que no quería acomodarse á la vida ociosa de los otros, tenía que correr aventuras, entregarse á la caza ó al saqueo, ó emprender largas y expuestas peregrinaciones.



En tiempos de paz, se apreciaba en alto grado el privilegio de la caza, y el feudatario se entregaba á este ejercicio con tanta fé como entusiasmo, siendo sorprendente la pompa ruidosa con que los señores celebraban estas correrías. En la Edad media tuvo su origen el derecho de las cacerías reservadas, derecho funesto y opresivo, especialmente para el colono, que veía á la caza que asolaba su viña, sin tener el derecho de espantarla. ¡Desgraciado del colono que se atreviera á asestar su ballesta contra alguno de estos animales! Cuenta la historia, que un caballero feudal, y acaso uno de los que se reputaban por más benignos, obligó á comerse una liebre cruda con la piel y los huesos al que la había matado.

Fué tomando la nobleza una importancia extraordinaria desde que tuvo arbitrios seguros de poderla probar con el nombre y el título de sus grandes y dilatadas propiedades. Hubo un tiempo en que no se permitía conferir un feudo á un pechero; pero decayó este rigor, y comenzó á considerarse como noble aquella familia que durante tres generaciones poseyese una propiedad, y ya no podía ejercer artes viles, cuyo nombre se aplicaba á los ejercicios útiles, ni tampoco podía contraer matrimonios desiguales.

A medida que la monarquía se degradaba con la altiva preponderancia de la nobleza, se aumentaba la opresión del pueblo y se formaron dos naciones distintas; la propietaria del terreno y la que nada poseía. El vulgo, desnudo de toda clase de derechos y sin defensa, dependía del capricho del

feudatario, que formaba las leyes á su antojo; y como la guerra era la esencia del poder del castellano, assolaba las campiñas, y el villano tenia que respetar al cervato que roía sus viñas y estropeaba los sembrados.

Por cualquiera de las fases que consideremos al feudalismo, le contemplaremos siempre, no como una organizacion, sino como un tránsito desde la barbárie á la cultura. Aunque era origen de desórdenes, impedía que llegasen éstos al exceso refrenándolos por medio de los intereses recíprocos; y si es cierto que favoreció la anarquía, tambien preservó á la Europa de los horrores de la conquista; y cesando ésta pudieron las naciones constituirse.

El feudalismo halló igualmente manera de hacer que desapareciese aquel aislamiento del castillo, pues los señores que se engrandecian, establecieron su corte y se rodearon de aquella servidumbre espléndida que usaban los reyes, compuesta de senescales, coperos, pajes, mayordomos, halconeros, escuderos, mariscales y otros servidores que iban introduciendo las nuevas costumbres. Esto destruía el aislamiento primitivo, creaba amistades, inspiraba el gusto de la magnificencia y de los sentimientos delicados donde ántes no imperaba más que la guerra y el saqueo.

IV.

Con la Edad media vino el predominio de la Iglesia, el mejoramiento de las costumbres, el establecimiento de las leyes, aquella famosa tregua de Dios, que hacia de los templos un asilo que amparaba al delincuente; se instituyeron los cabildos, y fué tomando la sociedad una forma de consistencia y unidad increíbles. Las excomuniones, estos violentos y temerarios anatemas de la Iglesia, pusieron coto á los desmanes de los poderosos, establecieron una balanza entre el opresor y el oprimido, y coartaron los abusos y las destemplanzas del cisma.

La Edad media produjo sus héroes; nosotros tuvimos al Cid, buen caballero, de los mejores de toda España; gran servidor de sus reyes, gran defensor de su patria, enemigo de los traidores y amigo de los buenos; en vida y en muerte mereció las mayores alabanzas.

Otra de las grandes figuras que se destacan en los tiempos medios es la de Carlomagno, que quiso poner término á la vida errante de los europeos; pero formó una unidad violenta que no pudo dar resultados ventajosos á los pueblos, aglomerados, pero no unidos por intereses comunes. El reinado de Carlomagno fué, pues, una transicion entre la barbárie y el feudalismo.

La Edad media es, finalmente, el período de las cruzadas y el de la caballería. Con efecto, el Oriente amenazó á la cristiandad, y la Iglesia puso en manos de los fieles el estandarte de la libertad cristiana, y puede decirse que se salvó la civilizacion, mayormente cuando el sentimiento predominante en la Edad media era el religioso, aunque mal comprendido por los extravíos de la supersticion.

Fué la época de las peregrinaciones. La importancia dada á la posesion de algunas reliquias, crecia en relacion al número de devotos que atraian á las ciudades. Los francos acudian á Tours, al sepulcro de San Martin; los españoles veneraban á Santiago de Compostela en Galicia; los longobardos iban en peregrinacion al monte Gargano; los italianos se dirigian al Monte Casino para

venerar el sepulcro de San Benito; y el comun de los fieles á Roma, para postrarse ante el umbral de los Apóstoles. Estas peregrinaciones eran unas especies de penitencias, y los obispos podian abreviarlas ó dulcificarlas.

Jerusalen podia llamarse en esta sazon la patria de los cristianos, pues por todas partes se repetian los sentidos cantos que le dirigian los judíos en el destierro. Los cedros del Líbano, las olas agitadas del Jordan y las tranquilas del Genezareth, eran las palabras que más se repetian.

La amenaza por el lado de Oriente era apremiante, pero no podia comprenderse que una horda de beduinos fuese capaz de poner en conmocion á toda Europa. Los cristianos se indignaban y deseaban arrollar á los impíos que habian arrancado de sus altares, para sumirlos en oscuras prisiones, á los sacerdotes y al patriarca en Palestina. Entónces apareció aquel célebre Pedro, conocido por el sobrenombre de Ermitaño, que habiendo fortalecido su alma en la oracion, en la soledad y en las abstinencias, visitó los Santos Lugares, donde creyó oir la voz del Redentor que le decia: «Levántate; anuncia á mi pueblo el término de la opresion. Acudan mis siervos, y sea libertada la Tierra Santa.» Este hombre extraordinario recorrió la Europa con la cabeza desnuda y descalzo, envuelto en un tosco sayal, con un crucifijo en la mano y montado en una mula; y su voz tan atronadora como persuasiva, y la pintura que hacia de los padecimientos que habia presenciado en Palestina, dejan atónitas á las gentes, encendiendo en ellas el espíritu belicoso hácia los musulmanes. Los monjes y los peregrinos fueron eco de estas predicaciones, y vino en pos de tales exhortaciones aquel levantamiento en masa de un pueblo de propietarios, y el abandono de las comodidades para marchar en busca de aventuras.

Los feudatarios, aislados en sus castillos, que no se habian cuidado ni aún de la administracion, ni de la justicia, aprovechaban la ocasion que les proporcionaba la manera de librarse de una existencia vacía para lanzarse en empresas peligrosas. En las familias donde dominaban los segundones, y que por lo tanto se veian privados de derechos señoriales con provecho del primogénito, y dedicados por su educacion á la guerra, no encontrando en su casa ocasiones favorables para distinguirse, ponian su valor á servicio ajeno, y muchas veces en clase de mercenarios, pero más frecuentemente por simpatías á la gloria. ¿Cuán grande no seria su entusiasmo viéndose llamados para ejercer su valor en beneficio de la Religion y en países lejanos, cuyo solo nombre exaltaba las fantasías?

Esta empresa no hubiera podido llevarse á término si la compacta organizacion católica no hubiese dado á todos una misma patria, la Iglesia; ni hubiese hecho á todos obedientes á una misma voz, á la del Papa. Necesitábase un jefe superior cuyo influjo diera unidad al sentimiento católico y á la virtud, mayormente cuando la justicia y la equidad no eran los signos más característicos de la época, puesto que se saqueaban los templos, se profanaban los monasterios, las costumbres del interior de las familias estaban corrompidas, y los lazos del matrimonio despedazados. Creíase en una redencion general, y era preciso que todo el que tenia que expiar culpas visitase los Santos Lugares, por lo cual gritaba el Ermitaño en sus exhortaciones: «¡Guerreros del diablo, convertíos en soldados de Cristo!» y las discordias entre hermanos de una misma comunión, terminaron con un abrazo paternal como preludio á la conquista de los Santos Lugares.

La situacion moral en que se encontraban los cristianos en los momentos de la primera cruzada, la manifiesta Urbano en las palabras que dirige á los fieles en el Concilio de Clermont: «¡Oh, cristianos! poned fin á vuestras disensiones, y que la concordia reine entre vosotros en los países

lejanos. Id, y en lo más noble de vuestras empresas mostrad aquel valor, aquel tino que tan mal prodigais en vuestras disputas particulares. »

.....

« Sí, el camino por donde vais á transitar es estrecho, y está sembrado de infinitos peligros y colmado por la muerte; pero debe guiaros á un mundo que habeis perdido. »

Al oir estas exhortaciones tan enérgicas como piadosas, veinte pueblos diferentes se lanzaron á la primera de aquellas expediciones, á que se dió el nombre de Cruzadas. Desde entónces no se oía en todos los contornos más que hablar de la Tierra Santa. Todos abandonaban su hogar y sus respectivas comodidades: el príncipe su reino, el feudatario su castillo, el cura su feligresía, el bandolero su guarida; y aunque entraba por mucho en algunos la conveniencia en ausentarse á tierras desconocidas, debemos conceder que el sentimiento que animaba á los más era verdaderamente un impulso piadoso, una especie de fanatismo religioso que sintetizaba esta frase: « El que tome mi cruz, es digno de mí; » frase que se repetian los unos á los otros.

Todos acudieron á la grande empresa el dia designado; hasta los españoles, que tenian á la sazón un enemigo formidable dentro de su mismo territorio, no ensordecieron á la voz del Papa Urbano ni á los gritos del Ermitaño, y partieron en grande muchedumbre para buscar otros enemigos allende el mar.

Necesario es confesar que los excesos de los cruzados por los países que transitaban ántes de llegar á Jerusalem, provocaron el enojo de ciertos y determinados pueblos, que al par que escondian sus granos para no ser víctimas del saqueo y del terror de los expedicionarios, defendiendo sus hogares, mermaron con su cuchillo las numerosas huestes de la cristiandad, la cual no encontrando en su tránsito el maná que el Ermitaño habia prometido, ni el fuego que debia llover el cielo contra los infieles, sino miseria, hambre y padecimientos de todo linaje, persiguió encarnizadamente al nuevo Moisés, que tuvo que ocultarse en Constantinopla para no volver á figurar en una empresa de la que habia sido él el principal motor con la fuerza de su palabra.

Pero á pesar de este descalabro y del exterminio de trescientos mil cruzados, no desmayaron en su propósito los que se habian preparado por otra parte para la misma expedicion, con mejor acuerdo y bajo la direccion de capitanes más entendidos. A la cabeza de esta gente aguerrida iba Godofredo de Bullon, sus hermanos Eustaquio de Boloña, Balduino, y otros campeones de no menor fama y nombradía.

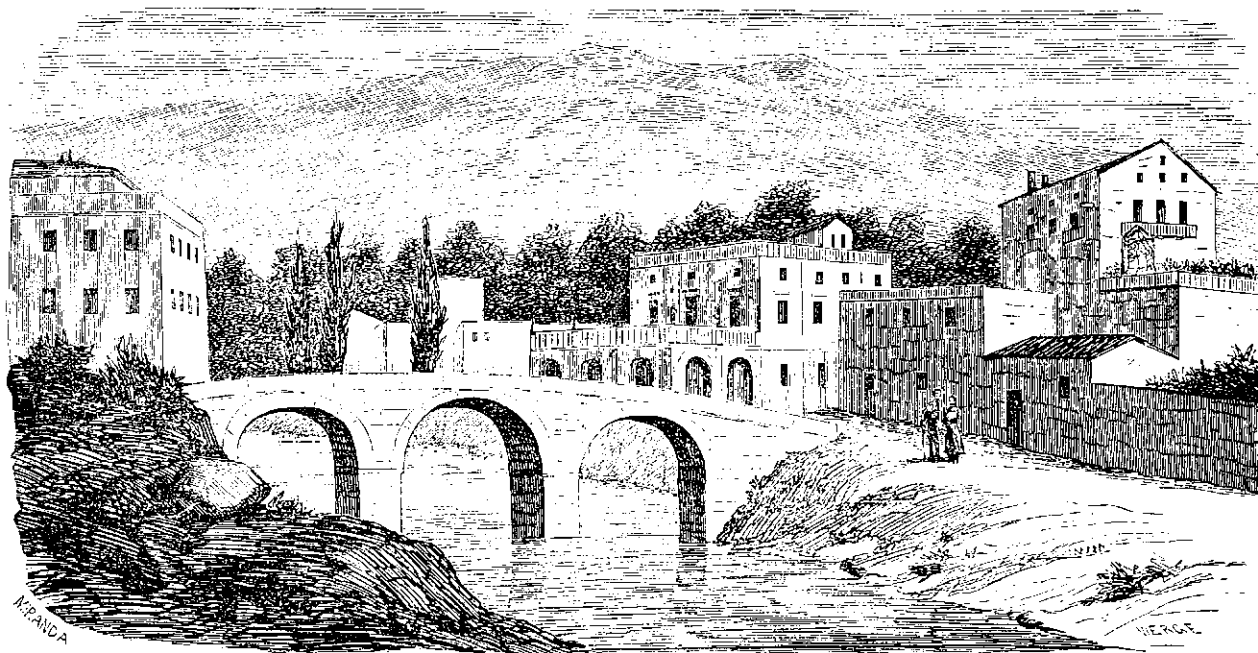
Vino el memorable sitio de Antioquía, empresa temeraria y no ménos funesta para los cruzados que la anterior; tanto más funesta que la precedente, puesto que á los horrores naturales de una guerra encarnizada, sobrevino una cruel epidemia, por lo que los cristianos desalentados se dispersaban sin esperanzas del triunfo que habian pronosticado.

Pero los sueños místicos de un lombardo, y la aparicion del apostol San Andrés á un sacerdote de Marsella, reanimó el espíritu de los cruzados, y consiguieron una gran victoria sobre los musulmanes. Engreidos con el ardor y el entusiasmo del trofeo, llegaron los cristianos hasta las puertas de Jerusalem, y dió principio el asedio, y aquí empezaron tambien las fatigas de los cruzados, tan sonoramente cantadas por el Tasso. Pero dada la señal del asalto general, fué tomada Jerusalem por los

cristianos un viernes á las tres de la tarde, dia y hora en que el Redentor habia espirado. Conquistada Jerusalem, eligieron un rey que ocupase el trono restaurado de David, y recayó la eleccion en Godofredo.

V.

Las persecuciones dirigidas contra los judíos se renovaron en todo el curso de las Cruzadas. Mahoma, que al principio se habia apoyado en ellos, los hostilizó despues con sus maldiciones y con sus numerosos ejércitos. Los judíos sufrieron en España tambien muchas persecuciones por el odio que el pueblo les profesaba; pero la España árabe podia verdaderamente considerarse como su verdadera patria, pues en ella se hallaban en mayor número y poder que en otras partes, y estaban



igualados á los cristianos en las leyes que trataban de las compensaciones por heridas mortales. Español fué Samuel, hijo de Judas, judío renegado, que escribió la historia de los israelitas. Los judíos contribuyeron en gran parte á la compilacion de las *Tablas Alfonsinas*, y estaban siempre dispuestos á servir de aduaneros, exactores, tesoreros, y á ocuparse de negocios de bancos y de usura.

Puede decirse que en España la dominacion de los moros abrió una era propicia á los judíos, los cuales adquirian poco á poco una influencia grande en la política, al extremo de ejercer cargos de mucha importancia. Se abrieron florecientes escuelas y sábias academias judías en Córdoba, Toledo, y Barcelona, y la erudicion judáica, luchando con la de los árabes, brilló extraordinariamente, como lo prueban los nombres ilustres de Judas Lévi, Aben-Esra, Maimonides, etc.

Pero esto no impedía, que en circunstancias determinadas fueran en otras partes objeto de las más vergonzosas humillaciones. Decíase de estas familias errantes, que compraban los hijos á los padres que no querian ó no podian pagar la capitacion, y que los vendian á los bárbaros; que robaban niños para crucificarlos, para inmolarlos y comerlos en sus fiestas; que se apoderaban de las

niñas para traficar con su honestidad; y la historia de los siglos XII y XIII está llena de raptos y muertes de niños atribuidos á los judíos, para fabricar medicinas y para uso de sortilegios.

Estas creencias, propagadas por el clero, y alimentadas por una plebe ignorante y fanática, daban ocasion para que esta desgraciada raza fuese despreciada y abominada, y por esta razon se la obligaba á que se distinguiera con trajes especiales, y se les daba un departamento, ó un barrio separado de la poblacion, en donde eran custodiados como facinerosos. Para no infundir sospechas, y para no tentar la codicia del pueblo, los judios se fingian pobres, y sucedia que ni este disfraz los libertaba de las persecuciones.

A pesar de esta universal abominacion en que vivian, lograron ser los verdaderos depositarios de todas las riquezas de Europa; porque siendo, por necesidad ó por instinto, sóbrios y económicos en demasía, acumulaban riquezas en una época en que eran los únicos que ejercian el comercio y la industria.

Los judios, que se curaban muy poco de los anatemas que lanzaban los altos dignatarios de la Iglesia contra la usura, se dedicaron á este genero de tráfico y se hicieron grandes banqueros.

Cruels fueron las persecuciones que experimentaron en tiempo de las Cruzadas, suponiendo la ignorante piedad de aquellos pueblos, que no podian comenzar mejor la venganza de Cristo, que matando á los judios, ú obligándolos á contribuir con su dinero á la emancipacion de la Tierra Santa.

A la degradacion de la raza judía hay que agregar la que experimentaban otras razas más desventuradas que la anterior. Nos referimos á los leprosos. Esta terrible y contagiosa enfermedad se propagó por la tierra en la Edad media, y con más fuerza en tiempo de las Cruzadas; y aún cuando la Iglesia acudió para hacer más llevadera esta desgracia, no pudo evitar que los invadidos por este terrible azote huyesen á la soledad de las montañas, y que otros prefiriesen la muerte al lento sufrimiento de tan espantosa enfermedad. El leproso no podia aproximarse á las habitaciones de los ricos, lavarse en los rios ó fuentes, tocar lo que comprase, andar por caminos angostos, tocar las sogas de los pozos ó á los niños, y beber en otra parte que en su escudilla. El clero le conducia á una cabaña aislada que le designaba para habitacion, y echaba sobre su cama un poco de tierra de cementerio, diciendo: *Sic mortuus mundo, vivens iterum Deo*.

La Iglesia fué entónces la que instituyó esos hospitales conocidos con el nombre de lazaretos, los cuales se multiplicaron, porque iban siendo infinitas las víctimas que ocasionaban los frecuentes viajes á Oriente.

El sentimiento de caridad que el cristianismo habia inspirado tomó parte en este desgraciado azote; instituyóse la Orden de San Lázaro, cuyo gran maestre debia ser un leproso; Catalina de Sena contrajo esta enfermedad por haber curado á un leproso, pero de pronto sus manos se volvieron blancas y suaves. Se inventaron leyendas que contribuyeron á encender este sentimiento caritativo hácia una enfermedad tan repugnante. En el *Cid*, de Guillen de Castro, hay una de esas escenas aisladas, en que habiéndose puesto á comer el héroe con sus compañeros, los exhorta á rendir pleito homenaje al patron de España, « caballero tambien, pero cristiano con espuelas doradas, el penacho blanco, y con un rosario colgado á la espalda. » Aparece entónces un leproso implorando caridad; á su vista huyen los valientes; sólo el Cid permanece dispuesto, si fuese necesario, á besarle la mano; le obliga á que se siente sobre su capa y á que coma con él en el mismo plato; y

despues que tiene término la comida, el mendigo bendice al Cid y se da á conocer por Lázaro, que le pronostica sus futuras hazañas. En todo cuanto vamos analizando relativo á la Edad media, encontramos la miseria y la iniquidad; pero vemos tambien salir á la Iglesia á la parada para formar el debido contrapeso á la fatalidad.

El triunfo de la fuerza individual sobre la multitud es el signo que más caracteriza al feudalismo; pero por odioso que aparezca un sistema tan opresivo, vemos aquella gran ley providencial ó de oportunidad, que contribuye á que nazcan los frutos en las estaciones convenidas. Los hombres que se habian entregado á la agricultura fueron las primeras víctimas que encontraron los bárbaros en su funesta irrupcion; los conquistadores se habian repartido el territorio á su antojo, y los colonos se vieron condenados y expuestos á la anarquía y á las violencias de todo linaje. Pero por repugnante que aparezca este sistema de tiranía, la condicion del pueblo mejoró durante el feudalismo. En los tiempos antiguos, el que se dedicaba á servir á un amo era una cosa, no tenia ley que le protegiese; mientras que en la Edad media, el Evangelio, aunque no habia declarado la emancipacion del esclavo, imponia con el bautismo la igualdad del género humano.

Si la emancipacion del esclavo se hubiese decretado de una manera brusca y repentina, de seguro hubiera venido un trastorno social. Vengamos á los tiempos modernos para comprobarlo. Cuando Francia, en lo más ardoroso de su revolucion, proclamó la igualdad de todos, los torrentes de sangre que inundaron sus colonias y las desgracias comunes, demostraron que á las grandes y arraigadas injusticias sociales no se pueden aplicar remedios tan violentos.

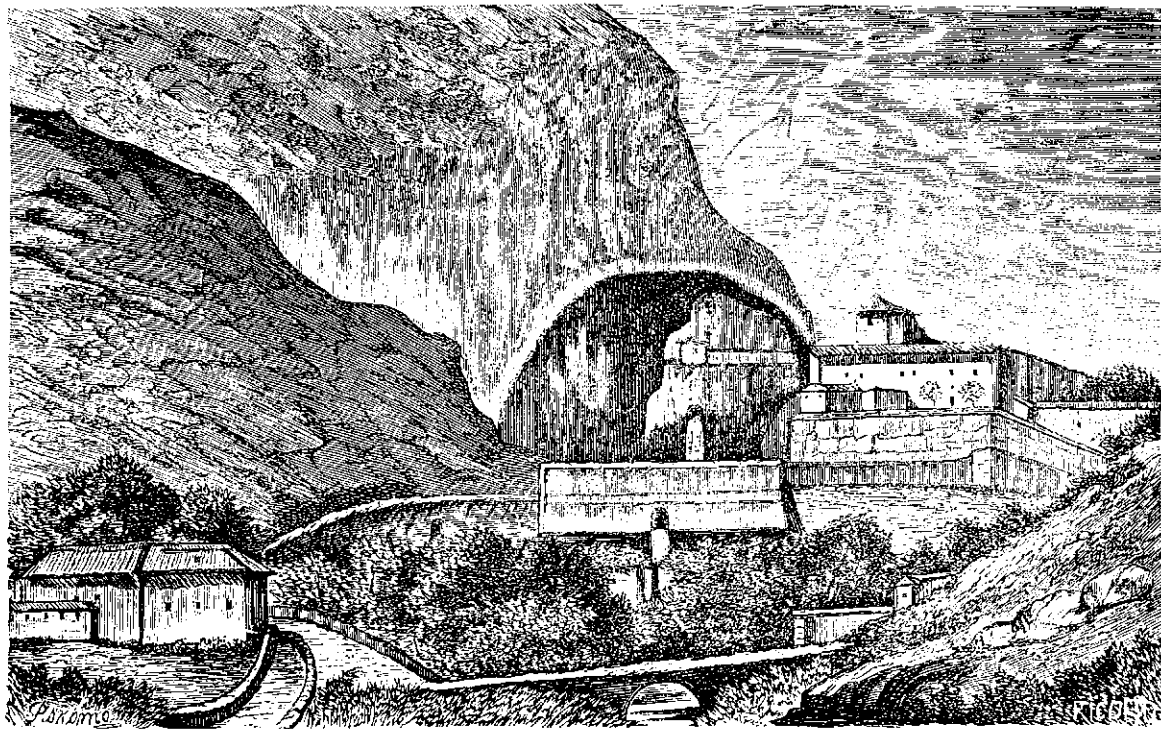
La servidumbre doméstica, tan necesaria al feudatario que se envanecía con el lujo y la ostentacion, aproximó el esclavo al señor, y fué aquél poco á poco conquistándose los favores y la benevolencia de éste, origen del afecto natural de los hombres; y como existian hombres libres en la clase infima del pueblo, que no tenian nada que envidiar á los esclavos, la comunidad de la desgracia borró paulatinamente la diferencia de condiciones.

La plebe, que veia á los grandes envueltos en las terribles catástrofes, se desnudaba de aquellas preocupaciones que excitaba la superioridad. El púlpito difundia la creencia de un origen comun, y hasta los códigos bárbaros protegian al esclavo contra los excesos de los señores.

Aunque durante el feudalismo los colonos tenian por único señor al feudatario, y se veian por lo tanto expuestos á sus orgullosos caprichos y á sus continuados desafueros, en aquellos tiempos en que tanto prevalecia el acatamiento á la superioridad, surgieron agitaciones violentas del mayor número que protestaron de la opresion del tirano. El instinto de libertad proclamada por el clero mostró sus primeros signos de vida, porque el pueblo recurrió muchas veces á la última razon; á la de la fuerza. La historia de la Edad media está llena de ejemplos de motines y sublevaciones contra el poder de los grandes; pero estas agitaciones populares, que aparecian sin concierto ni regularidad, sucumbian ante la fuerza compacta y ejercitada del castellano. No obstante, estas protestas, si eran estériles por el momento, demostraban que el grito de libertad resonaba al pié del castillo, y que los esclavos y los siervos empezaban á conocer las prerogativas del hombre.

El clero, ansioso siempre de restituir al hombre la igualdad que la naturaleza le habia concedido, se dedicó con ardor y entusiasmo á mejorar la clase del pueblo inerme y desvalido, poniendo en práctica las doctrinas que propagaba por escrito y de palabra. Abrió de par en par las puertas de la Iglesia á los esclavos; hízoles comprender que aquella Santa Madre no conocia títulos ni jerarquías

en la raza humana, y que el esclavo que se hacia sacerdote era igual á su señor, y hasta podria andando el tiempo superarle en condicion. Esta determinacion del clero contribuyó á que muchos esclavos entrasen en la jerarquía eclesiástica para huir de la servidumbre y de los malos tratamientos del señor; pero al par que entraba gente idónea y virtuosa, y con verdadera y santa vocacion, entró tambien gente inepta é indigna de aquella investidura, siendo muchos los señores que hicieron ordenar de sacerdotes á varios de sus siervos para gozar sus beneficios. Este abuso, esta criminal especulacion, dió motivo para que se dictaran leyes por el clero que modificasen aquellas concesiones. ¿Cómo era posible que el clero no compadeciera y protegiese á la pobre plebe, con la cual habia padecido, y en cuyo seno tenia infinitos hermanos?



El clero habia aceptado aquella parte de tierras y siervos que le estaban designados como á un órden eminente del Estado, y encontró en esta concesion un principio para mejorar gradualmente la condicion de la servidumbre, pues saneando la tierra, allanando bosques, y limpiando las lagunas y los pantanos, iba poco á poco concediendo á los aldeanos ciertas porciones de aquellas tierras que habian elaborado por medio de censos y privilegios que se trasmitian de generacion en generacion, y se constituyó insensiblemente el tránsito de la esclavitud á la propiedad, porque rescatándose la servidumbre con el peculio, renacieron la familia, la propiedad, la industria y la libertad.

Conservóse en cierto modo la fórmula de la antigua manumision de los romanos; pero intervino tambien en esta parte la Iglesia para que á este acto fuese aparejado el sentimiento de la caridad, y se añadió una ceremonia eclesiástica á fin de que la emancipacion fuese un acto religioso. Conducian al esclavo ante el altar con una antorcha encendida, y allí le leian preces y fórmulas que le declaraban libre, y quedaba el liberto y su familia bajo la proteccion de la Iglesia, que era su heredera á falta de hijos.

El clero, que no descansaba en su propósito laudable de hacer libre al hombre que habia nacido esclavo, influyó con los reyes para que éstos, en ocasion de alguna solemnidad ó de ciertos acontecimientos trascendentales, incluyesen en el catálogo de las festividades el acto de dar libertad á un

número determinado de esclavos, y hemos visto que cuando nacia un hijo del rey, se emancipaban los esclavos de todo el reino, *ut misericordia Dei eidem vitam concedere dignetur*.

El espíritu de asociacion entró por mucho en la emancipacion de la plebe, y se progresó tanto en este sentido, que los villanos llegaron á poseer gran número de bienes, al extremo de inspirar recelos su gradual riqueza, por lo cual se prohibió que adquiriesen, pero sin despojarlos de los bienes que ya poseian.

Los grandes comenzaron á comprender que la sociedad en sus respectivas condiciones y en sus diferentes jerarquías tiene necesidad de prestarse servicios recíprocos, y de aquí nacieron las consideraciones particulares que concedia á la plebe, y el tratamiento suave que daban los señores al campesino. Se abrieron las puertas de los castillos para toda clase de vendedores y traficantes; se instituyeron leyes especiales contra el robo; se vedó la caza en el período de la vendimia, y cuando se procedia á un embargo por deudas, respetaban al deudor el traje que usaba en dia no feriado y sus instrumentos ó herramientas de labor.

Las ciudades se poblaron de artesanos, renació la prosperidad del comercio, se establecieron las maestranzas, y vinieron andando el tiempo los gremios, dictándose leyes que favorecian la industria é inspiraban por su lucro el amor al trabajo. Estos eran, pues, los elementos que constituian la sociedad hasta que vino á infundirle nueva vida la instalacion de los Comunes, baluarte de poderosa resistencia contra el feudalismo.

VI.

Pocos puntos de la historia han llamado tanto la atencion de los modernos como el origen de los Comunes. Los abusos del poder feudal, la propagacion del cristianismo, las máximas que infundia la Iglesia en el ánimo del pueblo, que sufría tantas y tan reiteradas vejaciones, encendieron en el corazon de los proletarios el fuego de la emancipacion, y se levantó la plebe para inaugurar los diferentes períodos de lucha que han existido contra la aristocracia territorial. Cuenta, que al hablar de la instalacion de los Comunes, nos referimos á una de aquellas formidables insurrecciones del dolor irritado, en que el pueblo en masa aprestó sus armas para pelear contra los gobernantes para poseer los derechos de la humanidad, y sacudir el yugo feudal que habia llegado á ser intolerable, para separarse del terruño y conseguir la libertad de su persona, de sus bienes y de su voluntad.

Cuando acaeció la ruina del imperio, los bárbaros dejaron á la raza vencida un aspecto de organizacion civil tan restringida, como exigia la opresion brutal en que se habian presentado. Los Comunes se formaron, como todas las cosas de la Edad media, con los elementos que les suministró el cristianismo. La invasion de los bárbaros habia reducido á los naturales á una condicion casi servil, puesto que los excluía completamente del gobierno. Los conquistadores formaban las clases, tomándolas de los libres, y los vencidos eran hombres de otros hombres, y los dominadores eran los únicos depositarios de las leyes. Así es, que los diversos miembros que constituian la política perdieron su union, y viéndose los vencidos expuestos á la rapiña y exacciones de los vencedores, y sin el socorro que debian recibir directamente del gobierno, conocieron la necesidad que tenian de buscarse un protector inmediato contra unos enemigos tan poderosos, á quienes no podian rechazar por la fuerza.

Comenzaron las *inmunidades*, que venia á ser por aquellos tiempos la autoridad de ejercer jurisdiccion sobre sus propias tierras ó sobre sus dependientes, sin que á ello se opusiese el dominio real. Y como en una sociedad de origen feudal no podia haber ningun derecho que no fuese un privilegio, de aquí nació el sistema de exclusivas concesiones, y las tuvieron los hombres libres que no estaban sujetos á ningun feudatario, los monasterios, los gremios de artesanos, las universidades y las órdenes de caballería, con lo cual empezaron los poderes á verse los unos frente de los otros.

La Iglesia, que tenia en su constitucion la forma comunal, conservó siempre sus asambleas, y el pueblo vencido, que se veia despojado de todo derecho legal en presencia del conquistador, llevaba la decision de sus cuestiones con más gusto á los sacerdotes que á los barones, porque aquellos juzgaban con arreglo á leyes escritas y fundadas en la caridad, y éstos tenian por costumbre dirimir con la espada todo género de cuestiones. De aquí procedió naturalmente la preponderancia y el engrandecimiento de la Iglesia, que se hacia cada vez más popular, por ser la que se erigia en un refugio contra el poder y en una visible protesta contra la tiranía. Se comprende, pues, que en aquellos tiempos muchos habitantes de poblaciones numerosas se sometieran al dominio exclusivo de ciertos monasterios y determinadas abadías.

El pueblo, mientras tanto, veia con satisfaccion que los condados dependian de los obispos más bien que de los condes, porque consideraba que se atendia entónces más al mérito que al capricho ó al nacimiento, y que ganaba más la justicia. En otras partes, los vasallos nobles y los que eran meramente libres, formándose en comun habian constituido representantes y jueces propios, que rivalizaban con la curia episcopal, y tomaban independientemente de ésta cierta forma de administracion civil. Hubo puntos, especialmente en España, en que la gente aglomerada en las tierras del feudatario, habiéndose enriquecido por medio de la industria y haciéndose necesaria al señor, le pedia concesiones, que el feudatario se veia obligado á aceptar, concesiones que si no daban al vasallo una independencia civil en toda su extension, favorecian por lo ménos su prosperidad y la importancia del comun. Este movimiento observado en la Edad media fué el que ayudó á las ciudades para que pudieran constituirse por sí solas, al mismo tiempo que iban poco á poco cercenando las prerogativas feudales; sucediendo muchas veces, que el que deseaba seguridad y el perfecto dominio de su propiedad, no iba ya á buscar estas garantías al castillo ni al monasterio, sino á las ciudades defendidas por murallas.

Las vejaciones que el pueblo experimentaba en aquella sazón, se manifiestan, más que por las relaciones históricas, por los sentidos cantares de algunos trovadores del siglo XII. Veamos cómo canta uno de ellos: « Los campesinos y los villanos, las gentes de los bosques y las de la llanura, no » sé por qué obstinadamente, ni por qué género de instigacion, han celebrado asambleas por veinte, » por treinta, por ciento..... Se han convocado privadamente, y muchos de entre ellos han jurado » que jamás por su voluntad tendrán señor ni abogado. Señores, no les hacen sino daño, y no po- » demos obtener de ellos razon: lo tienen todo; se lo comen todo, y nos reducen á la pobreza y » al dolor. No hay dia que no amanezcamos cargados con nuestras angustias; ni una sola hora » tenemos paz; tantos son los servicios, las vejaciones, los impuestos, los prebostes, los bailíos..... » ¿Por qué consentimos que nos traten así? Libertémonos de su tiranía. ¿No somos hombres como » ellos lo son? Tenemos miembros como ellos, la misma estatura, la misma fuerza para sufrir; y » somos ciento contra uno..... Defendámonos de los caballeros, unámonos, y ninguno tendrá sobre

» nosotros dominio. Ya podremos cortar árboles, comer en el bosque, pescar en los viveros, y nos
» serviremos á nuestro antojo del bosque, del prado y del agua. »

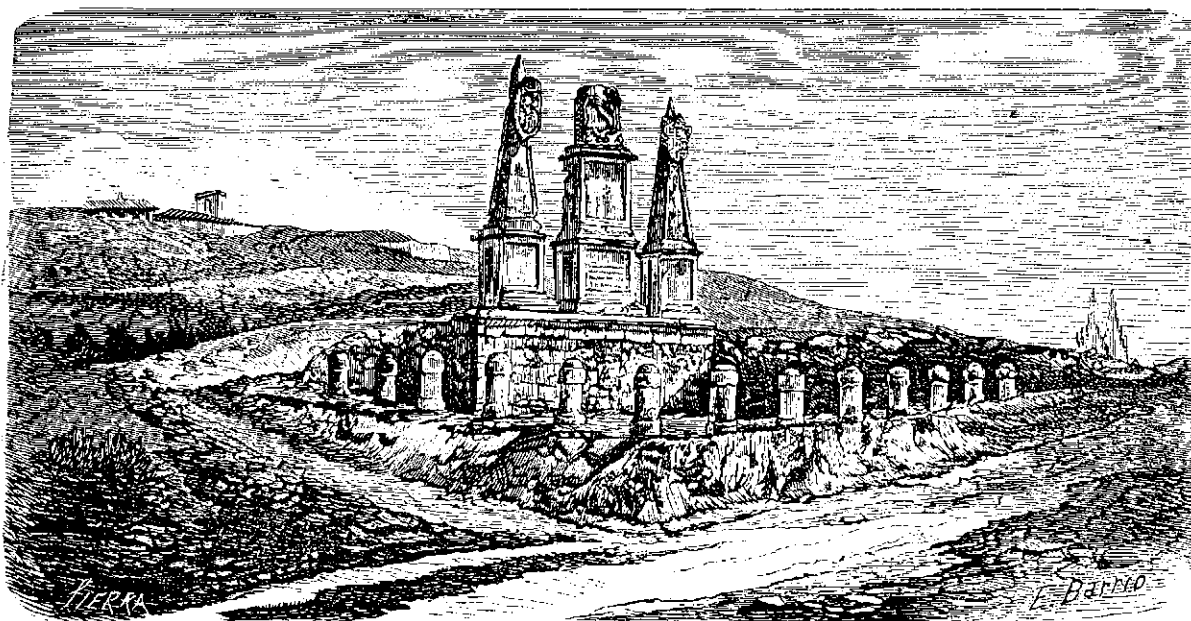
Li paisan e li vilain,
Cil de boscage e cil de plain,
Ne sai par kel entichement,
Ne ki les men primierement,
Par vinz, par trentaines, par cenz
Unt tenuz plusurs parlemens.....
Priveement ont porparlé
E plusurs l'ont entre els juré
Ke jamez, par lur volonté,
N'arunt seigneur, n'abbé.
Seigneur ne lur font se malnun;
Ne poent veir odels raisun,
Ne lur gaainz, ne lur laburs,
Chescun jur vunt agrant dolurs.....
Tute jur sunt lur bestes prises
Pur cics et pur servises.....
Pur kei nus laissum damagier?
Metum nus fors de leur dangier;
Nus sumes homes cum il sunt;
Tex membres avum cum il unt
Et altresí grans cors avum,
Et altretant sofrir pöum.
Ne nus fant fors cues sulement
Alium mes par serament,
Nos aveir a nus defendum
E tuit ensemble nus tenum.....
E s'uis violent guerreier
Bien avum contre un chevalier
Trente u quarente paisanz
Maniables e combatants.

Por lo que llevamos apuntado, se vendrá en conocimiento de que los Comunes, ni fueron concesiones reales, ni resultado de la política de los soberanos, sino una consecuencia de levantamientos populares. Obró en este movimiento, no la aspiracion á una reforma administrativa, sino el espíritu de la democracia.

Llegó por fin un momento en que los ciudadanos se negaban á rendir pleito homenaje á las decisiones de los señores; y habiendo aprendido á discutir, deliberaban enérgicamente acerca de sus derechos, y defendian sus inmunidades y privilegios con la entereza de los que reconocen el imperio de la justicia que les asiste. Se establecia un impuesto; pareciales á los ciudadanos que era oneroso, y se ponía en práctica la resistencia, y muchas veces se empeñaba la lucha. Tambien es necesario que tengamos en cuenta, que las Cruzadas contribuyeron mucho para que el señor y el villano se acercasen más; la vida del campamento, las reflexiones que debieron surgir en el ánimo de los caballeros, las instituciones de Venecia, de Pisa y de otras ciudades marítimas que se gobernaban demo-

cráticamente, todo esto debió necesariamente contribuir á que los cruzados regresaran con instintos ménos abusivos y con predisposiciones para tener más consideraciones á los derechos del hombre.

Aparecieron los gremios, aquellas asociaciones de artesanos y traficantes que se formaron para constituir la seguridad recíproca de sus derechos. Estas asociaciones, esta especie de concejos, vinieron á recordar la sociedad romana; y lo que se habia creado para la defensa de los mútuos intereses, se convirtió andando el tiempo en opresion, porque ejercieron los gremios un despotismo tan receloso y exclusivo, que se presentó una nueva aristocracia que llegó en ciertos países á imponer leyes al feudalismo.



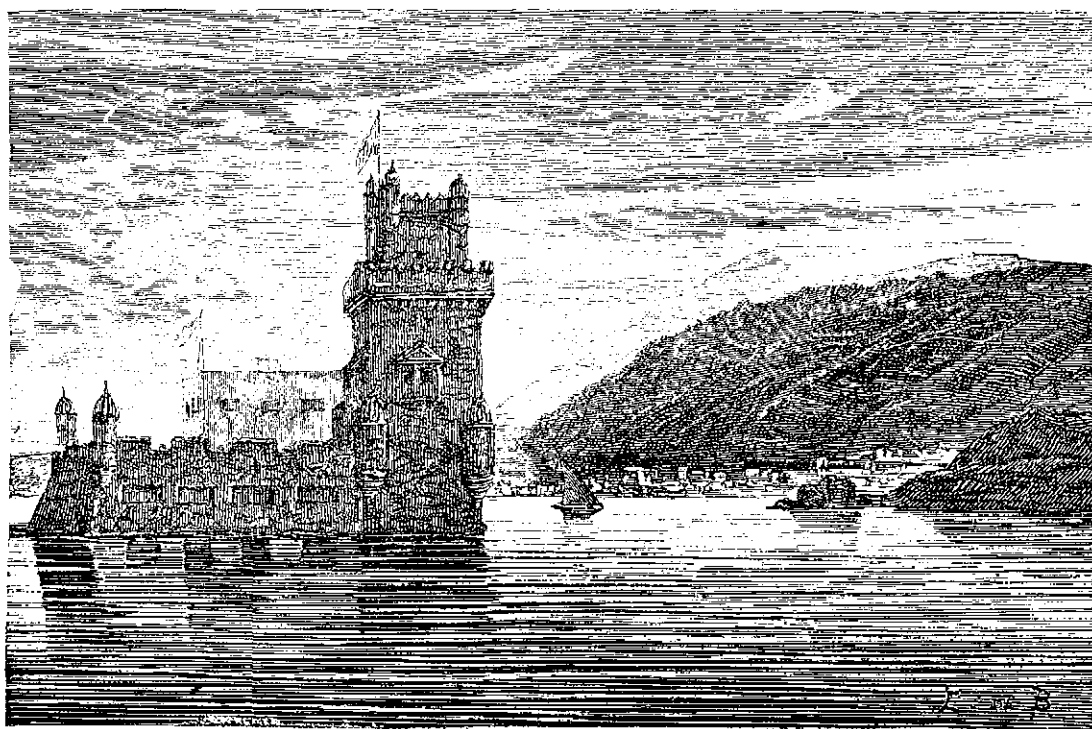
A más de los gremios, se instituyeron otras asociaciones de diferente índole; pero todas ellas con tendencias manifestas á la recíproca proteccion de los asociados y á la resistencia contra la tiranía feudal. Las *guildas* fué, de todas las asociaciones, la que tuvo más éxito, la que mejor se constituyó, y la que produjo mejores resultados para el comun de la plebe.

Otros Comunes se establecieron propiamente por barones ó por reyes, abriendo en sus tierras asilos á la vagancia y constituyendo por cálculo ciudades nuevas bajo la direccion de la corona real, con una carta que establecia las leyes por que se habian de regir los moradores, y á la cual se daba la más grande publicidad. Este es el origen que se dá á casi todas las poblaciones de España, que se componian de personas á quienes los reyes invitaban á establecerse en los países fronterizos, para cultivar en ellos las tierras baldías y oponerse á las invasiones de los moros. Con este fin les otorgaban muchos privilegios, especialmente el de quedar libres de la dominacion de los señores y elegir sus magistrados. Las cartas que contenian estas concesiones tomaron el nombre de *fueros*, los cuales subsisten todavia con ciertas y determinadas modificaciones en algunas provincias, y que han sido defendidos con las armas en muchas ocasiones como una franquicia concedida á la igualdad central.

Pero los señores, á pesar de la preponderancia que tomaba el pueblo, se mantenian en sus castillos, buscando con preferencia las montañas que les servian de defensa; y allí, rodeados de hombres de armas y de donceles, procuraban perpetuar la sombra de su antiguo poder; pero por más que se esforzaron, no pudieron constituir una aristocracia fuerte, porque siempre se encontraban amenazados por las otras clases. Desplegaron, para deslumbrar al pueblo que los contemplaba, un lujo exce-

sivo; esgrimieron las armas en los torneos; se entretuvieron en cazar, en jugar á la pelota ó á la taba; se rodearon de bufones y de enanos; pero estos recursos, tan brillantes en la apariencia, fueron estériles para contrarestar el poder positivo de las clases inferiores.

Puede decirse que el Comun instituyó indirectamente una nueva aristocracia, puesto que aspiró, como la nobleza, á títulos y distinciones; y por eso tuvo escudos y sellos con determinadas efigies, que indicaban su origen y la base sobre la cual estaban asentadas las diferentes corporaciones que componian los Comunes. Es el caso, que los Comunes se encontraron andando el tiempo constituidos, no como repúblicas, sino como asociaciones parciales, cuyo objeto era precaverse de las tiranías feudales y del desórden político, y que despues llegaron á obtener ó á conquistar una jurisdiccion particular, el derecho de guerra, el de acuñar moneda, y un gobierno exclusivamente suyo.



Pero un estado que se fundaba, no en libertades generales, sino en privilegios exclusivos, fácil es comprender que se buscaban prerogativas con detrimento de los demás, no siendo ménos cierto, que lo que ántes habian practicado los feudatarios, lo ejecutaban á la sazón los Comunes. No podia, por lo tanto, fundarse un espíritu nacional, puesto que cada corporacion ó concejo no pensaba más que en sí propio, sin cuidarse para nada del bien general.

No obstante, en medio de tantos hechos aislados, se comenzaba uno de grandísima importancia, esto es, la emancipacion del siervo. No bien se constituyeron los Comunes, necesitando de brazos auxiliares para el logro de sus fines, ofrecieron un asilo ventajoso y lucrativo á los hombres que vivian bajo la opresion de los señores; los siervos, pues, se fugaban del dominio feroz del feudatario, y aceptaban gustosos el espíritu de fraternidad con que les brindaban los Comunes, y así fué poco á poco debilitándose el poder del castellano, al paso que se robustecía el de las ciudades. Hasta los reyes encontraron ventajas en estas emancipaciones, pues dejando el siervo de pertenecer á los señores, y aumentándose, por consiguiente, el número de los ciudadanos, se convertian éstos en hombres afectos á la corona, la cual aumentaba su fuerza, su prestigio y sus rentas.

Analizado el periodo de los Comunes, veremos que no se obtuvieron las rápidas ventajas de una revolucion repentina; pero notaremos, que reunidos para la resistencia debian destruir, y en lugar

de fundir desunian; que los reyes se engrandecieron, y que la espada prolongó la guerra contra la industria y la capacidad. Pero el esclavo dejó ya de ser una cosa; fué un hombre, y la sangre deramada no fué estéril si se alcanzó un fin tan bueno y sacrosanto.

VII.

En las grandes revoluciones de la humanidad, todo armoniza, todo camina á su propósito en conveniente y amistosa relacion. La Edad media, período en el cual se acelera un gran movimiento político que renueva á la sociedad, aceleró igualmente la vida intelectual del hombre, y aparecen las universidades, centros científicos llenos de honores y preeminencias, á donde acuden las eminencias del saber para propagar sus doctrinas por medio de la palabra, y á donde vuela la juventud ansiosa de sabiduría, y en donde se establecen vínculos de amistad, de respeto y consideracion entre los profesores y los discipulos. Como los libros escaseaban, era necesario que la voz del maestro difundiera los conocimientos, y asisten á estos grandes centros de cultura intelectual, no la niñez, sino la juventud ya formada, y especialmente aquellos hombres que habian tomado parte en la administracion pública. Como es de presumir, estas instituciones no radicaban en decretos ó mandatos de la superioridad, ni de ningun monarca; eran, pues, establecimientos espontáneos, sin otra iniciativa que la del deseo de aprender, y sin otra remuneracion que aquella que suministraba el discípulo en beneficio de los profesores ó maestros. En su consecuencia, las ciudades en donde se establecian estas universidades, aumentaban en poblacion, en crédito y preponderancia, y propagaban la fraternidad entre los habitantes, contribuyendo no poco á que se moralizasen las costumbres de aquellos moradores, y á que la opresion no fuera el signo distintivo que caracterizase á aquella sociedad.

Las universidades que más se distinguieron en tiempo del feudalismo, fueron la que se conoció con el nombre de Escuela de Salerno, fundada por Constantino el Africano; la famosa universidad de Bolonia; la de París, y otras que simultáneamente se fundaron en Inglaterra, España y Alemania. Las universidades tomaban bajo su proteccion á los artistas que trabajaban para ellas, como amanuenses, pintores en miniatura, encuadernadores; los criados de los estudiantes, y algunos banqueros que tenian el privilegio de prestar dinero á los estudiantes. El rector debia ser letrado, célibe, tener veinticinco años cumplidos, gozar de una posicion desahogada, haber estudiado derecho lo ménos cinco años, y no pertenecer á ninguna órden religiosa. El rectorado se renovaba cada año por el voto del rector presidente, del consejero y de algunos electores á quienes elegian las universidades.

Lo mismo las dignidades universitarias que los alumnos gozaban de ciertos privilegios, como los de no poder servir á ningun señor, ni al monarca mismo en tiempo de guerra; estaban exentos de toda clase de tributos, y caso de que fueran robados, tenian que ser indemnizados del hurto si el ladron no tenia medios con qué verificarlo. Pero hasta en estos centros de ilustracion se veia el ódio que la cristiandad profesaba á los judíos, aún cuando éstos se distinguieran del comun de la plebe. El judío que entraba en la universidad, tenia la obligacion de pagar cierta cantidad de dinero á los estudiantes de derecho, y otra más inferior á los que se consagraban á las artes, para dar una fiesta en la época del Carnaval.

Para dar una idea de aquel período, señalaremos los extravagantes privilegios de los estudiantes

en aquel tiempo, descritos en *Pietri Rebuffi*. Un estudiante que buscaba habitacion cerca de la universidad, podia obligar á que se mudase el inquilino anterior, y el propietario de la casa se encontraba en el deber de prestarle un caballo como muestra de hospitalidad. Si el alquiler de la vivienda era excesivo, el rector podia reducirlo. No se permitia desalojar al estudiante bajo ningun pretexto, y si le incomodaba la vecindad de algun tornero ó de algun otro oficio mecánico que hiciese ruido, ó de alguna tienda que exhalase olores penetrantes, inmediatamente era lanzado de aquel paraje y removido á otra parte, sin que la persona á quien se obligaba á trasladarse pudiera diferir su partida interponiendo apelacion. No se le podia distraer de sus estudios por ningun servicio del Estado; y sus libros, como las armas del soldado, no podian embargarse ni recibirse en prenda, sino despues de terminado el curso. Los maestros y los alumnos no podian ser excomulgados.

A medida que el tiempo adelantaba, crecia tambien el número de las universidades en toda Europa, debiéndose contar la de Salamanca, que existió en el siglo xiii, habiéndose establecido otras en Coimbra y en Alcalá.

En estas universidades nació la jurisprudencia, en cuya ciencia se distinguieron por entónces Irnerio y Acurssio, y en las leyes canónicas Teodoro Balsamin.

La escolástica y la teología tuvieron tambien sus grandes hombres. Admitióse por aquel tiempo entre los sabios y los filósofos la distincion entre las verdades de la razon y las de la fé, y se trataba de averiguar cuál de las dos habia de prevalecer en el entendimiento. Existia por aquel tiempo una escuela llamada *nominalista*, que se declaró por la razon; y sus adversarios, para oponerse á ellos, invocaron las pruebas de la fé. El más vigoroso atleta entre los escolásticos fué, no un grave sacerdote, sino un gallardo y elegante mancebo de noble estirpe, que escribia versos en lengua vulgar, y los cantaba con singular donaire. Este jóven sabia leyes, griego, y hasta lengua hebrea, y dividia sus ocupaciones entre los torneos y las escuelas. Este jóven se llamaba Abelardo, el cual dice: «Si en un tiempo hice versos, eran versos de amor, no arcanos de filosofía; muchos de aquellos versos, como sabes, se cantan todavia.» Y Eloisa le responde: «Confieso que habia en tí especialmente dos cosas hechas para cautivar las almas de todas las mujeres; esto es, la gracia en la manera de escribir y de cantar, que no se lee haya sido poseida por otro ningun filósofo. Como para recrear con una distraccion las fatigas filosóficas, has compuesto muchas poesías, las más de ellas amatorias, que repetidas á menudo, á causa de la grande suavidad de las palabras y del canto, ha hecho que tu nombre anduviese en boca de todos, hasta de las gentes iliteratas; por eso las mujeres aspiraban á tu amor con extremo. Y como aquellos versos, en su mayor parte, celebraban nuestros amores, fui conocida en muchos países y excité la envidia de muchas mujeres.»

Abelardo recibió las lecciones del nominalista Roscelin y las del célebre Guillermo de Champeaux, y muy pronto se declaró rival de sus maestros. A la edad de 22 años abrió una escuela, donde enseñó con éxito brillante la retórica y la filosofía escolástica, atrayéndose más de tres mil oyentes. Atacó en sus lecciones con gran fuerza de lógica las doctrinas del *realismo* que enseñaba Guillermo de Champeaux, así como el *nominalismo* que habia profesado Roscelin, y substituyó ambas opiniones con un sistema de *conceptualismo* que establecia un medio entre las doctrinas opuestas. Comenzó muy tarde á estudiar la teología, pero obtuvo muy pronto en la enseñanza de esta ciencia el mismo buen suceso que en sus lecciones sobre la filosofía. La reputacion de que gozaba Abelardo, determinó al canónigo Fulberto á escogerle para que diera lecciones á su sobrina Eloisa, jóven de

buenas cualidades, llena de talento y de singulares encantos; pero el maestro no dejó pasar mucho tiempo sin enamorarse apasionadamente de la discípula. Pocos meses despues de haber entrado Abelardo en la casa, la robó y la condujo á Bretaña, en donde le dió un hijo, que recibió por nombre Astrolabio. Para reparar sus errores, se casó secretamente con ella; pero Fulberto, poco satisfecho con esta reparacion, se vengó de una manera bárbara y cruel. Sobornó á varios hombres, los cuales sorprendieron á Abelardo en su lecho en mitad de la noche y le mutilaron; y Abelardo no tuvo más remedio que ocultarse en la abadía de San Dionisio, donde ciñó el hábito de religioso, al paso que Eloisa tomaba el velo en el convento de Argenteuil. No obstante, Abelardo al cabo de algun tiempo salió de su retiro á ruegos de sus discípulos, y abrió de nuevo una escuela; pero el atrevimiento con que aplicaba la filosofía á la teología, y los triunfos literarios que conseguia con su enseñanza, le suscitaron nuevos é implacables enemigos. Un tratado de la *Trinidad* que compuso, fué denunciado y acusado de herético, y condenado su autor por el Concilio de Soissons el año de 1122.

Retiróse el filósofo á Nogent-sur-Seine, y edificó cerca de esta ciudad, con el nombre de *Paraclete*, un oratorio, donde despues estableció á Eloisa y á las religiosas que estaban bajo su patrocinio. Habiendo sido nombrado poco tiempo despues abad de San Gildas de Ruys, cerca de Vannes, se propuso reformar los monjes de su abadía, pero no logró otra cosa que crearse nuevos enemigos. Acusado segunda vez de herejía, fué condenado en 1140 por el Concilio de Sens, teniendo en este Concilio por adversario al célebre San Bernardo. Abelardo quiso trasladarse á Roma para justificarse; pero al pasar por Cluny se ligó estrechamente con el abad de aquel monasterio, Pedro el Venerable, que le indujo á tomar el hábito de su orden y le reconcilió con todos sus enemigos.

Consagró el resto de su vida en ejercicios de piedad, hasta que murió el año de 1142. Abelardo cultivó todos los géneros de literatura, y las ciencias de su tiempo. De las escuelas de Abelardo salieron veinte cardenales y cincuenta obispos; sus libros cruzaban los Alpes y el mar, y todos creian entenderlos, de manera que se oía á los caballeros y á las damas discernir acerca de los misterios más recónditos, y disputar atrevidamente sobre las doctrinas más abstractas.

Apoyándose en aquel pasaje del Eclesiastes, *Es ligero de corazon el que cree prontamente*, hizo depender la fé del juicio individual, queriendo, á semejanza de los académicos, que se adquiriese por medio del exámen y de la duda. Fué admirador de los filósofos antiguos y de sus virtudes, y hallaba que Platon habia tenido sobre la bondad divina ideas más elevadas que Moisés.

Tambien por este tiempo apareció aquel célebre filósofo Pedro Lombardo, jóven de Novara, mantenido de caridad mientras seguia sus estudios, y que andando el tiempo llegó á ser obispo de París.

Las Cruzadas contribuyeron tambien á dar aliento y vigor á la filosofía escolástica, dando á conocer mejor los escritos de Aristóteles, la lengua griega, y estableciendo relaciones más inmediatas con los árabes y los judíos.

Los entendimientos, entregados á las especulaciones lógicas, se apartaron de las investigaciones históricas, dedicándose el ingenio á las cuestiones más frívolas. Se procuró investigar ¿qué hacia Dios, y dónde estaba ántes de crear el mundo? Si nada hubiese creado, ¿cuál seria su presencia? Se preguntaba, ¿si pudo hacer alguna cosa de un modo distinto de como la habia hecho? ¿Si Dios puede hacer que lo que no es, sea? por ejemplo, que una cortesana meretriz sea virgen. ¿Si Dios al encarnarse se unió al individuo ó á la especie? ¿Si la palabra *querubin* es masculina ó neutra? ¿Si el

nombre de Jesús debe pronunciarse con acento ó sin él? ¿De qué modo está colocado el cuerpo de Cristo á la diestra del Padre? ¿Está sentado ó de pié? Las vestiduras con que se apareció á los apóstoles despues de la resurreccion, ¿eran reales ó aparentes? ¿Se las llevó al cielo? ¿Las conserva todavía? etc.

Discusiones de esta naturaleza convertian á la Biblia en un campo inagotable de controversias extravagantes. Al extremo á que habrian llegado estas disputas, lo revela claramente Estéban, obispo de Turnuy, el cual escribia al Papa Celestino III lo siguiente:

« Existen hoy tantos escándalos como escritos, y tantas blasfemias como discusiones públicas. No parece sino que se piensa, en medio de la confusion de las escuelas, en proponer cuestiones extravagantes y prodigiosas, á riesgo de no saberlas resolver. »

Y Gualtero de San Víctor añadía: « Seguid á esos hombres en las prolijas disputas á que se entregan día y noche, y vereis que interpretan una misma cosa de tantos modos, que al fin no se sabe qué aceptar, ni qué rechazar; juegan con la verdad y la mentira de una manera tan sutil, que no es posible conocerlas. Poned atencion á sus palabras, y pronto no sabreis si existe Dios ó no existe; si Cristo se hizo hombre ó tomó un cuerpo fantástico; si existe algo real en el mundo ó es todo ilusion..... Esos que se ponen en evidencia, á pesar de llamarse doctores de la Iglesia, dirijan sus estudios á las artes sagradas y dejen las liberales; imiten á los apóstoles, no á los filósofos. ¿Qué somos nosotros? ¿Qué son las cosas de que nos encontramos rodeados, que nos alimentan y sostienen? La naturaleza de todas las cosas, ¿es por ventura una sombra vana y engañadora? No sé decir quién me irrita, si el que niega que podemos saber nada, ó el que pretende que nada ignoramos. »

Hijo de los tiempos medios es tambien Tomás de Aquino, uno de los hombres más insignes en la filosofía, el que abandonando las delicias y las esperanzas que le brindaba su condicion, entró en la Orden de los dominicos contra la voluntad de sus padres. Llamábanle sus condiscípulos el buey mudo de Sicilia, porque tenia siempre la boca cerrada; pero Alberto el Grande, cuyas lecciones seguia, obtuvo de sus labios respuestas tan agudas, que exclamó: « Llamamos á Tomás el buey mudo; pero os anuncio que algun día los mugidos de su doctrina se oirán en todo el mundo. »

Con efecto, Santo Tomás no se limitó á propagar sus conocimientos en el vasto campo de la teología; en el terreno de la política, y sus máximas en este sendero, tienden á la democracia, manifiesto contraste en esta época en que imperaba el feudalismo. Santo Tomás sentó las bases del verdadero derecho de gentes, y refiriéndose á la nobleza, decia: « Muchos cometen el error de creerse nobles porque son de noble estirpe, y este error puede rebatirse de varios modos. En primer lugar, si se considera la causa creadora, resulta que Dios, en el mero hecho de formar la raza humana, la ennobleció á toda; si la causa segunda es creada, tendremos que los primeros padres de quienes descendemos, son unos mismos para todos, habiendo todos recibido de ellos igual nobleza y naturaleza. La misma espiga da la flor de harina y el salvado; éste se echa á los cerdos, mientras que la otra ocupa la mesa de los reyes; así del mismo tronco podrán nacer dos hombres, el uno vil y el otro noble. Si lo que proviene de un hombre heredase su nobleza, los insectos de su cabeza y las superfluidades naturales engendradas en él, se ennoblecerian igualmente. Bueno es no desviarse de los ejemplos trasmitidos por los nobles antepasados; pero es más digno de alabanza haber ilustrado un nacimiento humilde con grandes acciones. Repito, pues, con San

» Jerónimo, que en esa pretendida nobleza, lo único digno de envidiar es el estar los nobles obligados á la virtud, por la vergüenza de no degenerar de sus mayores. La verdadera nobleza es la » del alma. »

Al par que los escolásticos adquirían sus triunfos, nació la nueva escuela de los místicos, que buscaba pasto para el corazón, mientras que el método dialéctico lo buscaba en la mente para el espíritu; pero de todas maneras es necesario confesar, que la escolástica corresponde en el campo intelectual al feudalismo en el campo político, porque las dos ideas fundamentales del Criador y de la criatura, establecidas sólidamente por el Cristianismo sobre las ruinas del ateísmo y del panteísmo, eran el estudio constante de los escolásticos.

No fué ajena la Edad media á las ciencias naturales. La medicina tuvo grandes maestros y discípulos aventajados. Además de las enfermedades reinantes convertidas en pestes, se agregaron las que trajeron los Cruzados, como el fuego de San Anton y la lepra, lo cual trajo también la necesidad de buscar los remedios y el establecimiento instantáneo de médicos y curanderos. Se instituyeron varias órdenes religiosas para curar los enfermos, y se cuenta que el mismo Abelardo indujo á los religiosos del Paraclete para que se dedicaran á la medicina. Santa Hildegarda era consultada frecuentemente, y dejó una especie de materia médica llena de remedios supersticiosos, como el helecho contra los sortilegios, el arenque para la sarna, la ceniza de moscas para las enfermedades cutáneas, la algarroba contra las verrugas, y la menta acuática contra el asma.

Gilberto de Inglaterra, el que mejor describió la lepra, pero que estaba dominado por la escolástica, curaba el letargo atando una puerca á la cama del enfermo; en la apoplejía provocaba la fiebre con una mezcla de huevos de hormigas, aceite de alacranes y carne de león. Pedro de España, que fué luego Juan XXI, más prudente como médico que como Papa, escribió una colección de fórmulas para todas las enfermedades, excluyendo los remedios supersticiosos. En el empirismo supersticioso no estudiaban anatomía ni ejecutaban ninguna operación sin consultar ántes las estrellas, pues se suponía la existencia de un estrecho vínculo entre el cuerpo humano y el universo, principalmente los planetas. Los judíos alcanzaron siempre gran fama como médicos y cirujanos, y en los libros talmúdicos se encuentran ideas muy avanzadas sobre anatomía.

Si de la medicina pasamos á las ciencias ocultas de aquella época, veremos que aún en las doctrinas que tocaban más de cerca á la salud, se extraviaban yendo en busca de sueños eficaces, y cedían el primer puesto á aquellas ciencias. Las ciencias ocultas tenían por objeto conocer lo porvenir, descubrir tesoros, transmutar los metales y obtener el remedio universal y el elixir de la inmortalidad. La astrología ejerció un grande influjo en la Edad media. Como el punto decisivo de la vida era aquel en que el hombre venía al mundo, se dedicó una singular atención al astro que tenía el ascendiente en aquel momento. La persona que nacía bajo el ascendiente de Vénus, debía ser voluptuosa; la que nacía bajo el de Marte, sanguinaria: melancólica si presidía Saturno; dichosa si la influencia era de Júpiter, y así sucesivamente. Lo que llevamos apuntado, y otras cosas análogas que omitimos, nos demuestran la manera con que se enlazaban entre sí los errores transmitidos por la superstición pagana.

Al período de la Edad media pertenecen la cábala y la magia. Los matemáticos se extraviaron; el hombre se sorprendía ante la contemplación de los números. Vino la cábala, ciencia que creía poder adivinar las cosas ocultas combinando los números, y adquirir por este medio autoridad sobre

las potestades infernales; y de estos elementos se compuso tambien la mágia, que no tuvo otro origen que el deseo de saber y aumentar los conocimientos, aliándose á los poderes superiores con el auxilio de los cuales se esperaba recibir la influencia divina.

En la Edad media se queria descubrir las causas de todo, y se recurria para ello á potestades superiores. Se figuraban que podia el hombre hacer pacto con el génio del mal, y con su auxilio dominar la naturaleza ó evocar á los difuntos para que revelasen las cosas secretas: en Sevilla y Toledo habia profesores públicos de nigromancia; y estos delirios se convirtieron muchas veces en crímenes, llegando al extremo de degollar á los niños para saciar con su sangre las sombras evocadas por medio de misteriosos talismanes.

Repasemos las crónicas antiguas, y encontraremos otros delirios de las exaltadas imaginaciones de los tiempos medios. Veremos dominadoras de aquellos espíritus fantásticos las ideas que le suministran los tesoros ocultos. Estátuas de mármol con coronas de oro indican con misteriosas inscripciones lugares donde hay grandes riquezas, pero para encontrarlas es necesario ántes comprender de una manera cierta el sentido de la inscripcion.

La alquimia ejerció tambien un poderoso influjo en los ánimos de aquellas gentes fanáticas por todo lo estupendo y maravilloso. Es doloroso que la inteligencia humana se entregase á tales delirios; pero no por eso dejamos de conocer, que era preciso tuvieran tambien las ciencias ocultas su edad de la imaginacion. ¡Cuántas vigiliass no han consagrado al estudio aquellos talentos infatigables cuando se creian á punto de descubrir el remedio universal, ó la piedra del oro! De los trabajos de estos hombres entusiastas que pasaban por adivinos ha nacido la química, ciencia destinada á servir de punto de partida y de vinculo á todos los demás.

Estos sueños subsisten, hasta que aparece para gloria del mundo un fraile llamado Rogerio Bacon. Nuestra época debe considerar á este sabio como al verdadero fundador del método experimental, sobre cuya necesidad insiste valerosamente. Rogerio Bacon mereció el sobrenombre de *Admirable*. Despues de haber estudiado en Oxford y en París, fijó su residencia en aquel pueblo y se entregó con ardor al estudio de todas las ciencias conocidas de su tiempo, y especialmente á las físicas, y adquirió una instruccion superior á su siglo. Sus ignorantes cofrades, celosos de su mérito, y además irritados contra él porque habia censurado las costumbres disipadas del clero, le acusaron de sortilegio á pesar de haber escrito tanto contra la mágia. Fué condenado á prision, y pasó en los calabozos la mayor parte de su vida. Pero al advenimiento del Papa Clemente IV, que le consideraba mucho, recobró la libertad, y á la muerte de este Pontífice volvió á ser objeto de nuevas persecuciones, habiendo sido encerrado en París por espacio de diez años en el convento de los franciscanos. A este fraile se atribuye la invencion de la pólvora de algodon, la del telescopio y la de una sustancia combustible semejante á la del fósforo, y lo prueba con los escritos donde se encuentran pasajes que acreditan estas invenciones. Este fraile fué el que propuso en 1267 la reforma del calendario. Pero su mayor mérito estriba en haber renunciado al método puramente especulativo, y haber aconsejado y practicado él mismo el experimento. No obstante, á pesar de su merecida reputacion, no se exceptuó de los errores de su época, puesto que dió crédito á la alquimia y á la astrología. Bacon ha dejado escritos sobre casi todos los ramos de los conocimientos humanos. Bacon decia, que las matemáticas eran el instrumento más poderoso para penetrar en las ciencias, la que precede á todas las demás y nos dispone á comprenderlas.

Perfeccionóse en cierto modo la geografia, y á ello contribuyeron en gran manera los viajes que se emprendian por devocion, y que dieron origen á que se escribiesen muchos itinerarios.

VIII.

La caballería en la Edad media puede considerarse como un establecimiento político y militar. Es el incidente más notable de la historia europea entre el establecimiento del Cristianismo y la revolucion del 93. Fué la exaltacion del sentimiento generoso llevado á la exageracion; una institucion que guiaba á los hombres de valer á proteger al débil, cualquiera que fuese su condicion y jerarquía; y sobre todo, á rendir vasallaje á la mujer con formas extravagantes y muchas veces ridículas, pero que revelaban la elevacion que habian tomado las facultades morales del entendimiento. La palabra *honor* era el símbolo que guiaba al caballero á emprender maravillas, el estímulo que le llevaba á la gloria.

Algunos historiadores han querido hallar puntos de contacto, y una semejanza bastante acentuada, entre los héroes de la antigüedad y los caballeros de los tiempos medios. Ved á Héctor combatiendo en defensa de la patria; á Hércules y Teseo vagando por el mundo para matar mónstruos y gigantes. Es verdad que en los héroes de Grecia y en los paladines de la Edad media se ven representadas las pasiones hácia lo grande; pero la mujer, á los ojos de los antiguos, no tenia más valor que el que le daba la hermosura.

La fuente de la caballería se encuentra entre los germanos, donde la mujer era objeto de una veneracion muy semejante al culto, y donde las disputas se ventilaban por los duelos. De todas maneras, es necesario confesar que la caballería no podia, fuera del Cristianismo, conservar su lealtad, ni su reputacion, ni la fidelidad á una sola mujer. La caballería no se mostró en un solo país, sino en toda Europa, y algunas veces hasta fuera de sus límites. Los primeros ejemplos se encuentran entre los borgoñones; su principal teatro fué el Mediodía de Francia, donde siempre estuvo mejor organizada, y era celebrada en los cantos de los trovadores; desde allí se extendió por Cataluña, por Castilla, por toda España, de suyo caballeresca, en atencion á que el pueblo no se dividia en vencedores y vencidos, sino que todos adquirian la nobleza protegiendo su independencian y la de la nacion. Muy caballeresca fué la Alemania; pero á pesar de todo, esta caballería no adquirió nunca aquel colorido galante que tanto distinguió á la francesa y á la española. Cada pueblo modificó, segun su carácter peculiar, esta institucion, que aunque nunca alcanzó á todas partes la sublimidad ideal de sus sentimientos, excitó no obstante nobles esfuerzos, y vino á ser, andando el tiempo, un manantial inagotable de generosidades.

La historia de la caballería se puede dividir en tres períodos; el heróico, el femenino y el artificial. En el primer período prevalece la guerra; en el segundo dominan las dulces inspiraciones, los modales y la cortesía; y en el tercero lo falso, el cálculo, pues se especulaba hasta con los prisioneros. Al primer período pertenecen los romances; al segundo los caballeros de la Tabla Redonda, y al tercero la inmortal sátira de Cervantes.

Por lo tanto, el feudalismo suministró á esta institucion sus castillos y las armaduras, que convertian al caballero y á su caballo en una masa de hierro y de bronce impenetrables á las armas del

contrario. El feudalismo perfeccionó la vida del caballero. A la edad de siete años se sometía al hijo del noble á una educacion varonil y robusta por medio de los juegos militares; y cuando salía de la infancia, entraba de paje ó de doncel en casa de algun baron famoso por la antigüedad de su estirpe ó por sus proezas. Al par que servía á las damas, aprendía á amar á Dios y á practicar las reglas de la virtud y del decoro. Desde la categoría de doncel, si habia ya cumplido catorce años, pasaba á la de escudero, y ciñendo espada, calzaba la espuela de plata, poniéndose bajo las órdenes inmediatas de algun paladin, á quien servía personalmente. En los torneos tenia que pedir la gracia para que le permitiesen cruzar una lanza y dar con ello pruebas de su valentía.

Para penetrar en la Orden de caballería, el iniciado tenia ántes que someterse á las pruebas más solemnes y rigurosas, pues precedían á su entrada algunas oraciones y penitencias. Velaba sus armas la noche anterior al día de la solemne investidura, y despues, acompañado de los padrinos, se arrodillaba al pié del altar para armarse y jurar fidelidad, defender á Dios y á su Santa Madre, y portarse en todos los actos de su vida como cumple á todo leal caballero. El que armaba á un neófito, tenia indispensablemente que ser tambien caballero, y el iniciado quedaba desde aquel instante ligado al que le habia armado con un parentesco espiritual, y no podia por lo tanto en ningun trance de la vida dirigir sus armas contra él, ántes bien le debía sumision y respeto.

Estos usos variaban segun los pueblos y las circunstancias; pero el acto era siempre solemne y acompañado de pomposas ceremonias. Los caballeros eran de cuatro clases. Caballeros bañados, caballeros de aparato, caballeros de escudo y caballeros de armas. Los caballeros bañados se armaban con grandes y ruidosas ceremonias, debiendo bañarse y purgarse de toda clase de vicios. Los caballeros de aparato eran los que tomaban la caballería con un traje verde oscuro y una guirnalda dorada; dábase el nombre de caballeros de escudo á los que se hacían por los pueblos y los señores, é iban á recibir la Orden de caballería con el casco en la cabeza; y se llamaban caballeros de armas, á los que al principio de las batallas ó durante la refriega eran armados caballeros. En Sicilia, la forma del aparato militar consistía en el espaldar y el manto de tafetan; la espada guarnecida de plata; la silla con el freno y las espuelas doradas, y un par de vestidos de cualquier color, exceptuando el de escarlata.

Las principales obligaciones del caballero consistían en servir á Dios, ser cortés con todo caballero, deponiendo el orgullo; no adular, no revelar ningun secreto; mostrarse leal en obras y palabras, cumplir lo prometido, amparar á los pobres y á los huérfanos, y esperar de Dios la recompensa debida á sus buenas obras.

Circulaban entre los caballeros ciertas máximas ó proverbios que se conceptuaban como leyes inviolables de honor. Entre los muchos que existían, recordamos los siguientes: «Quien no sabe sufrir el bien y el mal, á grande honor no puede llegar.—El que desea caballo de oro, tiene ya en la mano la brida.—El buen caballero debe herir alto y hablar bajo.—Herir el primero en la batalla, y hablar el último en la asamblea.» En tiempos que se llamaban de hierro, solamente la Iglesia podia inspirar sentimientos tan delicados. Se apoderó de este, como de los demás elementos de la sociedad, para depurarlo de su parte material.

Estos eran los hombres, que tan luego como se encontraban armados caballeros, si la guerra contra infieles, ó la peregrinacion á los Santos Lugares, no les señalaban el derrotero de su vida militar y religiosa, acompañados de un escudero y ciñendo una banda ó una cinta, regalo de la dama de sus

pensamientos, salían en busca de aventuras, ora visitando lugares desconocidos, ó buscando afanosamente á algun castellano guerrero que se habia hecho célebre por sus proezas, para medir con él sus armas en el campo ó en el torneo. Si penetraba en la ermita, oraba como ermitaño; si entraba en el monasterio, oraba con el monje; y si pedía hospitalidad en el castillo, bajábase el puente levadizo y era admitido en el hogar del castellano, donde refería sus aventuras, revelaba su origen y prosapia; ó bien pernoctaba de incógnito por convenir á su propósito, cuyo secreto era respetado por el dueño y familia del castillo.

Si llegaba á noticia de algun caballero que alguna dama gemía en horrible cautiverio, marchaba con denodado afán de aventurero, y retaba al opresor. El caballero que faltaba á sus deberes sufría la pena de ser degradado como desleal. Se hacían pedazos sus armaduras, le despojaban de la espuela, su escudo era arrastrado por tierra atado á la cola de un caballo, y los heraldos pregonaban por todas partes su villanía, mientras que el clero fulminaba contra él los anatemas.

Estas extravagancias, aún cuando rodeadas de ciertas virtudes, tenían necesariamente que decaer. La razón, ya adulta, iba relegando á lo pasado la magia, los encantamientos, y las mismas leyendas empezaron á sujetarse al exámen de la prudencia. Como el imperio de la ley se iba poco á poco entronizando en los pueblos, villas y ciudades, era innecesaria la proteccion aislada y arbitraria de los paladines y desfacedores de entuertos. Mucho influyó tambien para este cambio el esfuerzo de la monarquía en constituir gobiernos poderosos que pusieran coto á los abusos de los caballeros feudales, y de este modo se fué caminando hasta llegar al período en que tanto predominó el espíritu de las aventuras con el descubrimiento de América, y las justas europeas de la caballería se convirtieron en guerras sangrientas para satisfacer la ambicion desmedida de los reyes.

En España, el sentimiento que habia inspirado la caballería, careciendo de objeto, por ser el país que más se habia entregado á las aventuras y á los descubrimientos, llegó á ser tan ridículo, que el autor del *Quijote* mereció bien de la patria, por haber herido con el aguijon de la sátira una institucion que habia sobrevivido á los males, y cuyo remedio se habia propuesto. Hoy que miramos con sangre fria las extravagancias de la Edad media, el nombre de caballeros audantes resuena en nuestros oídos como uno de los más grandes delirios de la razón humana.

La literatura y las artes experimentaron los efectos de aquella institucion moral, religiosa y guerrera, que excitando la imaginacion y la poesía dieron márgen á que aparecieran Dante, Petrarca, Ariosto, Tasso, Cervantes, Calderon, Lope, Quevedo y otros ingenios no ménos notables y asombrosos. No negamos que la caballería careció de un desarrollo completo y como pertenecía á una institucion verdadera, pero útil en su estado ideal como otras tantas utopias, que son mejoras incompletas que proporcionan un bien efectivo por distintos rumbos.

Las Ordenes religiosas fueron tambien instituciones benéficas que dieron á la sociedad resultados benéficos y positivos, porque vimos asociada á la Iglesia con la milicia. De aquí los Templarios sometidos á los votos de castidad, pobreza y obediencia, sin omitir el combate, para velar por la seguridad de los peregrinos. Nació tambien por aquellos tiempos la Orden Teutónica, que gozó de los mismos privilegios y ejerció idénticos beneficios. Vióse además el incremento que tomó la Orden del Toison de Oro, instituida por Felipe el Bueno. Fué particular á Italia la Orden de los Hermanos Gaudentes de Santa Maria Gloriosa, que sin estar obligada al celibato ni á vivir en comunidad, se consagró al servicio de Dios y de los hombres. La Orden de Nuestra Señora de Belén, la de

la Escuela de Oro, y otras muchas que omitimos por ser muy conocidas, y para cuyo catálogo necesitaríamos un volumen, justificaron las tendencias de aquellos tiempos y las condiciones sobre que se hallaba asentada la sociedad europea.

Armas, escudos, divisas, emblemas, nombres, apellidos, títulos, torneos, damas, tribunales de amor, mesas francas, banquetes, bufones, fiestas eclesiásticas, romerías, peregrinaciones, misterios, trovadores, leyendas, novelas, romances, encantamientos, hé aquí los atributos de la Edad media, los símbolos de aquel período de heroísmo y de fantasía, de aquella sociedad cristiana, que ha consignado en la historia páginas de gloria y de barbarie, de bondad y fiera, y de humildad y soberbia al mismo tiempo.

IX.

Resumamos. La irrupcion de los bárbaros vino á destruir el edificio de los siglos y á borrar el nombre del imperio romano. Pero como las pasiones que aspiran á una independencia brutal no sufren nada fijo, ni duradero, ni obligatorio, no pudo cimentar la sociedad bajo las bases de la conveniencia, y por eso la mision exclusiva de los bárbaros fué la de destruir y hacinar ruinas sin meditar lo que debia edificarse despues. Pero aquellos vigorosos caracteres que no sabian obedecer, sabian, no obstante, sacrificarse, y tuvieron el instinto del honor, que fué desconocido de los antiguos, y del cual se valió el Cristianismo para sus más laudables propósitos.

Sobre aquel caos de sangre y de ruinas se vió levantarse un espíritu superior á todas las vicisitudes, esto es, el espíritu cristiano, y por consiguiente el de la civilizacion.

Las ventajas producidas por la invasion de los pueblos del Norte son visibles aún para los más cortos de vista, comparando la desoladora monotonía y el lento agonizar del imperio de Oriente con la resucitada civilizacion de Europa, donde lo antiguo se mezcla y se encuentra en disonancia con lo moderno.

Mahoma en el Mediodía prepara una reaccion terrible. El árabe, con un culto sin sacerdocio y una moral fundada en los deleites, sacrificó más victimas humanas que todas las creencias.

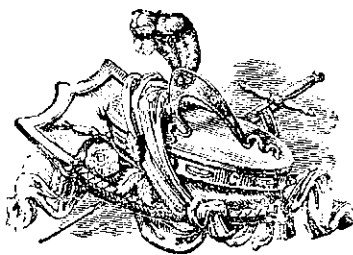
Al poder oriental, personificado en los califas, se opone el Occidente concentrado en los Papas. Los eclesiásticos, ejerciendo un sacerdocio duplicado, esto es, el de la religion y el de la justicia civil, fundaron una autoridad inerme. Siendo el vicio capital de la Edad media llevarlo todo al exceso y á lo absoluto, la mútua tutela degeneró en arrogancia y en tiranía, y roto el equilibrio se llegó á combatir con los anatemas y las espadas, y estas largas y sangrientas disidencias retardaron el triunfo de la civilizacion cristiana.

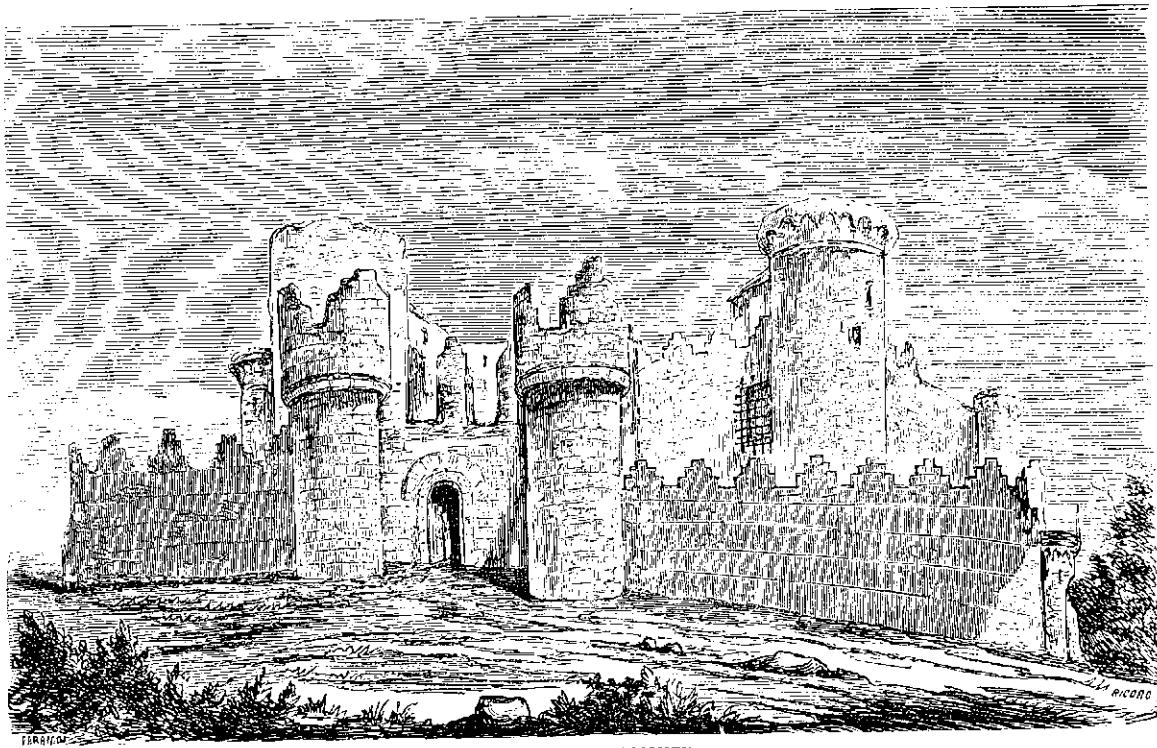
Pero ¿qué hubiera sido de la civilizacion cristiana si la division se hubiese presentado cuando el islamismo lanzó el grito de guerra sobre el Occidente? En contraposicion de este grito lanzaron los Cruzados otro más poderoso contra el Oriente, y bajo el lema de *Dios lo quiere* llegaron á Jerusalem. El feudalismo, que ya habia producido sus frutos devolviendo la poblacion á las campiñas, desarrollando en el aislamiento los efectos domésticos y honrando á la mujer, comenzó á debilitarse cuando se agruparon los peligros, y aprendieron á obedecer. Antes de vilipendiar á la Edad media,

recordemos que aún existen vestigios de lo que se propuso destruir, porque todavía ondea sobre el harem y sobre los mercados humanos el pendon de la media luna.

Pasan los tiempos entre ruinas y catástrofes; pero el imperio de Occidente sube á su mayor altura, y la potestad pontificia llega á su mayor esplendor y pone límites á los desmanes de los poderosos inaugurando de este modo las franquicias representativas, y empieza á figurar el pueblo. Se complica la lucha entre el feudalismo y la Iglesia, el imperio y los municipios; comiézase á pensar en los campesinos, en la manumision de los esclavos; se propaga la idea de la libertad civil; decaen los privilegios, y se robustece la potestad de la corona. El espíritu caballeresco pierde su ferocidad, y se hace humano y generoso; la jurisprudencia pone al derecho en el puesto que le habia usurpado la violencia; salen de la infancia los idiomas y tiene comienzo la unidad del pensamiento, hasta que llega Europa al término señalado por la Providencia, y España es el teatro de la última lucha en que sucumbe el feudalismo, abatiendo el estandarte del Profeta, que le arranca de los muretes de Granada.

Ildefonso Antonio Bermejo.





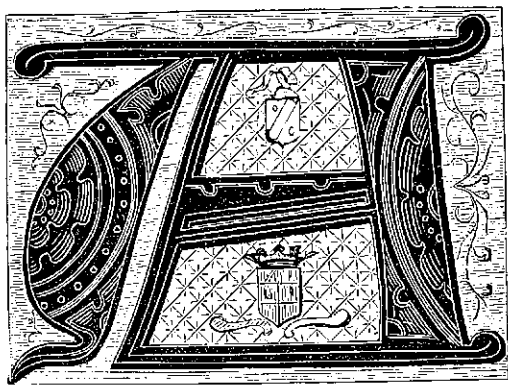
CASTILLO DE BELMONTE.

EL CASTILLO DE BELMONTE.

DEDICADO Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

Condesa viuda del Montijo y de Miranda, Duquesa de Peñaranda, etc.

I.



A describir el antiguo castillo cuyo nombre figura á la cabeza de este capítulo, faltaríamos á un alto deber de gratitud si no dedicáramos nuestro modesto trabajo á la ilustre dama española, á la constante y decidida protectora de todo pensamiento grande y fecundo, que ha conseguido por su vigorosa iniciativa levantar en el centro de España un monumento artistico convertido ayer en un monton de escombros, admirado hoy por cuantos acuden á visitar aquel lugar de históricos recuerdos, y que trasmitirá mañana á las generaciones venideras la memoria de la noble condesa á quien se debe la conservacion de aquella gloria nacional.

¿Qué era el castillo de Belmonte hace pocos años? Oigamos la exclamacion de profundo dolor que la vista del entónces ruinoso edificio arrancaba á un escritor contemporáneo:

« Lo que de castillo tiene el edificio, decia, se conserva mejor que su ornato de alcázar, y los vestigios de su fortaleza sobreviven á los de su pompa y suntuosidad. Sembrado de escombros aparece el patio de figura aproximadamente triangular, y en pié dos alas de su pórtico, cuyos arcos

achataados, pero esbeltos, se engalanan con follajes y colgadizos que arrancan de las aristas de los mismos pilares; el gótico brocal del pozo asoma en medio entre dos gruesas columnas labradas en espiral; las habitaciones bajas, derruidas ó trocadas en establos, conservan restos de pintura en su enmaderado techo, y anchas orlas de elegantes labores vaciadas en yeso alrededor de sus puertas y ventanas. Pero en las salas superiores es donde más lamentable y completa ha sido la desolacion; hundida yace la galería que sobre el pórtico se levantaba; fáltale á una estancia el pavimento, á otra la techumbre; y las grandiosas chimeneas ceñidas de arabescos, las gallardas puertas ojivales flanqueadas por agujas de crestería, quedan suspendidas al aire sin comunicacion entre sí. Más allá se descubren sólo vestigios de un magnífico artesanado impuesto sobre primorosa cornisa de piedra, y á través de aquel laberinto de ruinas persevera únicamente intacto, como para muestra del esplendor antiguo, un cuadrado que se destinaba á capilla.

» ¡Ah! continuaba el escritor á que nos referimos; ¿por qué ha de perecer tan bella, tan magnífica, tan robusta en su amazon y marcial en su apostura, la mansion de los formidables Pachecos? ¿Tanto cuesta á los herederos de sus dominios levantar las caidas paredes, sostener los vacilantes techos, cerrar las pertinaces goteras que lentamente acaban con aquella solidez que los golpes del ariete desafiara? Si hasta los monumentos que pertenecen al patrimonio de una familia ilustre, y á los cuales andan vinculados sus blasones y recuerdos de gloria, no hallan amparo ni cariño en sus mismos poseedores, ¿qué mucho que en esta época de individualismo abandone la nacion al saqueo y á la ruina, como bienes sin dueño, el tesoro de sus artísticas é históricas grandezas?..... ¿Generacion indiferente y destructora! ¿Pides al poeta melancólicas inspiraciones, pides al artista un fiel trasunto del espirante edificio; y como quien cuida más de los funerales que de la vida de un importuno viejo, crees hacer bastante con que su muerte sea plañida y su fisonomía conservada! »

Si la obra que acabamos de citar se hubiese escrito algunos años más tarde, no habria terminado ciertamente su autor con tan sentido apóstrofe la descripcion del castillo del Belmonte, tal como entónces se encontraba. La antigua fortaleza feudal pertenece en la actualidad á nuestra ilustre compatriota la emperatriz de los franceses, que conserva en el primer trono del mundo el cariño que siempre profesara á su patria, y se muestra celosa de sus glorias. No era posible que desapareciera en poder de tan egrégia dama el majestuoso alcázar de la Edad media, testimonio indeleble de la grandeza y esplendor de sus predecesores. Debía, por el contrario, renacer como el ave fabulosa renace de sus cenizas, y ha reaparecido, en efecto, sobre sus ruinas.

Es un esfuerzo maravilloso de iniciativa, un verdadero milagro producido por el genio y la constancia, cuya gloria corresponde á la condesa del Montijo, iniciadora del pensamiento, y bajo cuya direccion inteligente se han ejecutado las obras de reconstruccion, próximas á su término. Principiaron éstas hace siete años, y el castillo de Belmonte restaurado completamente, conservando su carácter especial y su arquitectura primitiva, ofrecerá muy pronto el aspecto que presentaba en los dias de su esplendor pasado, cuando el célebre Maestre de Santiago desafiaba desde tan fuerte asilo el poder de los señores de Castilla y de su mismo soberano.

En los momentos actuales, cuando por todas partes vemos escombros y ruinas ocupando el lugar en que admirábamos un dia maravillas artísticas, monumentos históricos, que atestiguaban nuestra perdida grandeza, inspirándonos su vista el más profundo respeto hácia las generaciones que nos

precedieron, censuradas hoy por quienes son incapaces de imitarlos, es altamente consolador ver cómo reaparece sobre las alturas de Belmonte el castillo señorial, mudo testigo en épocas lejanas de algunos de los acontecimientos más notables de nuestra historia.

Mientras la piqueta revolucionaria destruye sin objeto en las ciudades iglesias, conventos y fortalezas, cual si tratara de asentar su imperio sobre un campo de desolacion y exterminio, la morada de los ilustres Pachecos, restaurada por una distinguida dama de la aristocracia española, heredera de sus timbres y blasones, aparece como una muda protesta de la España antigua, que dice á nuestros pretendidos regeneradores: « Ya que no podeis competir en heroismo, en virtudes ni en saber con vuestros antepasados, respetad, al ménos, sus recuerdos. »

Los tiempos cambian, sucédense los siglos, altéranse las costumbres de los pueblos; y las naciones, unas progresando, retrocediendo otras, suelen mudar de aspecto modificándose sensiblemente las condiciones distintivas de su carácter. Esta ley ineludible de la naturaleza ha hecho sentir sus efectos entre nosotros; no somos lo que fuimos, por más que se conserven afortunadamente en nuestra patria las virtudes que tanto enaltecieron siempre á sus hijos: el valor, el desprendimiento, la abnegacion y la hidalguía.

Pero si en el sexo fuerte observamos una diferencia de carácter cuya comparacion con el de nuestros antepasados no seria en todos los casos ventajosa, podemos afirmar que la mujer española se mantiene fiel á las tradiciones de los tiempos caballerescos, conservando puro en sus pechos el sentimiento del honor y de la virtud, como conserva en el rostro los atractivos que aseguran su avasalladora influencia. En esa colectividad que admiramos ocupa en nuestros dias un lugar preferente la noble condesa del Montijo, objeto de especial cariño por parte de los que cultivan su ameno trato, de veneracion y respeto por parte de los muchos desgraciados que sólo la conocen por sus beneficios.

II.

Hállase situada la poblacion de Belmonte en la provincia de Cuenca, á cuyo obispado pertenece. Fué en su principio una pobre aldea, conocida con el nombre de las Chozas, que cambió despues por el que conserva en la actualidad. El rey Don Pedro I la elevó á la categoría de villa, otorgándole varios privilegios y colocando varios pueblos bajo su jurisdiccion.

Asiéntase la villa sobre dos eminencias no muy elevadas, divididas por un estrecho valle, ocupando el castillo la más alta, que está al Oriente, y la otra las casas de la poblacion, entre las que descuella la antigua iglesia colegial. Rodeábala una extensa muralla, formando de trecho en trecho puertas fortificadas que aún existen y conservan sus primitivos nombres, de *San Juan* la del N., *Chinchilla* la del S., y *Monreal ó Toledo, Puerta Nueva* y del *Almudi*, las del O. La iglesia parroquial, objeto de la proteccion constante del célebre Don Juan Pacheco, marqués de Villena y gran maestre de Santiago, que casi la reedificó á sus expensas, fué erigida colegial en virtud de la bula expedida por el Sumo Pontífice Pio II, en Mántua, á 9 de las Kalendas de Diciembre de 1459, siendo consagrada el 21 de Marzo de 1460. Cuenta Belmonte entre sus más preclaros hijos al Padre Alonso Pacheco, de la Compañía de Jesús, que sufrió el martirio predicando el Evangelio en las Indias, y al Padre Montoya, de la Orden de los Agustinos, Provincial que fué de Lisboa, donde se conservan sus

restos. Ambos merecieron por sus virtudes ser colocados en el número de los Santos. También fué natural de la citada villa ú oriundo de ella, el eminente poeta Fray Luis de Leon, una de las glorias más puras y legítimas de la literatura patria, y cuyo nombre, que ha llegado hasta nuestros días rodeado de la aureola del genio, pronuncian hoy con veneracion y respeto los escritores contemporáneos. Terminaremos estas breves noticias con la descripción de las armas de la villa: fórmanlas una encina y un pino, leyéndose alrededor del escudo el siguiente lema:

« *Petrus Rex sponte villam fecit de Belmonte.* »

Salió esta villa por primera vez del dominio de la corona como parte integrante del marquesado de Villena, del que se hizo merced al infante Don Manuel, hijo del rey Don Fernando III *el Santo*, y hermano de Don Alfonso *el Sabio*. Habiéndose extinguido la sucesion directa de los primitivos poseedores, fué agregada de nuevo á la corona en tiempo de Don Pedro I, el cual, como ántes hemos dicho, concedió á la villa muchos privilegios, ensanchando al mismo tiempo su jurisdiccion. Al subir al trono Don Enrique III, y deseoso este monarca de favorecer á los nobles que más se habian distinguido defendiendo su causa, cedió el marquesado de Villena con la villa de Belmonte á Don Alonso de Aragon, conde de Dénia y Ribagorda, quien lo poseyó, hasta que con motivo de la restitucion de las dotes de las hermanas del rey, capituladas con Don Alonso y Don Pedro, hijos de dicho marqués, y con otros pretextos, hubo de suscribir un convenio, por el cual renunciaba aquella parte de sus dominios, recibiendo en compensacion el ducado de Dénia.

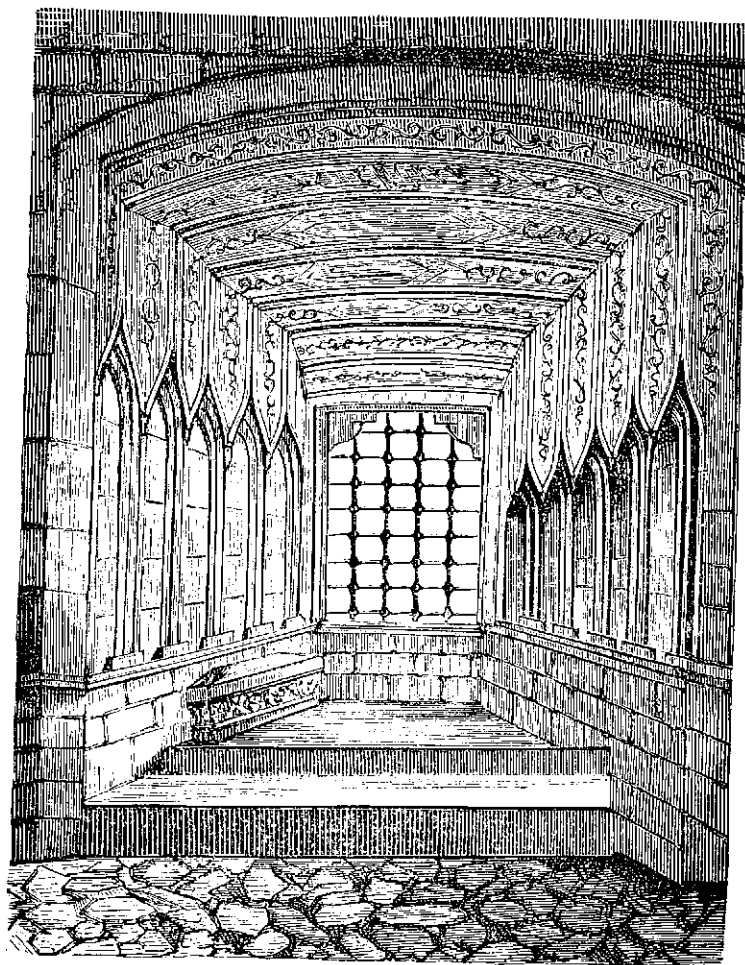
El origen de la posesion de Belmonte y su castillo por la ilustre familia á quien hoy pertenecen, se remonta al reinado de Don Enrique III, llamado *el Doliente*. Queriendo el monarca recompensar los numerosos y relevantes servicios que habia recibido de Don Juan Fernandez Pacheco, le donó, despues de otorgarle otras mercedes, la villa referida con todas sus rentas y derechos, expidiendo el oportuno decreto en Tordesillas el día 16 de Mayo del año 1398. Repugló el pueblo desde luego salir del dominio de la corona, y la repugnancia se convirtió bien pronto en abierta hostilidad, fundándola en los privilegios otorgados por el rey Don Pedro, y en las promesas hechas á nombre del mismo Don Enrique III por el doctor Don Pedro Sanchez, quien ofreció que S. A. no la cederia jamás, estando decidido á conservarla en su mayorazgo. Esta resistencia dió lugar á una segunda resolucion régia, confirmatoria de la anterior, que fué expedida el 23 de Setiembre de dicho año, por lo cual se mandaba á todas las ciudades, villas y lugares del reino, y especialmente al Adelantado Mayor de Murcia, que hicieran llevar á debido efecto las órdenes soberanas.

Reconociendo entónces que la resistencia sólo conduciría á agravar el estado de las cosas en perjuicio del pueblo, los habitantes de Belmonte se avinieron á dar la debida posesion á Don Juan Fernandez Pacheco, habiendo aprobado el rey previamente las condiciones que vamos á relatar:

- 1.^a Que el nuevo señor ofreciera no volver la vista á lo pasado, olvidando todo género de resentimiento por las ofensas que se le habian inferido.
- 2.^a Que respetara el privilegio de apelacion ante el rey.
- 3.^a Que guardase con fidelidad los fueros de la villa, dejándole sus propios, como los tuvieron en tiempos anteriores.
- 4.^a Que no apremiara á persona alguna ni la solicitara para contraer matrimonio contra su voluntad.

5.^a Que la villa nombrase anualmente los jueces que habian de entender en los pleitos y querellas que se suscitaran.

Aceptadas las capitulaciones que preceden, fueron juradas con las formalidades de costumbre, no sólo por Don Juan Fernandez Pacheco, sino tambien por los señores Don Alonso Tellez y Doña Maria Pacheco, su esposa, para el caso en que recayese en ellos la herencia del señorío, ó llegaran á poseerlo en virtud de contratos ulteriores. Cumplidos estos requisitos, se dió posesion pacífica al agraciado, quedando así cumplimentadas en todas sus partes las órdenes del rey. La villa de Belmonte continuó formando parte de los dominios de la poderosa familia de los Pachecos, á cuyos descendientes pertenece en la actualidad el señorío, siendo digno de notarse que la aversion manifestada en un principio por los habitantes hácia sus nuevos señores, se cambió muy pronto en un afecto sin límites y un cariñoso respeto, constando en los archivos de la casa, que ninguno de los lugares de su pertenencia ha promovido ménos pleitos, querellas y disgustos.



VISTA INTERIOR DE UNA VENTANA DEL CASTILLO DE BELMONTE.

En el siglo xv llegó á su mayor apogeo la prosperidad de Belmonte, siendo objeto la villa de una predileccion especial por parte de su señor el célebre Don Juan Pacheco, marqués de Villena, gran maestre de la Orden militar de Santiago y favorito predilecto del monarca, á quien dominó hasta su muerte, y contra el cual estuvo casi siempre en lucha declarada ó encubierta. Conocida es por cuantos se han dedicado al estudio de la historia patria la parte activa que tomó el poderoso magnate en los acontecimientos de aquella época, tan fecunda en disturbios de todo género. No nos detendremos, por lo tanto, en reseñarla, ni nos seria posible siquiera el intentarlo, dadas las condiciones especiales de esta obra. Haremos, sin embargo, constar, que por entónces se edificó el castillo

que domina á la villa, y cuya restauracion está próxima á terminarse, como hemos indicado, bajo la proteccion de la ilustre dama cuyo nombre figura al frente de esta breve y desaliñada narracion. Los Estados del marqués de Villena presenciaron no pocas luchas de las infinitas que en aquellos tiempos se sucedieron, y á la fortaleza de Belmonte fué conducida por el gran maestro de Santiago la infortunada princesa Doña Juana, hija de Enrique IV, y conocida por el nombre de la *Beltraneja*, albergándose allí desde la retirada de Villena hasta la capitulacion de Chinchilla. Conócese todavía con el nombre de la *Princesa* la puerta reservada del castillo por donde hizo su entrada, y por la que sólo entraban y salían los señores y altos personajes.

El célebre Don Juan Pacheco falleció el 19 de Diciembre de 1474, á los cincuenta y dos años de edad. Sus sucesores continuaron en posesion del Estado de Belmonte, perteneciendo hoy, segun indicamos en otro lugar, á S. M. la emperatriz de los franceses, que lo recibió por herencia de su padre el conde del Montijo y de Miranda.

III.

El castillo-alcázar de Belmonte pertenece al orden gótico-arábigo, y fué construido á expensas del precitado Don Juan Pacheco, marqués de Villena, desde el año 1455 al 70. Dos ramales de muralla, de estilo romano, partían en direccion NO., hallándose situada la fortaleza sobre el cerro del E. que domina la poblacion. Hé aquí la descripcion de este monumento histórico, verdadera riqueza artística, que tomamos de una excelente obra contemporánea:

« Descuella el castillo sobre su cónico pedestal, no enriscado y amenazador como tiránico dueño, sino accesible por todos lados por suave cuesta, como quien ejerce una autoridad pacífica y tutelar. Seis colosales torres redondas, ceñidas de madillones en su mayor parte, las unas con escamas, las otras con arquitos esculpidos en el vacío de aquellos, forman los puntos cardinales de su exágona planta, de cuyos lienzos los tres son rectos y describen ángulo hácia adentro, trazando, en cierto modo, una estrella. Escalonadas alménas, cual vistosas plumas de encaje, coronaban un tiempo sus muros, y corren todavía fantástica y gentilmente alrededor del ante-mural ó barbacana, trepando por cima de los torreones exteriores ó suspendidas cual aéreas agujas sobre la puerta de entrada. Unica es ahora la que al cercado recinto introduce mirando hácia el pueblo, despues que se tapiaron las dos restantes, la una denominada *del Campo*, frente á la reja de hierro, la otra *de Peregrinos*, acaso por la cruz y las veneras de Santiago en su dintel esculpidas. »

En la primera parte de esta reseña hemos expuesto el lamentable estado de abandono en que se encontraba el interior del edificio hace pocos años, y los costosos esfuerzos que se están haciendo para adelantar las obras de reconstruccion, ya próximas á terminar.

El castillo de Belmonte, considerado en su época como un formidable baluarte, estaba provisto de los necesarios medios de defensa para sostener un largo asedio, deteniendo durante mucho tiempo ante sus muros á las fuerzas que pretendieran expugnarlo. Su artillería era del mayor calibre entonces conocido, y llama la atencion que se colocaran tantas piezas en tan reducido recinto. Segun aparece en el inventario judicial que existe en el archivo de la casa del Montijo y de Miranda, y se formó el 6 de Mayo de 1672 por Don Alonso Nicolás Urrea, corregidor y justicia mayor de la villa, encon-

tráronse cinco pedreros y siete morteros de hierro, todos de antigua construccion, los cuales, despues de inventariados, se constituyeron en depósito para mayor seguridad; á pesar de estas precauciones, la artillería del fuerte ha desaparecido posteriormente: como medios de defensa serian hoy inútiles; pero es de lamentar su extravío, considerándolos como recuerdos históricos siempre de gran valor.

El 6 de Diciembre de 1529 tomó posesion de la fortaleza Doña Juana Enriquez, duquesa viuda de Escalona, marquesa de Villena y condesa de Santisteban, en nombre de Don Diego Lopez Pacheco, su hijo, menor de edad, de quien era tutora y curadora, rindiéndole pleito homenaje Hernando Pacheco ante el justicia mayor de los Estados de Villena, y sacándose del acto el oportuno testimonio, que existe hoy en el archivo de la casa de Montijo. En él hemos tambien hallado la reseña de la visita de reconocimiento del castillo que hizo el licenciado Ariz en Mayo de 1550, por especial encargo de su señor. De ella aparece que las obras de fábrica expuestas á la intemperie habian sufrido algunos desperfectos susceptibles de fácil y poco costosa reparacion; pero el interior del alcázar estaba bien conservado, datando de tiempos posteriores su ruina.

Ninguna tradicion romancesca se conserva hoy del castillo de Belmonte en la época de su esplendor primitivo, y sin embargo, aquellas mudas paredes debieron presenciar interesantes escenas, fraguándose tal vez en su fastuoso recinto muchas de las intrigas que dieron triste celebridad al reinado infeliz de Enrique IV de Castilla, y que fueron dirigidas en su mayor parte por el marqués de Villena. En tiempos más cercanos, sus sucesores se distinguieron por su adhesion á la causa de Felipe V, á quien prestaron grandes servicios durante la guerra de sucesion. La situacion del Estado de Belmonte les sirvió maravillosamente, eligiéndolo como punto estratégico para detener los socorros que recibia de Portugal el archiduque Carlos de Austria, aspirante á la corona, y vigilar al mismo tiempo las fuerzas que operaban en el reino de Valencia. En la historia de las últimas guerras de la Península ya no figura la fortaleza de Belmonte, ni siquiera se menciona su nombre: no hay que extrañarlo; mal podia aquel abandonado alcázar servir de base de operaciones militares, ni prestar á los guerreros seguro asilo, cuando sus muros se desmoronaban y no bastaba su techumbre ruिनosa á defender contra el rigor de los elementos las maravillas artísticas que se encerraban dentro de su mágico recinto.

IV.

Hoy todo ha cambiado de aspecto. España conservará por largos siglos aquel vivo testimonio de otros siglos que pasaron, y que suelen calumniar las generaciones de pigmeos de estos últimos tiempos que no alcanzan á comprender su grandeza. Grandeza ruda, producto algunas veces de hechos censurables; pero que oscureció la de las demás naciones de su época, ninguna de las cuales supo dar cima á las empresas que acometieron con asombro del mundo los soberanos de Leon y Castilla, de Aragon y Navarra, al frente de sus nobles magnates y secundados por el pueblo entero, ávido de gloria.

El castillo de Belmonte subsistirá restaurado en medio del vasto campo de desolacion que por todas partes le rodea, y los amantes de las artes consagrarán un recuerdo indeleble de gratitud á las

ilustres damas cuya poderosa iniciativa ha operado este prodigio. Pero llegado que sea el día, ya muy próximo, de la terminación de las obras, los viajeros deseosos de visitarlas habrán de vencer dificultades incomprensibles en este siglo de universal movimiento, y sufrir molestias que les harán repetir, si son extranjeros, esa frase que tantas veces resuena en nuestros oídos, causándonos un sentimiento profundo de disgusto: ¡Cosas de España!

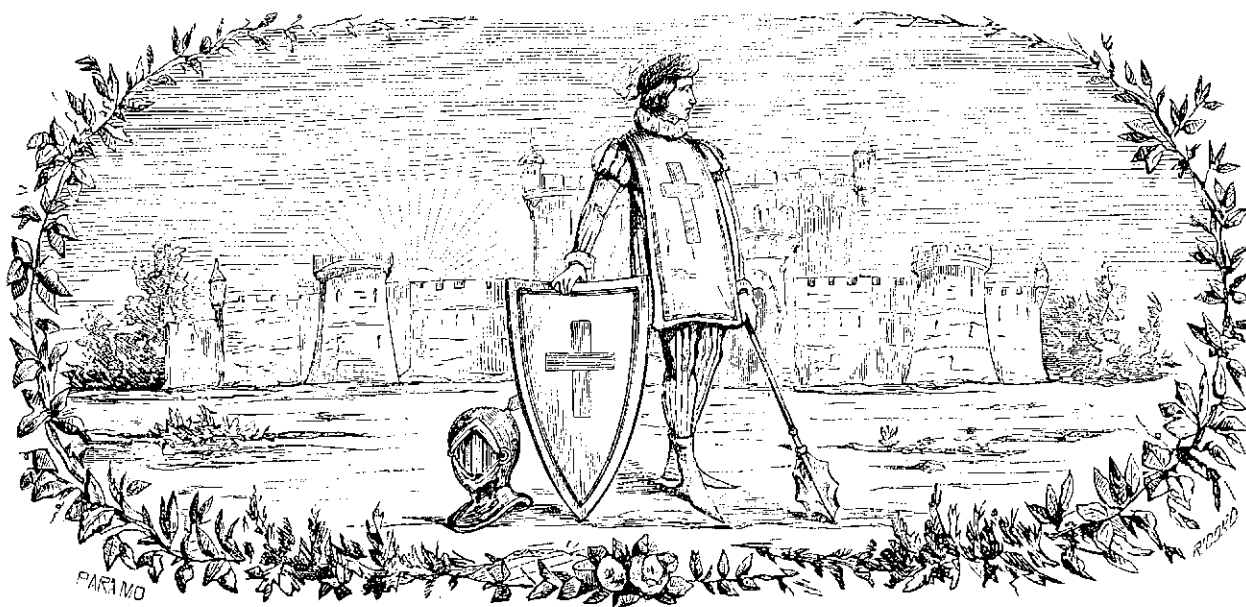
No dista muchas leguas Belmonte de la capital del reino; su castillo es una de las antigüedades de verdadero mérito que merecen visitarse en Castilla la Nueva, y desde la estación de Socuéllamos (ferro-carril de Madrid á Ciudad-Real) hasta la villa mencionada hay que hacer el viaje con gran trabajo, por falta de un camino que merezca tal nombre. Verdad es que está proyectada hace años una carretera; pero no se ha pasado del proyecto, hallándose sin construcción el puente sobre el río Záncara, que atraviesa el camino existente é interrumpe el tránsito en las réticas avenidas.

El autor de la descripción de Belmonte que hemos citado al principio de esta breve reseña, dirigía un cargo severo á las familias ilustres españolas que déjan en completo abandono los monumentos á que están vinculados sus blasones. ¿Cómo pedir apoyo al gobierno, decía, para salvar esos recuerdos de gloria, cuando sus mismos poseedores los miran con deplorable indiferencia? La acusación sería justa si el gobierno mostrara más interés en favor de los particulares que sacrifican sus intereses por conservar las glorias nacionales, alentándoles en su empresa; pero el ejemplo de lo que ocurre con el camino de Belmonte, es poco á propósito para estimular á los que quisieran ser imitadores de las ilustres restauradoras del antiguo alcázar.

Deseamos vivamente que se subsane esta falta: no abundan tanto las reliquias de la Edad media que entre nosotros se conservan, para que pueda disculparse ese abandono que dificulta su acceso, ocultándolas á los ojos de los que se gozarían en admirarlas.

José Bisso.





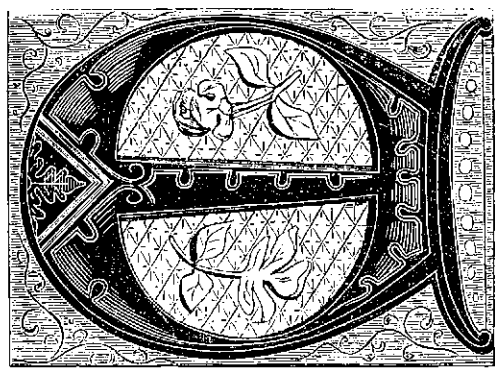
EL CASTILLO DE ANDRADE.

DEDICADO Á LA MEMORIA

DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA FRANCISCA DE GUZMAN,

DUQUESA DE BERWICK Y DE ALBA, CONDESA DE LEMOS Y DE ANDRADE.

I.



En una noche de las negras y lluviosas de invierno, allá por los años de 1356, azotaba el mar las peñas de la costa, bramaba y gemía el nordeste por montes y pinares, reinando todo en torno pavor y silencio en las cercanías de Puente-deume y Ferrol.

De pronto, hácia la Coruña, vióse al través del lóbrego espacio trémulo centelleo, al cual, y como por arte de encanto, fueron contestando por la costa y tierra adentro almenaras y alcandoras. Aquellas luminarias, que de tal suerte correspondían á la que había, digámoslo así, brotado en la Coruña, se corrieron también por la banda de Puente-deume al Ferrol, brillando á notable altura la almenara del castillo de Narahio, cuyo castellano mal satisfecho, sin duda, con responder al aviso, tocó la campana que, para casos graves, había en toda fortaleza feudal.

Era de advertir, que las luminarias, que en distintas direcciones partían desde la Coruña, seguían

siempre una línea, esto es; que una se correspondía con otra á la vista, y así sucesivamente; mas por Puente deume, si bien contestó la villa desde las faldas del monte Brcamo, nadie correspondía tierra adentro. Semejante falta la advirtió, sin duda, ántes que nadie, el castellano de Narahio; por eso aumentaba la leña que en su almenara ardía, de suerte, que aún de buena distancia, parecían á tal altura cosa del otro mundo los enrojecidos barrotes del enorme cesto de hierro. Mas, ni el fuego ni el continuo alarmante tañer de la campana, hallaban eco en la altura ó fortaleza que hacía la parroquia de Noguerosa debía de haber.

Por allí caminaba un hombre, no muy conocedor del terreno, á juzgar por los tropezones que iba dando, y lo á menudo que se detenía, como para orientarse. Señero y enhiesto peñon de empinadísima cuesta, era el terreno por donde el hombre trepaba; y no por eso se detenía, en hallando lugar donde poner el pié más arriba. Tremendo peligro debía de amenazarle, cuando, á pesar de que la fatiga casi le ahogaba el resuello, no se paraba sino cuando le era del todo imposible el andar.

Subía por el lado del noroeste, y aunque cien veces estuvo á punto de rodar al desconocido abismo, sólo cuando vió le era imposible seguir adelante, permaneció breves momentos indeciso. Por ventura su vida dependía de lo que iba á hacer.....

Llevóse á los labios un objeto..... y el peñon y montes en derredor, repitieron el agudo tañido de una bocina de caza. Éralo, sin duda, y tan argentinas sus notas, que bastaba oír una sola, para comprender que no la tañía ningún campesino, como los que, aún al presente, tocan de noche la *bujina* de cuerno para ahuyentar al jabalí, al *porco bravo*.

Ronco clarín de guerra contestó desde la altura que señoreaba á la en que permanecía, sin hallar salida, el de la bocina. Tocóla éste de nuevo; y entónces vió brillar, alumbrando una ladronera, á más de ochenta piés de altura, una tea de pino, la cual iluminaba acá y allá parte de la formidable muralla y tajado peñon, que por aquel lado le estorbaban el paso.

La tea desapareció, y mientras todavía se llevaba el aire las pavesas que había soltado, oyéronse pasos y ruido de armas; y un hombre, cuya voz é imperiosa manera de hablar indicaba en él la costumbre de mando, quizá desde la cuna, preguntó:

« ¿Quién va? ¿Es Don Enrique? »

« El de Trastamara; » contestó el preguntado, y luego añadió, inquiriendo á su vez:

« ¿Quién es? »

« Fernan Perez de Andrade; » dijo éste, poniendo una rodilla en tierra y besando la mano á Don Enrique. « Fernan Perez, señor, en cuya fortaleza hallareis seguridad y reposo, pese á vuestro hermano Don Pedro y pese á sus amigos, que al presente encienden por todas partes almenaras y alcandoras, anunciando que el de Trastamara está en Galicia, y es preciso acabar con él..... »

Aquella noche, Don Enrique, á punto de caer en manos de los parciales de Don Pedro, perdido, cien veces extraviado, venía desde el castillo de Narahio, cuyo señor, Don Gonzalo Piñeiro, lejos de ampararle, se contentó con no prenderle; pero anunció en seguida con más ahinco que nadie, y aún á campana tañida, como acabamos de ver, la presencia del de Trastamara en Galicia; aquella noche el desvalido Bastardo, contando con la fiel amistad de Fernan Perez, acudía á su castillo, á cuyos piés hizo la seña que hemos visto y tenían ambos concertada de antemano. Semejante suceso costó, andando el tiempo, á Don Gonzalo Piñeiro, no sólo el castillo de Narahio, pero cuanto poseía, que fué luego á manos de Fernan Perez de Andrade.

II.

En grave compromiso se veía Don Enrique de Trastámara. Galicia, que casi siempre ha tenido la desventura de ser fiel á causas condenadas á perecer, fué de las regiones de España más leales al Rey Don Pedro, y aún despues á la Infanta Doña Constanza, su hija y esposa del Duque de Alencastre, ó *John of Gout*, como le llaman los escritores de Inglaterra. Galicia dió tan leales servidores á Don Pedro, que en el sepulcro del gallego Don Fernando de Castro, hermano de doña Juana, esposa del Rey, pusieron los ingleses, en cuya tierra murió, la siguiente inscripcion: « La lealtad de España y la honra de Galicia. »

En cambio, Don Enrique de Trastámara, que tan pocos amigos habia hallado en el noroeste de la Península, justo era premiase la fidelidad de Fernan Perez de Andrade, o *Bo* (el Bueno). Este, no sólo dió acogida al Bastardo, sino que le sirvió con sus naves, embarcándose con él y llevándole de Galicia á Francia. Tiempo era, pues Don Pedro venia en busca de su hermano despues de tomar á Zamora, donde tanta sangre habia derramado. No se ensañó en las mujeres, que en la ciudad estaban, y fué ventura, pues una de ellas era Doña Juana Manuel, esposa del de Trastámara.

Muerto Don Pedro en Montiel, pudo al cabo Fernan Perez contar con el premio á su firmeza debido. Su castillo señorea una altura, desde la cual se descubre grandísima extension de terreno. De toda ella hasta el Cabo Prioiro hizo donacion Enrique II á Fernan Perez de Andrade. Entró éste á ser Señor del Ferrol y Puertedeume, con sus términos, aldeas, jurisdicciones, montes, prados, pastos, aguas corrientes y no corrientes, rentas y derechos, añadiendo el puente, que era de madera, con su dominio y yantar.

Fernan Perez labró entónces el puente de piedra, que al presente existe, dándosele al convento de Terceros de Montefaro, que él habia edificado tambien. Tenian los frailes derecho de pontazgo, con obligacion de atender á cuantos reparos fuesen precisos; mas renunciaron á él, sin duda, porque los gastos excedian á la cobranza.

Todo el territorio señoreado por el castillo de Andrade, conserva, aún hoy dia, restos y monumentos que perpetúan la memoria de aquel á quien los contemporáneos apellidaron *el Bueno*; mas ántes hablaremos del castillo, objeto principal de estos renglones.

III.

El castillo de Andrade, está tres kilómetros de la villa de Puertedeume. Desde su altura señorea, como ya hemos dicho, extenso y hermosísimo territorio, parte de la rica y deliciosa Mariña, prez de Galicia y bendicion del Cielo.

Montes, valles, rios y cañadas, amenos ó agrestes, fértiles ó cubiertos de peñascales, forman el antiguo estado de la poderosa casa de Andrade. Corona el castillo enhiesto peñon, extendiéndose de alto abajo y cubriendo no pequeño espacio.

De Poniente á Mediodía va, desde la torre del Homenaje, siguiendo la inclinacion del terreno, una muralla de 26 varas, en cuyo punto se alza una torre cuadrada; desde ésta corre la muralla á Levante 16 varas, en donde hay dos torres que defienden la entrada del castillo, encima de cuya puerta se labró el escudo de la familia de Andrade y una inscripcion, años hace ilegible. Desde allí sigue la muralla casi recta al Norte, donde la torre del Homenaje cierra la fortaleza.

Tenidos en poco los demás restos, sólo la referida torre es llamada castillo, cuando no era sino parte de él, aunque muy principal. Levántase á la parte noroeste. Tiene 30 varas de altura, y se halla dispuesta de suerte, que desde el pié del peñon á las almenas, hay, lo ménos, 80. Es fuertísima, y sus ángulos corresponden á los cuatro puntos cardinales. De forma cuadrada, de tres varas de grueso las paredes, hechas de cal y canto y revestidas por dentro y fuera de hermosos sillares diestramente labrados, tiene 11 varas de frente por la parte exterior, sólo una estrecha puerta, á la que se entraba por puente levadizo, en el lado comprendido entre Mediodía y Poniente, tres pisos, con gran sótano, y remata en bóveda muy bien construida. De los pisos, que eran de madera, apenas queda señal. Por lo interior de la fortaleza tiene la muralla 10 varas, siendo 16 las que tiene por fuera, contando la peña, de tal suerte labrada, que no hay resalto alguno, ni apenas se advierte diferencia entre la obra de la naturaleza y la del hombre.

Todo el castillo, aunque de sillares ménos grandes, viene á estar labrado del mismo modo y con materiales por el estilo de los usados para la torre del Homenaje, cuya basa, merced al desnivel del terreno, queda poco más baja que la parte superior de las murallas. La hermosa torre, que con razon hemos llamado del Homenaje, tiene en la tercera parte de su altura á modo de cordon ó resalto de unas seis pulgadas, dispuesto de suerte que allí se recogia el agua de lluvia, que azotaba los muros, caia escurriendo, y hallando declive por un conducto en el frente que corresponde á Norte y Levante, iba á parar debajo de la torre á un aljibe, labrado en la peña viva. Cuando no hacia falta agua, se tapaba el conducto, y por un caño caia fuera. La frecuente y abundante lluvia, que tan á menudo cae de un lago impulsada del viento, por nuestra region del noroeste, explica la conveniencia de la cavidad ó canalon que acabamos de describir, por más que en nuestras regiones del centro y Mediodía no fuese tal útil, ni con mucho, como de cierto lo era en Galicia.

El señor, con su familia, tenia las habitaciones hácia lo interior de la fortaleza. Merecia ésta, en verdad, semejante nombre. El rayo ha caido en las almenas del Sur y hácia la esquina del Norte; pero los sillares permanecen como cuando fueron allí puestos, sin advertirse en ellos grieta; y es de advertir que la argamasa, tan dura al presente como la misma piedra, está hecha de conchas de ostras, como se ve en otras construcciones de aquella costa, lo que prueba cuán grande seria la abundancia del sabroso molusco por Puente deume y Ria de Ares durante la Edad Media. Rodeaba al castillo, en especial por Levante y Mediodía, hondo foso, cuya contraescarpa, revestida de piedra, parte labrada, y parte conservando las asperezas de la cantera, necesitaba sin duda semejante revestimiento, para contener la tierra, que, de otra suerte, se desmoronara, cegando el foso, á causa de la humedad del clima.

Era Fernan Perez señor de este castillo, ántes de reinar Don Enrique de Trastámara, quien le reforzó por merced, como ya hemos dicho, cuanto desde la fortaleza se veia, hasta Cabo Prioiro, parte de lo cual, era ya posesion de su familia por herencia. Entónces labró el poderoso castellano el puente del Porco, el de Juvia, el de Narahio, el de Puente deume, el convento de Montefaro;

reedificó el de San Francisco de Betanzos, donde yace, y, dícese, labró también el castillo de la villa de Puentedeume, desde cuyas ruinas, aseguran los naturales, hay comunicacion al presente cegada, hasta la gallarda fortaleza de Andrade.

La concesion de que hemos hablado está otorgada y firmada en Búrgos, á 19 de Diciembre de 1371, por Don Enrique I de Galicia, II de Castilla, su esposa Doña Juana, y el príncipe Don Juan. Nuevo privilegio, otorgado también en Búrgos á 3 de Agosto de 1373, dió á los señores de Andrade el señorío de Villalba; todo lo cual confirmó el rey D. Juan I el 8 de Agosto de 1379.

Desde entónces se llamaron los de Andrade, señores de Villalba, Puentedeume y Ferrol; luégo tuvieron título de Condes de Andrade y Villalba; y habiéndose casado Doña Teresa de Andrade, con Don Fermin Ruiz de Castro, Marqués de Sarriá, hijo del Infante Don Dionís de Portugal, tuvo la casa el nuevo título. Perteneció despues á los Condes de Lemos, en tiempo del Emperador Carlos V, hasta que, en tiempos modernos, fué del Duque de Berwick y de Alba.

IV.

Ya conocemos el castillo de Andrade, que labró el mismo Fernan Perez, y obra, por lo tanto, del siglo décimocuarto. Como en toda morada feudal, habia dentro de la de Andrade cuanto era necesario para la vida. La torre del Homenaje tenia su aljibe, encima los almacenes, y en los pisos superiores una ó dos salas de armas debajo de la almenada plataforma. También habia dentro de la fortaleza, corral, cuadras y panetería, con cuyo nombre ha llegado hasta nuestros tiempos la oficina del pan en el palacio de los Reyes.

Ornaban las habitaciones en que el señor moraba, ricos tapices y preciosas ensambladuras. La vida señorial, que tan aislada y triste nos parece, especialmente á los españoles, casi todos mortales enemigos del campo, hallaba grato pasatiempo en la caza, remedo, hartó á menudo sangriento, de la guerra.

Los peregrinos que á la ida ó vuelta, de Santiago de Compostela, pasaban al pié de los muros de Andrade, en cuyo recinto se les daba amparo, en honra y prez de la caballería, siempre que le demandaban; el trovador, que de luengas tierras venia, refiriendo las desventuras de los cristianos en Tierra Santa, los combates contra los moros granadíes, ó entonando cantigas en loor de Fernan Perez o Bo (el Bueno), daban asunto en conversaciones por espacio de semanas y aún meses enteros.

El señor, encerrado en los primeros tiempos en la torre del Homenaje, y despues en habitaciones construidas dentro del recinto amurallado, veia desde sus estrechas ventanas y angostas saetías cuanto pasaba dentro y fuera de la fortaleza. Hombres revestidos de cota de mallas, y con el arco ó ballesta prevenidos, guardaban á trechos las almenas; uno habia siempre en la atalaya de la torre del Homenaje.

Tales eran la vida y morada de los poderosos señores de Andrade, descendientes de Fernan Perez *el Bueno*, el cual, á su vez, lo era de Bernuedo Perez de Traba, Freire de Andrade, que venia de los Condes de Traba y de Trastámara. No habiendo tenido hijos Fernan Perez, sucedióle su hermano

Pedro Fernandez de Andrade, cuyo hijo fué Nuño Freire de Andrade, tercer señor de Puente-deume. Aquí la tradicion oscurece á la historia.

Tambien el señor de Andrade tenia pajes que le servian durante la paz y le acompañaban en la guerra. Era Nuño Freire de Andrade de áspera condicion, y tal, que sus vasallos le negaron más de una vez la obediencia. Tenia varios hijos varones, y una hija llamada Doña Teresa, de rostro hermoso como la luz de la luna que en las aguas de Puente-deume riela, de voz apacible, como la brisa que salta en verano desde Cabo Prior y la Coruña á los amenos ribazos y frondosas cañadas de la Mariña.

Era paje de Nuño Freire un jóven de veinte de años, de blanco rostro, ojos azules y rubia cabellera que hasta los hombros le llegaba, en cuyo hermoso semblante y gallardísima apostura se advertia la sangre de aquellos nobles normandos, reyes del mar é hijos de los Dioses, que más de una vez señorearon á Galicia durante la Edad Media. Llamábase el apuesto mancebo Rojin Rojal, era de carácter bondadoso, pero triste, y, habiendo nacido orillas de la hermosísima Ria de Arosa, más de una vez le halló Teresa mirando hácia el Sur y cantando con suave y plañidero acento, aquellos versos, que aún hoy traen el llanto á los ojos de todo buen hijo de las Rias de Abajo, ausente de su patria:

« ¡Cómo chove mehudiño,
» Cómo mehudiño chove,
» Cómo chove mehudiño,
» Po-la banda de Laiño,
» Po-la banda de Lestrobe (1)! »

« ¿Tienes amores por la Ria de Arosa? » le preguntó un dia Teresa de Andrade.

« No, señora, mi amor está más cerca..... Para buscarle, no necesito ni aún bajar á Puente-deume..... »

Teresa y Rojin Rojal no hablaron más de amor; pero se amaron más que nunca desde aquel día.

Rudo y áspero, Nuño con pocos se mostraba amable; pero al vez la fidelidad con que Rojin Rojal cumplia, y aún advirtiéndole en él cierta condicion de carácter superior á la de todos los demás pajes, tenia en él grandísima confianza. Con todo, no faltaron dentro del castillo malas almas que llegasen á comprender lo que entre las de Teresa y Rojin Rojal pasaba. Tal vez hubo alguna que se lo dió á entender al adusto señor de Andrade, quien, á dejarse llevar de su altanero carácter, mandara en aquel momento despeñar á Rojin Rojal desde las almenas de la torre del Homenaje.

Quiso Dios llegase á tiempo un mandado de Don Lope Osorio, ilustre y antiquísima familia de Galicia, pidiendo para su hijo Don Enrique la mano de Teresa. Al punto llamó Nuño á su hija, y viendo que, al decirla cuanto pasaba, desfallecia la doncella, con los ojos nublados de lágrimas:

« ¡Elige, » exclamó; « Rojin Rojal está ya aprisionado de orden mia..... Ó su vida, ó tu mano para Don Enrique Osorio! »

(1) Abreviando en castellano: « ¡Qué menudito que llueve, por las bandas de Laiño y de Lestrobe! » (Lugares por extremo deleitosos y pintorescos de la Ria de Arosa.)

Teresa cedió temblando; y sin osar decir palabra en defensa del mísero paje, vió llegar al prometido esposo, jóven y apuesto, en verdad; pero no tan hermoso como Rojin Rojal. Nada de esto importaba á la noble doncella, para quien no habia más voluntad sino la de su padre.

Llegó el día de la boda, y al salir de la capilla, de la mano de su esposo el noble Don Enrique Osorio, halló que entre los pajes, formaba vestido de gala, como sus compañeros, Rojin Rojal..... Don Enrique habia pedido al señor de Andrade, que, en celebridad de sus bodas, quedasen libres cuantos se hallaran aprisionados en los calabozos del castillo.

Don Nuño habló aparte á su hija despues de la santa ceremonia, y aunque sabia cuán grande era la virtud de Teresa, no dejó de advertirla que olvidase ya todo sueño de la infancia. « Bien sé, » añadió; « que una tan noble dama como Doña Teresa de Andrade no habia de poner los ojos en un pajecillo cualquiera. Pero si Rojin Rojal da la menor muestra de acordarse de lo pasado, saldrá al punto del castillo. »

Teresa era una verdadera dama, y fué desde aquel momento cristiana esposa de Don Enrique Osorio. ¿Olvidó, por ventura, el amor que á Rojin Rojal habia tenido? ¿Quién lo sabe! Pero es lo cierto que nadie pudo advertir en ella la menor muestra de confianza ó cariño al desventurado paje.

En cambio, éste, jóven, inocente, olvidado, á lo que imaginaba, de la hermosa y altiva Teresa, fué cada dia mostrándose más taciturno. El señor de Andrade llegó á oir lo que de la tristeza de Rojin Rojal se decia, y temiendo no fuese tambien á oidos de Don Enrique Osorio la más leve noticia de los pasados inocentes amores entre el paje y su hija Teresa, determinó, movido de su áspera condicion, buscar un pretexto para que Rojin Rojal saliese del castillo. Un día, al pasar al lado del mísero mancebo; absorto éste en sus penas, siguió con los ojos clavados en las ventanas de la habitacion de Teresa. Verle Don Nuño y darle cruelísima bofetada, fué todo á un tiempo. Ciego Rojin Rojal de generosa ira, buscaba su daga en la cintura, cuando se vió sujeto por dos hombres de armas que al de Andrade seguian.

Rojin Rojal, acusado de haber querido herir á su señor, fué en aquel punto echado para siempre del castillo; y le dijeron agradeciese el no pagar con la vida su loco atrevimiento, á la bondad de Don Nuño; pero, que si llegaba á parecer por las inmediaciones de Andrade, tuviese por segura la muerte.....

Rojin Rojal desapareció. Un año despues, horrendo jabalí, terror de la comarca, mataba todos los días algun desventurado campesino. Don Enrique Osorio determinó ir á la cabeza de una gran batida que habia de acabar con la fiera; y viendo que Doña Teresa, aunque sumisa y apacible, más bien mostraba continua tristeza que otra cosa, determinó llevarla á sitio seguro, para que desde él viese cuanto los cazadores hacian.

Inmediato al sitio por donde el Lambre desagua en la Ria de Ares, cruza su raudal un puente, que áun se llama *del Porco*. Allí quiso Doña Teresa ponerse, porque en las inmediatas alturas estaba, segun decian, el jabalí, y desde abajo podia verse buena parte de la batida. A su lado quiso permanecer Don Enrique. La batida, que habia comenzado por el valle del Bajoy, fué corriéndose al del Lambre, donde ambos esposos se hallaban. Oíase, en efecto, la bocina cada vez más cerca..... Cuando de pródigo, saliendo del monte tallar, que llegaba á pocos pasos del puente, pareció el jabalí, de descomunal corpulencia, y con los colmillos ya ensangrentados.....

Don Enrique tenia en la mano un venablo, y poniéndose delante de Teresa, arrojó á la fiera el

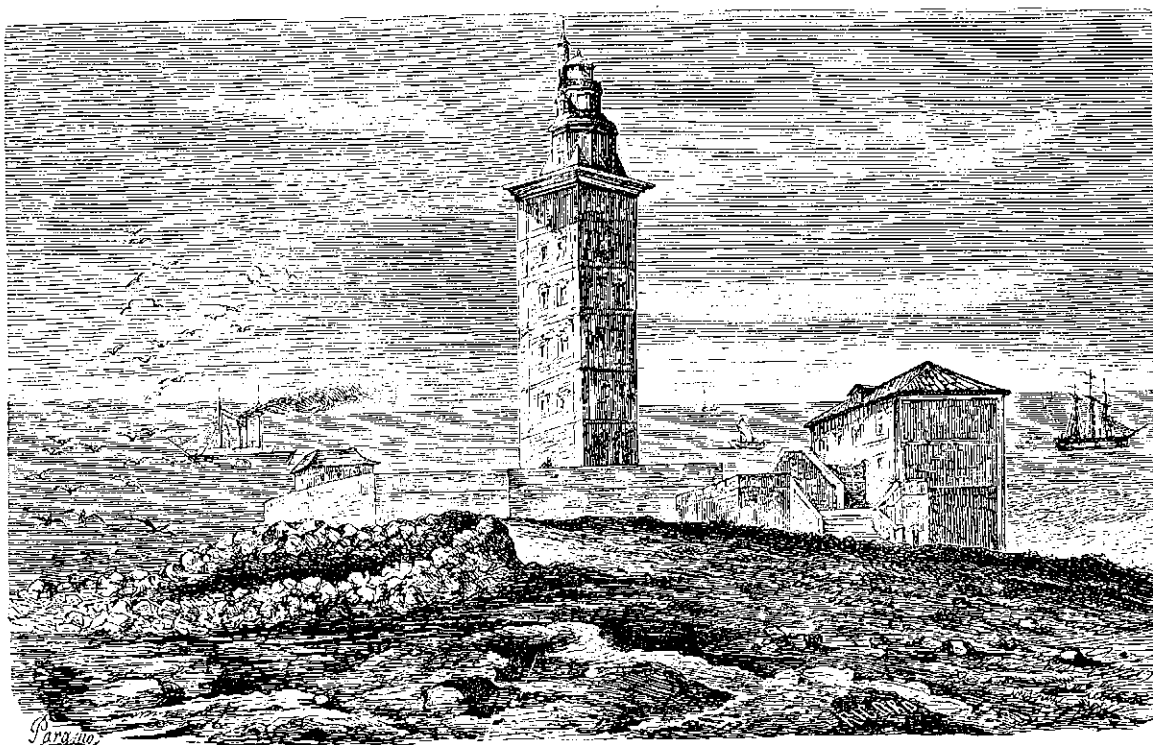
arma, saltando al propio tiempo á las aguas del Lambre. El jabalí, herido, se detuvo un momento; pero más veloz y mortal que una saeta, cayó sobre la desventurada Teresa, despedazándola..... y huyendo luego, sin que fuera posible dar con él.

Pasaron dias, y una mañana apareció la horrible fiera muerta en el puente del Porco, y en el mismo lugar donde habia hecho pedazos á la hermosa Teresa de Andrade.—Tenia el jabalí el corazon atravesado con una ancha y poderosa daga, en cuya empuñadura, que era de roble, se veian dos grandes **R R** de realce. ¡Así se vengo Rojin Rojal!

FERNANDO FULGOSIO.

NOTA DEL EDITOR. Los castillos que no vayan encabezados con sus respectivos grabados, se darán en láminas sueltas.





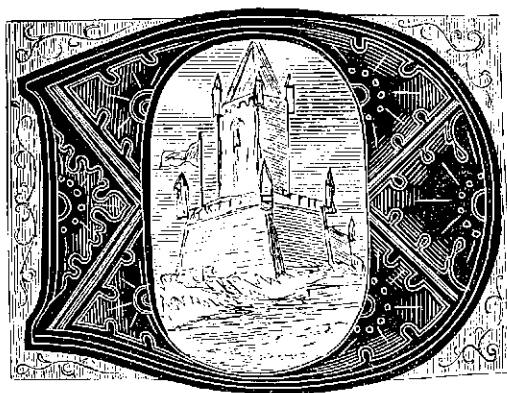
LA TORRE DE HÉRCULES.

LA TORRE DE HÉRCULES.

DEDICADO Á LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA

DOÑA ANTONIA SUAREZ DE DEZA Y TINEO DE CALDERON.

I.



En la parte Norte de la Coruña, capital del antiguo reino de Galicia, se agrupan unas encumbradas peñas que socava el mar cantábrico. Sobre la más alta de ellas se eleva una robusta torre que parece desafiar con arrogancia el poder del mar, y el de los vientos tempestuosos que soplan frecuentemente en aquellos lugares.

En frente de esta torre, y á pocas millas de distancia, se levantan entre las olas, siempre embravecidas, y apenas perceptibles á causa de la bruma del mar, tres pequeñas islas que se conocen con el nombre de las *Sisargas*. Una de ellas conserva aún los restos de un templo pagano, que data de la época en que los fenicios comenzaban á visitar nuestras costas en busca de estaño, de que abundaban, y de más preciosos metales.

La *Torre de Hércules*, cuya copia exacta encabeza nuestro artículo, es de tan remota antigüedad, que los historiadores que se han ocupado de ella no se atreven á asegurar quiénes hayan sido sus fundadores.

El erudito Cornide se inclina á creer que se debe á Trajáno, el cual, para facilitar la entrada de las naves romanas en nuestros puertos, hizo edificar esta torre, y algunas otras más, en la costa de Cantábría. Estas torres servían á la vez de faros y de castillos. Los hombres que en sus cúspides alimentaban por las noches grandes hogueras, estaban dispuestos también en caso necesario á manejar el arco y la honda.

Tantas y tantas han sido las trasformaciones que sufrió la torre que nos ocupa, que un historiador moderno dice hablando sobre el particular:

— « Cuando paseis hácia esa parte de la península que sostiene la capital de Galicia, la Coruña, y veáis esa elegante torre ó faro, acordaos de nuestros pobres célticos, de hace cuarenta siglos. Ellos, guiados por los ingleses de aquella época (los fenicios), acopiaron el material para elevar el segundo faro del mundo. Ellos, trabajando sin saber por qué ni para qué, agruparon piedra sobre piedra para levantar una torre. Ellos ¡ay! si vivieran, no conocerían su obra hoy, porque la Torre de Hércules es como un *dandy* que se viste al estilo de cada época; en las piedras, en sus revestimientos, puede estudiarse la historia de la humanidad: ella ha vestido todos los trajes: el fenicio primitivo; el griego; el gótico; el de la época del duque de Vada y el de Carlos III, que es el que conserva.»

No falta quien asegure que esta torre dió nombre á la Coruña, y hé aquí cómo una antigua crónica se expresa sobre el particular:

— « Ercoles é Gerion lidiaron tres dias que non podían vencer, é encabo venció Ercoles é cortol la cabeza é mandó en aquel logar facer una torre muy grande, é fizo meter la cabeza de Gerion en el simiente é mandó poblar y una grand cibdad, é facie escribir los nombres de los omes é de las mugeres que venien poblar; é una que y vino, fué una muger que avie nombre Cruña é por eso puso nombre á la cibdad.»

Esta fábula de Hércules y Gerion; y decimos fábula, porque nada más que en tradiciones se apoya, dice que un poderoso guerrero llamado Hércules vino persiguiendo á otro que tenía por nombre Gerion, el cual habia deshonrado una hermana del primero.

Desde la antiquísima *Gades* ó *Cadir* (Cádiz), en donde tuvo lugar el delito, hasta el lugar que ocupa la Torre de Hércules, vinieron ambos guerreros el uno en pos del otro, en frágiles barquillas de mimbre forradas con pieles de buey.

Acobardado Gerion con su delito, y temeroso quizá del esfuerzo de su perseguidor, tomó tierra en aquel sitio; y creyéndose en salvo, descansó de las inmensas fatigas del viaje.

Con su embarcacion fabricó sobre las altas peñas una mísera vivienda, y desde allí se puso á observar si llegaba ó no su enemigo, al que creia haber hecho perder la pista. En todo lo que alcanzaba á ver, la barca de Hércules no parecia. Creyéndose en salvo, se echó á dormir sobre unas pieles.

Durante su sueño, que fué largo, sobrevino la noche, y en ella Hércules aportó á aquella agreste ribera, tan cansado como el seductor de su hermana; pero como la venganza vela, el sol naciente lo halló en pié.

Lo primero que vió fué la choza de Gerion, y creyendo que allí moraria algun pescador, se dirigió á ella, hambriento y cabizbajo. Júzguese cuál seria su placer al hallar en aquel sitio á su enemigo.

Gerion dormía arrullado por el monótono y melancólico rumor que producian las olas; pero Hércules, tan noble como esforzado, no quiso aprovecharse de su sueño, y lo despertó bruscamente.

Entonces comenzó un combate horrible; maza contra maza.

Aquel combate homérico duró tres días; las fuerzas casi estaban equilibradas; y si Hércules tenía una pujanza colosal, en cambio Gerion reunía gran astucia y agilidad.

Al cabo de los tres días vencieron, sin embargo, la justicia y el esfuerzo de Hércules, y su maza ó clava cayó pesadamente sobre el cráneo de su contrario.

En señal de victoria enterró entre las peñas el cráneo y las armas de Gerion, después de haber arrojado su cuerpo al mar; y sobre aquellos despojos alzó la torre que lleva su nombre.

Hasta aquí esta tradición que, á decir verdad, nos parece un tanto inverosímil; pero que sin embargo, no desdeñó la ciudad de la Coruña al adoptar por armas la Torre de Hércules con una calavera y dos tibias puestas en aspa al pié, con más seis conchas, en prueba del señorío que ejercía sobre dicha torre el Arzobispo de Santiago en tiempo del feudalismo.

Hay otra tradición semi-fantástica que algunos creen data también de esta época, pero que según los anticuarios se remonta á más lejana antigüedad.

Esta tradición es la referente á cierto espejo mágico que las brujas habían colocado en la cúspide de la torre, espejo en donde se reflejaban las naves, y que tenía la habilidad de atraer á éstas hacia las rocas, en donde después de encallar las embarcaciones, devoraban las brujas á sus tripulantes: este espejo fué robado por los normandos.

Según un autor anónimo, ya desde los primeros tiempos de la fundación de la torre, tuvo ésta en su cúspide una gran plancha de estaño, reluciente como un espejo, en la cual refractaba sus rayos el sol. Esta plancha era giratoria y de forma circular. Por las noches se encendía una hoguera en la plataforma, la cual refractando en el estaño pulimentado, suplía á la luz solar, sirviendo á los navegantes para avisarles la proximidad de grandes escollos. De aquí la fábula del espejo.

Una de las formas que tuvo la Torre de Hércules, quizá la primitiva, tenía la particularidad de contener una ancha y cómoda rampa que la circundaba en forma espiral, por la que podía subir fácilmente un carro tirado por bueyes hasta la plataforma.

Esta rampa ha desaparecido; pero en las diferentes transformaciones que sufrió la torre, incluso la del tiempo de Carlos III, se dejó indicada siempre en las paredes del vetusto edificio, como puede verse en nuestro grabado.

II.

¡Qué cúmulo de pensamientos; cuántas ideas no inspira esta notable antigualla, contemporánea quizá de los tiempos fabulosos!

Los siglos que han pasado, carcomieron las piedras que remotas generaciones colocaron unas sobre otras; y estas piedras, cubiertas en nuestros días con otras de fábrica moderna, aún permanecen en pié como desafiando al tiempo.

El mar gime sordamente; el mar inquieto de aquellas costas brama las más de las veces, y la torre parece estremecerse; pero sus fuertes y profundos cimientos resisten el empuje, y el embrave-

cido elemento nada consigue. La torre parece ser uno de los tantos peñascos que la rodean: el más elevado.

Como estos peñascos, ella forma parte de la imponente barrera que la naturaleza ha puesto á aquel mar furioso, y como ellos quizá tenga profundísimas raíces que deban durar tanto como el globo. La gigantesca torre no está formada de muchas piezas; el tiempo y la composicion que las une entre sí, parece haberles dado un grado tal de solidez, que ya no son más que una sola piedra.

La famosa Torre de Hércules no siempre ha servido exclusivamente de faro.

El año de 1589 era una fortaleza llena de armas y pertrechos, y cuando las naves de Isabel de Inglaterra desembarcaron en las inmediaciones de la Coruña diez mil hombres en son de conquista, éstos, así como á la ciudad, pusieron cerco á la Torre de Hércules.

La gente que el marqués de Cerralvo, gobernador de la Coruña, tenia de guarnicion en la fortaleza, rechazó enérgicamente á los invasores, que seguramente no pensaban hallar tanta resistencia.

Trascurridos algunos días, consumieron los cercados los víveres, y ántes que rendirse prefirieron alimentarse con los huevos de algunas aves de rapiña que anidaban en las grietas de la torre. Esto afirma una relacion escrita por un testigo ocular del cerco, así como tambien que los ingleses abandonaron éste cansados de tan tenaz resistencia.

En tal ocasion, las balas de una bombardas que los ingleses habian disparado muchas veces contra el viejo edificio, no fueron más dichosas que el tiempo, y no lograron abrir en la torre brechas de importancia.

III.

Como no es posible, volvemos á repetir, fijar la época de la fundacion de la Torre de Hércules, hemos tenido que limitarnos á decir con varios historiadores que de ella se ocuparon largamente, que debe datar de la época de Trajano.

Un fundamento de bastante consideracion viene en apoyo de esta creencia, y es que los geógrafos que existian ántes de este emperador, no hacen de ella mencion alguna, áun cuando se ocupan detenidamente de muchas otras particularidades de las costas de Cantábria.

Ni áun el diligente Mela, á quien se deben bastantes datos muy curiosos de aquella edad remota, hace mencion del antiguo edificio, lo cual ciertamente no sucederia, á existir éste en su época.

Tampoco los geógrafos posteriores que sucedieron al ya citado, se ocupan de la Torre de Hércules, siendo el primero que lo verifica el célebre español Orosio, que floreció á principios del siglo v.

Dice así:

*Vbi Brigantia Galletice civitas fuit
 Altissimum pharum æs interpancæ
 Memorandi operis ad speculam Britanice
 Erigit.....*

Existe tambien una curiosa memoria archivada en la biblioteca pública de la Coruña, que afirma lo dicho anteriormente, asegurando además que la Torre de Hércules perdió la antigua forma que tenia; la forma debida á sus primitivos fundadores, á principios de la Edad media.

En esta época ya los Arzobispos de Santiago ejercian sobre ella derechos feudales, y la tenian circundada de fuertes empalizadas y de muchas otras defensas.

Parece ser que algun señor feudal enemigo del Arzobispo debió sitiaria, y desde entónces data la destruccion de la célebre rampa que, como llevamos dicho, conducia desde la base á la cúspide.

Las piedras de esta rampa, tanto porque no ha quedado ninguna de ellas en torno de la torre, como por dos ininteligibles inscripciones latinas halladas en las antiguas fortificaciones de la Coruña, debieron servir para edificar éstas.

Tambien el licenciado Molina de Málaga dice al ocuparse del vetusto faro:

.....
 Pues la Coruña tampoco la elejo
 Gran puerto dó nunca fortuna le corre,
 Y hablo de aqueste por solo una torre
 Antiguo castillo que llaman el viejo,
 Aqueste es dó dicen estaba el espejo;
 Mas es fabuloso sabido lo que era,
 Estaba cercada de gran escalera
 Que quien la deshizo no tuvo consejo.

Segun este mismo autor, existen otras dos torres de la misma época que la que nos ocupa, la una en *Sicilia*, llamada el faro de *Mesina*, y la otra en *Alejadria*, conocida por *el Castillo Viejo*.

Al pié de la Torre de Hércules, hay una pequeña caseta formada de piedra de sillería de fábrica moderna.

Esta caseta, hecha cuando la última reedificacion del faro, encierra una peña en la cual puede verse el lugar que ocupaba la base de una estatua, así como la inscripcion siguiente:

MARTI
 AVG. SACR
 G. SEVIVS
 LVPUS
 ARCHITECTVS
 AFL::::::::: NSIS
 LVSITAVS. EX. V.

Los eruditos, aunque sin asegurarlo por estar esta inscripcion muy deteriorada y falta de letras, creen ver en ella el nombre del arquitecto que fabricó la torre, así como tambien el pueblo de su naturaleza.

La tradicion dice de esta peña que sobre ella habia una estatua, que Hércules elevara despues de vencer á Gerion para que diese testimonio de su victoria.

Hé aquí todos los datos que hemos podido recoger, ya en unas obras, ya en otras, acerca de la famosísima Torre de Hércules.

Lo remoto de su origen y el no haber quedado documento alguno de la época en que se haya edificado, nos imposibilitan de dar más pormenores acerca de ella.

En lo que sí concuerdan todos cuantos han escrito sobre este particular, es en que es uno de los más antiguos monumentos de España.

Los más audaces no se han atrevido á fijar la época de su fundacion, y sólo por conjeturas y vacilando dicen lo que llevamos apuntado.

En aquellas bóvedas de piedra; en aquellos fortísimos muros hoy revestidos de grandes sillares, ha quedado al descubierto un gran trozo de la primitiva fábrica, compuesta de menudos guijarros unidos entre sí con una argamasa compuesta, segun se cree, de mariscos pisados y otros ingredientes no conocidos.

Aquel trozo parece el ojo opaco y sin brillo de un anciano, cuyo rostro estuviese cubierto con una careta de frescos y sonrosados colores.

Aquel trozo, mejor dicho, es el pasado asomándose al presente, para decirle con cierto menosprecio:— ¡Tus obras no podrán decir á los siglos venideros lo que hoy te digo con mi elocuente silencio!

Ante aquel venerable resto, el pensamiento desmaya; el ronco mugido de las olas que se estrellan contra las peñas, parecen gemidos de la eternidad; el lamento de remotas generaciones, de cuyos séres ni aún el polvo se conserva, pero que vienen en espíritu á vagar en torno de la torre: hasta el viento que allí sopla parece un canto mortuario dedicado á las perdidas generaciones, cuyo recuerdo aún está patente á la vista.

Hasta el terreno que circunda á la Torre de Hércules se presta á la meditacion.

Por un lado peñas enormes; precipicios espantosos que ha logrado formar el continuo oleaje, que penetra en ocultas cavernas con ronco y embravecido estruendo; por otro tierras áridas aún cuando cultivadas, cuyos productos no corresponden al inmenso cuidado que en ellas emplea el cultivador; el cementerio moderno elevando á corta distancia sus blancas paredes y sus casas mortuorias pintadas de distintos colores, triste mosaico; lúgubres fachadas de la ciudad de los muertos; y por último, el mar, en cuyos limites se pierden la vista y el pensamiento, surcado de continuo por embarcaciones de distintos países y por frágiles barquillas de pescadores que ganan penosamente su sustento en aquellos peligrosos y encrespados mares, muy abundantes por lo demás en toda clase de pesca.

Todo en torno de la torre es triste: hasta la encumbrada *Peña de los Cuervos*, en la que hay escrita con sangre una exclamacion; la despedida de un alma en pena, que al abandonar el mundo dejó allí esculpido un ¡AY DE MÍ!..... y una fecha medio borrada; todo, repetimos, contribuye á la melancolía y á la meditacion.

El ánimo ménos preocupado experimenta una sensacion desconocida, dolorosa, que sólo desaparece cuando el curioso observador abandonando aquellos lugares penetra en la ciudad, que es por lo general alegre y bulliciosa.

Cerca de la Torre de Hércules hay una playa en la cual, á pesar de no haber escollos ni peñascos, se estrella el mar con terrible furia.

Las gigantescas olas que cubiertas de blanca espuma se suceden unas á otras sin interrupcion y vienen á morir en la arena, amenazan de continuo, segun una antigua profecía, á la linda capital de Galicia; la cual, segun aquella, debe dormir un dia en el fondo de los mares el eterno sueño de la muerte.

Este mar tan encrespado y terrible se llama mar del Orzan; y este nombre, segun los anticuarios, le viene de la Torre de Hércules, la cual, en su cualidad de faro, se llamaba en algun tiempo Torre ardiente, *Torre ardans*: de aquí el nombre de Orzan.

Este faro es en el dia de segundo orden, y contiene todos los adelantos modernos que se hicieron en su clase.

La luz que proyectan los cristales de su linterna, unas veces opaca, pero siempre visible á largas distancias, y otras lanzando vivísimos destellos, sirve de guia seguro al navegante en aquellos peligrosos mares, sin que la tal luz pueda confundirse á muchas millas desde donde se divisa, con alguna estrella, como sucedia con los aparatos anteriores.

IV.

Para terminar nuestro trabajo, y tan sólo porque tiene relacion con la Torre de Hércules, vamos á referir una anecdota, no escrita que sepamos en libro alguno, pero que oimos contar en nuestra niñez.

Parece ser que algunos contrabandistas, tan traviesos como decididos, á fin de desembarcar fácilmente sin pagar derechos de aduanas varios géneros, entre otros tabaco, alimentaron por cuantos medios estaban á su alcance la antigua creencia de que las brujas celebraban el sábado en aquellos lugares.

Con este objeto se disfrazaban de *fantasmas*, y lanzando terribles alaridos saltaban de peña en peña agitando teas de resina encendidas, consiguiendo de este modo atemorizar á los sencillos labriegos de aquellos contornos y á los pescadores no cómplices en los alijos, que durante la noche iban á tender sus redes en el mar inmediato á la torre.

Esto acontecia á fines del siglo pasado.

Seguros de no ser vistos por ojo humano, desembarcaban nuestros contrabandistas sus géneros, celebrando luego con la mayor alegría y durante las noches apacibles, no pocas cenas entre los peñascos.

Nadie, despues del toque de oraciones, se aproximaba á la torre.

Hubo sin embargo un indigno sacerdote, que explotando la credulidad de algunos infelices, acudió con ellos á tan medrosos sitios y despues de las doce de la noche, á invocar al diablo, á fin de que indicase los lugares en que existiesen tesoros.

Aun cuando el espíritu del mal no acudía al llamamiento, no por eso se desanimaban los ambiciosos, y tras nuevos procedimientos volvían á la carga.

Era necesario para que acudiese el diablo, degollar una gallina negra, cuya sangre iba cayendo gota á gota sobre una hoguera, y agitar en el aire una vara de ciprés cortada del árbol por una virgen cuya edad no pasase de quince años.

Aquí estaba la dificultad del conjuro; y el no presentarse el espíritu maligno consistía, según el sacerdote, en que las mujeres que habían cortado las ramas de ciprés no eran tales doncellas.

Como todo tiene su lado cómico, no faltó un chusco que con el título de *El Donay*, escribiese una comedia, la cual, después de puesta en escena, obtuvo un éxito brillante en la Coruña.

Los contrabandistas comenzaron á inquietarse, y una noche en que los buscadores de tesoros invocaban al diablo con grandes voces, cayeron sobre ellos armados de fuertes garrotes.

Fué tal la lluvia de estacazos que recibieron las costillas del sacerdote y de las gentes á quienes éste embaucaba, que algunos estuvieron á las puertas de la muerte.

El sacerdote fué privado de decir misa y de confesar, y encausado además por orden del prelado de la diócesis.

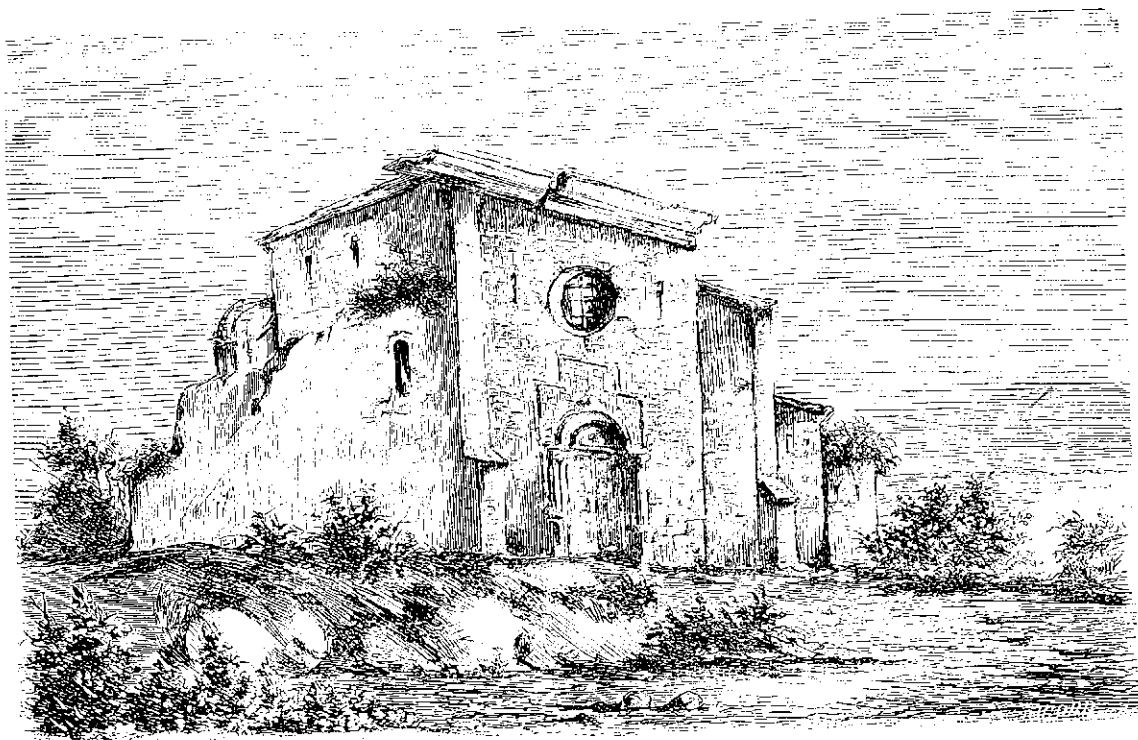
Como muchos de los apaleados aseguraban haber visto al diablo, y como el destrozo causado en sus costillas estaba bien patente, las autoridades entraron en curiosidad de averiguar la verdad del caso.

Al efecto se estableció un fuerte destacamento de soldados en la Torre de Hércules, y como éstos no creyesen en aparecidos ni fantasmas, el resultado fué la captura de algunos contrabandistas, que fueron á purgar en presidio el delito de haber defraudado á la Hacienda.

Nada más de importancia podemos añadir á lo dicho, sino que la Torre de Hércules posee tres ó cuatro álbums, en los cuales, ya en verso, ya en prosa, han escrito muchas de las notabilidades modernas, así nacionales como extranjeras.

ANTONIO DE SAN MARTIN.



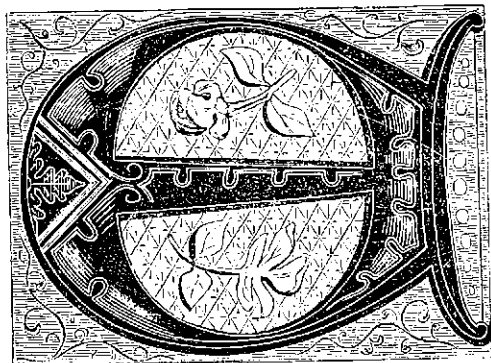


CASTILLO ARZOBISPAL DE ALCALÁ DE HENARES.

DEDICADO Á LA IMPEREDERA MEMORIA

DE LA GRAN REINA DOÑA ISABEL LA CATÓLICA.

I.



N medio de extendida llanura que viste la primavera con alfombras de esmeralda y el estío con riquísimas espigas de oro, álzase la ciudad de Alcalá de Henares, patria de Cervantes y residencia un tiempo de las letras y las ciencias. El viajero que llega por el ferro-carril ve dibujarse la severa torre de la Iglesia Magistral, rodeada de las cúpulas de par-

roquias y conventos sobre pintorescos cerros cortados caprichosamente. Imposible figurarse nada más bello, nada que más agradablemente llegue al alma. El pardo matiz de aquellas colinas que el sol alumbra ó la sombra oscurece á trechos, segun los cortes que han ido formando la accion de las lluvias ó la mano constante del tiempo; aquella multitud de edificios que aparecen agrupados al pié de las alturas; la tranquilidad del paisaje, interrumpida sólo por el humo que tal vez se eleva de las chimeneas en blancas espirales, ó por el sonido de las campanas que llaman á la oracion á las monjas de los conventos ó al coro á los canónigos de la magistral; todo excita la atencion del viajero hácia aquel lado, haciéndole asomarse á las ventanas de la derecha del carruaje; y si por

un momento se vuelve hácia la izquierda, fijanse sus ojos en la hermosa alameda que forma el paseo que lleva el nombre de El Chorrillo, y el ferro-carril atraviesa, en el triste recinto, última morada de los que ya no existen, y en multitud de casitas y varios lejanos pueblecillos que aparecen en la dilatada llanura.

Más inmediato al ferro-carril que los demás edificios de la ciudad, hay uno en que las miradas del viajero por precision tienen que fijarse. Larga pared de moderna construccion, pero adornada de antiguos torreones, avanza hasta cerca del camino y cierra extenso espacio hoy ocupado por una huerta. Aquellas torres medio derruidas parecen indicar que la cultivada tierra que rodean, no siempre estuvo destinada á tan pacífico uso como ahora.

Más allá de las torres y de la huerta se ve un gran edificio de variada y caprichosa construccion, que termina junto á la iglesia de las monjas Bernardas, fundacion del cardenal Sandoval y Rojas, con otra torre cuyo antiguo destino guerrero no basta á disimular el remate religioso que modernamente le han añadido. Aquel es el palacio arzobispal de Alcalá de Henares, objeto de este artículo.

II.

Aunque hoy forma parte de la diócesis de Toledo, tuvo Alcalá, sin embargo, en algun tiempo silla episcopal, si bien, á lo que cuentan, ni la poblacion llevaba aquel nombre, ni estaba tampoco situada en el mismo punto que ahora. La antigua Complutum elevábase, dice el P. Florez, en un alto de la cuesta llamada de Zulema, y término de San Juan del Viso, punto de agradable perspectiva, desde donde se registran muchas leguas de extension, diferentes pueblos y todas las arboledas que hermocean las márgenes del Henares. Al Norte del rio y falda de la cuesta, fué más tarde á correrse la poblacion, y allí en lo que hoy se nombra *Huerta de las fuentes* y *Fuente del Juncal*, estaba Complutum cuando el Pretor Daciano vino á establecer en ella su tribunal. Un acto de horrible crueldad por parte de aquel magistrado, un heroico ejemplo de valor cristiano dado por dos niños, aumentó el número de los mártires y dió á Alcalá de Henares dos patronos en el cielo. Justo y Pastor, de 7 años aquél, y de 9 éste, y ambos hijos de padres que seguian la fe de Jesucristo, en vez de dirigirse á la escuela enderezan sus pasos al Pretorio, y allí se confiesan cristianos y desprecian los ídolos públicamente. El Pretor los manda azotar, pareciéndole bastante castigo para tan tiernos años, y ellos perseveran firmes; y en medio del dolor, Justo, el de ménos edad, exhorta á su hermano, y se muestran ambos modelos de firmeza y heroismo. Secretamente mandó entónces el cruel Daciano que les diesen muerte, despues de avisado por los verdugos de tanto valor; y llevados los niños á alguna distancia de la ciudad, en medio del campo llamado *Laudable*, ó sea en la hermosa llanura en que se halla la moderna Alcalá, segó el acero romano las gargantas de los santos niños, tiñéndose más que en su sangre en la leche que poco ántes mamaban. Corria entónces el mes de Agosto del año 304.

Humilde capilla señaló á la veneracion de los cristianos el sitio en que los niños fueron martirizados: sobre el cuerpo de cada uno de ellos se alzaba un altar; pero convertido todo en monton de ruinas, el obispo Asturio, prelado de Toledo, *divina revelatione conmonitus*, movido por revelacion divina, como dice San Ildefonso, encontró las reliquias de los mártires, construyéndoles nuevo tem-

plo y fundando el obispado de Compluto, sin volver al suyo de Toledo. Andando el tiempo, las casas particulares fueron rodeando aquel sitio, y el suntuoso templo, hoy Iglesia Magistral, se elevó más tarde en medio de la población, conservando bajo su capilla mayor las reliquias de los santos niños, no sin que ántes hubieran viajado hasta Francia, durante la dominación de los moros. Una urna, conteniendo restos de los cuerpos, y una piedra como de vara de largo, por media de ancho, en que la piedad de los fieles venera aún vestigios de sangre y huellas impresas milagrosamente por Justo y Pastor al arrodillarse para entregar á Dios el alma al filo del cuchillo, se ven á la luz de las lámparas en la capilla subterránea colocada bajo el altar mayor, á la cual se entra por dos puertas, cerradas de ordinario con verjas de hierro. El viajero que acaba de admirar la riqueza artística del magnífico sepulcro del Cardenal Cisneros y la elegante sencillez del que guarda los restos del arzobispo Carrillo, siente un religioso respeto al acercarse á aquel subterráneo medio alumbrado por la escasa luz de una lámpara; respeto que trae á su imaginación el martirio de los santos niños, cuyo recuerdo excita además el cuadro de escultura que ve sobre la puerta.

III.

A poca distancia de la suntuosa Iglesia Magistral, se levanta el palacio de los antiguos obispos, que vimos al llegar á la estación del ferro-carril. Ocúpale hoy el archivo llamado Central, y la estantería y los legajos de papel le han salvado de una ruina segura (1). No revela el aspecto del edificio por la parte exterior la belleza artística que encierra; en una pared de poca elevación, y sin adorno alguno, ábrese la puerta principal; y por más que el torreón de defensa que se ve á nuestra derecha ya indica la importancia del palacio, sólo dos grandes ventanas que dan á la inmediata plaza de las monjas Bernardas, tienen notable belleza arquitectónica; en ellas en cambio hay arte por todo lo que pudiéramos echar de menos en el resto. Aquellos preciosos calados, aquellas esbeltas columnitas que los sostienen; los dos ángeles, que asomando á entrambos lados parecen brotar de la piedra con las alas á medio desplegar para elevarse al cielo, y el escudo de las armas del arzobispo Carrillo, que adorna el remate, excitan nuestra admiración y avivan el deseo de recorrer el palacio ó castillo de los arzobispos.

Dejemos, pues, la plaza de las Bernardas, y volvamos á la otra adornada de árboles, donde está la puerta principal, y preparémonos á recorrer aquel edificio, que los siglos han ido trasformando conforme al gusto de cada uno, y llenando al mismo tiempo con recuerdos de variados acontecimientos.

Lo primero que se ofrece á nuestra vista al entrar, es un magnífico patio cuyos lados ó fachadas son enteramente distintos, siendo el de enfrente el más notable. Tres pisos demuestra el orden de sus ventanas, y el más alto es por cierto el de mejor gusto arquitectónico, consistiendo en una ga-

(1) Pertenecía hoy la propiedad del palacio al arzobispado de Toledo, que ha cedido al Estado el uso de la mayor parte del edificio para establecer el archivo central, habiéndose costeado con fondos nacionales las obras necesarias que dirigió el arquitecto D. Juan José de Urquijo.

lería de graciosos arcos, que han sido cerrados con tabiques modernamente. En los dos pisos restantes hay ventanas, cerradas por rejas las del inferior, y adornadas todas por un cerco y un remate del gusto plateresco, que tiene por principal adorno una cabeza bellísimamente esculpida. El hueco del centro en el piso principal, le ocupa un balcon que lleva encima un gran escudo con las armas del cardenal arzobispo D. Luis de Borbon, infante de España. Por más que no sea del mejor gusto, hace buen efecto este escudo en aquel sitio, y es de ejecucion esmerada y prolija.

Desde este patio, y por dos arcos de piedra, se pasa al principal del edificio. ¡Qué sensacion tan agradable experimenta el alma cuando se entra en aquel recinto! ¡El renacimiento con todos sus primores, no ha dejado en ninguna parte nada más ligero ni más gracioso! Dos órdenes de galerías cierran un espacio cuadrado, siendo cada una de ellas de diferente forma, pero componiendo un conjunto armonioso por extremo. Arcos en el piso inferior, arquitrave y entablamento en el superior, y columnas en uno y otro forman la decoracion, que completa la preciosa balaustrada de piedra que corre á lo largo del piso principal, labrada y calada como en nuestros dias pudiera haberse hecho con el hierro fundido. En el tímpano de las archivoltas del piso bajo se repiten las armas del arzobispo Don Alonso Fonseca, sin producir monotonía: en el superior, sobre cada columna, brotan de la faja del coronamiento variadas cabezas de piedra. Ya es una bella mujer, ya un hombre armado de casco, que abre la boca en ademan de gritar; aquí un anciano, allí otra mujer distinta de la anterior: siempre y en todo, hasta en los menores detalles, la variedad simétrica, que unida á la riqueza de adorno y de dibujo, constituye la principal belleza de las obras del renacimiento.

Destruida á trozos la balaustrada de la galería superior, rotas las basas de algunas columnas, y estropeadas éstas, prueban el abandono en que por muchos años ha estado tan bella joya de la arquitectura española. Sobre aquel suelo que cubre ahora la yerba, en aquel artístico recinto donde reinan de ordinario la soledad y el silencio, bullian y se agitaban en otro tiempo los familiares, los hombres de armas de poderosos arzobispos; por aquellas galerías vióse en otros dias cruzar al enérgico D. Pedro Tenorio, al turbulento y mal humorado Carrillo, al cardenal Mendoza, al incomparable Cisneros, á Tavera, de quien tan gratos recuerdos conservan las artes: á tantos prelados, en fin, que por diversos caminos unieron su nombre á la historia de nuestra patria.

Hoy, para recordar que el palacio tiene habitantes, es necesario levantar los ojos y fijarlos en los tragaluces de cristales que adornan el tejado y nos recuerdan el archivo central.

Más deteriorada aún que el patio, se encuentra la gran escalera que desde él arranca y conduce á la galería principal. Faltan largos trozos de su hermosa balaustrada, que han sido reemplazados por macizados de cal en que se han pintado los balaustres, y faltan en otras partes algunos de éstos que eran de piedra, primorosamente labrada como la del piso principal. Magnífica techumbre de maderas talladas en ingeniosos dibujos y matizada de oro y colores cubria la escalera; embadurnóse en nuestros dias de cal para que apareciese más limpia, y asomando el oro y los colores á trechos entre la capa de yeso, denuncian el atentado, pero ya tal vez sin remedio. Tanta es la riqueza de dibujo de aquel techo, tan menudas y delicadas sus labores, que solamente el gran artista del siglo xix, el sol, podria copiarlos por medio de la fotografía.

No menor variedad de dibujo, aunque si ménos detenida ejecucion, hay en los muros de entrada de la escalera. Revestidos de piedra, dividen en casetones iguales, donde el escultor ha sabido colocar con simétrica variedad, flores y hojas graciosamente movidas en unos, niños en otros, pájaros ca-

prichosos en éstos, y en aquellos fieros mónstruos ó inocentes corderillos. Todos los cuadritos se parecen, y no hay dos iguales sin embargo.

Aunque no la riqueza, copia, sí, la forma y disposicion de esta escalera la del colegio de Santa Cruz, fundado en Toledo por el cardenal Mendoza.

Refiere la tradicion un suceso ocurrido en aquel sitio, que áun cuando pequeño en sí, acaso produjo consecuencias fatales en la historia de España. Poblábanla un dia severos cortesanos de Felipe II; la guardia formaba en el patio, y el pueblo esperaba en los alrededores para ver al hijo del poderoso monarca que, de paso por Alcalá, residia en el palacio de los arzobispos toledanos. El movimiento de atencion comunicase de unos á otros; las cabezas se descubren; presentan las armas los soldados en ademan de respetuoso saludo, y en la galeria superior aparece, rodeado de su servidumbre, un mozo, casi un niño: es el príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II, cuyo triste fin ha dado asunto para tan encontradas opiniones á críticos é historiadores, y para obras del ingenio á pintores y poetas. Con juvenil viveza y hablando con las gentes que le rodean, baja los peldaños, á veces de dos en dos; pero al llegar á la mitad de la escalera pone un pié en falso, cae al suelo y rueda largo trecho, movido del impulso que llevaba, sobre las duras piedras. Acuden rápidamente las personas del acompañamiento; el rumor de los que tratan de informarse crece, y levantando al príncipe del suelo, al incorporarse y al volver en sí, muestra en la cabeza una leve herida por donde la sangre asoma. La conmocion cerebral producida por aquel golpe se presenta por algunos como causa de aquella especie de excitacion mental ó cuasi demencia, que hizo notable al príncipe D. Carlos por sus extravagancias, y que tal vez no fué más que triste herencia de familia.

IV.

No te llevaré, lector, á visitar una por una todas las salas del palacio: larga seria la tarea si hubiera de referirte los sucesos de que fueron testigos aquellas magníficas techumbres de labradas maderas que en nuestros dias han sido embadurnadas de yeso, y por fortuna devueltas luego á su primer estado al hacer las obras para colocar el archivo central.

Al contemplar con embeleso el exquisito gusto de aquellos suntuosos artesonados y la hermosa labor de las cornisas en que se sustentan, no se sabe, como dice un autor francés (1), qué admirar más, si lo bello de la obra, ó la grosera ignorancia que los ha tenido tanto tiempo en el abandono despues de haberlos cubierto de cal. Tanta riqueza de arte, tanta magnificencia como áun se descubre en aquellos aposentos, harto publican el poderío de los arzobispos toledanos, de quien los reyes recibian hospitalidad á su paso por Alcalá de Henares. Permite, lector, que no dejemos de pararnos breve rato en el más espacioso de aquellos salones. ¿Os acordais de las magníficas ventanas que se abren sobre la plaza de las Bernardas? Por ellas entra la luz del dia á este gran salon que llaman de Concilios. Allí la suntuosidad de la techumbre llegaba á ser asombrosa; así lo acredita, áun á despecho del abandono y del destrozo que produce el tiempo, la armadura del artesonado y al-

(1) El Dr. F. Cattois.— *Architecture civile et domestique au moyen áge et á la Renaissance, dessiné et decrite par Aymar Verdier*, T.º 2.º París, 1857.

gunos rosetones donde todavía lucen el oro y los colores que los matizaban. No es posible hoy gozar del aspecto completo del salon, por hallarse dividido en dos pisos; de suerte que la imaginacion y no la vista nos le representa conforme debió estar cuando en el siglo xiv se celebraron en él seis concilios provinciales. La imaginacion igualmente nos hace ver en aquella sala al rey Don Alonso ocupando el trono y rodeado de los *Perlados*, de los Ricos homes, caballeros y *homes buenos*, con la pompa de las Córtes de Castilla, preparando para ser ley el ordenamiento que lleva el nombre de la ciudad de Alcalá, y mandando que tuviera igualmente fuerza legal el código de las Partidas: «que el Rey Don Alfonso nuestro bisabuelo mandó ordenar, como quier que fasta aquí non se falla que sean publicadas por mandado del Rey, nin fueron habidas por leys.»

Era esto en 1348, y en el año siguiente reúnen nuevas Córtes en el mismo salon; ardian los españoles en el deseo de renovar la guerra con los moros, suspendida en virtud de treguas ajustadas por diez años; conquistar á Gibraltar era el sueño dorado de todos; y el rey, deseoso de conseguir bélicos laureles, procuraba que no desfalleciera el entusiasmo de sus pueblos. A pretexto de honrar á muchas ciudades del reino que no solian tener representacion en las Córtes, se las convocó para las que habian de celebrarse en Alcalá de Henares; así en cambio de esta distincion, el rey, á quien la falta de recursos apuraba, creyó con razon que los pueblos le darian medios para emprender la guerra, causa luego de su lastimosa y prematura muerte.

Nunca en Asambleas de esta especie habian estado representados tantos pueblos de los que componian el reino, nunca en ellas debió verse la animacion y el entusiasmo que ahora. Pero ántes que el rey exponga sus designios, suscítase cuestion entre los procuradores de Toledo y los de Búrgos, que se disputan el primer lugar y voto. Aquellos alegan la primacía y santidad de su iglesia, la situacion de su ciudad colocada en el corazon y centro del reino, y corte en otro tiempo de los monarcas godos; éstos sostenian que ninguna de tales razones era suficiente para despojarles del primer lugar que de antiguo disfrutaban; si Toledo fué corte de los godos, Búrgos, decian, lo fué de los primeros reyes de Castilla; si Toledo produjo varones eminentes, no los produjo Búrgos de menor renombre; si heróicos hechos enaltecen aquella ciudad, otros ilustran á ésta. Empeñada se presentaba la cuestion, y los grandes se dividian entre ambos bandos, segun la amistad ó el interés particular los llamaba á cada uno, cuando el rey, despues de oír á todos, dando prueba de sagacidad politica, resolvió que Búrgos fuese la primera ciudad en asiento y voto, pero concediendo á Toledo un lugar preferente y apartado de los demás enfrente del asiento del monarca, que nombraria la primera aquella ciudad diciendo: «yo hablo por Toledo y hará lo que le mandare: hable Búrgos.» Así terminó la contienda; así impidió el rey que Toledo pudiera iniciar la oposicion al pago de la alcabala hablando primero, y así quedó establecido para lo sucesivo, pronunciando siempre el rey las palabras conciliadoras y ocupando Búrgos y Toledo los puestos concedidos por Don Alfonso XI.

¿Quién sabe si en aquel mismo salon, como el más suntuoso de Alcalá de Henares, recibiria Don Enrique III, á 24 de Marzo de 1406, los embajadores por él enviados á la corte del Gran Tamorlan? Si hoy vemos y escuchamos con placer las relaciones de los viajeros, á pesar de lo mucho que se escribe y publica acerca de las costumbres de apartados pueblos, ¿con cuánto gusto y admiracion no escucharian entónces los cortesanos de Don Enrique III la narracion que de sus aventuras hicieran Ruy Gonzalez de Clavijo y sus compañeros Alfonso Paez de Santa María y Gomez de Salazar? Avivada se hallaba la curiosidad general con lo referido ántes por los primeros embajadores que el rey

de Castilla envió al Gran Tamorlan: Payo Gomez Charino y Hernan Sanchez de Palazuelo, habrian ya largamente dado cuenta de la gran batalla entre aquel caudillo y Bayaceto, en que ellos se encontraron; y habrian descrito el miserable estado del vencido turco, llevado en jaula de hierro detrás de su afortunado enemigo, y obligado á sustentarse de los restos que como á un perro le arrojaba de su mesa, y á colocar su espalda bajo los piés del Tamorlan para servirle de estribo al montar á caballo. Todos habian examinado los presentes enviados por el Tamurbec, y todos conocian á las dos damas despojos de aquella batalla y regalo hecho tambien á nuestro monarca, que convertidas á la fe católica, se llamaban ya Doña Angelina de Grecia y Doña María Gomez. Paréceme ver en apiñados grupos á los caballeros oyendo despues del recibimiento oficial la descripcion de aquellas tierras en que viajaron los embajadores por espacio de tres años; paréceme observar su admiracion al relatar los recién llegados cómo eran recibidos por el Tamorlan en ricas tiendas de sedería colocadas en hermosos jardines, cómo llevaban á cada uno dos hombres sosteniéndolos por debajo de los brazos, y cómo eran agasajados, ya viendo al bárbaro caudillo administrando justicia y mandando ahorcar á un alto funcionario para escarmiento de los demás, ya en espléndidos banquetes, donde figuraban en lugar preferente la carne de caballo y la leche de yegua, artículos culinarios que no debieron ser muy agradables á Clavijo y sus compañeros. Y si esto no era del gusto de las damas castellanas, seríalo en cambio la descripcion de los trajes y aparato con que las mujeres del Tamorlan se presentaban en los festejos, arrastrando larga vestidura de seda roja bordada de oro, con los negros cabellos colgando por la espalda cubiertos de pedrería y ricas plumas, y rodeadas de innumerable séquito de esclavas. Figuraos al capitán Mayne Reyd refiriendo sus aventuras en aristocrático sarao, y tendreis una idea del placer con que en Alcalá de Henares seria escuchado Ruy Gonzalez de Clavijo, cuyo libro no cede en interés aún hoy mismo á los de aquel autor, ahora tan en boga.

V.

Antes de bajar á la huerta y jardines del castillo, justo es que nos asomemos á la torre de defensa que se eleva en el ángulo de la plaza de las Bernardas. Estrecha y tortuosa rampa, enteramente á oscuras, nos llevará hasta lo alto, haciéndonos marchar de costado, porque de frente es imposible, sobre todo si el viajero es algo grueso, y una vez arriba disfrutaremos de extenso y agradable panorama. Desde aquel mismo sitio vigilaba un centinela tendiendo sin descanso los ojos por la dilatada llanura. De tiempo en tiempo otro soldado subia, se acercaba á él y bajaba en seguida, como para comunicar noticias á alguna persona que allí le enviaba impaciente. De pronto ligera nebulilla de polvo se levanta en el punto en que el camino parece confundirse con el cielo; el centinela da una voz; su compañero aparece y baja luego presuroso. Cuando la nube de polvo se iba acercando, y entre ella empezaba á distinguirse un tropel de jinetes y los reflejos de sus armas heridas por el sol, un nuevo personaje se presentó en lo alto de la torre. Vestia el traje de los prelados españoles, y su fisonomía revelaba claramente lo áspero y desapacible de su carácter. Aun pueden verse esculpidas en mármol aquellas duras facciones en la estatua yacente que remata el sepulcro colocado á los piés de la iglesia magistral de Alcalá de Henares. El arzobispo Carrillo, pues él era,

contempló un momento el grupo de jinetes que se acercaba, y bajó en seguida precipitadamente. Pocos instantes despues, por la parte del castillo que da al campo, y donde ya no existe puerta alguna, llegaba el tropel de caballos, y otro, á cuya cabeza marchaba el arzobispo, salia al mismo tiempo por la entrada del castillo que comunica con la ciudad, alejándose en seguida al trote largo. Los guardias abrieron, sin embargo, respetuosamente la puerta del campo, y una dama, seguida de caballeros, pajes y escuderos, entró en el recinto del castillo, apeándose ella y sus acompañantes en uno de los patios. Al saber allí la salida del arzobispo, que entre tanto se alejaba rápidamente, una expresion mal contenida de enojo y de impaciencia se pintaran en su rostro; luégo, serenándole con imponente majestad, habló algunas palabras con los acompañantes más inmediatos, y subió al palacio. En su estatura, más bien baja que alta, su rostro afable y severo al mismo tiempo, su color blanco y sonrosado, sus ojos que tiraban á azules, y su cabello castaño casi rubio, conocerán mis lectores que aquella dama no era otra que la reina Católica. Celos de cortesano ofendido por no disfrutar solo del favor de los reyes, habian producido el desabrimiento del arzobispo. Soberbio de condicion y suelto de lengua, públicamente se quejó de los reyes, tachándolos de ingratos y ponderando sus servicios, que él creia mal recompensados. Inútil fué cuanto se hizo por aplacarle; desde Segovia vino á Alcalá de Henares, y al aviso que tuvo de que la reina se dirigia en su busca á esta ciudad, respondió altaneramente que en el punto que ella entrara por una puerta del palacio, él saldria por la otra. Y así lo hizo, en efecto, como acaba de referirse, produciendo á Alcalá más tarde un bloqueo por las tropas que mandaba D. Alonso, hijo natural del rey Católico. ¡Desgracia ordinaria de los pueblos, que son los que pagan por lo comun los desaciertos de quien los dirige!

VI.

Desde el jardin, á lo largo del cual se extiende una galería de dos órdenes de elegantes arcos de estilo plateresco, pasaremos al espacio que hoy ocupa la huerta. Como se halla arrendada á un particular, acaso tengamos que pedirle permiso para entrar en ella, despues de salir del palacio arzobispal y asomarnos á la puerta que se abre sobre la calle inmediata. ¡Cuántas escenas se habrán representado sobre aquella tierra en que ahora se extiende una verde alfombra de hortaliza! Moderna pared cerca todo el espacio; pero de trecho en trecho varios torreones medio derruidos publican que allí se alzó más robusta muralla. En una de las torres podemos entrar trepando por los rotos ladrillos de su base; sirve hoy al hortelano para guardar algunos útiles de sus faenas, y aún se ve la señal en la pared del sitio que ocupaba la escalera para subir á la parte superior y las troneras. No es posible examinar los demás torreones por la parte interior, que es un monton de escombros solamente; pero no es poca fortuna que aún se conserven, dándonos una idea de cómo estuvo aquel terreno. Si los hubieran derribado al levantar la tapia, hoy no seria fácil saber que lo que es huerta perteneció ya en lejanos tiempos al castillo de los arzobispos: aquellos ruinosos torreones dibujándose sobre el azulado cielo, nos traen á la memoria los pasados siglos; tal vez creemos ver brillar en lo alto un luciente casco ó el hierro de una lanza, tal vez esperamos ver cruzar desde uno á otro los hombres de armas de aquellos guerreros prelados.

La pared de la huerta separa ésta del campo, unida á la que cierra el convento de monjas Ber-

nardas, en la cual se repiten á menudo grabadas en piedra las armas del cardenal Sandoval y Rojas. Hasta los tiempos de éste, que fundó el monasterio en terreno del palacio, el castillo de los arzobispos, como verdadera fortificación, estaba aislado y tocando al campo cual centinela avanzado de la ciudad.

En aquella parte y hácia el sitio en que se halla la hermosa alameda, paseo de la población que hoy llaman el Chorrillo, cuentan al viajero que sucedió un funesto acontecimiento, el cual tambien refiere la historia como ocurrido en aquel punto. Corria el año de 1390 cuando á la corte del monarca de Castilla, que entónces se hallaba en Alcalá de Henares, llegaron cincuenta caballeros, que aún cuando eran cristianos, desde mucho ántes servian valerosamente en las huestes marroquíes. Habíalos pedido Don Juan I al rey de Marruecos, y con permiso de éste y promesa de aquél de obtener en España heredades y bienes, y honrado mantenimiento, venian á servir en el ejército castellano, y traian consigo sus hijos y sus mujeres. Como descendientes de los cristianos, que desde la invasión de España por los moros vivian en tierras africanas, eran muy diestros en los manejos bélicos de aquellas regiones. Nadie los aventajaba en correr y en revolver los caballos, en montar y en apearse despues de dejarlos ir á rienda suelta, y en saltar gallardamente zanjas y barreras: nadie jugaba las lanzas con la maestría y ligereza que ellos. Muestra de su habilidad guerrera iban á dar los *farfanes*, que así llamaban los moros á tales caballeros el domingo 9 de Octubre de 1390 en los campos que rodean á Alcalá: el rey queria presenciar sus ejercicios, y despues de oir misa se dirigió en busca de los ponderados ginetes, que ya le esperaban. Don Juan I era entónces de edad de 32 años, blanco el color del rostro y rubio el cabello, y montaba aquel dia un fogoso caballo ruano de raza castellana. Iba á su lado el arzobispo de Toledo Don Pedro Tenorio, y le seguia numeroso acompañamiento de cortesanos. En esta forma salieron por la puerta llamada de Búrgos: ¡Qué léjos estaban todos de creer que tanta pompa y alegría pudiera trocarse en consternación y en sangre con sólo andar algunos pasos! Ya fuese movido solamente de juveniles ímpetus, ya alentado por contemplar en frente á los farfanes preparándose para saludarle, y deseando probarles que era capaz de apreciar el mérito de sus ejercicios, es lo cierto que el rey, apenas se halló en el campo, clavó las espuelas á su fogoso potro, y á escape corrió el breve camino que separaba su vida de su muerte. Que tropezando el desbocado bruto en los surcos de la tierra labrada recientemente, cayó al suelo oprimiendo con su peso al jinete, sin que éste pudiera evitar tan terrible accidente. Lo rudo del golpe y la enfermiza y delicada naturaleza de Don Juan, hicieron que la muerte fuera instantánea, de tal suerte, que cuando el arzobispo y los cortesanos acudieron á levantarlo, sólo encontraron un cadáver.

En medio del sentimiento de todos, el sagaz prelado tuvo astucia suficiente para hacerles creer que el rey alentaba aún; allí mismo ordenó que se armase una tienda; colocó en ella el cuerpo, y sin dejarle ver de nadie consiguió que los médicos publicaran que el rey vivia, por más que su estado fuese por extremo grave. Entre tanto envió cartas á las ciudades, villas y lugares del reino, y á los demás prelados y caballeros, anunciando que el rey estaba en peligro de muerte, y excitándoles en su nombre á guardar lealtad al príncipe Don Enrique en caso de que el monarca falleciera. Nadie dudó de la verdad de las cartas, encabezadas con el nombre de Don Juan I por la gracia de Dios, y firmadas, por no estar él en estado de hacerlo, por el arzobispo, el abad de Fucillos y otro doctor, cuyo apellido no publica la historia.

Entre tanto, en ancho círculo alrededor de la tienda habíanse colocado centinelas que contuvie-

sen á distancia al pueblo curioso, para que no pudiera traslucir el engaño. Los físicos entraban y salían apresuradamente y sin descanso por la puerta de la tienda; diligentes servidores acudían á buscar medicinas á la ciudad, volviendo solícitos con ellas; éstos, mezclándose entre los grupos, aseguraban que el rey no ofrecía esperanzas de vida; aquellos sostenían que, segun acababan de oír, su estado era muy grave; á cada paso se comunicaban órdenes fingiendo que eran dadas por el rey, y constantemente en todas las iglesias de Alcalá se celebraban devotas rogativas por la salud del monarca, que más que de rogativas pudieron servirle de funerales.

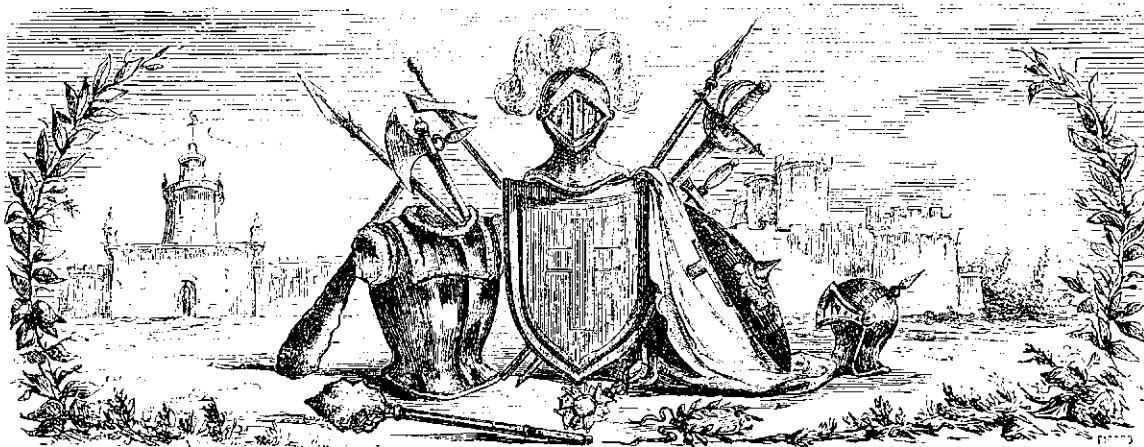
Apresurada y silenciosa comitiva llegó luego á Alcalá por el camino de Madrid: acompañaba á la reina Doña Beatriz, que á la primera nueva del terrible suceso acudió desde aquella villa, donde se encontraba, seguida del obispo de Sigüenza y otros caballeros; su dolor y sus lamentos al abrazar los restos inanimados de su marido, el tiempo que iba pasando, y acaso el secreto, mal guardado por alguno, como acontece siempre, hicieron que la verdad fuera siendo conocida, á pesar de las medicinas que se aparentaba servir al rey, de las rogativas hechas en todas partes por su alivio, y de los recados que se fingían de su parte. Sin embargo, el objeto del arzobispo Tenorio estaba ya conseguido. Cuando el cadáver de Don Juan I se depositaba solemnemente en el palacio del prelado, éste hacia proclamar en Madrid por rey al príncipe Don Enrique, primero en una junta de grandes, y despues públicamente por las calles y las plazas. Al día siguiente, del mismo castillo arzobispal que vió salir al rey rodeado de alegres pensamientos, salía entre triste comitiva el féretro que llevaba á Toledo los restos del monarca malogrado. Tan unidas y tan cercanas están siempre la vida y la muerte para el pobre y para el poderoso.

VII.

Tal es el palacio de Alcalá de Henares: monumento cuyo origen es casi imposible fijar, porque cada generacion ha ido dejando en él impreso su recuerdo, sólo espera de la época presente que escriba también en aquellas paredes su memoria, librándolas de la ruina y restaurando con cariño los destrozos naturales del tiempo.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

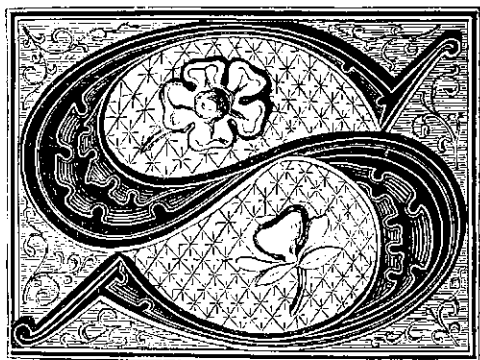
NOTA DEL EDITOR. La vista general del Castillo arzobispal de Alcalá de Henares se dará en lámina suelta.



EL CASTILLO DE BÚRGOS.

DEDICADO Á LA EXCMA. SEÑORA DUQUESA DE FRIAS.

I.



E vé generalmente unida la palabra *castillo* á la idea de régimen feudal, y sin embargo, no fué tanto el feudalismo como la necesidad de atender á la reconquista y repoblacion del país ocupado por los mahometanos, lo que produjo la mayor parte de las fortalezas de España en la Edad media.

Prueba de este aserto es, que mucho ántes de que en esta nacion se introdujera el feudalismo viniendo de Francia, habia una provincia considerable que se llamaba *Castilla*, *Castella*, por las almenadas y enhiestas fortalezas que se descubrian sobre sus montes y collados.

Diversas causas habian favorecido los principios de la reconquista cristiana sobre los victoriosos árabes posesionados en breve tiempo de España bajo el mando de Tarik y Muza. La debilidad y poca duracion de los Emires, dependientes de la lejana y recelosa autoridad de los califas de Damasco; las discordias y guerras entre árabes y berberiscos; la falta de unidad y direccion; la extension desproporcionada de las empresas del conquistador; la guerra de Narbona; las derrotas sufridas en Tolosa y Poitiers, le impidieron fijar la atencion y concentrar desde el principio sus fuerzas contra los pobres riscos en que los cristianos se habian refugiado. Estos, por su parte, cobraban ánimos y se engrandecian de dos modos; por la conquista y por la poblacion.

En cuanto á la primera, aunque interrumpida, lo mismo que la defensa en sus adversarios por discordias y guerras civiles, no fué nunca abandonada, y la superioridad de la raza y de la civilizacion de los cristianos bastaban para reparar los reveses, y para mantener su progreso lento aunque seguro.

La poblacion se verificó de diversos modos. Primeramente engrosó el núcleo de los habitantes que fueron cuna y baluarte de la independencia por el concurso de los que, huyendo de la invasion, buscaban entre ellos refugio y amparo, y con los que acudian á tomar parte en la restauracion de su fe y de su patria. Aumentóse tambien con los moros cautivos, cuyos brazos eran empleados en acrecentar las subsistencias; despues con la poblacion cristiana de las tierras, ciudades y aldeas rescatadas del poder árabe; y últimamente, por el desarrollo natural de la poblacion en las zonas que iban poniendo la conquista y la victoria fuera del alcance y al abrigo de las talas y del saqueo del adversario.

Verificábase la repoblacion repartiendo entre los conquistadores ó entre las gentes llamadas ó reunidas al efecto las tierras vacantes ó ganadas por las armas, entregando á aquellas semillas y ganados: los siervos seguian á su señor; los hombres libres á su patrono, y la Iglesia estimulaba y daba cohesion á estas empresas, ó acometia otras de la misma naturaleza por sí sola. La continua guerra aconsejaba no fundar las nuevas poblaciones en las llanuras, sino en sitios de difícil acceso y que pudieran ser protegidos. Construida la poblacion, ó ántes de esto, sobre la eminencia más cercana se levantaba el *castillo* que habia de defenderla.

Si, como es de creer y los historiadores admiten, el nombre *Castilla* vino á este condado primero, luego reino de España, de las muchas fortalezas levantadas en sus cumbres, no cabe duda de que al comenzar el siglo ix existian ya muchas villas muradas y con castillo, porque en esa época se encuentra ya dicho nombre en algun documento. Mas no se crea que la *Castilla* de Don Alfonso el Católico era el reino que dejó formado Fernan Gonzalez; el territorio castellano en el siglo ix estaba reducido á las riberas septentrional y meridional del Ebro, desde tierras de Alava y Pancorbo hasta las fuentes de aquel rio. El límite Norte eran los montes convertientes al Ebro, y al Sur la línea que corre desde Aguilar por Villadiego á Pancorbo. Los reyes de Astúrias cuidaron de fortificar los pueblos de esta línea montuosa y accidentada, contra la cual se estrellaron más de una vez las fuerzas de los árabes. De aquí el origen de la ciudad de Búrgos y de su alcázar ó castillo.

Alfonso III el Magno, libertador de Leon, conquistador de Coimbra, Dueñas y Simancas, vencedor de los reyes de Córdoba y Toledo en repetidas batallas, veia sin embargo mal seguros sus Estados orientales y abierta á las invasiones de los moros la tierra de Castilla, escudo del reino de Leon por aquella parte. Conociase ya entónces con el nombre de *Burguense* el territorio que hoy domina la ciudad de Búrgos, bien procediese este nombre del de *murbogos* ó *turbogos* adulterado y reducido, bien, lo que es más verosímil, de la voz germana *burgo*, con la que se denominara alguna aldea ó caserío. Pareciendo aquel sitio á propósito para poblar y juntamente para levantar alguna fortaleza que sirviese de antemural contra los árabes, confió Don Alfonso la empresa al conde Porcellos, quien reunió en un solo recinto murado seis grupos de casas ó de poblacion que allí existian, y puso el todo bajo la proteccion del castillo que levantó en el cerro elevado que por la parte del N. domina la ciudad. Segun los *Anales complutenses*, acontecia esto por los años 882; segun el *Cronicon burguense* y los *Anales compostelanos*, en 884. Autores hay que dan á Búrgos un origen más propio de la leyenda.

Cuentan, pues, que un peregrino aleman, de noble origen y hermosa presencia, llamado Nuño Velchidies, viajando desde su patria á Santiago de Compostela, se detuvo en este lugar, en el que dió principio á la fundacion, sucediendo luego en el condado á Don Diego Porcellos, con cuya hija Sulla Bella casó. Más positivo es que Búrgos, como poblada por mandato régio y con un fin militar necesario para el reino de Leon, estuvo sometida á éste hasta que en tiempo de Fernan Gonzalez logró Castilla su independencia. Durante este tiempo, el castillo de Búrgos, probablemente ensanchado y fortalecido cada vez más, vió dilatarse ante él el territorio castellano, que en breve llegó á las márgenes del Duero.

II.

El viajero que desde la cima de la eminencia á cuyo pié se halla situada la ciudad de Búrgos, tienda la vista por el horizonte que se descubre, verá por la parte de Oriente levantarse la cordillera de Atapuerca, pueblo de infausta memoria para Navarra, por la desgraciada muerte de su rey Don García y la derrota de su ejército por el rey de Castilla Don Fernando. Hacia la derecha y á nueve leguas de distancia se descubren las altas sierras de Pineda, cargadas de nieve una parte del año. Al Mediodía se levanta el peñon de Carazo, donde un tiempo hubo un templo pagano y despues una fortaleza árabe, ganada por el conde Fernan Gonzalez cuando comenzó á ensanchar y consolidar sus dominios. Al Occidente vése otro de los eslabones de la cadena con que los mahometanos en el período de sus triunfos pretendieron impedir la irrupcion de los valientes godos en los llanos, y contenerlos en las montañas donde se habian refugiado; el antiguo castillo de Muñoz, del cual quedan escasos restos, y de donde, segun tradicion, salian los moros á hostilizar la naciente ciudad de Búrgos, y de donde los arrojó tambien el esforzado Conde.

A la parte del septentrion y próximo á la carretera de Vitoria, se halla el pueblecito de Gamonal, en el que aún subsiste la iglesia que las piadosas Doña Urraca y Doña Elvira elevaron á la dignidad episcopal, ántes que lo fuere la de Búrgos, y al que en la época contemporánea dió tanta celebridad la batalla perdida por las tropas españolas contra las del emperador Napoleon. Volviendo la vista hacia el Occidente, se advierte, á la orilla derecha del Arlanzón, cuyas márgenes aparecen cubiertas de frondosos álamos negros y pobladas de verdura, una solitaria casa y una humilde capilla, últimas reliquias de la iglesia parroquial y del pueblo de San Martín de la Bodega, patrimonio en tiempos remotos de una hija de Fernan Gonzalez, y muy distinguida aquella por Alonso VI. Al lado opuesto del río y enfrente de este sitio se descubren las altas torres de dos iglesias, monumento de caridad la una, suntuoso panteon la otra de la familia reinante en Castilla hasta el siglo xvi. Es la primera y más cercana la del Hospital del Rey, así nombrado por su fundador Alonso VIII, cuyo objeto al edificarlo fué, no sólo socorrer á los peregrinos que de Francia y Alemania pasaban á Compostela, sino tambien á aliviar á los enfermos que en él buscaban la perdida salud. La otra torre, más severa y de mayor elevacion, pertenece á la iglesia de la Real Abadía de las Huelgas de Búrgos, célebre entre todas las de la cristiandad por las prerogativas de su abadesa, y por las inmensas riquezas de que hasta los tiempos modernos disfrutara.

A tres cuartos de legua de la ciudad, por la parte E., se descubre tambien otro monumento del

mayor interés, la bella Cartuja de Miraflores, cuya iglesia tiene la forma de un féretro, comenzada á edificar por Enrique III, que hizo en aquel sitio un palacio, restaurada y continuada por Don Juan II, y edificada de nuevo y casi tal como hoy se mira, por la Reina Católica, que hizo labrar en su iglesia los sepulcros de sus padres, y el de su hermano el infante Don Alonso.

De no menor interés que estos monumentos que acabamos de mencionar, es para la historia pátria el castillo de Búrgos, desde cuyas ruinas hemos contemplado el hermoso panorama que acabamos de describir. Morada por largo espacio de tiempo de los reyes de Castilla, en el grado que consentían las costumbres y necesidades de los siglos medios, en él residió la corte ó cámara régia hasta que Valladolid primero, y luego Madrid, se la arrebataron; en él se celebraron matrimonios de los reyes y príncipes de la familia real, y ocurrieron grandes y trágicos sucesos.

Levantábase esta grande fortaleza, de cuya arquitectura nada podemos hoy decir, sobre un alto cerro situado al N. de la poblacion, sitio donde hoy no se halla más que algunos paredones y casacuarteles levantadas para proteger un tanto á la ciudad y para albergar tropas durante la última guerra civil. Esta fortaleza fué, segun los historiadores y las noticias que se conservan, de gran consideracion en lo antiguo, puesto que además de ser, como hemos dicho, morada de los reyes de Castilla, su situacion topográfica la hacia excelente para la defensa contra los moros, y en particular para la de la ciudad.

III.

No es nuestro objeto hacer la historia de la ciudad de Búrgos ni la del condado de Castilla, de que fué cabeza, sino solamente la de las vicisitudes por que pasó su alcázar ó castillo; por lo cual nada diremos aquí de las hazañas del famoso héroe castellano Fernan Gonzalez, verdadero fundador de aquel condado independiente, ni de la infausta suerte de su hijo el conde García Fernandez, muerto en Córdoba de las heridas recibidas en la batalla de Langa, que sostuvo contra Almanzor, ni de la victoria que el hijo de aquél Sancho García obtuvo sobre el caudillo musulman apellidado el *Invencible*, en Calatañazor; ni del asesinato del heredero del último Don García por los hermanos Don Vela á las puertas de la iglesia de San Isidoro de Leon, entónces denominada de San Juan Bautista, cuando caminaba á la corte de Oviedo para celebrar sus bodas con la infanta Doña Sancha; ni del horrible suplicio que hizo sufrir á los traidores Vela Don Sancho el Mayor, de Navarra, que heredó el condado de Castilla, quien sitió y cogió prisioneros á aquellos en el castillo de Monzon; ni de la batalla de Tamara, en la que el rey de Leon, Don Bermudo, fué muerto por las lanzas de sus cuñados Don Fernando y Don García en las mágenes del Carrion.

Habremos, sin embargo, de detenernos en el reinado de Don Fernando, con justo título apellidado el *Magno*, en el que Castilla figuró ya como reino, y en el que se unieron esta corona y la de Leon. El castillo de Búrgos es mencionado por la historia en este período. De él sin duda salió aquel gran monarca para las empresas á que dió feliz cima en Portugal apoderándose de la plaza de Viseo, ante cuyos muros habia perecido su padre Alonso V, de Lamego y otras plazas de importancia; en Castilla tomando á Gormaz, traspasando la cordillera de Guadarrama y Somosierra, y ocupando á Guadalajara y Alcalá de Henares.

Durante este tiempo habian vivido ambos hermanos, Fernando y García, en concordia; pero fuese que las recientes conquistas de aquél excitaran los celos del rey de Navarra, ó que le pesara ver en sus manos el reino de Castilla que creia corresponderle, surgieron al cabo entre ellos graves disidencias. Cayó en esto ó se fingió enfermo en Nájera Don García; pasó á visitarle su hermano; y el navarro, faltando á las leyes de la hospitalidad, intentó prenderle. Tuvo aviso ó barrunto Don Fernando de lo que se tramaba, y huyó apresuradamente á Búrgos, desde donde escribió al primero ocultando su resentimiento y disculpando su marcha. Pero la herida se conservaba fresca, y el castellano no tardó en demostrarlo pagando perfidia con perfidia. Pasado algun tiempo, Don Fernando cayó á su vez ó se fingió tambien enfermo; y Don García, falto de la memoria que tanto necesitan los que obran como él, cometió la torpeza de pasar á verle á Búrgos, en donde inmediatamente fué preso. Envióle Don Fernando al castillo de Ceya, de donde con el auxilio de algunos vasallos fieles consiguió fugarse. Trágico fué el desenlace de esta série de intrigas y celadas: Don García corrió al punto á las armas y á la venganza; recibió algun auxilio de los moros aragoneses, y se puso sobre la frontera de Castilla. Frente á frente los dos ejércitos y los dos hermanos en Atapuerca, lugar á siete leguas de Búrgos; con santa y ardorosa caridad mediaron el abad de Oña, San Iñigo, varon muy piadoso y muy estimado de Don García, Santo Domingo de Silos y Fortun Sancho, ayo fiel y prudente del navarro: llevado éste de la cólera, desoyó los consejos y amonestaciones, y aunque inferior en gente y habiendo en su campo muchos descontentos de su génio altivo é impetuoso, lanzóse á la batalla. Sancho Fortun y otro caballero navarro militaban en el campo de Don Fernando, agraviados por García, y despues de haberse desnaturalizado á uso de aquel tiempo: ganosos de venganza, buscaron á su rey en la pelea, le encontraron, y arremetiéndole, le alancearon. El desgraciado Don García espiró en los brazos de San Iñigo. La victoria, dudosa hasta entónces, se decidió naturalmente por Don Fernando, quien usó de ella con moderacion, apoderándose solamente de Bribiesca, Montes de Oca y otros pueblos que le pertenecian, y persiguiendo á los moros auxiliares. Tal fué el término de las cuestiones entre los dos hijos legitimos de Don Sancho el Mayor.

IV.

Pasemos sin hacer alto en ellos los reinados de los tres Alonsos, VI, VII y VIII, durante los cuales Castilla aumentó sus dominios considerablemente, conquistando con el primero á Toledo, mientras el Cid expugnaba á Valencia y derrotaba á los mahometanos con el último en la célebre batalla de las Navas de Tolosa: nada particular tenemos que narrar en este periodo del castillo de Búrgos, si no es que, habiéndose engrandecido la ciudad merced á la predileccion que por ella mostraron dichos monarcas, en particular Alonso el *Noble*, de quien el autor de *Las prácticas de los buenos reyes de España* dice:

El rey Don Alonso, de nombre el octavo,

 Fundó por servicio del Rey de la Gloria
 Con diez monasterios de santa memoria,
 Las Huelgas de Búrgos y el gran Hospital;

es verosímil que el castillo de Búrgos, trasformado en alcázar régio, fuera engrandecido y hermo-seado conforme cumpliera al esplendor y magnificencia de aquellos virtuosos monarcas.

Quiere la indole de estos estudios sobre los monumentos feudales de España, que el escritor haya de ocuparse con harta mayor frecuencia en narrar hechos trágicos, sitios, muertes y ejecuciones más bien que sucesos faustos; y así, conformándonos con esta ley de la necesidad, dejamos á un lado las discordias y guerras de la minoridad del Santo rey Don Fernando, en las que Castros y Laras se disputaron el gobierno, porque aún cuando envolvieron en ellas á gran número de pueblos de Castilla, ninguno de los dos bandos llevó su audacia hasta apoderarse del alcázar de Búrgos. También habremos de pasar por alto el próspero reinado de Fernando III y la conquista de Sevilla, en la que tanta parte cupo á un hijo de Búrgos, el almirante Bonifaz, y nos detendremos algo en el de su hijo y sucesor Alonso X, apellidado *el Sabio*. En Búrgos celebró este monarca las bodas de su hermana la infanta Doña Leonor con el príncipe Eduardo de Inglaterra; y aún con mayor aparato que estas se celebraron en 1268 las del infante Don Fernando con Doña Blanca, hija del rey Luis IX de Francia, hallándose presente Don Jaime de Aragon, abuelo del desposado, y otros muchos príncipes y grandes señores.

Sucesos de otra índole, triste pronóstico de los que habia de presenciar el de Don Pedro el Cruel, ocurrieron en el castillo de Búrgos en este reinado. Las turbulencias que la debilidad de Don Alonso X por una parte, y por la otra la ambicion y actividad de su hijo Don Sancho, empeñado en despojar del derecho á la sucesion á la corona á sus sobrinos los infantes de *la Cerda*, ocasionaron en este periodo, son generalmente sabidas. En ellas perdió á manos del verdugo la vida en el castillo de Búrgos el infante Don Fadrique, hermano del rey, á quien éste hizo prender, juntamente con Don Simon Ruiz de Haro, señor de los Cameros, por imputarles que habian auxiliado á la reina Doña Violante á pasar á Aragon con sus nietos los infantes de la Cerda. Don Fadrique fué degollado en una de las torres de aquel castillo, y el señor de los Cameros en Treviño, ambos sin forma de justicia. Así en tiempos de un rey legislador y denominado *Sabio* se iba estableciendo la costumbre de derramar sangre de la misma familia real y de los grandes señores por pura razon de Estado.

En el alcázar de Búrgos dejó preso tambien Don Sancho, denominado el *Bravo*, al infante Don Juan, quien juntamente con el señor de Vizcaya Don Lope de Haro, fomentaban en Castilla la guerra civil. No alcanzó la misma suerte el señor de Vizcaya. Citado por el rey en la villa de Alfaro (1188) con el infante, acudieron ambos y se presentaron sin acompañamiento. Don Sancho entónces, en presencia de la corte, requirió á ambos para que inmediatamente entregasen los castillos que tenian usurpados, alzando el juramento de fidelidad á los soldados que los guarnecian. Negóse Don Lope, y mandados prender ambos, tercióse el manto é hizo ademan de acometer al rey, quien, por su parte, sacando de la cintura un cuchillo que siempre llevaba consigo, y dando al de Haro un fuerte golpe en el hombro derecho, le derribó en tierra, acabándole de matar los guardias que le rodeaban.

Búrgos, que ya habia presenciado no pocos actos de rigor ó de crueldad de los que señalaron el reinado de Don Alonso XI, fué una de las ciudades que más padecieron por efecto de las discordias civiles en el de Don Pedro I, y tambien de las que más se distinguieron por su afecto á Don Enrique. Alborotado el pueblo burgalés por la exaccion de un tributo no votado por las Córtes, acudió Don Pedro, acompañado de su favorito Alburquerque, á dar á sus vecinos pronto castigo. Estos se

armaron, y concertándose para la defensa con Garcilaso de la Vega, adelantado de Castilla, enviaron al rey un mensaje protestando no oponerse á la autoridad real, pero rogándole que no los abandonase á merced de Alburquerque, conocido por sus violencias. Fué desatendida la súplica; llegó Alburquerque, y con él la condena de Garcilaso. La reina, deseosa de librarle de la suerte que le aguardaba, le avisó para que huyese, en vez de acudir á la cita del rey; pero el adelantado, con la conciencia tranquila, temeroso de que se pusiera en duda su lealtad si rehusaba presentarse, salió de Búrgos para ir á morir en el Palacio real á manos de los ballesteros. De orden del mismo monarca trajeron á Búrgos el cadáver del infante Don Juan, muerto inhumanamente en Bilbao, el cual hizo arrojar en el rio, sin que volviese á parecer: tambien le trajeron aquí seis cabezas de caballeros principales sacrificados á sus iras.

En el año de 1360, de vuelta de Leon este monarca desalmado, hizo matar en el castillo de Búrgos al arcediano Diego Arias Maldonado, por el único delito de haber recibido cartas de su rival Don Enrique; y cuando en Marzo de 1368 se vió obligado á abandonar esta ciudad, sobre la cual venian Don Enrique con las compañías francesas de Bertran Duguesclin, mandó por via de despedida degollar en el mismo sitio á Don Juan Fernandez de Tovar, por el enorme delito de haber recibido un hermano suyo en Calahorra á Don Enrique.

Derrotado y muerto al fin Don Pedro en los campos de Montiel, D. Enrique entró triunfante en Búrgos; pero le resistió el castillo, en el que habia quedado Don Jaime, rey de Nápoles, despues que se halló en la batalla de Nájera en defensa de Don Pedro. Fué, sin embargo, hecho prisionero el rey de Nápoles por Don Enrique; quien al mismo tiempo ponía en libertad á Don Felipe de Castro, grande de Aragon, casado con Doña Juana, hermana de aquel, á quien habian cautivado en la batalla de Nájera. Don Enrique le hizo merced de la villa de Paredes de Nava, de Medina de Rioseco y de Tordehumos. La dinastía de Trastamara, como si quisiese premiar á Búrgos la parte que habia tenido en su elevacion, la favoreció residiendo en ella y en su alcázar más que en otro alguno de Castilla, y celebrando allí hasta los Reyes Católicos sus enlaces y solemnidades.

No nos detendremos en describir sino aquellos hechos en armonía con el objeto de esta narracion. A Búrgos y su alcázar acudió Enrique II cuando se vió obligado á reunir un poderoso ejército para rechazar la invasion que los duques de Lancaster y de Bretaña intentaron en 1374. Y sucedió en esta ocasion que agolpándose con gran diligencia á dicha ciudad gente de armas de todas partes, y produciendo su muchedumbre la confusion consiguiente, en la noche del 19 de Marzo, por cuestion de alojamientos, se trabó una pelea entre los soldados del conde de Alburquerque y los de Don Pedro Gonzalez de Mendoza, en la cual fué herido de una lanzada el mencionado conde, hermano del rey, que habia acudido á apaciguarla, á quien los combatientes no conocieron por el pronto, y el cual murió de la herida. El historiador Mariana, que refiere el caso, asegura haber sido casual esta muerte y producida por ignorancia; esto no obstante, fueron condenados á muerte, ejecutados como traidores y confiscados sus bienes, ocho de los causantes.

De este lugar es tambien la expresiva anécdota del gaban de Don Enrique III, nieto del fundador de la dinastía de Trastamara, la cual pinta con muy tristes colores el estado á que habian reducido al reino y al monarca niño la codicia y malversacion de los gobernadores. Píntase á Enrique III solo en su vasto alcázar, sin cortesanos y sin servidumbre, saliendo á cazar codornices para tener alimento, y empeñando su gaban para añadir un poco de carnero al producto de su caza, único plato

que podia servirse en su cena. Entre tanto, en la casa del arzobispo de Toledo se celebraba gran banquete, al que asistian el conde de Benavente, el de Trastamara, el de Medinaceli y otros de los gobernadores y grandes, recaudadores y dispensadores de las rentas reales. Y cuéntase que advertido Don Enrique, abandonando su frugal cena y saliendo del alcázar, presenci6 oculto aquel espectáculo. A otro dia hizo que se difundiera por la corte la voz de que se hallaba muy enfermo y que queria otorgar su testamento. A este rumor acuden todos los grandes al alcázar, en donde no se les deja penetrar con acompañamiento. Ya todos ellos reunidos en una vasta sala, preséntase el rey armado, con la espada desnuda; se sienta en su silla y pregunta al anciano arzobispo de Toledo cuántos reyes habia conocido en Castilla, pregunta que va corriendo por todos; y viendo que el que más ha conocido cinco, exclama el monarca que con tener solos catorce años él no ha conocido menos de veinte reyes, y que ya era tiempo de que hubiese uno sólo. Ent6nces llama á los ministros de justicia y á los soldados que tenia ocultos, y que se presentan á ejecutar sus órdenes. Los grandes quedan suspensos y aterrados, hasta que el arzobispo de Toledo, puesto de rodillas y llorando, implora perdon; los demás imitan su ejemplo; y el rey, despues que les hubo intimidado, les perdona; pero no les devuelve su libertad hasta que entregan los castillos y fortalezas reales que custodiaban, y el alcance de las rentas reales que corrian á su cargo.

V.

El suceso más notable que presenci6 Búrgos durante el reinado de Don Juan el II, fué la caida y prision del privado, el condestable Don Alvaro de Luna, sucesos que tan de cerca habian de preceder á su muerte.

Tres veces, cediendo á sus émulos, habia Don Juan II apartado de sí al hombre sobre quien descargaba el peso de los negocios del Estado, y las tres habia aquél vuelto al lado del rey más poderoso é influyente que ántes. Con el segundo matrimonio de Don Juan y el odio que al condestable cobró la reina, variaron sin embargo las cosas. El instrumento principal de la última y definitiva caida del condestable fué Alfonso Perez de Vivero, á quien aquél habia sacado de la nada, elevándole, como dice la *Crónica de Maestre, de zapato á lazo*. Poco á poco el rey se fué mostrando desabrido con el favorito; y como la gota horada la piedra, la reina y Vivero lograron perderle en su ánimo y que se decidiese al cabo á prenderle.

En este estado las cosas, y despues de haber ya evitado el condestable alguna celada que se le tendiera, llegó la corte á Búrgos. El rey se aposentó en las casas del obispo, y el maestre en las del hermano de aquel prelado, Don Pedro de Cartagena. Una vez en Búrgos, debia el rey confirmar la merced de duque de Trujillo que habia hecho á Don Alvaro, y de conde de Ledesma á favor de su hijo natural Don Pedro de Luna, y se debian alzar los pendones del maestrazgo de Santiago por el nuevo electo Don Juan, conde de Santistéban de Gormaz; pero todo lo impidieron los sucesos que vamos narrando.

Era llegada la cuaresma. El condestable, bien con el fin de que Alonso Perez de Vivero se arrepintiese de su defeccion y se apartase de ella, bien para el caso de que decidiéndose á darle muerte no le sorprendiera en pecado, idea muy propia de aquellos tiempos, encargó á su servidor Fernando

de Rivadeneyra que indujese á Vivero á confesarse con ocasion de penitencia. Negóse Vivero, respondiendo que nunca se habia hallado en peor disposicion para hacerlo. Entónces el maestre no quiso dilatar su venganza, y más sabiendo que ya se habia despachado la orden á su mortal enemigo Don Alvaro de Zúñiga para que viniese á Búrgos con las lanzas de que disponia.

Tenia la casa de Pedro de Cartagena, donde se hospedaba el maestre, una torre ó mirador con baranda exterior, de la cual, quitándose algunas barras, fácilmente podia ser precipitado un hombre con apariencia de haber sido casual su caída. Acordado entre el maestre, su sobrino Don Juan de Luna y su escudero y amigo Rivadeneyra, dar muerte á Alonso Perez de Vivero, y llamado éste por Rivadeneyra á la casa del primero, hízosele subir á la torre donde Don Alvaro se hallaba, el cual, mostrándole unas cartas, le preguntó si conocia la letra. Respondió Alonso que era la suya, y entónces el maestre mandó á Rivadeneyra que las leyese. Contenian las pruebas de las maquinaciones que el contador mayor, Vivero, habia intentado contra el condestable. Alfonso Perez palideció al oirlas: quiso disculparse; pero ya era tarde. « Con tiempo, dijo el maestre, os avisé y os dije lo que os esperaba: cúmplase ahora. » Asieron de él entónces Don Juan de Luna y Rivadeneyra, y junto con la baranda le arrojaron la torre abajo. Dió en una sien al caer contra un pilar del puente, y cuando llegó á tierra ya estaba sin vida. A las voces que los matadores daban bajando precipitadamente la escalera en actitud de socorrer al caído, se arremolinó la gente de la casa y de fuera contemplando el triste espectáculo. Así murió Alfonso Perez de Vivero al caer la noche de Viernes Santo, precediendo corto espacio de tiempo en la otra vida á su enemigo y matador Don Alvaro.

Amanecia el 4 de Abril de 1453, cuando precipitadamente vinieron á llamar á las puertas de la casa del condestable. Era Don Alvaro de Cartagena, que venia asustado con la noticia de que se acercaba mucha gente armada que habia salido del castillo llevando al frente trompetas; pero creyendo el de Luna que, como corria el rumor de que los del castillo trataban de robar á los judíos conversos, se dirigian ahora á casa de Pedro de Cartagena, que lo era, amonestó á su hijo Don Alvaro que corriera luego á ella y que se defendieran como hombres, que él los auxiliaria. En esto llegaron á las puertas hasta 200 hombres, que eran los que tocaban las trompetas y venian gritando: « ¡Castilla, Castilla! ¡Mueran los traidores! ¡Libertad del rey! » Venian á su frente Don Alvaro de Zúñiga, Iñigo de Zúñiga su tio, alcaide del castillo de Búrgos, y Mosen Diego de Valera en medio de los dos. Llególes á la sazón orden del rey de no combatir la casa, sino de cercarla no más, para que no se escapase el maestre; pero Zúñiga, á quien disgustaba esta orden, no la guardó muy bien. Habíase asomado á una ventana el condestable por ver lo que pasaba, tal como se hallaba, en jubon, cuando vino un pasador á clavarle en el marco de la ventana. Metióse dentro Don Alvaro, y echando mano con Chacon y Sesé, dos de sus servidores, de unos pedazos de encina que habia allí para arder, comenzaron á arrojarlos á los de la calle, de suerte que los apartaron un trecho: despertaron luego á la gente que aún dormia; cerróse el postigo por donde habia entrado Alvaro de Cartagena, y por donde los de fuera no habian osado penetrar temiendo una emboscada; y armados ya los del condestable, comenzaron á hacer fuego con espingardas y culebrinas, causando algun daño al enemigo. Envió entónces el de Zúñiga uno de los suyos al rey pidiéndole permiso para combatir la casa: no lo concedió Don Juan, ántes mandó que con sus soldados se metiese en las casas fronteras para impedir la huida del maestre. Al fin, sabiendo el último que el rey estaba á caballo en la plaza con intencion de no moverse de allí mientras no prendiesen á Don Alvaro, quiso verle y

le envió á decir cuán maravillado estaba de que así se dejara inducir por los que mal le servian; que los que ahora le rodeaban eran los mismos que en la batalla de Olmedo fueron á darle casi con las lanzas en los ojos; pero que así y todo, él estaba dispuesto á hacer su voluntad, para lo cual mandase alguno de los de su Consejo y casa con quienes pudiera hablar. El rey le mandó al obispo de Búrgos y á Ruy Diaz de Mendoza para que se dicra preso á ellos. Don Alvaro pidió seguro; y el rey, que queria á toda costa prenderle, lo prometió: un fraile de Santiago, que andaba de una parte para otra, fué el que medió para las condiciones; mas apenas firmado y sellado por el rey este seguro, en el que prometia librar al maestre y á todos los suyos de muerte, lesion y prision, y conservarles sus bienes y haciendas, cuando fué violado, despojando los emisarios del rey á Don Alvaro de sus armas y poniéndole preso. Don Juan se vino á comer muy tranquilamente á la casa de Pedro de Cartagena, teatro de estos sucesos; y cuéntase que enviando el condestable á pedir permiso para verle, aquél le hizo responder: « Que se acordase cómo en cierta ocasion le habia aconsejado, que nunca se dejase ver del hombre á quien hubiese mandado prender. »

Es sabido cómo Don Alvaro de Luna, conducido primero á Dueñas, y luego al castillo de Portillo, siguiendo siempre al rey, fué al fin llevado á Valladolid, en cuya plaza del *Ochavo* terminó sus dias en el cadalso el 2 de Junio de 1453, contando á la sazón sesenta y tres años.

VI.

Nunca tuvo el castillo de Búrgos alcaide tan poderoso é influyente en el reino como el que lo era en Setiembre de 1506, Don Juan Manuel, de la ilustre casa de Villena y enlazado con la familia real. Y cuenta que la importancia de aquel castillo y alcázar era mucha, á pesar de comenzar ya á usarse la pólvora más de lo que á los señores feudales convenia. Declarada Búrgos en la guerra civil con que se inauguró el reinado de los Reyes Católicos contra éstos, y viniendo á manos su castillo de Don Alonso de Portugal, no creyeron aquellos segura su corona mientras no lo hubiesen recobrado. Por eso el mismo Don Fernando vino á ponerle sitio en 1475, y por eso el arzobispo de Toledo y el duque de Arévalo que seguian la parcialidad portuguesa, instaban á D. Alonso á que acudiese en su socorro con mil quinientos caballos y gran número de infantes. Tomó, en efecto, Don Alonso aquella direccion; pero rindiéndosele en el camino el castillo de Baltanas, donde cogió prisionero al conde de Benavente, sin pasar adelante retrocedió, quizás por no considerarse entónces con fuerzas para presentar batalla á Don Fernando. Con esto, tras de muy largo sitio, el castillo de Búrgos se rindió en principios de 1476 á la reina Doña Isabel, quien dejó por su alcaide á Diego de Rivera, ayo que habia sido de su hermano el infante Don Alonso.

Gran mudanza amenazaban las cosas del Estado en 1506, con la venida de los nuevos reyes Don Felipe y Doña Juana, y la privanza de Don Juan Manuel, cuando en 25 de Setiembre espiró el archiduque á la edad de veintiocho años. Fué la ocasion de esta muerte que, reconocido Don Juan Manuel á la munificencia del monarca, quien, como hemos dicho, le habia conferido la alcaidía del castillo, quiso hacer ostentosa muestra de gratitud el dia que tomó posesion con un espléndido banquete, al que asistió Don Felipe con muchos grandes de Castilla. Se comió en él y se bebió destempladamente, y concluido, montó el rey á caballo y bajó á la ciudad. A la vuelta del paseo se puso

á jugar á la pelota: agitado con la violencia del ejercicio y bañado en sudor, sintió una abrasadora sed, que quiso templar bebiendo un jarro de agua fresca. Los efectos se dejaron sentir pronto, porque por la noche comenzó á sufrir dolores agudos, que se fueron desarrollando con mayor intension. A los tres dias era ya alarmante el estado de su salud, y el cardenal Jimenez de Cisneros, que se hallaba en la corte, dispuso que le visitase su médico, el doctor Yanguas. Conociendo éste la naturaleza y gravedad del mal, ordenó que se le sangrase inmediatamente, único remedio conocido como eficaz para cortar el curso de las pulmonías agudas. Los médicos flamencos, á cuyo cuidado estaba encomendada la salud del rey, despreciaron aquella medida, manifestando que ignoraba el físico español la complexion débil de Felipe. Mortificado Yanguas con el desaire que se hacia á sus conocimientos, volvió á la posada del cardenal, á quien afirmó que podia contar con el rey en la eternidad: funesto agüero que se vió cumplido al mediodía del referido dia 25 de Setiembre. Sabidos son los extremos que hizo su esposa Doña Juana, y como con esta ocasion comenzó á hacerse pública la enfermedad que padeció el resto de su vida.

La fortaleza de Búrgos permanecía en poder de Don Juan Manuel, cuando en este mismo año entró el Rey Católico en Castilla y ordenó á los alcaides de todos los reales castillos que los rindiesen y entregasen. El de Búrgos, que lo era Don Francisco Tamayo, dilataba la ejecucion. El rey acordó pasar adelante camino de la ciudad, y dió orden al conde Pedro Navarro para que con la gente de guerra que tenia y la artillería que traia de Medina del Campo fuese á combatir aquella fortaleza. El alcaide cedió ante esta medida, porque los efectos de la pólvora eran ya conocidos, y sin esperar más entregó el castillo, que los Reyes Católicos habian jurado á la ciudad que no saldria del poder real, promesa que, como vemos, tuvieron cuidado de cumplir, pero en la cual eran los primeros interesados.

VII.

Comenzado el siglo xvi, establecida la absoluta autoridad de los monarcas de la casa de Austria sobre la institucion de los ejércitos permanentes, gastada la vitalidad de España en las empresas exteriores, Búrgos fué perdiendo poco á poco su importancia militar y política como otras muchas ciudades de Castilla. Así, pocos son los sucesos que, al trazar la historia de su alcázar, podemos registrar en los siglos xvi y xvii. Aquí fué traído prisionero en 1591 el duque de Villahermosa, á quien con motivo de las alteraciones de Aragon en el reinado de Felipe II y fuga de Antonio Perez, su valido, habia hecho prender en Zaragoza de orden del rey Don Alonso de Vargas, general de sus tropas. En Búrgos se concertaron tambien y celebraron por procuradores en 1615 los desposorios del príncipe Don Felipe con Doña Isabel, hermana del rey de Francia, y de Luis XIII con Doña Ana, infanta de Castilla, que despues fué madre de Luis XIV y regenta de aquel reino. La infanta, dos dias ántes de sus bodas, renunció en forma, por sí y sus descendientes, el derecho que pudiera alegar, á falta de sus hermanos, á la sucesion de España y de los Estados de Flandes; cuya renuncia no impidió que la Casa de Borbon al comenzar el siglo xviii viniera á reinar en España, aunque para ello fué preciso sostener la larga y sangrienta guerra de sucesion. Durante ella, y cuando los aliados contra Felipe V ocuparon por dos veces á Madrid á consecuencia de las derrotas sufridas en 1706 y 1710 por las ar-

mas del primero en Extremadura y Aragon, Búrgos volvió á recibir en su seno á la corte, segura en esta ciudad, no sólo por su fidelidad bien probada, sino tambien por su fuerte posicion y la proteccion de su castillo, entónces aún bien conservado, y por la proximidad á Francia, y ser etapa forzosa en la marcha de las tropas con que Luis XIV socorria y apoyaba á su nieto.

Otra debia ser la suerte de Búrgos cuando España, en vez de tener por auxiliar á la Francia, estuviese en guerra con ella y se diera el caso de una invasion.

«En la antigüedad, dice el conde de Toreno en su *Historia del levantamiento y guerra de España*, hablando de la fortaleza de Búrgos, era este castillo robusto, majestuoso, casi inaccesible, y fortaleciólo en gran manera Don Enrique II el de las Mercedes: arruinándose los muros notablemente en la resistencia empeñada que dentro de él y contra los Reyes Católicos hizo la bandería que llevaba el nombre del rey de Portugal. Mandóle, no obstante, reedificar la reina Doña Isabel, y todavía se mantenía en pié, cuando por los años de 1736 un cohete tirado de la ciudad en una fiesta le prendió fuego, sin que nadie se moviese á apagar las llamas, cuya voracidad duró algunos dias.»

Vino esta arruinada fortaleza á poder de las tropas del emperador Napoleon en 1808, á consecuencia de la accion de Gamonal dada á su vista y casi á su pié. Serian las seis de la mañana del 10 de Noviembre del expresado año, cuando el general Lassalle con la caballería ligera francesa llegó á Villafria, á tres cuartos de legua de Gamonal, á donde se habia adelantado la primera division del jóven inexperto conde de Belvedere, que mandaba el ejército llamado de Extremadura, compuesto de unos 18.000 hombres repartidos en tres divisiones. Los franceses, como no tenian infantería, retrocedieron para aguardarla en Purchena, con cuya retirada, alentados los españoles, resolvieron empeñar una accion. Lassalle, rehecho ya, forzó al general Alós que le seguia á replegarse otra vez á Gamonal, á cuyo punto habia acudido ya lo restante del ejército español. Fué éste sin dificultad derrotado por los franceses, y vencidos y vencedores entraron mezclados en Búrgos. El mariscal Bessieres, tirando por la orilla del rio con la caballería pesada, acuchilló á los soldados fugitivos y cogió varios cañones, habiéndose perdido catorce, sin otros que quedaron en el parque. La pérdida de los españoles fué poco considerable, aunque mayores la dispersion y el desórden: los vencedores entraron la ciudad á saco y se apoderaron de considerable riqueza.

Desde esta fecha hasta 1813, estuvieron posesionados del castillo, del que sacaron gran partido. Domina aquel, como hemos dicho, los puntos y cerros que se elevan en su derredor, excepto el de San Miguel, del que le divide una profunda quebrada, y en cuya cima construyeron los franceses un hornabeque muy espacioso. Los antiguos muros eran bastante sólidos para sostener cañones de grueso calibre, y en una de las principales torres levantaron aquellos una batería acasamatada. Dos líneas de reductos rodeaban la colina, dentro de las cuales quedaba encerrada la iglesia de la Blanca, edificio poco propio para la defensa. En estas posiciones vinieron á atacarles los ingleses y españoles al mando de lord Wellington, cuando, despues de la batalla de Salamanca, se extendieron por Castilla, penetrando sin resistencia en la misma ciudad de Búrgos. Componíase la guarnicion francesa de 2 á 3.000 hombres, y la mandaba el general Du-Breton. Fiados los ingleses en su valor y en los defectos que notaron en la construccion de las obras, resolvieron tomarlas por asalto unas tras otras, empezando por el hornabeque de San Miguel, que las dominaba todas. Consiguieron apoderarse de aquel recinto en la noche del 19 al 20 de Setiembre, si bien á costa de sangre y con la desventura de no haber podido evitar la escapada de la guarnicion francesa, que se acogió al cas-

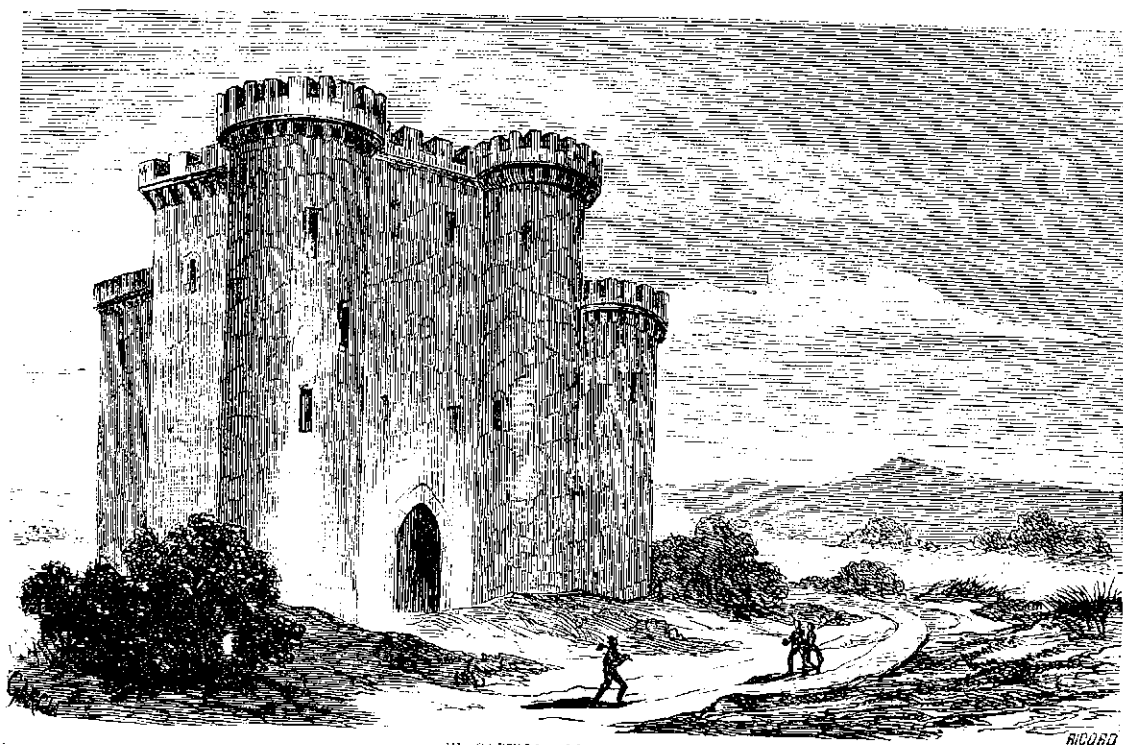
tillo, cuyas murallas pensaron los aliados acometer inmediatamente, muy confiados en el éxito. Los movimientos de los ejércitos franceses del Mediodía y Centro, y de los llamados del Norte y de Portugal, obligaron sin embargo á lord Wellington á abandonar por entónces la empresa y á comenzar una nueva campaña, para lo cual retrocedió hasta la orilla izquierda del Duero. Con más audacia y más seguro paso emprendió la marcha hácia el Norte al año siguiente. Ya entónces los franceses no intentaron resistir, y abandonaron el castillo de Búrgos, desfortaleciéndole ántes y aruinándole hasta en sus cimientos. El modo como lo ejecutaron dió lugar, dice Toreno, á siniestras interpretaciones; porque conservándose dentro desde el último sitio gran acopio de proyectiles, muchos de ellos cargados, acaeció que al reventar las minas practicadas para derribar los muros, volaron tambien muchas bombas y granadas que causaron en la poblacion considerable estrago. Escritores ingleses han afirmado que el enemigo procedió así para aniquilar los cuerpos de las tropas aliadas que se arrimaron á tomar posesion de la ciudad y castillo: los franceses, por el contrario, achacan tan lamentable contratiempo á mero olvido de la guarnicion. Sea de ello lo que fuere, es cierto que de la explosion resultaron destrozos grandes, padeciendo la famosa catedral bastante con el estremecimiento, no ménos que muchas casas y otros edificios. Redújose el castillo á un confuso monton de ruinas y de escombros.

VIII.

La pólvora, esa enemiga y destructora del feudalismo y de sus fortalezas, concluyó, como hemos visto, con el castillo de Búrgos, contemporáneo de la independencian de Castilla y sede de los monarcas que más adelantaron la reconquista contra los árabes. Sobre el cerro donde se levantó orgullosa fortaleza, no quedan sino vestigios de lo que pudo ser, y algun edificio pobre levantado durante la última guerra civil. La ciudad de Búrgos no echará de ménos ciertamente la existencia de una fortaleza, que si la amparó en la cuna y la dió esplendor cuando en su seno albergaba la Cámara régia, presenció más tragedias que hazañas, y trajo al cabo sobre aquella no pocas calamidades; mas hoy que el feudalismo no es más que un recuerdo, quizás se lean con gusto estos apuntes, considerando la importancia que en lo antiguo tuvieron aquellas ruinas y los grandes sucesos que en su recinto se verificaron.

JOAQUIN MALDONADO MACANÁZ.





EL CASTILLO DE MONTIEL.

DEDICADO Á LA SEÑORITA

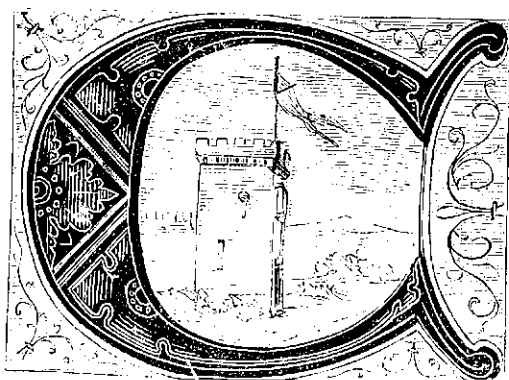
DOÑA DOLORES ALCON, HIJA DE LOS CONDES DE PEÑAFLORES.

Inútil montón de ruinas
De años y hazañas sepulcro
Que viandantes y pastores
Miran de noche con susto,
Escombros que han perdonado
Para escarmiento del mundo
La guadaña de los siglos
El rayo del cielo justo.
Pregonero que publicas

Elocuente, aunque tan mudo,
Que siempre han sido los hombres
Miseria, opresion, orgullo:
De Montiel, viejo castillo,
Montón de piedras y musgo
Donde en vez de centinelas
Gritan los siniestros luhos.
¡Cuán distinto te contemplo
De lo que estabas robusto,
La noche aquella que fuiste
Del Rey Don Pedro refugio!

DUQUE DE RIVAS.

I.



Así en los confines orientales de la Mancha, no lejos del límite que en lo antiguo separaba la Oretania de los pueblos bastitanos, enseñoreándose escueto desde elevada y abrupta eminencia, sobre ancha, espaciosa y no accidentada llanura, existia no há muchos años el hoy arruinado y misero castillo de Montiel, teatro de acaecimientos notables en edades pretéritas, melancólico y terrible testimonio, en la presente, de los cambios, veleidades y mudanzas del tiempo y la fortuna. Rota su barbacana por la reja del corvo arado, rellenos sus fosos de tierra, cantos y maleza, despedazados los robustos contrafuertes, el aportillado recinto no sirve ya de parapeto al hombre de guerra que,

en la frontera castellana mantenía á raya el poderío islamita, ni tampoco sobre el enhiesto adarve ondea gallardo el estandarte blanco con la cruz roja, señal cierta de que allí dominan los poderosos freires de Santiago.

Cayó por tierra la torre del Homenaje con los marmóreos blasones en ella empotrados; quebrantáronse las bóvedas de las góticas estancias; pusieron sus nidos en los matacanes las aves de rapiña; desaparecieron las almenas; llenóse el aljibe de alimañas y murciélagos, y el musgo y el jaramago cubrieron patios, muros y plataformas, que no bien hubo el último arcabucero atravesado la poterna que á la villa adyacente conducía, cuando por ella entró la naturaleza con todos los cómplices que la seguían en su empresa de destruccion y estrago.

Aproximase ahora el viajero al castillo sin topar con la cerca exterior que ántes le detuviera; nadie anuncia con metálico instrumento su llegada, y entra por el que fué principal y privilegiado ingreso sin mostrar su escudo ni declarar su intento. Ni hay guardas que se adelanten á reconocerle despues de abatir el puente levadizo, ni maestro de ceremonia que le conduzca á la cámara de honor donde apuesto magnate con gentil talante lo reciba y agasaje cual pidan los timbres de su vida y los fueros de su prosapia. Convirtiósese el conjunto en menospreciado hacinamiento de ruinas y de escombros, y si los desplomados paredones y los mutilados cubos que aún desafían la furia de los huracanes devorando el sonrojo del olvido, ponen en la mente hechos de alta y noble remembranza, también traen al ánimo memorias dolorosas que allí aparecen esculpidas con caracteres elocuentes y rasgos indestructibles.

Ante tamaña desolacion, remóntase el viajero en alas de su fantasía hasta engolfarse en los limbos de la leyenda; evoca las sombras de los que con su fama ó su infortunio escribieron sus nombres en aquellas piedras, y no se aparta del solitario paraje sin llevar consigo eficaz testimonio y provechosa enseñanza de lo que valen y duran las obras del hombre cuando ni las inspiró la virtud ni las informa el honrado y fructuoso propósito del bien, donde como en abreviada cifra se hallan y compendian todos los generosos conatos que llevan á la humanidad hácia el ideal de sus destinos.

Cuéntanos la tradicion, que el ya menoscabado baluarte de la reconquista debióse á la pericia de los romanos, cuando en su ciego afán de preponderancia inundaron con sus legiones la Península Ibérica. Algunas monedas desenterradas en sus contornos por la gente llana, deponen en favor de esta creencia, y hasta la etimología del nombre con que el castillo y el pueblo que á sus piés se extiende, son conocidas, concurren, si es exacta, á robustecerla. Procede Montiel de Montellús, Monticellus, Monticullus, palabras latinas que vertidas á nuestro idioma, valen tanto como monte-cillo, montículo ó colina.

Con efecto, sobre un pequeño monte hállase asentada la fortaleza, que segun las crónicas, fué señora de su antiguo y conocido campo, como el inmortal Cervantes le llama al escogerle para palenque de las primeras fazañas de su ingenioso y nunca bien ponderado Don Quijote. Empero sea esta opinion la verdadera, ó caminen con mayor acierto los que en otra parte buscan el origen del nombre de Montiel, lo que cumple á nuestro empeño es reconstruir su pasado, tejer su historia valiéndonos de los escasos materiales que pudo allegar nuestra diligencia, á fin de que cuando el afán de legítimo lucro arranque para utilizarlo hasta el último sillar de sus cimientos, quede todavía en pié su trasunto, persista vigoroso su recuerdo, trasmitiéndolo de gente en gente la imprenta con su poder grandioso é incontrastable.

II.

Salvemos con la mente los siglos que trascurren entre la invasion de los pueblos septentrionales y la rota de Guadalete. Apartemos la vista del luctuoso cuadro que nos ofrece la monarquía visigótica cuando en sus postrimerías acelera su ruina la irrupcion de las tribus del Yemen y la Libia. Quizás Montiel vió regresar los restos mutilados del ejército de Don Rodrigo; quizás sus moradores retrocedieron poseidos del espanto ante la funesta nueva que anunciaba la venida de los mahometanos. Próximo á la via que desde la España Carpetana se dirigia á la Bética y á las columnas de Hércules, posible es que fuera testigo de las primeras expediciones que los alarabes emprendieron contra las ciudades del centro de la Península, del mismo modo que ántes debió presenciar el paso de los ejércitos de César cuando bajaron hasta Munda en busca de los de Pompeyo.

Dejemos atrás, no obstante, esas lejanas centurias, para detenernos en el comedio de la Edad media.

Nos encontramos en pleno siglo XIII. El principado de Astúrias háse convertido en un reino. Alonso VIII ha conquistado á Cuenta y Toledo; las armas cristianas han vuelto á esgrimirse contra las cimitarras moras allende las márgenes del Bétis y el Salado.

Muéstrasenos Montiel cual robusto antemural que con otros defiende el paso de la cordillera Mariana. Desde Uclés hasta Calatrava, desde Alcaráz á Salvatierra, toda la comarca sufre el yugo del monarca castellano. Montiel ha abierto sus puertas despues de porfiada lucha, y hasta en el mismo puesto del Muradal flota victorioso el pendon que Pelayo enarbolara en Covadonga.

Entra Alonso VIII por el Andalus, y de algarada en algarada llega á las playas del Estrecho, y una vez allí emplaza á singular combate al invencible Al-Manzor.

Acude el poderoso emir á donde le llama su soberbia, irritada por la altivez de su enemigo; encuéntranse ambos ejércitos en Alarcos, á algunas leguas de Montiel, y una vez más la media luna triunfa de la pujanza española, retirándose diezmados y deshechos los cristianos detrás de los muros de Toledo. Las consecuencias de aquella derrota se dejan sentir á muchas leguas á la redonda. Atacan los moros á Calatrava, y la necesidad obliga á sus defensores á evacuarla; corren despues la Mancha llevando ante ellos el exterminio; Montiel los ve acercarse á sus murallas, y despues de brava resistencia, quedan convertidos en siervos los que no perecieron al filo del acero ó hallaron la salvacion en la huida.

Páctase una tregua, y durante ella rehace Alonso VIII su ejército y se apresta á reparar el anterior descalabro. Imperan los musulmanes en toda la Mancha, y por dos veces talan los territorios desde Talavera y Santa Olalla hasta Uclés y Alcalá de Henares, llegando con sus avanzadas casi á las puertas de Toledo.

No es, sin embargo, el valor castellano de aquellos que ante los reveses desmayan y se entibian. Arde Alonso en deseos de renovar la lucha; predica el arzobispo Don Ramiro una cruzada; responden al llamamiento nacionales y extranjeros; organizase numerosa hueste, y espirada la tregua, sobre las atalayas islamitas que parten términos entre castellanos y musulmanes, enciéndense rojizas almenaras denunciando á los de tierra adentro que el enemigo está en campaña.

Domeña Alonso VIII de nuevo el territorio perdido; recobra á Calatrava; trepa ágil las cumbres del Muradal, y obtiene sangrienta represalia de la vergüenza de Alarcos asestando golpe mortal al orgulloso agareno, en la memorable jornada de las Navas de Tolosa.

Sobresaltáronse los musulimes de Montiel con los movimientos de los cristianos, y hasta ellos llegó el rumor de la victoria. Mas de seguro hallólos el revés sufrido dispuestos á afrontar las contingencias de aquella guerra sin ejemplo. La frecuencia con que en el territorio manchego se repetían los combates, haríales exclamar, como al paladin de las leyendas, siquiera empleasen palabras distintas:

Mis arreos son mis armas,
Mi descanso el pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.

Al triunfo de las Navas sucédense otros no ménos decisivos. Alcaráz tambien se somete, y los fugitivos que han huido á Montiel, acrecientan el número de los que se previenen á defenderlo. Trascurre, no obstante, algun tiempo ántes que resuene la señal de rebato en sus almenas. Circunstancias de que dan razon el carácter de la época y la índole del sistema seguido en la reconquista, hacen que Montiel permanezca musulman cuando los castillos que le rodean están ocupados en su mayor número por los cruzados.

III.

Prosigue Fernando III con grandes brios la empresa de sus antecesores. Sale de Toledo, y sin encontrar gran resistencia dirígese hácia el Mediodía. Acércase á Montiel, y los caballeros de Santiago que le siguen, atácanlo y lo someten. Aspira el monarca á premiar los servicios de la Orden, é influyendo en su voluntad tanto este deseo como el propósito de dejar asegurada la posesion de las plazas que vá recobrando, confía la custodia de Montiel á sus conquistadores. La importancia de la fortaleza no es dudosa. Tiénense en jaque desde ella los presidios que los contrarios conservan aún por el lado de Cazorla, Úbeda y Baeza. Montiel se da la mano con Alcaráz por la siniestra, con Ciudad-Real por la derecha; es como un vértice que avanza temerario hasta introducirse en el país rebelde. Estas y las anteriores consideraciones, unidas á la situacion estratégica de la plaza y á la robustez y perfeccion de sus defensas, fueron parte de seguro para que Fernando III suscribiera una cédula que aparece datada en 1219, por la cual otorgaba la posesion y disfrute del castillo de San Pablo de Montiel, con las tierras, poblaciones y fortalezas á él anexas, al Gran Maestre de Santiago Pedro Gonzalez.

De este modo, las milicias de Calatrava que se extienden hácia el Occidente, tendrán seguro auxiliar en las de Santiago que ocupan el flanco opuesto. Unas y otras son las dos alas del pueblo castellano, que de etapa en etapa prosigue adelante, escribiendo la epopeya más grande de cuantas conmemora la fama.

Pingüe y ancha es la comarca que al castillo rinde vasallaje. Su alcaide mayor, freire de Santiago, ejercerá la jurisdiccion sobre veintidos pueblos que constituyen propiamente la Encomienda conocida con el nombre de Campo de Montiel, á la que habrán de apegarse hasta trece más enclava-

dos en las inmediaciones, y que tambien pertenecen á la Orden. Muchos de los lugares sujetos á este imperio disfrutaban méritos bastantes para que de ellos hiciéramos especial mencion. Exige la brevedad que recordemos sólo á Membrilla con sus títulos nobiliarios; Terrinches con sus no descifradas antigüedades; Toboso con su inmortal Dulcinea y sus orondas tinajas; Montizon, la Torre de Juan Abad, cuyo señorío ostentára Quevedo en Villanueva de los Infantes, donde el gran poeta viene á ocultar sus melancolías exhalando léjos del bullicio y del engaño de la corte el último aliento allá en el medio del siglo xvii; y sobre todo, Argamasilla de Alba; Argamasilla, prision de Cervantes y donde escribe y traza aquella inmortal epopeya que vivirá tanto como viva el mundo.

Segun hemos indicado, asociada al castillo hállase una reducida pero hermosa poblacion. Habitanla juntamente castellanos y mudéjares, que en aquellas centurias respétanse los fueros del vencido, y la conciencia es un santuario inviolable. Han solicitado los de Santiago bula pontificia que les autorice para comunicarse con los infieles, y Roma la otorga fundándose en que teniendo la Orden muchos súbditos que siguen el Corán, le es forzoso sostener con ellos relaciones constantes y de diverso carácter.

Restauran los comendadores la fortaleza, amplíanla y aumentan sus defensas. Un fuerte muro con pretil y torreones que á trechos lo flanquean rodea la villa, que se convierte en verdadera plaza de armas, mientras su alcazaba es el padron honroso de la primera entre las cuatro Ordenes militares.

No muy léjos de Montiel, hácia el ocaso, atraviesa la llanura el rio Jabalon, cuyas aguas despues de regar las vegas de Valdepeñas, engruesan la corriente del Guadiana. Vecino á sus orillas y en el punto más próximo á la fortaleza, señalóse en lo antiguo un despoblado que los naturales designaban con la palabra Jumila. Ganosa la Orden de acrecentar el número de sus vasallos, dispuso por medio de un Gran Maestre en 1240 que se poblara, viéndose pronto satisfecho, gracias á determinadas franquicias, semejante intento.

Multiplicóse rápida la humilde aldea, á pesar de que el paraje no era el más á propósito para atraer colonos. Rodeábanla terrenos pantanosos y malsanos, y las aguas del rio producian fiebres mortíferas durante la estacion de los calores.

Sentian los vecinos de Jumila pesar sobre ellos estas y otras desventajas, deseaban remediarlas; pero mudar el asiento de un pueblo, no es empresa fácil y hacedera. Un grave acontecimiento resolvió inesperadamente el problema.

Gobernaba el castillo con la investidura de alcaide mayor un caballero, cuyo tipo no escaseaba durante la preponderancia del feudalismo. Curtido en el duro ejercicio de las armas; severo tanto consigo mismo cuanto con los demás; altamente preocupado del prestigio de su autoridad omnímoda, sin más freno que su albedrío ni más derecho que su espada, el comendador santiagués veia en cada pechero un siervo de la gleba, que apegado al terruño no debia ser osado á contrariar en lo más mínimo sus caprichos y bizarrias. De este modo habia conseguido que fuera considerada la fortaleza cual manida aborrecible, de la que todos procuraban apartarse temerosos de ser víctimas del desabrimiento ó la soberbia del que en ella se albergaba.

Surtiase de agua el vecindario de Jumila, de la fuente de Cuajaznos, cerca de la que el comendador poseia una alquería ó casa-fuerte. Con ocasion de aprovechar las aguas del manantial, suscitáronse cuestiones entre los jumilenses y los criados del señor. Llegan á oídos de éste las querellas

de los suyos, y sin escuchar otro consejo que no fuera el dictado de su orgullo, dispuso, en hora menguada para él, que sus ballesteros redujeran á prision á cuantos encontraran en la proximidad de la fuente. Ejecútase la orden, y no trascurren muchas horas sin que los calabozos del castillo reciban como huéspedes buen número de mujeres jumilensas, que á ellos llegan desoladas y llorosas.

Cunde la noticia del hecho entre los vecinos de Jumila. Alármanse los de Montiel alentados por no menor ojeriza hácia el castellano. Estalla la cólera popular en violento arrebató, que también en los humildes se agota el sufrimiento y la dignidad se subleva; corren unos y otros á las armas, y empuñando éste la pesada lanza, aquél el hacha ó la enmohecida tizona, apelan al último resorte para castigar al tirano. Dirígense las turbas al castillo; intentan detenerlas los escuderos á quienes está encomendada su custodia; sorpréndelos el impetuoso torrente que invade el interior, y el que lo afronta recibe muerte segura de mano de los insurrectos. Mientras unos abren las puertas de las prisiones, buscan otros al comendador, á quien sobrecoge tanta audacia: apenas si sabe darse cuenta de tamaño desacato. Piensa que bastarán sus soldados para repeler á la plebe amotinada; mas cuando siente que los rebelados se acercan, cuando escucha sus amenazas y sus gritos retumbando por las seculares galerías, embraza la adarga, y apoderándose de la primera espada que halló á mano, acude á imponer y castigar á los malsines que han profanado su morada. Enfurécese la turba al verlo; trábase descomunal refriega con igual furor por ambas partes sostenida, y á la postre cae traspasado y exánime el comendador, sin que sea parte á evitarlo el celo y arrojo de sus allegados.

Calmáronse los ánimos una vez satisfecha la venganza, y los jumilanos aprovecharon la oportunidad para trasladarse con sus familias á la aldea de Moraleta, situada al otro lado del Jalon, á unas dos leguas de Montiel, donde la fertilidad del suelo con otras comodidades, concurrieron á fomentar el vecindario y la riqueza con notable progreso.

IV.

Ha transcurrido el primer tercio del siglo xiv. Asiste la cristiandad al poco edificante espectáculo de una lucha fratricida que hace años perturba la Península. De una parte Pedro I de Castilla, de la otra Enrique de Trastámara, pelean iracundos por una corona. Ha derrotado aquél á éste en Nájera, sin conseguir hacerle desechár su empresa. Muéstranse partes en la lid Francia é Inglaterra, y el odio que las divide determina su actitud respectiva en la contienda. Apoya Francia al bastardo, y sustenta la Inglaterra la legitimidad. En el reino unos siguen las banderas del soberano; otros, á quienes exacerbaron sus excesos, movieron pretextos ménos legítimos ó los impulsó la esperanza de granjearse codiciadas recompensas, levantan pendones por el usurpador, que se muestra pródigo en ofertas y liberal en mercedes.

Habian pasado dos años desde la batalla que presenciaron los campos de la Rioja. Refugiado Enrique en Avignon, residencia entónces del Papa, pudo organizar un segundo ejército. Asístele el Pontífice con hombres y dinero; franquéale Carlos de Navarra el paso por sus Estados; Pedro de Aragon intenta detenerlo: protegido el bastardo por la fortuna y alentándole el descontento de los castellanos, llega hasta Búrgos, de donde se dirige á Leon, Buitrago y Madrid, casi sin tener que allanar obstáculos. Resuelve Don Pedro salirle al encuentro, mas le detiene el grito de rebelion

que simultáneamente se ha oído en Andalucía. Córdoba pronúnciase por el conde, y otras ciudades no ocultan su decision en imitarla. No es esta la única contrariedad que Don Pedro experimenta. El príncipe de Gales, que con su hueste le auxiliara en la anterior campaña, háse ausentado, denostando al que no sabe cumplir sus compromisos ni acatar las leyes del honor, arrastrando la rcaleza por el lodo. El rey de Portugal acaba de desairarle en la persona de su hija Doña Beatriz, negando á su propio hijo Don Fernando el permiso necesario para desposar á aquella infanta. Los monarcas navarro y aragonés vuélvenle la espalda, y el nuncio de la Santa Sede ha lanzado contra él los rayos del anatema.

Tantos contratiempos no arredran al que fué amante de la Padilla, ni consiguen traerle al buen camino los tremendos vaticinios de los hombres doctos á quienes pide explicacion perentoria de su destino. Bena-Halin, «gran sabidor é consejero del Rey de Granada,» fué consultado desde Sevilla por Don Pedro, «porque era su amigo, de él se fiaba,» y apetecia conocer hasta lo más triste de su suerte para desafiarla y combatirla.

Refieren las crónicas, que á la sazón habia tropezado con cierta profecía atribuida al célebre encantador de la Bretaña, Merlin, cuya fama seguramente trajeron á España, desde las márgenes del Támesis, los tercios ingleses que el príncipe Negro acaudillara. Fijóse Don Pedro en el texto misterioso, y con atencion prolija leyólo. Decia así: «En las partidas de Occidente entre los montes é la mar, nacerá un ave negra, comedora é robadora, é tal que todos los panares del mundo querria acoger en sí, é todo el oro del mundo querrá poner en su estómago. El caérsele han las alas, é secársele han las plumas, é andará de puerta en puerta é ninguno le querrá acoger, é encerrarse há en selva, é morirá y dos veces, una al mundo é otra ante Dios.» Tal semejanza se advertia entre el cuadro bosquejado por el encantador y las apreturas que á Don Pedro rodeaban, que discurrió si realmente á él se referia, pidiendo en consecuencia á Bena-Halin solucion en secreto.

Satisfizo el moro su deseo, contestándole en los siguientes términos: «Es tu fama que comes y robas los bienes de propios y extraños, donde quiera que puedes haberlos. En tiempo de tu padre gozaban los vasallos á gran placer de la vida, y ni lo acabaste por las amarguras y desafueros en que los has puesto y pones cada día, haciendo en ellos muchas crudezas de sangres y muertes. Tanta es tu codicia que, por no separarte de tu tesoro, te estás asentado en las postrimerias de tu señorío en esta frontera, mientras apellidan todos rey á tu enemigo. Todos los grandes han puesto en olvido el amorío que solian tenerte. Siempre quisiste ser más temido que amado y loado de los tuyos, y hoy no quieren acogerte por ira ni por ruego. Dios te libre de que hagan algun movimiento contra tu persona. De próximo fin estás amenazado; y temo que se cumplan mis vaticinios, porque mi reputacion de sabiduria me interesa ménos que tu buena fortuna.»

Parece que al leer esta respuesta tembló Don Pedro, no de espanto, sino de mal comprimido despecho. Contemplóse rodeado de enemigos; vió á las ciudades acoger con júbilo á su rival, y cuando habia motivos para discurrir que tan eficaz leccion le llamara á consejo, creyóse más obligado que nunca á seguir por el despeñadero en que las pasiones le precipitaban. Demandó apoyo al rey de Granada, su aliado, quien se lo otorgó diligente, ántes que por favorecer al enemigo de su raza, por la esperanza del lucro que de ello le habia de reportar.

Pusieron cerco á Córdoba cristianos y musulmanes; consiguieron éstos coronar los adarves del alcázar viejo, y hubiéranse enseñoreado de la ciudad á no darles una furiosa acometida los sitiados, á quienes sus esposas é hijas alentaban y enardecian.

Retiróse Don Pedro á Sevilla más rencoroso que ántes. Empezó Mohamad la vuelta á Granada, no sin llevar como botín centenares de cautivos y cuantiosas riquezas, y los defensores de Montiel tuvieron pronta noticia de aquellos sucesos, pues los mahometanos talaron el territorio de la alta Andalucía, y á poco más llegan con la tea del incendio hasta los mismos campos de la Mancha.

Tanto desafuero irritó la fiereza castellana y alarmó el patriotismo. Asediaba Don Enrique á su vez la ciudad de Toledo, y diariamente engrosaban sus filas nuevos descontentos.

Proclamábanle ya rey las Ordenes de Calatrava y Santiago, y fácil le era encaminarse hácia Andalucía, teniendo como tenía segura la retirada.

Decíale, empero, la opinion más discreta, que levantando el sitio salvaria su descrédito y su ruina, mayormente cuando Toledo jactábase anticipadamente del triunfo aguardando el socorro que no tardaria Don Pedro en suministrarle.

Reune éste con gran trabajo un pequeño ejército, donde figuran seiscientos mallorquines, las milicias de los concejos de Sevilla, Jerez, Carmona y Ecija, mil quinientas lanzas moras comandadas por el caballero granadino Mohamad el Cabezani, componiendo un total de tres mil combatientes. Dispónese á socorrer á la ciudad insigne, y cuando está aún con el pié en el estribo, su médico Abraham-Ben-Zarzal asegúrale que su torpe proceder tornó en funesta la ventura con que naciera.

Desde más allá de Carmona, los pueblos andaluces éranle asaz contrarios, si no se manifestaban en abierta hostilidad. A esta causa atribuimos que Don Pedro no siguiera el camino acostumbrado para subir á la Mancha. Dejó á Lora del Rio á un lado, y por Cantillana internóse en las sierras de Cazalla, Guadalcanal y Alanis, caminando despues hácia Llerena. Pensando por ventura que así desorientaba al enemigo, en vez de dirigirse de frente á Toledo, desde Calatrava se inclinó sobre la derecha, atravesó el camino llamado de los Emperadores que desde Castilla guiaba á Andalucía, aproximándose á Montiel con la mira de posar en Alcaráz, que por él se había pronunciado.

V.

Repetimos que las Ordenes de Calatrava y de Santiago estaban por el conde de Trastámara, circunstancia que, tratándose de los movimientos del ejército de Don Pedro, nos hace adivinar cómo no se ocultaron al primero desde el instante en que el segundo traspuso las divisorias entre Extremadura y Andalucía. Desconcertaba al bastardo algun tanto la nueva de que su rival se aproximaba á Toledo, y comprendió que si permanecía indeciso un solo instante acerca del partido que debiera tomar, podía ser tarde cuando tratara de parar el golpe que de cerca le amenazaba. Conservarse en el real, esperando el combate, hubiera sido desconocer, no ya las condiciones de todo sitio, sino las especialísimas que en aquel concurrían. Aceptado el reto bajo los muros de Toledo, habría sido Don Enrique atacado de frente por los defensores de la ciudad, que al verse socorridos redoblarían su valor, mientras por la espalda y flancos le acometería el monarca castellano, con quien peleaban, no sólo el derecho, sino la fuerza moral conquistada en Nájera y en otros encuentros. Pendía, pues, lo porvenir en mucho de la resolución que se adoptara. Al cruzar la frontera el bastardo, había jurado no volver á atravesarla con vida. Esto explica el arbitrio que tomó.

Aconsejéronle sus capitanes que no demorara ni un día el salir al encuentro de Don Pedro, pues

cada paso de éste acrecentaba los bríos de los toledanos ó influía siniestramente en los sitiadores. Cuanta mayor fuera la distancia á que se encontraran ambos contendientes, menor seria en su caso el descalabro para el conde, porque lo que á éste convenia era que la lucha se trabase lo más léjos posible del real. No titubea el caudillo; parte con todo sigilo del campamento, dejando encomendada la continuacion del bloqueo al arzobispo Don Gomez Manrique, el mismo que en las Córtes de Sevilla, doblegado á las exigencias de Don Pedro, dió por bueno, faltando á los deberes que su sagrado carácter le imponia, el matrimonio póstumo de la Padilla. Llevaba consigo el de Trastámara unos dos mil jinetes, á los que se agregaron las compañías mercenarias de Beltran Duguesclin, cuya enseña seguian gentes de la más baja retraccion.

Aquellos desalmados, segun propia confesion, peores que asesinos, despues de devastar el Mediodia de Francia cometiendo los más bárbaros crímenes, habian pasado al servicio del usurpador mediante pactos onerosos: « Non avio, dice la Crónica, de ayuntar omes de pie, salvo aquellos omes que iban con los señores e caballeros, segund solian andar alli. »

Pernoctó el conde en Orgaz el primer dia, recibiendo la noticia de que Don Pedro cruzaba los campos de Ciudad Real. Únensele en dicha villa los maestros de Santiago y Calatrava, que apercebidos de la marcha de Don Pedro abandonan á Córdoba, heroicamente defendida, y á jornadas dobles se aprestan á engrosar las filas del que acatan como á soberano. Vienen con ellos hasta quinientos combatientes, llegando en resúmen el ejército de los rebeldes á la misma cifra que el de Don Pedro.

Ignora éste cuanto ocurre. Ya sea por la razon ántes apuntada, ya porque quisiera esquivar las escabrosidades de la sierra, ó con el intento de correrse por los términos de Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares y caer de improviso sobre su enemigo atacándole por el flanco, es lo cierto que prosiguió su camino hácia Montiel.

Custodiaba el castillo García Moran, vástago de un ilustre linaje, asturiano, y aunque tuvo presente que la Orden de Santiago peleaba contra Don Pedro y que su Gran maestre le habia prohibido acogerlo, pensando que la resistencia era excusada ó solicitado por otros móviles, apresuró á rendir pleitesía al que en realidad era su rey.

Acepta éste el ofrecimiento de detenerse en Montiel, y hace alto repartiendo sus soldados en las aldeas circunvecinas. Toman unos cuartel en Santa Cruz de los Cáñamos y en Terrinches, otros en Albadalejo y en Almedina, quedando por tal manera diseminadas sus gentes en un radio de dos leguas.

VI.

Necesarios han sido estos detalles para que se pueda apreciar con exactitud el suceso de que Montiel habrá muy pronto de ser teatro. Ante sus muros van á pugnar dos causas; la legitimidad segundada por el elemento municipal y por el estado llano, la usurpacion que arrastra á los magnates y á las clases aristocráticas. Con Don Pedro vienen leales ciudadanos que forman los concejos de ciudades privilegiadas; acompañan á Don Enrique las órdenes militares; Don Juan Alfonso de Guzman, despues conde de Niebla; Don Alonso Perez de Guzman, adelantado mayor de la frontera:

Don Alfonso Fernandez de Montemayor; Don Gonzalo Fernandez de Córdoba; Diego Fernandez su hermano, alguacil mayor de la dicha ciudad, y Don Egas, otro caballero cordobés, aparte de otros muchos altos personajes. La ciudadanía y el patriciado: hé aquí los dos colosos que han de pelear en Montiel sin conciencia clara de lo que hacen. Con Don Enrique están los grandes, con Don Pedro los que forman realmente el nervio del Estado.

Aproximase el desenlace de una contienda que tanto perjudica al reino. Al entrar Don Pedro en la fortaleza topan sus ojos con un rótulo puesto en el torreón más culminante. « Esta es la torre de la Estrella, » dice la inscripcion: anunciáronle los astrólogos que moriria encerrado en una torre de ese nombre; y Don Pedro, que es supersticioso, quédase pensativo y le asalta el barrunto de marcharse. Mas le gana el cansancio, y se entrega al reposo. Llega mientras tanto la noche, que es la del 12 de Marzo de 1369, y con su oscuridad los guardas que están de atalaya anuncian que hácia la parte de Occidente se ven lucir movibles fuegos. Acude á informarse el comendador, é imagina que su lealtad no le permite ocultar lo que él conceptúa desfavorable ocurrencia. Ahuyenta el sueño Don Pedro, sube á las plataformas del alcázar, y contempla el no esperado espectáculo. Calcula que las luces corresponden á las fuerzas de los maestros Don Pedro Moñiz y Don Gonzalo Mejía, que desde Córdoba caminan á juntarse con los que están en el cerco de Toledo: alguno murmura que este suceso tnvo lugar dias anteriores; no lo cree Don Pedro, ajeno como se halla á lo que acontece; pero al fin apodérase de su ánimo la duda, y ordena que salgan mensajeros á las aldeas á fin de que los que en ellas posan estén sobre la villa al amanecer.

En el entre tanto Don Enrique, que sabe á ciencia cierta dónde se halla su rival, no marcha, sino que corre á sorprenderlo. Desea que ántes de lucir el sol las huestes se encuentren á la vista del castillo. Dividelas en dos batallas. Coloca en la vanguardia á Beltran Claquin y á los maestros de Calatrava y Santiago, reservándose el mando del resto. Levanta su campamento á la media noche, y á favor de las hogueras que los prácticos encienden, acércase silencioso hácia Montiel.

Topan los mensajeros de Don Pedro con las avanzadas enemigas, y retroceden presurosos á comunicar la alarma. Cunde ésta entre los que en el castillo moran; dispone Don Pedro la resistencia; ármase y ordena las fuerzas que ha podido reunir, á fin de que el conde no le halle desprevenido, pues hay quien afirma que sus hombres se encuentran ya á corta distancia. Don Pedro quiere con el deseo atraer las milicias que pernoctan en las aldeas; fija su mirada en aquel punto donde el cielo aparece esclarecido por los arreboles de la aurora, haciéndose la ilusion de que ha de llegar á socorrerle aún la mesnada que de Carmona ha sacado Martin Lopez de Córdoba, y su impaciencia se exaspera á medida que la luz creciente del dia le hace ver lo reducido de su tropa.

Avanza la vanguardia enemiga; pero cuando ménos lo espera pierde el camino y se estrecha en una cañada, encontrándose detenida á la postre ante uno de los altos barrancos que forman la cuenca del Jalon.

Retarda este contratiempo su llegada: Don Enrique, que ahora ocupa el frente, cae sobre Montiel á la hora de prima; y advirtiéndole que los granadinos le esperan, arremete contra ellos con desesperado empuje. Desordénase la caballería musulmana; vuelven los más fronteros grupas, y resuena el « sálvese el que pueda. » Corren unos presos del pánico por la campiña, sucumben otros mortalmente heridos por la espalda. Nota Don Pedro lo que ocurre, y blandiendo su acerada hacha, alienta á los pocos que le siguen descargando rudos tajos sobre los contrarios que se ponen al al-

cance de su brazo. Encarécenle cuantos le rodean el peligro á que se expone; dicenle que la ley de la necesidad le obliga á retirarse: las fuerzas son desiguales; el resistir es temeridad patente. Cede Don Pedro de mal grado al consejo, y mientras Don Enrique persigue y diezma á los musulmanes, aquél se encierra en la fortaleza protegido por el valeroso caballero cordobés Juan Jimenez, única persona de monta que cae muerto bajo los golpes de los traidores.

No llamará la ciencia militar batalla á esta funcion de guerra, que presenta todos los rasgos de una sorpresa. Ni los extranjeros han tomado parte en la lid, ni la mayoría de las milicias concejiles. Breve fué el combate; lo que tardaron en desbaratarse los escuadrones mahometanos, cuyos son los cadáveres que aparecen esparcidos por el suelo. Repuestos del primer sobresalto los capitanes de Don Pedro, apréstanse á defender la villa. ¡Tardía resolución! El bastardo la ocupa ya, y aún intenta asaltar la fortaleza. Detiénese ante las dificultades que el acceso ofrece; llámale á cuentas la muerte de los más atrevidos, y satisfecho por el momento, aguarda para resolverse la llegada del resto de sus mantenedores.

VII.

Está el leon acorralado: cuantos le contemplan de cerca temen los efectos de su desesperacion. Ha colocado el bastardo sus tropas de modo que nadie pueda evacuar impunemente y sin ser visto la fortaleza. Interrumpe toda comunicacion con el exterior, y en el paraje que da á la villa hace construir ancha pared de leña seca que contenga á los sitiados si por ventura intentaran una salida á mano armada.

Estudia Don Pedro tales disposiciones desde las aspilleras, y su sangre se enciende con el fuego de la ira. Él, señor de vidas y haciendas, que no dió con valladar bastante robusto en sus locos desatinos, siéntese ahora sujeto al ajeno albedrío que engreido se le impone. Dibújase á lo léjos el hambre y la sed: están á punto de agotarse los viveres, y un enemigo cobarde y baladí le ha envenenado el agua vertiendo en ella una gran cantidad de trigo. ¡Vano empeño seria socorrerle desde fuera, que los guardas de Don Enrique están con ojo avizor de dia y de noche, y la vigilancia es tan extremada, « que si un pájaro saliera del castillo, seria visto y apercebido. »

En esta ansiedad trascurrieron algunos dias. Reina en derredor de la fortaleza fatídica calma. Sólo durante la callada noche escuchan el alerta de los centinelas y los denuestos con que lenguas ruines insultan y vilipendian el infortunio del prisionero. En vano éste, « buen puntero de ballesta, » lanza sus dardos á través de la oscuridad hácia el punto donde el eco de la voz guia su saña; los ultrajes se repiten sin que le sea posible castigarlos. En vano aguarda los refuerzos de Martin Lopez de Córdoba; las nuevas que los árabes fugitivos trasmitieron le obligaron á retroceder. Derrotado por completo Don Pedro, Lopez de Córdoba atiende á cumplir como bueno la mision que recibiera. Vuelve á Carmona, resuelto á defender á todo trance la prole y los tesoros de su rey.

¡Qué hace este! Imaginamos verle medir á grandes pasos el pavimento de su cámara, con la frente envuelta en una espesa nube de negra melancolía, meditando sobre el mísero estado á que la fatalidad le redujo. Figúrasenos descubrir la lucha moral que se suscita entre los sentimientos que en su corazon batallan y las advertencias de su juicio, antojándosele sueño menguado aquella tremenda

realidad. Reune en su mente todos los recuerdos de advertencias, consejos y pronósticos con el caso presente reclamados, y el presentimiento de un fin cercano y desastroso le acongoja. Fuerza es sustraerse á la destemplada rabia de su hermano; no hay medio de intentar el triunfo, ni queda otro expediente que recurrir á la evasión empleando la astucia y el soborno.

Entre sus secuaces cuéntase Men Rodriguez de Sanabria, caballero natural de Trastamara, quien prisionero en la batalla de Bribiesca en 1366, conoció y trató á Beltran Duguesclin, que ya servia á las órdenes del bastardo. Daba el aposento que ahora ocupaba Sanabria al costado donde el francés tenia su tienda. Esto les proporciona ocasion de saludarse y de renovar el antiguo conocimiento. Apreció Don Pedro la coincidencia como síntoma propicio á su proyecto, y por encargo suyo Men Rodriguez, repitió sus diálogos con el breton, llegando hasta pedirle una secreta entrevista. Accedió Duguesclin, y hallándose de guardia abandonó Sanabria el castillo favorecido por la oscuridad de la noche, trasladándose al punto donde su amigo le aguardara.

No debemos suprimir la conversacion que entre ambos pasó y que la historia ha conservado. « Señor Mosen Beltran, dijo Sanabria; el rey Don Pedro mi señor me mandó que fablase con vos, é vos dijese así: Que vos sodes un muy noble caballero que siempre vos preciastes de facer hazañas y buenos fechos, é que vos vedes el estado en que es él: é que si á vos pluguiese de le librar de aquí, é ponerle en salvo é seguro é ser vos con él, é de la su partida, que él vos daria las sus villas de Soria, é Almazan, é Atienza, é Monteagudo, é Deza, é Seron, por juro de heredad para vos é los que de vos viniesen: Otrosi que vos dará doscientas mil doblas de oro castellano. É yo pidovos por merced que lo fagades así, ca grand honra avredes en acorrer á un rey tan grande como este, é que todo el mundo sepa que por vuestra mano cobra su vida é su reino. »

Mosen Beltran contestó:

« Amigo, vos sabedes bien que yo só un caballero vasallo de mi señor el rey de Francia é su natural, é que por su mandado só venido aquí en esta tierra á servir al rey Don Enrique, por cuanto el rey Don Pedro tiene la parte de los ingleses, é es aliado con ellos, especialmente contra el rey de Francia mi señor: é yo sirvo al rey Don Enrique é estó á sus gajes é á su sueldo é non me cumple fazer cosa que contra su servicio é honra fuese nin vos me lo debiades aconsejar: é si algund bien é cortesía de mí recebistes, ruego vos que non me lo digades más. »

No se da por desahuciado Men Rodriguez.

« Señor Mosen Beltran: yo bien entiendo que vos digo cosa que vos sea sin vergüenza é pidovos por merced que ayades vuestro consejo sobre ello. »

Prometiolo así Duguesclin, y partióse el otro con poca esperanza del éxito. Consultó aquél el caso con sus deudos y amigos, y los escritores empeñados en atenuar la felonía que iba á cometer, aseveran que tanto Oliveros de Manny, primo suyo, como otros parientes, fueron de parecer que debia referir lo ocurrido á Don Enrique. Alegróse éste por extremo de la confidencia, y convino con Duguesclin que se mostraria decidido á salvar á Don Pedro, atrayéndole con engaño á su tienda, donde oportunamente se personaria el bastardo. Reclamaba tan miserable traicion un premio. Don Enrique otorgó las mismas recompensas que su hermano habia ofrecido.

Cuantos conozcan la vida del condestable francés no han de extrañar su conducta: adolescente aún, su madre le deseaba la muerte, repitiendo que deshonoraria á su familia.

Hombre y con la experiencia de la vida y el ejemplo de los caballeros de su siglo, poníase á la

cabeza de aquella turba de facinerosos llamadas compañías blancas, rematados asesinos que violaban doncellas, pasaban á cuchillo niños y ancianos, profanaban santuarios é incendiaban templos, sin respeto de ningún género á las leyes divinas y humanas. Esas compañías eran las que, absueltas por el Papa de todo pecado, coadyuvaban á la usurpacion.

Halló Duguesclin medio de transigir con su conciencia, olvidándose de lo que pedían las leyes de la caballería. Cuando el príncipe Negro y tantos otros hidalgos mostraban con su levantado proceder la regla á que debía atenerse todo hombre bien nacido, Duguesclin faltó á la santidad del juramento, hizo escarnio de los principios de la moral más rudimentaria, y facilitó uno de los fratricidios más crueles de cuantos manchan la historia.

En otra segunda entrevista prometió libertar á Don Pedro de las garras de su antagonista pasándose á su bando; y como Men Rodríguez, conociendo la suspicacia de su amo y lo árduo del lance, exigiera prendas que aseguraran el cumplimiento de lo pactado, Duguesclin, delante de sus deudos, no titubeó en otorgarlas, haciendo solemnes juramentos y dando cuantas seguridades se requerían para confiar en su palabra, « en guisa que el rey Don Pedro se tovo asegurado dende. »

VIII.

Durante la guerra de Aragon, como el conde osara presentarse en los lindes de Castilla por el lado de la Rioja, Don Pedro, que ardía en deseos de batirle, movióse del lugar de Asofia donde acampaba, y se dirigió á Nájera que aquél tenía. Detuvóle en el camino un modesto sacerdote, que llevado de un mal recompensado amor hacia su rey, le dijo: « Señor, Santo Domingo de la Calzada mi vino á comunicar entre sueños y me advirtió que viniese á vos y que vos dijese que fuéades cierto que si no vos guardais del conde Don Enrique, vuestro hermano, que él vos ha de matar por sus manos. » Escuchó impaciente Don Pedro la profecía, y declaró su agradecimiento castigando iracundo al miserable que se atrevía á pronosticarle una desdicha. No hubo por acaso ni una voz que se alzara en favor del indefenso y crédulo sacerdote, ni un brazo que le amparara, y pocos momentos despues expiaba el delito de haberse hecho eco de una leal opinion, pereciendo en el martirio horrendo de una hoguera.

Pronto iba á cumplirse la profecía. Don Pedro debió recordarla y traer también á su memoria la injusticia con que había procedido, ahora que tampoco él hallaba quien le socorriese ni amparara, porque aún no había decidido echarse en brazos del francés: y ya un secreto presentimiento augurábale que aquella era una vil celada: á su natural suspicacia, aconsejándole que no se fiara de palabras, asociábase la reminiscencia de lo que él mismo había ejecutado en varias ocasiones. Surgía en su mente la figura ensangrentada del rey Bermejo, que inerte llegó á su alcázar de Sevilla á pedirle hospitalidad, recibiendo leve y traidora muerte de sus propias manos. Asimismo contemplaba exánimes á los hidalgos de Bribiesca, que fueron á darle cuenta de cómo no habían podido sostener la ciudad; mas hallábase ya « tan afincado su castillo, que no lo podría sufrir. » Faltaba el agua, escaseaba el alimento, y los soldados desertaban. Unido todo esto « al esfuerzo de los juras que le habían hecho, » decidióse al fin á intentar la fuga, preparando la huida con tanto sigilo, que sólo tuvieron de ella conocimiento los que debían acompañarle.

Montó Don Pedro en ligero corcel, y armado de unas fojas salió del castillo con Fernando de Castro, Diego Gonzalez de Oviedo, Fernand Alonso de Zamora, Garci Fernandez de Villodre y Gonzalo Gonzalez Dávila. Guiábalos á todos Men Rodriguez de Sanabria, y no bien se hallaron fuera, cuando dieron con Oliveros de Manny, que apostado les aguardaba para conducirlos á la morada de Duguesclin. Mortificó á Don Pedro grave sospecha cuando « vió que pasadas las barreras le llevaban por aquel camino, y temió por su vida. » No obstante, llegaron sin obstáculo á la tienda. Callaba el viento, y no se oía rumor alguno; el negro crespon de la sombra extendíase sobre la tierra, y parecia el éxito asegurado. ¿Pero dónde está el francés? Cada momento equivalia á un siglo de ansiedad. Apéase Don Pedro, penetra en la tienda, y en ella le descubre:

«Cavalgad, le dice, que tiempo es ya de que vayamos.»

Guarda silencio Duguesclin, y en esto surge extraño ruido en la parte de afuera; vuélvese Don Pedro, y levantando la tela que cubre la entrada, dispónese á salir. Era ya tarde. El Begues de Villaines, otro de los capitanes mercenarios, habia tomado posesion de la calzada, y tan luego como Don Pedro penetró en la tienda, rodéala con los suyos apoderándose de los caballeros. Intentan éstos defenderse; pugna Don Pedro, cuyo corazon no se quebranta, por sacar la espada; estórbaselo mano aleve, y como un fantasma siniestro preséntase el bastardo armado de todas armas, con un bacinete cubriéndole la cabeza, buscando frenético á su contrario para herirle.

—¡Ah traidor y cobarde! exclama Don Pedro; ¿aquí estais? No responde Don Enrique, y ciego de ira vacila en reconocerle. Hay, sin embargo, entre los traidores quien se lo señala. Es patente que todos se concertaron para perderle.

—Catad, le dice uno de los secuaces de Duguesclin; este es vuestro enemigo.

—Yo só, yo só, grita Don Pedro, que no sentia miedo ni encogimiento. Abalánzase á él su hermano, estréchanse uno contra otro, y caen rodando al suelo. No tiene el monarca arma alguna en sus manos; pero más robusto, oprime contra la dura tierra al bastardo, que no acierta á clavarle la daga que blande como fulmíneo rayo en su diestra. Quiere Don Pedro arrebatársela, y en tan supremo instante, el ilustre Duguesclin da la ventaja al conde, volviendo al primero de la posicion en que se halla.

—«Ni quito ni pongo rey, dice, aunque ayudo á mi señor.» Y con efecto, el de Trastamara se enseñoorea entónces de su adversario, que ruge de indignacion; mas pronto sus gritos se convierten en el estertor de la agonía, que su hermano ábrele en la garganta ancha herida por donde brota un torrente de espumosa sangre que le mancha el rostro: secúndale á mansalva nuevos golpes, é introduciéndole el hierro por el costado, acelera con bárbara é innecesaria crueldad la muerte del que está espirante. Hasta le corta despues la cabeza, y no se retira sin profanar con su planta al que, por ser ya cadáver, debiera imponerle mayor respeto.

Celebróse ante aquel mutilado tronco la victoria del perjurio, y los caballeros aprisionados bajaron á devorar su desdicha y su vergüenza al fondo de oscuros calabozos. Sólo pudo librarse Fernan Alfonso de Zamora, sin que hubiera medio de lavar la villanía cometida. Don Enrique y el condestable Duguesclin habian arreglado de modo las cosas, que toda ulterior resistencia era excusada.

Fué Don Pedro asaz grande de cuerpo, blanco y rubio, y ceceaba un poco en el habla. «Sufridor de mucho trabajo, cuando hacia camino, andaba al dia veinte y veinticinco leguas. Era muy templado y sin dolencia ninguna en el cuerpo, de hijada, ni de piedra, ni gota, ni otro dolor, ni de

muelas, y era bien acostumbrado en su comer y beber, y dormía poco, y era lujurioso y sospechoso. »

Falleció Don Pedro á los treinta y cuatro años de edad y diez y nueve de reinado, la noche del 22 al 23 de Marzo de 1369, fecha célebre grabada sobre los muros de Montiel. Llevóse su cadáver á la Puebla de Alcocer, donde permaneció hasta 1446, en cuya fecha, á ruegos de su nieta Doña Constanza, priora de Santo Domingo el Real de Madrid, fué trasladado al mismo, en virtud de Cédula de Juan II, colocándosele en la capilla mayor, donde hasta el derribo del edificio ha subsistido. Hoy sus restos se guardan en el Museo de antigüedades, donde puede el curioso contemplarlos.

Partió de Montiel Don Enrique á los dos días de consumado el asesinato, recompensando largamente á los extranjeros que le ayudaron en su empresa. Beltran Duguesclin recibió los pueblos y doblas ofrecidos; Oliveros de Manny, el señorío de Agreda; el Beques de Villaines, el título de conde de Rivadeo y la mano de una pariente de la Casa de Guzman; Arnaldo Soler, la villa de Villalpando; Jope Rechon, la de Aguilar de Campos.

Continuó Montiel en manos de los freires de Santiago, volviendo las cosas al ser y estado que ántes existían; mas habían terminado la vida activa, los sobresaltos, las algaradas, las glorias y peligros que animaran á la fortaleza. Fué casualidad, pero su decadencia comienza con la muerte de Don Pedro. Hubieran dicho que el murado recinto se había convertido en frío sepulcro. Montiel era, con efecto, el mausoleo del monarca castellano. Por eso en torno suyo reinó desde aquel día pavoroso silencio; por eso el viajero, al divisarlo desde lejos, fija en él los ojos con lastimoso sentimiento.

IX.

Hasta aquí la historia de Montiel. También la leyenda ha tejido su serie de narraciones fantásticas en torno suyo. Tradiciones piadosas, hoy olvidadas, referían que la sombra del comendador asesinado solía aparecerse en ciertos momentos á los moradores del castillo pidiéndoles cristianas preces en favor de su alma.

Cuentan otros, que durante las largas noches del invierno, cuando el aquilón ruge y la lluvia azota los edificios; cuando en torno de la ancha chimenea se halla congregada la familia, óyense gritos desaforados, choque de armas, y los que más atrevidos se asoman á las ventanas, suelen divisar sobre las plataformas del castillo á los dos hermanos Don Pedro y Don Enrique luchando iracundos, mientras una dama de peregrina hermosura procura apartarlos.

Y ha habido quien atribuyó la larga sequía que los campos de Montiel experimentaron más de una vez, al castigo que les impuso la Providencia, testigos como fueron del fiero homicidio; y hoy mismo vive quien en santa romería se traslada al sitio denominado el Serval, donde se supone que sucedió el lastimoso caso, con el piadoso intento de pronunciar ferviente oración en beneficio del muerto, que trae á la memoria el nombre del asesino y la traición nefanda de su cómplice.

Por lo demás, ni la leyenda, ni la poesía que brillantemente ha cantado el suceso que á Montiel diera imperecedero renombre, son capaces de comunicarle el aliento regenerador que de él ha huido.

El castillo es el epílogo de una narracion de crímenes y desastres; el índice abreviado de una enseñanza que sobrecoge el ánimo y pone duelo en el corazon. Poco importa que sus muros se desplomen; poco que su honda cava esté colmada poco que cayeran en pedazos los blasones de su escudo. Antes que su arquitectura, interésanos su historia.

¿Quién se acuerda de sus luchas jurídicas con la Villanueva de los Infantes, la antigua Moraleda, refugio de los fugitivos de Jumila? ¿Quién de la ingratitud con que la Orden protege á Villanueva y olvida á Montiel, aprobando la separacion de territorios en 1491, dando pingües dehesas á la primera en 1495, llegando en 1573 hasta el extremo de nombrarla cabeza de la encomienda, residencia del gobernador, que abandona el castillo para no volver á pisar su recinto? Nadie. Ya pueden los maestros que se llaman infante Don Enrique, Alvaro de Luna, Beltran de la Cueva, marqués de Villena ó Alonso de Cárdenas, acumular ventajas sobre Villanueva. Montiel se verá olvidado, desatendido, sus torres vendrán al suelo; mas la voltaria fortuna no podrá cercenarle ni un átomo de su triste renombre, que llevado de gente en gente traspondrá los límites de lo actual para comunicarlo á las generaciones futuras.

A principios del siglo todavía el castillo era una fortaleza; aún descollaba su gallardo torreón sobre el adarve, recortándose su parduzca silueta en el azul purísimo del cielo. Pero llegó un día en que la barbacana cayó en parte, falta de reparo, y por sus grietas entraron los elementos de la vida moderna, con sus creencias y aspiraciones, verdadera antítesis de lo que el castillo personificaba. Habría sido insigne locura pensar siquiera en resistir. Declaróse vencido el muro, y comprendió que su época había pasado, como había desaparecido la jurisdiccion señorial de los freires sobre el campo de Montiel, subdividiéndose éste entre las provincias de Albacete, Ciudad-Real y Jaen.

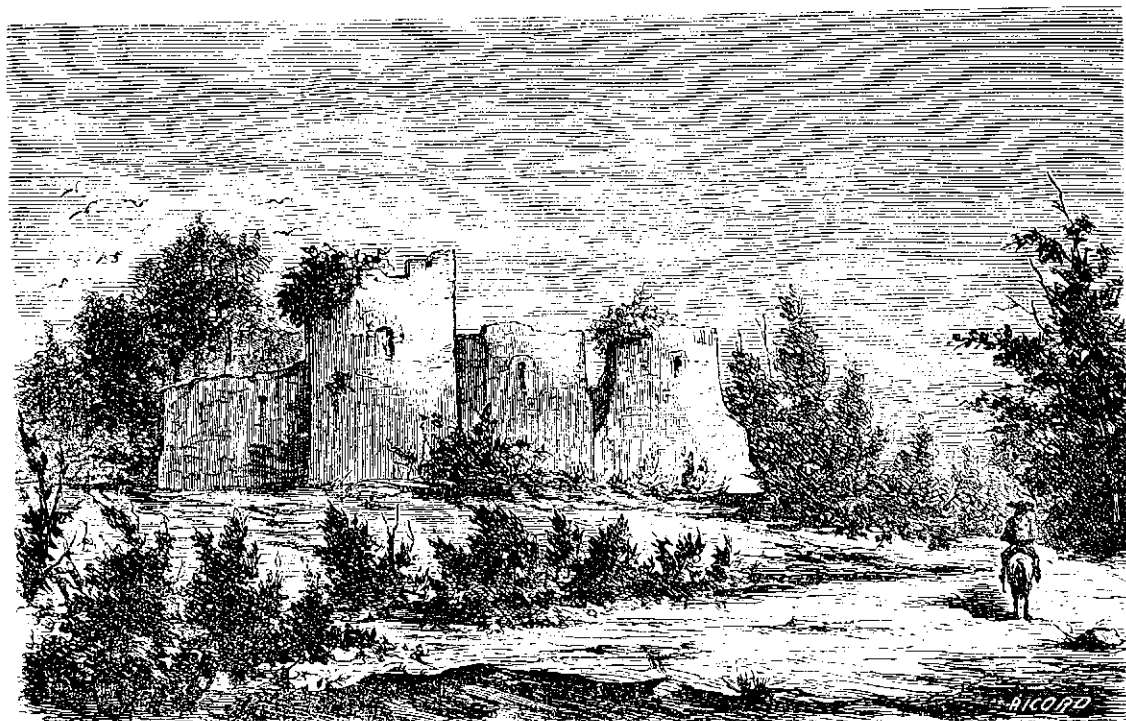
Ni aún existia ya el fuero privilegiado, ni las premáticas de la Orden.

Un juez de primera instancia administraba la justicia en Villanueva, cabeza del distrito. Todo se trasformaba. Hasta había concluido la division de señores y villanos.

Este ha sido, es y será el mundo. Hoy una piedra, mañana otra, todo rueda al abismo del pasado. Del afanoso batallar de tantos siglos, de cuantas vicisitudes trajeron los tiempos y el destino al castillo de Montiel, sólo quedó, cual página sagrada de antigua ejecutoria, ese olvidado y mísero hacinamiento de ruinas de que al comenzar hablamos, demostrándonos «cuánta fué su grandeza y es su estrago.»

FRANCISCO DE TUBINO.





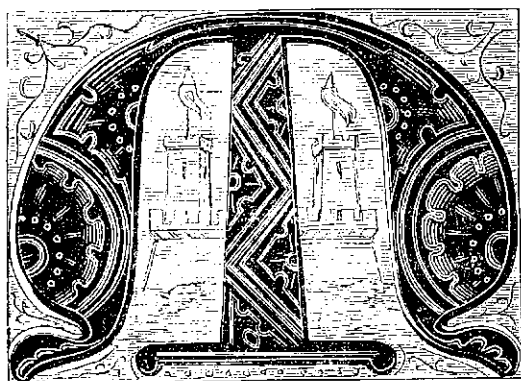
CASTILLO DE NOREÑA.

CASTILLO DE NOREÑA.

DEDICADO Á LA SEÑORA

DOÑA MARIA SEMERILE DE Bensa.

I.



Todo el que se haya encontrado con las informes cuanto escasas ruinas de este castillo, situado á dos leguas de la ciudad de Oviedo, en la parte Sur de la villa que se conoce con el propio nombre de Noreña, y por más que hubiere de considerar con asombro la fortaleza que habrán sustentado aquellos muros en los remotos tiempos de su existencia, á juzgar por el espesor de sus cimientos, el cual pasa de diez piés, y por la fortísima trabazon de sus piedras: seguramente no se aproximará en su juicio al limite de lo cierto, respecto á la importancia inmensa de dicho castillo, desde la época de su fundacion hasta la de su ruina.

Es un monumento ante el que se apaga la voz misteriosa de la tradicion, para que con toda claridad se perciba el resonante acento de la historia. La creencia más general atribuye su fundacion á Don Rodrigo Alvarez de las Astúrias, de la casa de Nava, durante el reinado de Alfonso VII, no precisando el año del hecho ni los cronistas de entónces, ni los historiadores sucesivos. Este ca-

ballero era descendiente de otro del mismo nombre, abuelo del Cid Campeador, y era además padre del famosísimo que tantas honras mereció del rey Don Fernando el Santo, á causa de la extraordinaria bazarria que demostró en el célebre cerco de Sevilla.

En cuanto al nombre de Noreña, asegúrase que tiene su procedencia en el de la antigua *Nardimium*, ciudad que Tholomeo comprende entre las veintidos que formaban la *Astúrica-Augusta*, aunque algunos dan por cierto que proviene de *Noraco*, rey de la comarca, allá en los tiempos míticos. Pero con mayor fundamento discurren, segun mi entender, los que atribuyen su origen al riachuelo que serpea por la colina, sobre la cual se asienta la villa, y va á desaguar en el *Norario*.

Si del polvo de los viejos cronicones han salido á la luz soberana de la historia preciosidades sin cuento, innumerables estrellas cuyos vívidos rayos no ha podido ofuscar el sol, tambien con harta frecuencia fueron enterrados, bajo aquel polvo venerable, tesoros de no menor valía, y secadas para siempre fuentes de riquezas tradicionales que habian sido inagotables.

He indagado en los archivos, he estudiado en las bibliotecas, he compulsado, he comparado los datos más contradictorios para acercarme á la verdad, como la balanza se aproxima al fiel, y á punto estuve de arrojar la pluma, dejando á otro investigador de mejor fortuna la improba tarea de decir algo acerca del castillo de Noreña, haciendo un boceto histórico con las escasas y pálidas tintas que el pincel ha podido encontrar; —digo, no, me olvidaba de que es pluma y no pincel lo que se agita bajo los dedos de mi mano— con las palabras suficientes á la relacion exacta de los hechos, ó como suele decirse, á la vida y milagros del castillo.

Pero no acostumbrando á detenerme, despues de haber andado la mitad de un camino, y como quiera que el de mis investigaciones hubiese cedido no poco de su aspereza, despues de algunos afa-nes que no he de ponderar por ser mios; habiendo salvado lo peligroso de las conjeturas, y casi en plena posesion de lo cierto, hé aquí que me revisto de toda la autoridad de un auténtico cronista, ó para mayor propiedad, de la de un historiador concienzudo.

II.

Nada de particular se cuenta acerca de los tres primeros Rodrigos que fueron poseedores del castillo, al ménos en cuanto á la importancia de su dominio. Sucedió á Rodrigo III Pedro Alvarez, quien ya usó el apellido de Noreña, juntamente con el de las Astúrias; y fué tan notable por la privanza de que disfrutó, al lado de Fernando IV el «Emplazado,» como lo habia sido su abuelo con Fernando el «Santo.»

Despues de Pedro Alvarez, vemos sucediéndole á Rodrigo IV, su hijo, heredando asimismo la proteccion del rey y ganando luego la de Alfonso XI, que, entre otras mercedes que le prodigó, hizo su mayordomo y adelantado mayor de Astúrias y Leon. Y no contento el generoso monarca con darle tan señaladas pruebas de afecto, confirióle el titulo de conde de Noreña, honor que estimó Don Rodrigo en más que todas las referidas mercedes, imitándole en ello sus descendientes. De entónces data el uso que hicieron los Alvarez de Astúrias de dicho titulo.

Como Rodrigo IV no tuviese sucesor legítimo á quien trasmitir el castillo y señorío de su nombre, otorgó testamento en que instituia por heredero de ambos dominios, en union con la hacienda

de Siero, á Fernan Rodriguez de Villalobos, y además el derecho de usar de sus armas y apellido. Mas á poco de haberle otorgado hubo de revocarle, á fin de otorgarle nuevamente á favor del infante Don Enrique, conde de Trastamara, de Lémus y de Sanabria, y á quien adoptara por hijo. Y aquí empieza la importancia, el interés de la historia del castillo de Noreña; historia terrible, como íntimamente unida al sangriento drama de Montiel.

Segun una inscripcion que se conserva en la iglesia de San Vicente de Oviedo, sobre su sepulcro, Rodrigo IV. acabó sus dias el año de 1370, con la buena suerte de no haber presenciado los trágicos sucesos de que tan severamente acusa la historia á su hijo adoptivo.

III.

¡Noreña!... ¡Montiel!... ¡el uno sombrío como las nieblas que empañan el cielo del Norte, el otro contrastando en lo siniestro de su aspecto con el límpido dosel que eternamente despliega el Mediodía sobre su frente, por el tiempo humillada!... Restos carcomidos de dos esqueletos titánicos, cuyos fantasmas reciben de la imaginacion proporciones monstruosas, proporciones que la aterran y la atraen... ¡La atraccion del abismo... el horror del crimen!

Yo miro la imponente sombra del rey Justiciero vagar fatídicamente entre las ruinas de Noreña, como en Montiel la contemplo. Y sin embargo, Don Pedro no llegó jamás bajo los formidables muros del castillo asturiano. Historiemos, pues:

...Habíase encendido en Castilla la fratricida lucha que por tanto tiempo fué escándalo del mundo, por más que en aquellas edades de hierro se hubiesen todos los pueblos acostumbrado á los salvajes espectáculos de las guerras de exterminio; pero no conservaban memoria, ni despues ha habido ejemplo del feroz encarnizamiento con que dos hermanos, dos hijos de reyes, principiaron por destrozar el corazón de su pueblo, y concluyeron por despedazar el uno el corazón del otro, por el fratricidio.

El bastardo se habia refugiado dentro del castillo de Noreña, huyendo del furor de Don Pedro, y experimentaba la vehemente satisfaccion de su seguro asilo, considerando al propio tiempo la inapreciable merced de que, por su donacion, era deudor á Don Rodrigo.

El rey habia mandado para sitiarse á algunas huestes aguerridas, y éstas habian sido diezmadas por las ballestas de los soldados de Don Enrique, porque al abrigo de las inexpugnables almenas cada arma era un rayo, cada brazo podia fulminar cien muertes.

Juraban, enfurecianse y se desesperaban los atléticos hombres de armas de Don Pedro, los terribles vencedores de Nájera, ante la imposibilidad de penetrar un muro de diez piés de espesor, detrás del cual latian corazones iguales á los suyos, corazones de leones, puesto que en pechos españoles alentaban. Así era que el desaliento no habia nacido en ellos, adquiriendo al contrario su bravura las proporciones asombrosas del heroísmo.

Llegó todo esto á noticia de Don Pedro; y no queriendo sacrificar inútilmente nuevos campeones de que tanta necesidad tenia, dió orden de que se levantara el cerco del castillo, encargando al portador de ella de un mensaje para su hermano.

Retiráronse los sitiadores, y el mensajero penetró dentro de aquellos muros formidables. Reci-

bióle Don Enrique rodeado de los señores de pendon y caldera, y de los capitanes aventureros que de Francia y Navarra vinieron á su servicio.

Era el mensajero un hombre alto, de miembros hercúleos y de continente feroz. Ceñida la armadura de combate, más bien parecía un nuncio belicoso, que un portador de oliva.

Al verle, los cortesanos de Don Enrique no pudieron reprimir un movimiento agresivo, dirigiendo rápidamente la mano á la empuñadura de la espada. Pero el bastardo les contuvo con una mirada. Era demasiado valiente para dar acceso al temor.

—Acercaos sin miedo, dijo á aquel hombre, viendo que vacilaba ante el movimiento contenido de los cortesanos. No tengais que decir á mi hermano, vuestro señor, que al recibir á sus heraldos he imitado la manera con que él recibe á los míos.

Esta alusion á las traiciones del rey, encendió en ira el rostro del extraño heraldo, y avanzando resuelto, contestó con voz de trueno:

—El rey Don Pedro de Castilla, mi señor y señor vuestro, combate siempre frente á frente á sus enemigos, y frente á frente me envia á dar cumplimiento á su alta justicia.

Y una daga brilló en su mano, y un golpe terrible sobre el pecho de Don Enrique heló la sangre en las venas de todos los circunstantes. Pero bien pronto recobraron su serenidad, á excepcion de su señor, quien, como no la habia perdido, no tuvo necesidad de recobrarla. Con esto, dicho queda que el homicida golpe quedó sin efecto. La acerada punta se dobló al tropezar con la finísima cota de malla que resguardaba el pecho del conde.

Cien aceros brillaron entónces fuera de sus vainas, y se fulminaron centellantes como la venganza, sobre el pecho del asesino que, habiéndose cruzado de brazos, despues de arrojar con desprecio la daga á sus piés, los contemplaba con sonrisa siniestra, y con la indiferencia glacial de quien nada tenia que esperar, y que ni deseaba compasion, ni tampoco la admitiria.

Pero no llegó á herirle ninguno de aquellos aceros; á una seña imperiosa del bastardo volvieron á sus vainas, no sin rudos juramentos y enérgicas protestas de sus dueños contra una compasion tan inusitada.

Aquel heraldo extraño, aquel audaz mensajero de venganza, el cual se negó obstinadamente á contestar una sola palabra, ni á dar otras explicaciones de su conducta que las que precedieran al atentado, y de quien se supo posteriormente que era uno de los famosos maceros ejecutores fidelísimos de los sangrientos fallos del rey Don Pedro, fué preso y aherrojado.

Poco despues, en presencia del mismo Don Enrique, el hacha del verdugo cortó su mano, sin que exhalase una queja, sin lanzar un gemido.

Aquel hombre era un Mucio Scébola del crimen, crimen velado por el deber. Si hubiese sido inspirado por la virtud, habria aparecido tan grande como el héroe romano ante la admiracion por su valor.

Don Enrique, lleno de asombro, mandó ponerle en libertad inmediatamente, considerando con desaliento que si eran numerosos los servidores que, como aquel, tenia su hermano, habia de ser imposible el cumplimiento de sus ambiciosas cuanto fraticidas aspiraciones. Ya bajo los muros de Noreña, venian á turbar su sueño fatídicas imágenes que acaso le anunciaban el drama de Montiel.

IV.

Cuando llegó á empuñar el cetro de Castilla, hizo donacion Don Enrique del condado de Noreña, juntamente con el de Gijon y sus respectivos castillos, á su hijo bastardo Alonso Henriquez, quien nombró merino suyo á Gonzalo Suarez de Argüelles. Como éste impusiera una gravosa contribucion, tratando de hacerla extensiva á todo el principado de Astúrias, reunióse en Avilés una junta de contribuyentes con objeto de ver lo que en tal circunstancia fuera oportuno, pues no querian pagar un subsidio tan injustamente repartido; y al efecto acordaron levantar el país en masa para resistirle.

Reunieron los concejos sus pendones; juntáronse las mesnadas, y no le quedó al merino otro recurso que acogerse al amparo de los muros del castillo, sin poder aumentar su reducida guarnicion con otro refuerzo que el de algunos aventureros; gentes allegadizas que no faltaban nunca entónces entre nuestros disturbios civiles, y que tan pronto los extinguian como los acrecentaban, atraídas sólo por el cebo del botin, si no por el de señaladas mercedes. Testigo de ello el famoso Beltran Duguesclin, á cuyas traiciones, no ménos que á su valor, debió Don Enrique el trono.

Apurado se vió Gonzalo Suarez de Argüelles dentro de Noreña, á pesar de lo inexpugnable de sus defensas y del arrojo de sus gentes, porque era tan grande el esfuerzo como el número de los que le sitiaban.

Además, entre éstos contábanse varios que eran excelentes prácticos en su belicosa faena, puesto que habian formado parte de la guarnicion del castillo cuando la heroica defensa del de Trastamara, conociendo los puntos vulnerables mejor que los soldados del merino, y dirigiendo por consiguiente contra ellos sus tiros con una seguridad de acierto que casi nunca salia fallida.

Conforme se acrecia la rudeza del ataque, redoblábase la tenacidad de la defensa, y pasaron dias y meses: los víveres escasearon á la guarnicion, diezmada por las fiebres malignas y por las ballestas: el castillo formidable de Noreña estaba á punto de rendirse, á tiempo que los sitiadores recibieron aviso de que el rey les condonaba el subsidio, disponiendo que hubiesen de pagarle sólo en una mitad los condados de Gijon y de Noreña, como los únicos que pertenecian al señorío de Don Alonso, al cual amonestó severamente por haber tratado con tan poca consideracion á unos pueblos tan leales á su persona y cuyo cariñoso recuerdo preferentemente vivia en su memoria.

En el año 1381 alzó Don Alonso el estandarte de la rebellion contra su hermano el rey Don Juan I. Todo el país asturiano se puso en armas; pero al presentarse las tropas reales, hicieron resistencia únicamente las mesnadas de Gijon y de Noreña, poderosos elementos que no supo utilizar Don Alonso, cometiendo la torpeza de librar con ellas combates campales, en lugar de haberlas dedicado exclusivamente á la defensa de ambos castillos y no dejarlos casi en desamparo, con particularidad el de Gijon.

No podia ser en tales condiciones dudoso el resultado de la lucha. El ejército real derrotó al rebelde en cuantos encuentros ocurrieron, y debilitadas considerablemente las reducidas huestes de Don Alonso, llegaron al extremo de rendirse á discrecion, fiándose á la clemencia del vencedor, que se posesionó, una por una, de todas sus fortalezas, entre las cuales principalmente se contaban « las casas y torres fuertes de Noreña, » segun expresa la crónica.

Clemente se mostró el monarca con los rebeldes soldados de su hermano; pero no anduvo descuidado en quitarles todo pretexto de nueva sublevación, haciéndoles ingresar en las filas de su ejército propio, mientras hacia donación de dichas «casas y torres fuertes» con la mitad del concejo de Tudela al obispo de Oviedo Don Gutierre.

Entonces tuvo origen el muy popular refrán de aquellas comarcas, que dice: *Con mal va á Noreña, que pendón y caldera es hecho tierra de iglesia.*

Movido después Don Juan I por las quejas y protestas de su bastardo hermano, revocó la donación que había hecho al obispo, recobrando en su virtud Don Alonso los condados de Noreña y de Gijón. El año de 1394 volvió á rebelarse, y entonces, resuelto el rey á no perdonar su alevosía, envió un poderoso ejército al suelo asturiano, y en ménos de tres meses despojó al rebelde de todos sus dominios después de una sangrienta resistencia.

La historia menciona con asombro en este punto, siguiendo fielmente á los viejos anales del país, el heroísmo de la condesa de Gijón al defender el castillo del mismo nombre con un puñado de valientes contra todo el ejército real. La condesa hizo reducir á escombros el castillo, y de entre ellos no salió ni uno sólo de sus heroicos defensores (1)

V.

A consecuencia de los desastres producidos por la última rebelión, Don Juan I volvió á hacer donación al obispo Don Gutierre del condado y castillo de Noreña, quedando ya, para la historia de éste, sólo una página notable.

Corría el año de 1516, y era á la sazón corregidor de Asturias Don Diego Manrique de Lara. Desde épocas lejanas habían solido suscitarse competencias entre las autoridades superiores que á los reyes representaban, tales como la del cargo que Don Diego ejercía, y el de adelantado, y los prelados, no ménos prepotentes por su sagrada investidura y jurisdicción que por su señorial poderío. Y no era lo peor que se suscitasen por razones harto profanas, las más veces, sino que cada una de ellas era un manantial inagotable de desgracias para los pueblos, víctimas siempre, ya de la rapacidad de unos, ya del enojo de otros.

Pero nunca ocurriera el caso escandaloso que suscitó el referido Don Diego Manrique. Había condenado á muerte á un reo acusado y convicto de robo en sus dominios particulares, y se le conducía al suplicio en Oviedo, no tan perfectamente custodiado que no pudiese, como pudo, tomar asilo en la iglesia de San Vicente, casi extramuros de la ciudad.

Si en todos tiempos ha sido el derecho de asilo altamente sagrado en los pueblos que se precian de católicos, lo era en aquellos mucho más, si cabe, porque no había potestad alguna que dejara de sujetarse al predominio eclesiástico; y de igual manera que los reyes se humillaban ante los Papas, inspirándose en sus consejos para el mejor cumplimiento de sus mandatos, así se evidenciaba la supremacía de los prelados respecto á los señores, lo mismo en una que en otra jurisdicción.

Pues bien: Don Diego, impío ó descreído, sin atender más que al impulso violentísimo de su ca-

(1) En otro artículo se referirá este famoso hecho con la debida extensión.

rácter despótico y vengativo, hizo sacar al reo de la iglesia, por medio de perros de presa, arrastrándole ferozmente hasta la horca, donde en seguida fué ejecutado.

Figúrese el lector qué efecto causaría tan escandalosa é inaudita profanacion, tal conculcacion de las leyes divinas y humanas, en el obispo y en el pueblo de Oviedo y en los descendientes de los héroes de Covadonga, los padres de nuestra regeneracion; aquellos hombres que les legaran incólume el tesoro de sus puras creencias religiosas, el de su respeto y veneracion.

El obispo excomulgó al corregidor, y éste, irritado por el gran contentamiento que el anatema produjo en el pueblo, resolvió vengarse, desterrando al obispo del territorio de su mando.

En tal conflicto, no faltaron al prelado poderosos auxiliares entre los indignados pecheros, y aún entre los mismos señores, siendo los hermanos Fernando y Pedro Cortés de Pares, los que con mayor decision le ayudaron.

Pero el adversario con quien tenia que habérselas, era uno de los magnates más poderosos de aquella época. Y bastará á dar una idea de ello el consignar que sólo para el cerco del castillo de Noreña, en donde el obispo se hizo fuerte con los mencionados hermanos, destinó 3.500 hombres aguerridos y perfectamente pertrechados, y otros tantos, por lo ménos, á invadir los dominios de sus contrarios; todos ellos muy bien pagados de sus rentas propias.

El formidable castillo no pudo resistir á los esfuerzos combinados de la artillería y de la arcabucería, y abierta la brecha en el torreón occidental, segun una crónica que parece auténtica, cayó en poder de Don Diego Manrique de Lara.

El valeroso obispo hubo de refugiarse en Leon, gracias al eficaz auxilio de Fernando y de Pedro Cortés, habiendo mostrado, durante el sitio, un ánimo tan esforzado, que aún respecto á él se conserva un recuerdo tradicional que habré de expresar para complemento de esta última página de la historia del castillo.

Quejábanse los defensores del torreón mencionado del gran daño causado por la artillería, que con una tenacidad espantosa asestaba contra él sus tiros más certeros. Llegó la queja á oídos del obispo, que en el patio se encontraba exhortando con preces á los moribundos y curando con sus manos á los heridos, y sin escuchar los ruegos de sus amigos, que trataban de retenerle, encaminóse resueltamente al peligrosísimo puesto del torreón occidental.

A su aspecto los defensores recobraron su intrepidez, y sus pechos latieron reanimados por la fé y por la esperanza. Quisieron lanzarse á la brecha; pero el obispo, diciendo: «Dejadme á mí, que á mí me toca, yo soy el enviado de Dios, y aquí voy á erigirle un altar,» se arrojó en medio de ella con un crucifijo en la mano.

Momentos despues, la sacrosanta enseña aparecia en lo alto del torreón, entre los escombros que habian empezado á desmoronarse.

Absortos los soldados enemigos, negáronse á dirigir sus disparos contra la bandera de la Cruz, y fué necesario que hubiesen de conminarlos con terribles castigos los jefes más adictos al corregidor, para consentir en la prosecucion de la pelea.

Y seguro es que á no haberles faltado los víveres á los partidarios del obispo, ni la gruesa artillería ni los certeros arcabuces habrian conseguido rendir una fortaleza donde la Cruz tremolaba anatematizando á la impiedad.

VI.

Se ha dicho que la anterior es la última página memorable del castillo de Noreña, porque en lo sucesivo, aun cuando su importancia no quedó reducida á la nulidad, como quedó medio destruido, y las rentas anexas á su posesion sufrieron una merma considerable, y la ignorancia y el abandono contribuyeron eficazmente á su destruccion, no dió lugar á hechos que dignos sean de una especial mencion en este trabajo histórico.

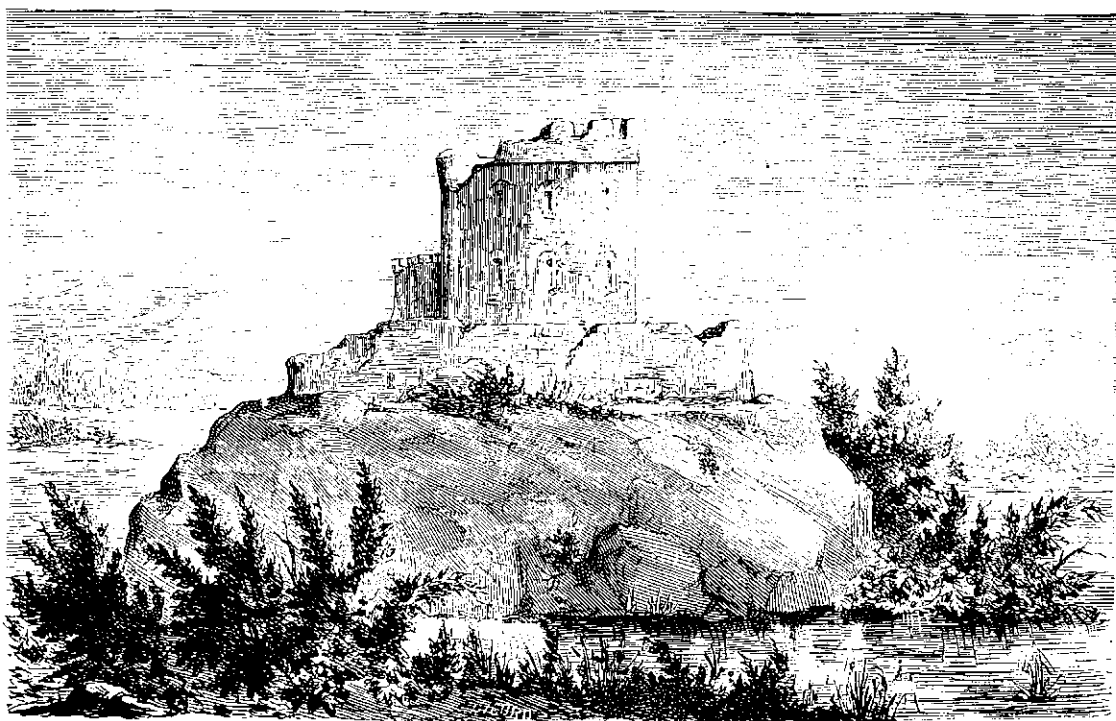
Los reyes de Castilla, recordando los honrosos antecedentes del dominio de los obispos sobre el castillo en cuestion, legaron á todos sus sucesores en la diócesis de Oviedo el título de condes de Noreña, que aún conservan.

No he de concluir este breve ensayo sin lamentarme profundamente de que la incuria de los hombres haya sido mucho más terrible que la de los tiempos para hundir en el polvo los últimos restos de un monumento tan digno de respeto. Y no sólo la incuria de los que le abandonaron al olvido sin poner una mano cariñosa sobre las tremendas heridas que abatieron sus miembros de gigante, sino tambien la incuria de los cronistas, contentándose con consignar á la ligera, ó como de pasada, los hechos más culminantes de su historia, ni una pincelada siquiera nos han dejado trazada para su retrato, ni una palabra nos dicen relativa á la descripcion del monumento.

El artista que en hacerle se obstinara, tendria que basar su obra sobre cálculos erróneos; pues entre la completa ruina del castillo, no es posible distinguir claramente ni aún el área que ocuparia el edificio, teniendo necesidad de atender á la construccion que se observa en otros castillos de la misma época, más respetados por los siglos en el propio pais asturiano, porque se sabe que no diferian de un modo esencial las formas de unos y otros, y únicamente se hacia notar el de Noreña por la extraordinaria fortaleza de sus muros, que con triste elocuencia muestran todavía sus escombros á las actuales descreidas generaciones.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

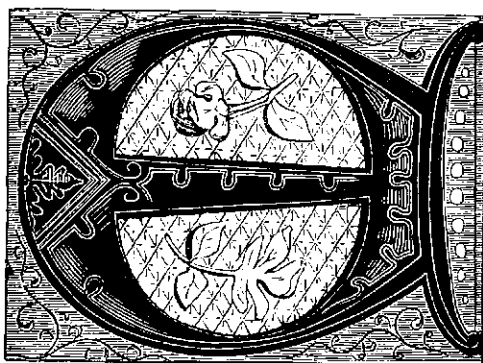




CASTILLO DE SAN MARTIN DE LAS ARENAS.

CASTILLO DE SAN MARTIN DE LAS ARENAS.

DEDICADO Á LA EXCMA. SEÑORA CONDESA DE VELLE.



N uno de los valles más amenos de Astúrias, junto á la desembocadura del rio Nalon, á poco más de una legua de la villa de Pravia, tiene firmísimo asiento, sobre una roca gigantesca, aquel monumento de la tradicion, viva memoria de una edad de hierro, y al cual los campesinos de la comarca nombran sencillamente «el Castillo.»

Concurren á su nombradía la rara belleza de su situacion y lo extraordinario de las historias que de él se refieren en mayor grado, que lo invulnerable de su torreon principal, magnífico modelo de la solidez gótica, cuyo valor aumenta la espesísima hiedra que sus almenas decora, como para ponerlas á cubierto de los rudos embates de los siglos, por si á este objeto no bastara la fortísima muralla que le circunda.

No es posible encontrar un paisaje más hermoso que el que desde su altura se descubre, en una tarde de primavera. El Nalon, lamiendo humildemente su granítico asiento, como un vencido á los piés del vencedor, luego de haber intentado ahogarle, estrechándole impetuosamente

entre sus brazos titánicos: los alegres caseríos que le rodean, en considerable extension, y que al impulso de cien generaciones nacen y fenecen á sus plantas, como viven y mueren las margaritas bajo la proteccion de un tronco secular: el mar, que allá, al Norte, se descubre, y que parece, en su imponente calma, mirarle con desden de un atleta invencible hácia un rival sobrado altanero: el cielo, uniéndose al mar, por medio de una inmensa zona verde-rojiza, con cambiantes azulados, y cuyos términos se pierden entre la vaguedad de las nieblas, forman la espléndida decoracion, en el fondo de la cual majestuosamente se destaca la silueta sombría del castillo de San Martin de las Arenas.

Pocos datos suministra la Cronologia, y muy escasos la Historia, acerca de su origen é importancia. Del exámen de los documentos que le mencionan, archivados en algunos ayuntamientos de los concejos vecinos, sólo resulta seguro que desde muy antiguo fué dado en encomienda por los reyes de Castilla á dos casas principalísimas de Astúrias, la de Miranda y la de Valdecarzana, siendo ésta la que en la actualidad lo posee. Créese que su fundacion data de principios del siglo x, y segun Carballo, no fueron únicamente dichas casas las poseedoras, citando al efecto una donacion de Alfonso VII á Fernan Gutierrez y María Ovequez; donacion que comprendia, como feudo, al pueblo de Renon (*Ranon*), juntamente con el castillo.

En vano es buscar en los viejos cronicones de Astúrias esas noticias detalladas, esos datos minuciosísimos en que tanto abundan cuando se trata de castillos que por su posicion, por sus circunstancias ó por las condiciones especiales de sus habitantes, fueron un tiempo reñido objeto de sangrientas y continuas turbulencias, tales como las que tuvieron su teatro en los muros del de Tudela y del de Noreña, contiendas bárbaras que absorbían todo el interés histórico de los siglos del feudalismo.

Harto se sabe á dónde alcanzaban entónces los límites de la instruccion en las clases elevadas, instruccion completamente desconocida para el pueblo, y arrinconada, por decirlo así, en el fondo sombrío de los claustros. Los monjes cronistas no solian escribir en sus pergaminos sino aquellos sucesos cuyo ruido atronador llegaba importuno á arrancarles de sus meditaciones, á través de las ojivales de sus mansiones solitarias, y entregados á la contemplacion y al estudio debian cuidarse poco de unos acontecimientos de orden inferior, como fundaciones y donaciones de castillos, y aún del abundantísimo tesoro de sus leyendas romancescas.

Rico en ellas, como anteriormente se expresa, es el monumento que domina á los valles del Nalon, y ya que la incuria ó el desden de los cronistas, auxiliados por las impiedades del tiempo, contra mi propósito de efectuar una descripcion cumplida y una completa historia, dejan á mi mente ancho campo donde espigar á su placer los feracísimos términos de la tradicion popular, veré de explayarme en ellos, á contentamiento de los lectores benévolos, teniendo entendido que, si siempre merecieron las tradiciones el calificativo de fuentes de la historia, no habré yo de alterar, en la ocasion presente, la pureza de sus raudales, habiendo tenido la fortuna de recogerlos á las mismas márgenes del Nalon, y de verlos brotar con claridad cristalina entre las ruinas elocuentes del castillo.

Cierto dia en que la tarde abandonaba perezosamente á la tierra, y yo no me decidia á abandonar las ruinas del castillo, hallándome sumido en vagas meditaciones, arrullado por los cadenciosos rumores del viento, que ya modulaba una queja, eco del pasado ante la indiferencia del presente, ó lamento del alma de algun guerrero sepultado entre los escombros carcomidos; ya remedaba el soberbio acento de las olas lejanas; ya fingia la voz plañidera de alguna castellana encantada; ora el

¡ay! desconsolador de los genios de las ruinas; ora el siniestro ruido de algun fantasma vengador: cuando á estos ecos se unian los de la lucha del rio con el mar, al encontrarse con sonora cólera; lucha tan desigual y terrible como la del torrente de una pasion contra el inmenso océano del mundo: cuando de la monstruosa armonía que acentos tan diversos ocasionaban, uno sólo se desprendia, puro, elevado y poético, para inundar á mi alma de arrobadoras inspiraciones; cuando la hora de los misterios se aproximaba envuelta entre los pliegues vagarosos del velo de la noche, al grito melancólico de las aves agoreras, entónces invocando á los antiguos trovadores del heroismo y de la gloria, á los bardos enamorados que tan bizarramente un tiempo cantaron al pié de los muros del castillo ó en sus góticos salones, torneos y batallas, favores y desdenes; recordando todo lo que la mente del pueblo me habia revelado de terrible ó de tierno, de grande y de maravilloso acerca de los restos imponentes que estaba contemplando, mientras sentia el corazon poseido del propio encanto que emanaba de ellos, ví desaparecer instantáneamente las tinieblas del pasado; ví surgir de su lobreguez profunda la viva luz de la tradicion y el rayo deslumbrante de la verdad; dos meteoros del mismo foco; dos soles en el mismo cielo.

Entónces contemplé el castillo tal como era en sus primeros tiempos. Ví coronarse las murallas de hombres atléticos, cubiertos de hierro: oí distintamente el estruendoso concierto de las armas y el belicoso relincho de los caballos de batalla: ví cruzar por el patio anchuroso, animados grupos de gentiles pajes y graves escuderos: sentí el vibrante sonido de una trompa, y oí la voz de alerta del atalaya. Ví alzarse, como por ensalmo, el ferrado rastrillo del puente. Ví llegar y atravesarle, sobre soberbios palafrenes, ricamente enjaezados, garridas damas de continente altivo. Ví descabalgar presurosos á sus bizarros caballeros, quitarse de las manos los brillantes guanteletes y servir las hasta las puertas del castillo, en donde los pajes más galanos las aguardaban.

Miré luego... no... luégo desapareció ante mis ojos la espléndida animacion; las demás, los caballeros, los escuderos, los pajes, los hombres de armas, los palafrenes... todo se ha huido, cual huye una vision mágica; pero... ¡oh prodigio! en vez de desaparecer con ellos el encanto que me arrobaba, la emocion avasalladora de la mente y del corazon...! Un espeso velo se ha extendido sobre el castillo: y es trasparente como la verdad y sombrío como la duda. Sombrío, sí..., pero sin la sombra no seria posible el sol.

Allá... cabe el velo... casi envuelto por completo en uno de sus pliegues ondulantes, solitaria y misteriosa, una bizarrísima figura se destaca... su silueta es humana; su porte majestuoso; su actitud divina.

Yo miro un laud en sus manos; un destello de Dios en sus ojos; una aureola de gloria alrededor de su frente.

¿Es el genio de las soledades que acude á revelarme sus secretos augustos? ¿Es la sombra de un amante que viene del mundo de la felicidad á evocar sus recuerdos en el mundo del desengaño?

Es... ¡sí... es un ángel sobre la tierra... es la inspiracion ardiente y pura... es la imagen de un poeta...! ¿Es... que se ha levantado de la tumba; es que ha dejado el frio lecho del olvido el trovador del castillo, el antiguo bardo que cantó un dia sus glorias y hoy viene á llorar sobre sus ruinas!

Su laud vibra: sus ojos centellean: sus labios suspiran...; y hablan! Oigámosle:

I.

La tempestad desencadenaba toda su furia sobre las riberas del Nalon, secundada en sus horrores por los mujidos del mar, que allá se confundían con pavoroso concierto entre el fragor del rayo y el retumbar del trueno.

Torrentes de agua inundaban los valles, desprendiéndose impetuosos de las alturas. Imposible parecía que algún sér humano se atreviese á afrontar á media noche la cólera espantosa de tal tormenta, y más imposibles aún que el atrevido siguiese adelante, con ánimo sereno é impasible, por una estrechísima senda que á un bosque cercano conducía. Y llegó al bosque, arrollando los obstáculos invencibles, alumbrado en su camino por los relámpagos, y desafiando al rayo, que vanamente le avisó de su temeridad, tronchando un tronco junto á su paso.

Pero bien la temeridad se disculpaba, si no dejaba de serlo, al reparar una ermita, asilo respetado por la tempestad, y que modestamente se alzaba en el fondo del bosque. Al llegar al umbral sagrado, el hombre se detuvo; y al brillo de un relámpago podría haberse visto quitarse respetuosamente el ferrado casquete de cuero que cubría su cabeza, y agitarse sus labios como murmurando una plegaria. Su semblante era rudo, enérgicas sus facciones y hercúleas las proporciones de su cuerpo. Había entónces en su aspecto algo extrañamente admirable, mezcla del asombro del salvaje ante las maravillas del cielo y de la intuición del hombre superior al comprender la inmensidad.

Penetró en la ermita, y sin cuidarse de que la tormenta arreciaba más y más, ni del lastimoso destrozo de su traje, se apoyó tranquilamente contra uno de los ángulos del edificio, y pareció dispuesto á reposar, si á poco rato no se lo hubiese estorbado el repentino galope de un caballo.

Sin saber él mismo la causa, puesto que por miedo no podía ser, al sentirlo ocultóse instantáneamente.

El galope cesó, y un caballero penetró en el átrio de la ermita, á juzgar por el choque de su armadura y el rechinar de sus acicates. Llevaba un bulto grande resguardado bajo los pliegues de un ancho tabardo; bulto que colocó sobre un banco de piedra que á la puerta había (1). Al movimiento rápido que hizo estremeciéndose el bulto, del cual se exhaló un débil gemido; tan débil, que no fuera fácil adivinar lo que le produjo, si no se hubiese acentuado, al repetirse luégo, como la dulce queja de una voz de mujer.

Amarga y dura, cual de cólera contenida, fué la respuesta del caballero. Replicó la mujer con sollozos ahogados, á los cuales fulminó él una horrible maldición, y entónces otro acento se unió de un modo conmovedor á las lágrimas de la mujer; acento que salía de su seno. Era el grito lastimero de un niño, y un niño sin duda recién nacido, según pudo juzgar el hombre oculto.

Vió á la cárdena luz de un relámpago cómo reflejaba el furor sus lívidos colores en el semblante del caballero; y vióle arrojarle sobre la mujer, que entre sus brazos oprimía al niño como una madre, con mayor rapidez que el relámpago. Estremeciéndose de indignación y se lanzó fuera de su escondite. Si hubiese tardado un solo momento, acaso no hubiera podido evitar un crimen.

Durante ese momento el caballero había levantado en alto al inocente, atenaceando sus delicados

(1) Aquella ermita se ha trasformado en la actual iglesia de la Corrada, una de las parroquiales del país.

hombros con la aspereza de sus dedos; y lanzando sus ojos de hito en hito rayos de venganza, ya sobre la mujer, ya sobre el niño, avanzó un paso, sin que el horror de la conciencia viniera á unírsele al horror de su designio, porque entónces su conciencia estaba fuera de su alma, atraída por el abismo.

Pero una mano divina impulsó á la del incógnito espectador con fuerza sobrehumana, y al sujetar al caballero, amagó á su pecho con la punta de una daga. Y en verdad que no debía ser tan villanamente malvado como pareciera, porque el que es capaz de cometer una villanía, no lo es de mirar frente á frente á la muerte con ánimo sereno. Y así miró el hombre sujeto y amenazado al terrible amenazador, repuesto súbitamente de la sorpresa. Uniendo luégo la voz al ánimo, exclamó:

—¡Atrás! quien quiera que seais, y no oseis oponeros á mi voluntad, ó ¡por Dios vivo!...

—¿Y quién sois vos para impedirme que me oponga á una infamia? replicó el interpelado, sujetándole más y atrayéndole hácia sí como para reconocerle; lo cual debió conseguir, pues á poco continuó con triunfante aunque amargo acento:

—¡Oh! Señor Don Alvar... por cierto que debí conoceros ántes, y siento en el alma que así no haya sucedido, porque os hubiese ahorrado este mal rato. ¡Ea! libre sois, siempre que no volvais á abusar de vuestra libertad. ¿Aún no me habeis conocido á mí? Pues qué, ¿no recordais ya el nombre de Pedro Jimenez?

Y el que así se nombraba soltó á su contrincante, cruzándose desdeñosamente de brazos. Con orgullo altanero, con desprecio profundo le miró á su vez quien acababa de obtener favor tan señalado: gigante lucha silenciosa de dos hombres de hierro. Lentamente dijo:

—¡Pedro Jimenez! ¡El capitan de bandoleros!...

—Como querais: veo que mi nombre no es tan desconocido como me imaginaba, puesto que el noble castellano de San Martin de las Arenas me concede el honor de pronunciarle con desden y con orgullo. A bien que la diferencia no es tan grande entre los dos, y casi puede aproximarnos. Vos imperais despóticamente en vuestra fortaleza, y yo reino en las montañas y en las llanuras. Y tambien, no lo olvideis, podria reinar en vuestro castillo, si un día me ocurriera este capricho. No os enojeis, y decidme: ¿por qué queriais matar á ese niño?

—Os contestaré por cortesía, puesto que nada debe importaros, que iba á realizar una venganza justa.

—¡Una venganza justa contra un inocente que acaba de venir á la vida! ¡Pardiez, que la venganza es digna de un caballero! ¡Ah! señor de San Martin... el capitan de bandoleros que peleando en buena ley con hombres fuertes y valientes, se cebó mil veces en su sangre: Pedro Jimenez, el bandido de corazon de roca, se siente enternecido por la débil criatura que intentábais sacrificar; ¡Pedro Jimenez, el anatematizado por la justicia humana, llega ante vos como inflexible representante de la justicia divina, y en su nombre os demando, ¿oís? en nombre de Dios, decidme: ¿qué os ha hecho ese inocente?

—¿Qué?... Una mujer á quien fiara mi honor, y á quien diera mi nombre, los ha manchado y arrastrado por el cieno de su liviandad, y la muerte de ese niño, fruto de ella, me libraria de la deshonra. Hablad, hablad ahora, Pedro Jimenez, de otra justicia superior á la de mi venganza.

—No hablaré; me opondré á vuestra venganza, por el mismo honor que invocais. Entregadme ese niño, y nadie más que Dios y nosotros conocerá su existencia.

Hondamente contrarió á Don Alvar esta proposicion, á juzgar por el sombrío silencio con que otorgó su consentimiento, y por la torva mirada con que acompañó la entrega del niño al capitán de bandoleros. Arropóle éste cuidadosamente bajo su gaban de pieles, mientras dirigia una mirada tranquilizadora á la pobre madre que no podia hablarle sino por medio de lágrimas de gratitud; y desapareció instantes despues con su dulce carga por la senda más intrincada del bosque, en tanto que el señor de San Martin, colocando á la dama á la grupa de su fuerte cabalgadura, tomó un camino enteramente contrario.

II.

Hermanando la tradicion con la historia, á fin de que nada falte á la verdad de la relacion presente, no habrá de ser inoportuno ahora el consignar que en ningun pueblo de España se hizo sentir tanto como en Astúrias el bárbaro poder del feudalismo. Cada caballero dueño de un castillo ú otra fortaleza, era un déspota insufrible, mezcla de reyezuelo orgulloso y de bandido procaz, particularmente en la época en que tuvo lugar lo que va refiriéndose durante los primeros años del reinado de Alfonso VII: de tal modo, que en la carta-puebla que este monarca otorgó á la Pola de Siero, harto claramente se expresan las terribles vejaciones sufridas por dicha poblacion como por otras muchas, concediéndoles notables derechos para defenderse *contra los ladrones caballeros y otros malhechores* (1).

Don Alvar Pelaez era uno de los castellanos que más se distinguian por sus crueles empresas; verdadero buitre que desde el nido seguro de su alta roca caia sobre su presa, sin saciarse nunca su voracidad en la aterrorizada campiña. Dotado de un carácter, cuya dureza habrá podido ser apreciada al referirse la escena de la ermita, sólo poseia una cualidad que hubiese sido apreciable en gran manera, si se tratara de un alma generosa: el valor indomable. Pero era el valor de la fiera sanguinaria; era el pérfido valor del tigre. Habia deseado la posesion de una mujer, rica-hembra del país, la cual amaba con pasion á otro caballero, cuyos escasos bienes de fortuna fueran obstáculo insuperable á que el padre de ella consintiese en concederle su mano. Llamábase el amante Don Ares de Miranda, y la enamorada Doña María de Lena. Embriagados en su pasion, ni se cuidaron de las severas amonestaciones del padre, ni de la imperiosa porfia de Don Alvar; y cuando fué llegado el caso de obedecer al inflexible mandato paternal, Doña María, por si evitar lograba la muerte de su dulce esperanza, porque el señor de San Martin no diese cumplimiento á su obstinado proyecto de arrancarla á la única felicidad de su corazon, decidióse á confesarle lo que ninguna mujer quisiera que ni aún su conciencia la revelara, un secreto que guardaba su honra y su dicha: Doña María le reveló que era madre, y que el hijo lo llevaba en su seno.

El tigre no se ablandó; no desistió. Doña María era rica, y esto le importaba únicamente. Lo demás lo haria su venganza, que cumplió á medida de su rencor, casándose con ella y haciendo asesinar á Don Ares, con el propósito de que su hijo sufriese un dia la misma suerte.

Ya se ha visto cómo el capitán Pedro Jimenez desbarató el último proyecto. El niño fué entregado por él á una labradora de las cercanias, mujer discreta y de toda su confianza. Y desde aquel

(1) Textual.

dia el mal caballero y el noble bandido se juraron un odio de exterminio. Don Alvar formó una liga con varios hidalgos acostumbrados como él á la rapiña y al escándalo, y Pedro Jimenez triplicó el número de aventureros audaces que ciegamente obedecian sus órdenes. Por espacio de quince años duró la lucha: sus sangrientas peripecias devastaron al país, llenándole de consternacion. Los llamados caballeros excedieron á los bandidos en la crueldad y en el pillaje. Pero el término de sus horrores se aproximó, merced á la propia causa de su origen al inocente niño salvado por Jimenez.

Se habia desarrollado y robustecido como los pinos de aquellas montañas, y su protector le habia educado rudamente, si, pero cultivando con esmero los puros sentimientos de honor y de hidalguía que sus ascendientes mostraran, al propio tiempo que inspirándole su odio implacable hácia el castellano de San Martin.

Felicísimas disposiciones de entendimiento ofreció el jóven Rodrigo desde sus primeros años; no ménos notables que su vigor para blandir una lanza, su gentileza para regir á un alazan poderoso, y su bravura en los combates, á donde acompañó á Jimenez apenas entrado en la adolescencia. Un día excudriñando los alrededores del castillo, halló por la parte del rio una salida tan perfectamente oculta y disimulada, que habia pasado desapercibida ante el ojo penetrante del capitan. La galería á que daba paso se habia cerrado con escombros, demostrando claramente que hacia tiempo no la usaban los habitantes del castillo.

Pedro Jimenez abrazó á Rodrigo, al comunicarle tan grata nueva, exclamando: «Tú no sabes aún, hijo mio, la providencial justicia que ha puesto en tus manos la vida de ese impio castellano: pronto conocerás hasta qué punto debes aborrecerle: esta noche no ha de escapar á nuestra venganza ni uno sólo de los buitres de su banda. Tú salvarás á la desdichada esposa que gime torturada por él en el más lóbrego calabozo de la fortaleza, y yo... atravesaré el corazon á su verdugo.»

Es de advertir que Pedro Jimenez habia siempre aplazado, bajo diversos pretextos, el satisfacer la ansiosa curiosidad de Rodrigo por adquirir noticia de sus padres; mas le habia hablado con tal respeto y afecto de Doña María, que el jóven sentíase impulsado hácia ella por una piedad y un amor que algo participaban de la intuicion filial, algo que adivinaba el corazon del huérfano.

III.

Inusitada animacion reinaba en el castillo la noche designada por Pedro Jimenez para el término terrible de su venganza; animacion que refluia á una sala espaciosa, situada en el piso bajo, al lado de la plaza, y que era el punto donde ordinariamente celebraban sus orgías el señor de San Martin y sus satélites. Allí tambien se fraguaban las abominables correrías, y se repartian los frutos de ellas, unas veces entre risas y algazaras, otras entre blasfemias y violencias. Procedia la extraordinaria animacion de celebrarse aquella noche el santo del patron del castillo.

Don Alvar, excitado por la embriaguez, que vivamente se reflejaba en los amoratados rostros de sus compañeros, referiales con repugnante minuciosidad, ya los detalles de un robo, ya los de una violacion ó de un asesinato en los que él desempeñara el papel de protagonista.

Con los vasos en alto, rebosando de espirituoso licor, torvas ú obscenas las miradas, pronunciaron todos aquellos hombres impuros un brándis al santo con unánime voz; brándis que era una de la más

groseras blasfemias que han salido de humanos labios. Pero no,... no le pronunciaron, porque ántes de concluirle llegó la helada voz de la muerte á atajar sus voces febriles, precedida de un sordo rumor, cual se presiente el silencio de la tumba entre el rugir de la tempestad.

Pronto el rumor se aclaró: era el crujir de las armas; y los gritos de la venganza; y los ayes de la agonía; la feroz alegría de los vencedores y la rabia sangrienta de los vencidos.

El rumor se condensó furibundo sobre las dobles puertas del lugar de la orgía; y al caer las puertas estallando, alzáronse los convidados movidos por el terror, más poderoso que la embriaguez que los retenia; aunque al pronto se imaginaron aquello como un sueño que el espíritu del ardiente licor hacia aparecer ante sus pupilas.

Don Alvar fué el primero que el error fatal conoció, y el primero que tuvo que desenvainar el acero. Pedro Jimenez estaba allí, con el suyo sangriento en la mano de hierro; grande y formidable como el genio de las venganzas infernales, frente á frente, amagando á su corazon.

—Acuérdate, villano, le decia; acuerdate, castellano de San Martin, de que Pedro Jimenez no ha faltado nunca á su palabra, y esta es la hora de cumplirse la de mi venganza, la de la justicia eterna.

Dijo: y no troncha el rayo más presto el robusto tronco de la encina, que la fulmínea espada del capitan atravesó de parte á parte el pecho del castellano.

Renunciando á describir la escena de carnicería que á la muerte de Don Alvar se sucedió; escena que no terminó hasta el postrer aliento del último de los defensores del castillo, necesario es ahora que el pensamiento de los lectores me acompañe á presenciar otra escena que, aunque triste igualmente, ofrece un carácter de consuelo que ha de contraponerse dulcemente al aspecto de tanta desolacion.

IV.

En un calabozo inmundo del torreon más alto del castillo; arrodillada sobre un lecho de paja; con las manos elevadas hácia un crucifijo, toscamente grabado por ella, y que no hubiera podido verse á la apagada luz que se deslizaba por un agujero, única claraboya abierta en el muro por la piqueta del tiempo, sin la luz inextinguible de la esperanza alimentada por la fé; Doña María balbuceaba una fervorosa plegaria.

Aquella luz no podia mostrar su rostro, profundamente surcado por el sufrimiento; ni su belleza marchita, su cabellera blanqueada por el hálito emponzoñado de su desdicha, ni su cuerpo, al cual parecia que la misma muerte habia arrebatado su gentil lozanía para sustituirla con sus formas descarnadas.

La castellana de San Martin, en la grandeza de su dolor y de su humildad, al dirigirse al cielo, no queria recordar los quince años de su martirio y expiacion; sólo recordaba el momento de su culpa y al suplicar el perdon de ella, pedia tambien el perdon de su verdugo.

Para animar su espíritu, para consolar á su corazon, envió el cielo en su auxilio el dulce rocío de las lágrimas. No lloraba únicamente su pena; lloraba además su esperanza. Y á la dulzura de las lágrimas sucedió la dulzura de los recuerdos. Pasaron los de sus amores y de su infancia, como nu-

bes de grana y nieve ante su alma, y luego... ¡soñó! ¡Soñó con el hijo de su amor infortunado, con aquel tierno niño que seria ya hermoso y gallardo como habia sido su padre, y que vendria á estrecharla entre sus brazos, diciéndola: «¡Madre mia, madre mia!»

Y al repetir sus labios estas palabras, no pudo oir descorrerse suavemente los cerrojos de su prision, ni tampoco percibir la emocion con que recatadamente se pronunciaron las siguientes: «Esa es tu madre... ¡prudencia; no la mates de alegría!» No lo escuchó; y ella misma se contestaba, «¡hijo mio!» cuando, al volver los ojos hácia la puerta, encontró los de un jóven que era el vivo retrato de su sueño. ¡Oh! no se engañaba, no; no podian engañarse á un tiempo su corazon y sus ojos: aquel era el varonil, el bello semblante de su hijo: mejor se lo revelaban sus entrañas que la lámpara de bronce que en una de sus manos traia. Rodrigo la miraba de hito en hito, y dos lágrimas brillaban en sus negras pupilas; lágrimas del más bello de los heroismos, del heroismo de un hijo que encuentra á una madre á quien va á pagar la deuda de la vida, y que tiene que contener la explosion de su delirante ternura, por miedo á la felicidad, á una alegría suprema.

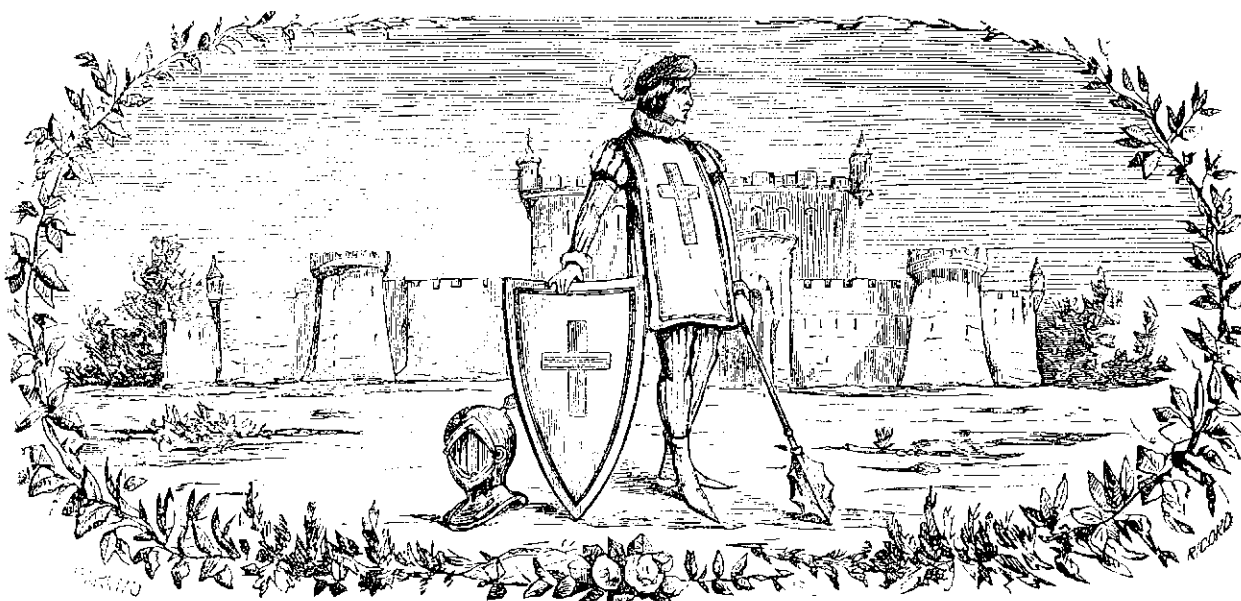
Pero ella lo adivinó; ella le libró de tal martirio; ella premió su heroismo abriéndole sus brazos, é «¡hijo mio!» «¡madre mia!...» ¡No se oia... no se sentia más! si no hubiese penetrado allí Pedro Jimenez, pasados los primeros momentos de expansion. Y bien, en verdad, merecia ser único espectador de aquella escena el único que habia podido prepararla. El fiero capitan de bandoleros lloró... lloró tambien, y como él decia, contestando á las vivisimas muestras de gratitud y de cariño de que era objeto: «El haber llorado yo, en estos instantes, es la más grande de mi satisfaccion.»

Dos dias despues, Rodrigo era reconocido como sucesor del castellano de San Martin, y aclamado unánimemente por todos los habitantes de aquellas comarcas. Al propio tiempo el capitan Pedro Jimenez partió con su gente á la frontera, á buscar una muerte gloriosa, peleando contra los enemigos de su patria y de su fé, digna compensacion á las desolaciones que anteriormente causara. Respecto á Doña Maria, cuenta la tradicion, que así como la habia envejecido el dolor, devolvió la alegría á su semblante los colores de la juventud, de igual modo que en pos de las escarchas del invierno aparecen sobre los campos las galanuras de la primavera.

Y no otra cosa, que especial mencion merezca, refieren las crónicas, por más investigaciones que se han hecho; debiendo consignar que armonizan admirablemente en cuanto revelan, acerca del castillo de San Martin de las Arenas, lo mismo la tradicion que la crónica, igualmente la historia que la poesía.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.





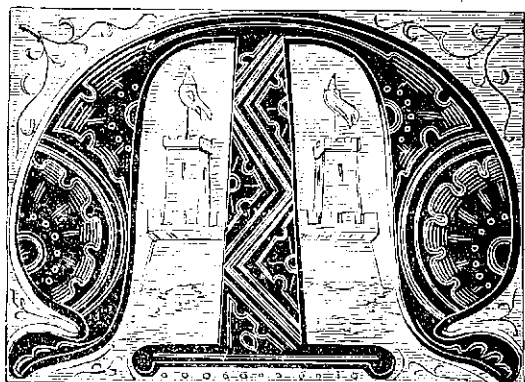
TRADICIONES DE TOLEDO.

LOS BAÑOS DE FLORINDA.

DEDICADO Á LA EXCMA. SEÑORA

Doña Pilar de Armendi García de Paridez, Condesa de Pricque.

I.



TOLEDO, la ciudad monumental por excelencia; la ciudad de los recuerdos históricos, centro un día de las riquezas y de la ciencia; corte de los reyes godos, y hoy pueblo casi sin vida ni movimiento dormitando bajo el peso de sus perdidas glorias, es á pesar de esto una ciudad que tiene el privilegio de detener al viajero curioso é instruido, y de asombrarlo con los portentosos restos de sus pasadas grandezas.

Llenos están cronicones, historias y antiguos romances, de los nombres del desventurado Don Rodrigo y de la tristemente célebre Florinda.

Por do quiera se cree ver vagar sus sombras y las de tantos y tantos magnates de aquella corte tan esforzada como corrompida.

La imaginacion cree percibir en medio de las sombras de la noche, cuando la ciudad duerme, miles de fantasmas que luchan entre sí. Los quejidos del viento parecen otras tantas maldiciones lan-

zadas contra el traidor Don Opas; gritos de muerte; choques de armaduras; los cánticos gozosos de victoria confundidos con el alarido de agonía de los vencidos; el trono, en fin, de los reyes godos, que se derrumba y desaparece deshecho en pequeños fragmentos, bajo los cascos de los caballos africanos.

Vamos á entrar de lleno en las narraciones que nos hemos propuesto al encabezar este artículo, refiriendo una célebre tradicion tan romántica como inverosímil, pero que sin embargo no han des-
deñado graves historiadores.

Héla aquí:

II.

Existe en la iglesia de San Ginés de Toledo la entrada de una famosa cueva (1), conocida con el nombre de Hércules, la cual contiene diferentes ramales y se prolonga á larga distancia.

No se sabe quién haya sido su fundador, tal es su antigüedad.

Creen algunos que es debida á los primeros cristianos, los cuales, como en las catacumbas de Roma, se escondían en ella para celebrar el santo sacrificio de la misa; pero la tradicion asegura que fué hecha por el rey Hércules, el cual la habitaba largas temporadas, dedicándose en tan tenebrosa mansion al arte mágica.

En tiempos del rey Don Rodrigo, se alzaba en una de las diferentes entradas que tenia la cueva una alta torre de robusta fábrica, torre cuya puerta aseguraban gruesas planchas de bronce, y multitud de cerrojos y candados.

Habian colocado éstos los reyes antecesores de Don Rodrigo, los cuales, á pesar de creer que allí se ocultaban los tesoros acumulados por Hércules, el cual era fama que habia descubierto la piedra filosofal, no se atrevieron á penetrar en el temido edificio.

Este temor procedia de una inscripcion grabada sobre la puerta de la torre y escrita en caracteres griegos, que decia asi:

El rey que abra esta torre y logre descubrir las maravillas que contiene, descubrirá bienes y males.

Y nadie, repetimos, se habia atrevido á entrar en busca de aquellos *bienes*, temeroso de los *males* que pudieran sobrevenirle.

Y la torre permanecia silenciosa como un fantasma, y los siglos se sucedian unos á otros, sin que nadie tuviese bastante osadía ó la ambicion suficiente para penetrar aquellos terribles misterios. Pero llegó un dia en que un rey disoluto y temerario, no teniendo suficiente oro con el que encerraban sus arcas, quiso apropiarse el que suponía enterrado en la cueva de Hércules, y determinó visitar sus inexplorados antros.

Tiempo hacia que en Toledo habian sustituido las trompas de caza á los clarines guerreros, y los magnates de la corte, sin perder por completo su marcial bravura, vestian con más placer los ricos brocados que las mallas.

En el alcázar de Don Rodrigo retumbaban de continuo los báquicos cantos de la orgia, y rey y

(1) El cardenal arzobispo de Toledo, Don Juan Martínez Silicio, mandó hacer una excursion á esta cueva, en donde aseguraban la existencia de grandes tesoros. Los que descendieron á ella infundieron tal terror con la narracion de sus maravillas, que el prelado ordenó que de nuevo volviese á tapiarse la entrada, y desde entonces nadie ha vuelto á visitar aquellos oscuros antros.

cortesanos se dormían arrullados por el incentivo del placer. ¡Ay! ¡cuán amargo había de ser el despertar!...

Y los festines se sucedían unos á otros: y los favoritos del rey colmados de ricos dones; y hermosas cortesanas á quienes el lascivo monarca había enriquecido, pululaban en torno suyo prodigándole lisonjas y caricias.

Por eso Don Rodrigo necesitaba mucho oro.

Aunque con cierto terror de que él mismo no quería darse cuenta, manifestó á sus validos el deseo que tenía de bajar á la cueva.

Todos se estremecieron de espanto al saber esta determinación.

Los prelados, y aún los magnates más despreocupados, procuraron disuadirlo de tan temeraria empresa, tanto era el terror que infundía la misteriosa cueva; pero todo fué en vano: Don Rodrigo se hizo sordo á la voz de sus consejeros, y dijo que el que no fuera cobarde que lo siguiese.

Una vez ante la torre, y aunque pálido y silencioso, hizo arrancar uno á uno los cerrojos y candados, y una vez abierta de par en par la maciza puerta, penetró con decisión en el pavoroso edificio.

Al poner la planta en el dintel oyóse dentro de la torre un estruendo espantoso, y luego unos golpes acompasados cual si un martillo enorme cayese desde una gran altura sobre una plancha metálica.

Y al arrancar los candados y cerrojos, aquella torre vetusta de arquitectura desconocida, parecía exhalar lúgubres gemidos; gritos de rabia y desconsuelo.

Los que acompañaban al rey, estremecidos de horror, no se atrevieron á seguirle; y por lo tanto. Don Rodrigo se vió enteramente solo dentro de aquella torre negra y pavorosa.

De pronto se oyó una voz sepulcral que decía:

—¡Detente, rey Rodrigo! ¡aún es tiempo!!...

Pero el monarca no debió hacer caso alguno de aquella advertencia, pues los cortesanos no lo vieron salir como esperaban en el acto.

Entre tanto el pavor había cesado completamente.

Trascurrió algún tiempo, y entonces la misma voz volvió á decir:

—Ve en paz, rey Rodrigo; pero ¡ay de tí!...

Y el rey, con la vista extraviada, el largo cabello en desorden y dando traspiés como un beodo, apareció en el dintel de la torre, á donde acudieron á sostenerle sus poco animosos cortesanos.

En vano fué que le hiciesen entonces mil preguntas; su silencio era obstinado, y con precipitados pasos tomó el camino de su palacio.

Uno de los cortesanos, movido por no sabemos qué instinto de curiosidad, volvió la cabeza para mirar á la torre, y entonces un espectáculo curioso se presentó á sus ojos.

Una águila enorme que parecía venir de las nubes y que traía en el pico un gran tizon encendido, abatió su vuelo sobre la cúspide de la torre, y haciendo aire con sus alas, no tardó en prender fuego al edificio, que muy pronto quedó reducido á un montón de humeantes escombros.

Cuando Don Rodrigo recobró alguna serenidad, dijo que la torre estaba completamente solitaria, y sin más objetos que un enorme arcon dentro del cual había un lienzo pintado. Este lienzo representaba una batalla, en la cual combatían guerreros cristianos con gentes de rostro feroz y de extraños trajes, y contenía también una inscripción, en la cual se leían estas proféticas palabras:

Hombres como estos han de vencer y dominar á España.

El tiempo y los placeres no consiguieron borrar completamente del pensamiento de Don Rodrigo la impresion que este suceso le habia causado; y cuenta la tradicion que al verse solo, errante y derrotado su ejército á orillas del Guadalete, exclamó lleno de melancolía:

—¡Ay! ¡para qué entré en la torre!...

III.

El ruinoso edificio que motiva nuestro artículo, es un resto del palacio de este desgraciado rey, que se conoce con el nombre de *Baños de Florinda*.

En aquel sitio es fama que las damas de la reina, esposa de Don Rodrigo, solian bañarse durante la estacion de los calores.

Perdidamente enamorado Don Rodrigo de Florinda, noble doncella de la corte é hija del conde Don Julian, que á la sazón era gobernador de Ceuta, espiaba de continuo los pasos de la doncella.

En una ocasion la siguió hasta el baño, y desde un escondrijo pudo ver á su sabor cómo Florinda, en compañía de otras jóvenes, se bañaba descuidadamente.

Creyéndose enteramente solas, y cual suele suceder entre mujeres, apostaron entre sí cuál era más blanca y mejor formada, resultando de tal exámen que Florinda era la más bella de todas.

Cuadro tan incitante acabó de exaltar la criminal pasion del rey, el cual, decidido á satisfacerla á todo trance, aguardó á que la jóven saliese del baño y quedase sola.

Desgraciadamente vió cumplido su mal propósito, pues Florinda, que iba á ver á la reina, despidióse de sus compañeras y tuvo que atravesar una parte del palacio, enteramente desierto entónces.

A su paso se encontró con Don Rodrigo, el cual con tiernas y amorosas palabras comenzó á pintarle su amor.

Sobresaltada la doncella apretó el paso, rogando al mismo tiempo al rey que respetase su decoro; pero fué en vano, pues Don Rodrigo, ciego y desatentado, cerrando puertas y seguro de que nadie acudiría á los gritos de la doncella, la hizo fuerza y deshonoró atropellando por todo.

Devorando Florinda sus lágrimas y su desesperacion, se encerró en su aposento, en el cual escribió á su padre la siguiente carta, que habia de ser causa de la total ruina de España y de la sangrienta lucha que duró tantos siglos:

«¡Venganza, padre y señor, venganza! Llenos de lágrimas los ojos y ahogando los gritos de mi desesperacion, porque mi deshonor de nadie sea conocida, os escribo pocos momentos despues de labrada mi desventura. El rey Don Rodrigo, que tanta fidelidad y buenos servicios os debe; este torpe é infame rey, tan esclavo de viles pasiones, reparó en mi fatal hermosura, y sin respeto á la nobleza de mi sangre ni á vuestras honrosas canas, abusó torpemente de mi inocencia, sin que fuesen bastantes á ablandar á este cobarde forzador ni mis humildes súplicas, que á un tigre hubieran conmovido, ni la desesperada defensa que intentó. Venganza vuelvo á demandaros. Mi vida se prolongará hasta tanto que la logre cumplida, y sólo entónces terminará la miserable existencia de vuestra desgraciada hija

FLORINDA.»

Al recibir el conde Don Julian esta carta, disimuló tambien como su autora la vergüenza y la desesperacion que llenaba su alma, y poniéndose de acuerdo con algunos caudillos africanos, facilitó la entrada en España á un feroz y numeroso ejército, que cual alud despeñado no tardó en inundarla.

La profecía de la misteriosa torre estaba cumplida.

En vano España opuso á los invasores una desesperada resistencia. Ni el valor ni su justa causa fueron bastantes á contenerlos, y aún cuando al cabo logró de ellos que respetase su religion y sus leyes, nuestra infortunada patria se vió esclava, miserable y empequeñecida.

Empero, no gozaron tranquilamente los moros los frutos de la conquista, pues no tardó en comenzarse una lucha tremenda; una lucha sin treguas que alimentaba de continuo el odio de razas, y que dando principios en las cuevas y asperezas de Covadonga, terminó al cabo de luengos años ante los muros de Granada.

Vióse la triste Florinda despreciada por propios y extraños, y errante y fugitiva fué á terminar sus tristes dias en Africa.

Aun en el dia muestran los moros, en la costa de Marruecos vecina á España, un promontorio de piedras, en el cual dicen que está enterrada la hermosa y desgraciada dama de la corte goda.

No falta quien asegure que no fué el deseo de vengar un agravio, sino el despecho de verse desdenada por Don Rodrigo, de quien habia sido dama largo tiempo, lo que la obligó á escribir á su padre la carta que hemos copiado.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que su memoria quedó para siempre maldecida, y en las leyendas árabes de aquellos tiempos se la conoce con el nombre de la *Caba*, que significa mala mujer.

IV.

Sin ser precisamente de la misma opinion que el célebre Zorrilla, cuando en una de sus bellísimas composiciones habla de Toledo, diremos que esta ciudad infunde al ánimo cierta melancolía, de que es seguramente causa el abandono en que se halla.

Fantasma orgulloso de sus pasadas glorias, es como el poderoso arruinado que sobrelleva sus miserias con dignidad, y pretende ocultarlas con los restos de su pasada grandeza.

Aquellos monumentos, cada uno de los cuales es un recuerdo de gloria ó un poderoso esfuerzo del arte, causan admiracion y, tambien volvemos á repetirlo, melancolía.

Pueden verse en Toledo monumentos de la más respetable antigüedad. Un templo hay, San Torcuato, que recuerda la persecucion de Diocleciano al cristianismo. Otros templos existen, que edificados por los gentiles, los judíos ó los sarracenos, conservan aún algo de su primitiva forma, á pesar de las infinitas trasformaciones por que han pasado.

Un templo de construccion más moderna, pues comenzó á edificarse en 1477, es el magnífico y hermoso San Juan de los Reyes. Los Reyes Católicos, sus fundadores, encargaron la obra al arquitecto Juan Guas, artista notable digno de los tiempos en que el género gótico habia llegado á su más alto esplendor.

Desgraciadamente Juan Guas falleció sin terminar el edificio, y los maestros que le siguieron, no teniendo su genio eminente, adulteraron tantas bellezas con los géneros árabe y greco-romano.

Tambien la reina Isabel, de gloriosa memoria; aquella reina virtuosa tan superior á su siglo, murió sin ver terminado á San Juan de los Reyes, para cuya fábrica, lo mismo que para la conquista del Nuevo Mundo, no habia dudado en desprenderse de sus más ricas joyas.

La fundacion de Toledo es de fecha tan remota, que nadie se atrevió á fijar ésta.

Unos creen que se debe á Tubal; otros pretenden que fué fundada por los griegos, como tantas otras ciudades de España; algunos (los ménos), fundándose en varias inscripciones encontradas aquí y allá en el recinto de la poblacion, la atribuyen á Telmon y Bruto, cónsules romanos, no faltando tambien quien crea que fué fundada por los hebreos que vinieron á España con Nabucodonosor.

De todos modos, es tanta, volvemos á repetirlo, su antigüedad, que Cristóbal Lozano, capellan de los *Reyes Nuevos*, en su obra que lleva este título, no duda en afirmar que Toledo era ya ciudad mucho ántes del diluvio.

Erigióronla los godos ciudad régia, estableciendo en ella su corte el rey Wamba, el cual aumentó sus fortificaciones con torres y murallas, de las que restan las que se extienden desde la puerta del Cambron á la de Visagra.

En los últimos tiempos del reinado de Don Rodrigo era Toledo tan populosa, que graves autores afirman que en solos tres meses habian nacido dentro de su recinto y arrabales diez mil y tantas criaturas, y cuando se casó este monarca, asistieron á sus bodas cincuenta mil caballeros.

Al ver estas respetables cifras, no dudamos que exclamarán aquellos de nuestros lectores que hayan visitado á Toledo: ¡Cuánto ha decaído!

En efecto, el tiempo imprimió en esta anciana ciudad su helada mano, y hoy no puede darnos una idea de lo que habrá sido en las épocas remotas que nos ocupan.

Pero dejando á un lado tales reflexiones, referiremos otra tradicion que hace referencia á una de nuestras mayores glorias nacionales, y es tambien una historia de amores.

V.

Enamorado perdidamente el rey Egica de su sobrina, la bellísima Doña Luz, hija del príncipe Teodofredo, que habitaba en su propio palacio, puso en juego cuantas seducciones son imaginables para vencerla; pero la princesa, que secretamente amaba al duque Don Favila, supo resistir al rey, que cada día se empeñaba más y más en su conquista.

La cámara de la princesa tenia una entrada secreta que comunicaba con un edificio cercano á palacio, y por allí daba entrada á su amante todas las noches.

Estas frecuentes visitas dieron por resultado el que la princesa se hiciese embarazada, lo cual no se escapó á los ojos celosos de su tío, que en vano hasta entónces habia pretendido averiguar cuál era la causa de los desdenes de la hermosa.

Hízose suspicaz y disimulado, desistiendo al parecer de sus pretensiones amatorias; pero el disimulo no engañó á ambos amantes, que se hicieron más y más precavidos, y el rey no consiguió averiguar quién fuese el afortunado amante de la para él desdeñosa beldad.

Pero entre tanto el embarazo iba en aumento de día en día, y no siendo ya posible el disimularlo, pretextó la princesa una enfermedad y se quedó en el lecho.

No dudando entónces el rey la verdadera causa de aquella indisposicion, hizo que la espiasen cuidadosamente, y apostó gentes en las puertas del palacio con expreso mandato de que no dejasen salir bulto alguno sin reconocerlo.

No ignoraban los desgraciados amantes estas órdenes, y aunque seguros de no ser sorprendidos en sus entrevistas, temblaban por el fruto de su amor.

Por fin llegó el momento en que éste viniese al mundo, y un hermoso y robusto infante recibió las primeras caricias de aquellos amorosos padres.

No siendo posible sacarlo fuera de palacio, ni ménos el tenerlo oculto en él mucho tiempo, siguieron el consejo de una camarera de la princesa, fiel confidente de sus amores.

Este consejo se reducía á encerrar al niño en una arquita convenientemente preparada, y coniarlo á las ondas del rio, que pasaba por debajo de los balcones de la princesa.

Huvo que adoptar este medio, y los infelices padres, despues de prodigar al recién nacido tiernísimas caricias, lo encerraron en el arca, y descolgando ésta al rio, tuvieron el vivo dolor de ver cómo les arrebatava la corriente aquel pedazo de su alma, aquel nuevo Moisés, que tambien sustraian á la saña de otro tirano.

El arca contenia tambien un pergamino con estas ó parecidas palabras:

« Este niño es de ilustre nacimiento, y sus padres ruegan al que lo encuentre, que en el caso de hallarlo con vida lo bautice poniéndole el nombre de Pelayo. Los desgraciados que le dieron el sér, tienen precision de abandonarlo á las aguas del rio: no se les tache de inhumanos, y el Señor recompense al que socorra á esa inocente criatura. »

Además de este pergamino, encerraron en el arca los desventurados amantes muchas joyas y dineros, para recompensar al que encontrase aquel tesoro de su corazon.

Restablecida Doña Luz, volvió á presentarse en la corte, y el rey conoció lleno de rabia que lo habia burlado sustrayéndose á su venganza.

Entónces, nuevo Herodes, dió una orden para que tanto en Toledo como en sus inmediaciones, se averiguase la existencia de niños de pocos dias que no tuviesen padres conocidos; pero (y esto honra á las doncellas de aquel tiempo), entre los infinitos que se encontraron, no hubo uno sólo que no fuese de legitimo matrimonio, ó al cual no reconociesen por suyo los autores de sus dias.

Cada vez más furioso Egica, concertó con uno de sus validos llamados Melias, una infamia para perder á su sobrina; y fué, que hallándose la corte reunida, Melias la acusase de deshonestas, rogando al rey que hiciese cumplir en ella la ley goda.

Esta ley condenaba al suplicio de la hoguera á la doncella acusada de liviana, siempre y cuando no se presentase en su defensa y saliese vencedor del que la acusaba, algun caballero de valimiento.

Mortal se quedó la infortunada Doña Luz al oir la acusacion de Melias; y Egica, sin más pruebas ni vacilacion alguna, la condenó á la hoguera.

Rogó al rey la princesa, que supuesto que se la aplicaba todo el rigor de aquella ley cruel, se le concediesen al ménos sus ventajas, y que al efecto se publicase por todo el reino la sentencia.

Hízose así, porque ninguno de los circunstantes se atrevió á desafiar á Melias, viendo que el rey estaba de su parte, y se fijó el término de un mes para la ejecucion de la princesa, ó para declararla inocente, si encontraba en este plazo un campeón que saliese vencedor.

Cuando Doña Luz se vió en su aposento, en el cual ya su amante la esperaba, se deshizo en lá-

grimas de desesperacion. Su nombre andaba de boca en boca, y una mancha de deshonra venia á empañarlo.

Consolóla Don Favila, y aquel mismo dia marchó secretamente á sus Estados, en los cuales aguardó que se publicase el pregon real.

Cuando esto tuvo lugar, partió á Toledo con gran ostentacion, y delante de Egica y de toda la corte reunida, arrojó á los piés de Melias una gabardina, que equivalia entónces al guantelete con que andando el tiempo se retaba á los caballeros.

Admitió desafio el valido, y se fijó el dia de la prueba para dentro de un breve plazo.

Terminado éste, y en una valla que se levantó en la vega de Toledo, reuniéronse el rey y toda su corte, y un gentío numeroso del *popular*, como entónces se llamaba á la gente del pueblo.

Doña Luz, cubierta con un largo velo negro, se hallaba expuesta á la pública curiosidad sobre un alto tablado á un extremo de la valla.

Cerrada ésta y puestos uno enfrente de otro los combatientes, dieron las trompas la señal de acometida; y Melias con un tanto de temor, y el duque lleno de bravura y coraje, se embistieron con gran pujanza.

De resultas del primer choque quedaron ambos, si no mortalmente heridos, al ménos de bastante gravedad; mas á pesar de esto, el combate continuó á pié.

Tenia Don Favila que luchar con un esforzado contrario, y así fué que la lucha no ofrecia ventaja alguna por ambas partes; pero haciendo el amante de Doña Luz un desesperado esfuerzo, y en el momento en que Melias resbalaba en la sangre que ambos vertian, le hundió la espada en la garganta.

Quedó muerto en el acto el valido, y el rey no tuvo más remedio que declarar inocente á su sobrina.

Habian trascurrido algunos dias, y aún el duque no estaba completamente restablecido de sus heridas, cuando otro cortesano llamado Bristes, que era primo de Melias, conociendo que con esto agradaba al rey, acusó nuevamente á la princesa de deshonestas.

Egica acogió con benevolencia la acusacion, y habiéndose tambien presentado por adalid de la infortunada dama Don Favila, alzóse otra valla para la nueva lid.

Esta vez creia el rey que el duque quedaria vencido y que entónces podria castigar á Doña Luz, no por su desenvoltura, sino por sus desdenes; mas es el caso, que ya puestos el uno enfrente del otro ambos combatientes, se presentó en la valla un venerable ermitaño, el cual, dirigiéndose al rey, le acusó públicamente de ser la causa de aquellas contiendas, y le amenazó con la cólera Divina si no hacia que cesasen, desistiendo al mismo tiempo de perseguir á la princesa.

Era tanta la veneracion que inspiraba el anciano; tan fuerte y poderosa su voz, y tan terribles sus amenazas, que el monarca atemorizado mandó suspender la no comenzada lucha, y declaró inocente á Doña Luz.

Entónces el duque, pareciéndole ocasion oportuna, le pidió su mano, que el rey le concedió gustoso. Don Favila declaró que estaba ya casado de secreto con la princesa, de la cual habia tenido un hijo.

¡Ay! ¡que este perdido pedazo de sus almas, era lo único que entónces faltaba á su felicidad!... Mas como si el cielo quisiera recompensarles de sus pasadas desventuras, no tardó en presentarse

con el tierno infante un anciano y opulento caballero llamado Grafeses, que era tío de la princesa.

Este caballero se hallaba cazando á orillas del río, en ocasión en que la arquita que conducía al infante bajaba á favor de la corriente impelida con suavidad por las aguas.

Curioso Grafeses, quiso ver lo que aquello contenía, y arrojándose al río logró sacar á tierra la arquita, dentro de la cual dormía tranquila y profundamente el niño.

Cautivado con la belleza de éste, llevólo cuidadosamente á su casa, en donde le asistió desde entónces con el mayor esmero, buscándole una ama que lo alimentase.

Vuelto el niño al amor de sus padres, crióse robusto y esforzado, y ya en su primera juventud empezó á distinguirse en los belicosos ejercicios á que se dedicaban los nobles de entónces.

Al rey Egica sucedió Don Rodrigo, y con este monarca tuvo lugar la pérdida de casi toda España.

Después de la rota del Guadalete, huyó el duque Favila á Astúrias en compañía de su esposa y de su hijo, y allí vivió largos años oculto en las asperezas de aquellas montañas, á las cuales no habían llegado aún los moros.

Muertos el duque y Doña Luz, quedóse solo su hijo, el cual, sintiendo arder en su corazón el santo amor á la patria, consagró á ésta todo el cariño que ántes había tenido á sus padres.

Llegó un día en que ansioso de gloria y con bélico ardimiento se alzó en aquellas breñas, y al frente de un puñado de guerreros, atrevióse á combatir el inmenso poderío de los conquistadores.

Su valor, ó mejor dicho la voluntad del cielo, concedieron al pequeño ejército las primeras victorias, y el hijo de Don Favila fué alzado en el pavés por sus compañeros y proclamado rey con gran entusiasmo.

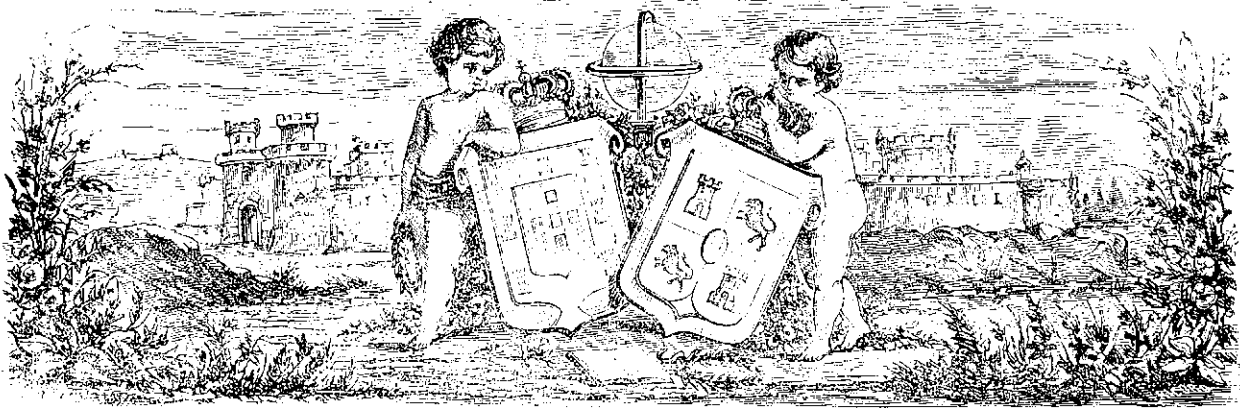
A partir desde entónces comenzó seriamente la penosa y sangrienta tarea de la reconquista, y tras muchos siglos de no interrumpida lucha fueron arrojados los moros de España, tornando á la vecina Africa, de donde procedían.

Aquel esforzado guerrero; aquel rey que tenía por almohada su escudo y por único palacio las cuevas de las montañas y las asperezas de Covadonga; el hijo, en fin, del duque Favila, fué, como ya habrán conocido nuestros lectores, el invicto Don Pelayo; el héroe sin segundo; la más grande y esclarecida de nuestras glorias.

A su solo nombre el corazón ménos entusiasta, el ánimo ménos esforzado alienta poderosamente, y ante la gigantesca empresa victoriosamente comenzada por el héroe de Covadonga, no podemos ménos de considerar empequeñecido nuestro siglo, en el cual sólo tienen lugar esas miserables luchas hijas de la ambición y otras bastardas pasiones.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

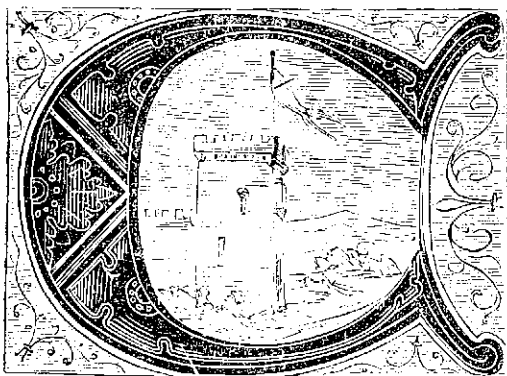




EL CASTILLO DE PRIORIO.

DEDICADO A LA MEMORIA DE LA SENORITA DOÑA ISABEL OTÁÑEZ.

I.



ERCA de los famosos baños de Caldas de Oviedo; á poco más de una legua de esta capital; orillas del Nalón, y dominando gran parte de la feracísima vega denominada de la Llera; las imponentes ruinas de un castillo atraen poderosamente la atención del viajero, ofreciendo un aspecto á la vez som-

brío y animado, según se le mire por el Norte ó por el Mediodía.

Si en esa mole granítica, legado de una sociedad de hierro á esta sociedad, que podremos llamar de vidrio; si en ese ancho espacio, por gruesos muros cerrado, muros de cuarenta y ocho metros de longitud y treinta de ancho; si en esas dos torres que, á la parte Sur, parecen desafiar aún la despreciativa indiferencia de cien generaciones, no hubiéramos de considerar sino lo remoto y desconocido de la época de su fundación, lo incierto de su historia, lo vago de su origen; seguramente fuera excusada tarea la que inicia mi pluma, y el eco de mis inspiraciones, ante el mudo gigante de Priorio, se apagaría para siempre entre las ondas bullentes del Nalón.

Ni en la rica abundancia de las crónicas, ni en la probada ciencia de los anticuarios del país, po-

driamos encontrar la clave del enigma que el castillo presenta á todo el que á preguntarle se atreve: quién es, de dónde viene y á dónde va; preguntas que con mejor derecho podria él hacernos á nosotros.

De su historia sabemos que perteneció á poderosos magnates de Astúrias y á los obispos de Oviedo, sospechándose que su fundacion no data más allá del siglo décimo, segun consta en documentos redactados á principios del décimocuarto. Las «torres de Priorio» son con frecuencia citadas como asilo de dichos obispos en sus interminables contiendas con el concejo de Oviedo, y hay motivos para creer que alguno de aquellos pastores de los rebaños de Cristo trataba á sus ovejas con lanza en ristre y visera calada, á fin de que no se descubriesen sus rostros colorcados por el rubor de llevar á cabo tantas proezas de evangélica caridad.

Y sin duda en memoria de ellas mandó el rey Don Fernando el Emplazado demoler las fortificaciones del castillo, el 26 de Marzo de 1306: disposicion que no hubo de cumplirse, pues el infante Don Alonso, primo del monarca, consiguió que terminaran pacíficamente los disturbios que la ocasionaron, conforme opina Carballo en sus *Antigüedades de Astúrias*.

Lo que no se encuentra consignado en crónica alguna es el hecho de que hubiesen asaltado y casi destruido el castillo los vecinos de Oviedo, no mucho despues del término de tales disturbios, y á consecuencia de haberse recrudecido nuevamente, por las desmesuradas exigencias de la mitra; hecho que corre como moneda corriente entre los habitantes de aquellas comarcas.

Cansado de investigar inútilmente, abriéndome paso á través de las sinuosas oscuridades de la Edad media, con la esperanza de hallar al fin las bases verdaderas de la historia del castillo; hojeando la *España Sagrada* del padre Risco, encontré una inscripcion que al pronto me pareció un tesoro de luz para mi camino, y que segun verá el lector, no es más que un detalle curioso. Dicha inscripcion es conmemorativa del día en que el obispo Don Diego de Aponte bendijo la capilla de la fortaleza. Héla aquí:

Aprilis XXIV anni MDLXXXIII
Sacellum hoc Deo in honorem D
Pauli dicatum á Did. Quinnonio.
Episco Ovet. fuit beneditum.

Véase, pues, cómo no puede tener importancia la bendicion de la capilla el 24 de Abril de 1593, constando en las crónicas la existencia del castillo desde época muy anterior.

II.

Hubiera abandonado la pluma al llegar á este punto, si mis investigaciones únicamente se fundaran, ya en apolillados pergaminos, ya en páginas ménos cubiertas de polvo; si las revelaciones de archivos y bibliotecas fueran de tanto valor como las de ese libro universal y misterioso, familiar y sagrado; cuyas páginas, grabadas en el corazon del pueblo, brillan esplendorosamente, á la luz de la poesía, para guiar á la Historia en su paso majestuoso: las páginas del libro de la tradicion.

Una inolvidable le corresponde al castillo de Priorio. Despues que el pueblo me la hubo mostrado;

despues que la he leído en su corazon; despues que la he escuchado de sus labios en el fantástico tono inspirado á la mente por las imágenes de ternura y de horror que se aparecen y que se tocan en la lobreguez de una noche de invierno, la he leído tambien; igualmente la he visto grabada sobre los pardos muros del castillo.

Y áun me parece imposible no haber conseguido ántes mi objeto, cuando vuelvo á mirar indelebles los caractéres, y debiendo agradecer á la Poesía que me haya prestado sus ojos.

¡Sagrado númen de la noche callada, que bajo el manto de jazmines y azucenas de la tierna luna, vienes á reanimar con tu aliento al alma melancólica del poeta: vívida estrella cuyos fulgores peregrinos plácidamente iluminan las sombrías soledades del mundo, al paso incierto del trovador errante: descende á mi fantasía: levanta mi pensamiento: apresura los ardientes latidos de mi corazon!

Ahora que la ilusion me acompaña con la esperanza: ahora que cesan los rumores de la tierra: ahora que mis desvelos son los desvelos tuyos, envuélveme en tu velo misterioso, y guíame á las mansiones recónditas de los genios de las ruinas.

Ellos, que á tí sólo han revelado el inapreciable secreto de amores de la más hermosa de las castellananas de Priorio, tal vez consientan, por intercesion tuya, en hacerme partícipe de vuestro tesoro, debiendo asegurarte que su augusto asilo no habrá de ser profanado por extraños recuerdos.

Y como quiera que el númen de la noche y los genios de las ruinas no han desatendido mis súplicas, contestando á la invocacion con cuanta benevolencia acostumbran á usar respecto á los favorecidos de las musas; ya me tiene el lector en el caso de satisfacer su impaciente curiosidad; en la inteligencia de que, si me atrevo á prometerle una leyenda interesante y conmovedora, no ha de calificarme de vano y orgulloso por este atrevimiento, puesto que cae todo bajo la responsabilidad de aquellos reveladores.

III.

« Contempla el sol melancólico
de aquellos ojos la llama,
al ver que el cielo le olvida,
por reflejarse en su alma.
» Su cabello, cual diadema
de onduladas trenzas doradas,
que á acariciar se destizan
el casto seno de nácar:
» Con suavidad pudorosa,
como sintiendo enojarla,
da á su frente de azucena
la majestad de una santa.

« Ríe en su boca el amor
aprisionando á las gracias:
brilla en la perla y coral
la ventura de arrobárselas.
» Y si en el cándido seno
su aroma beben las auras,
es porque al mundo no llegue
su dulcísima fragancia.»

(Romance inédito del autor.

Así, al espirar una tarde de Mayo, aparecía Doña Isabel de Otañez, asomada á la alta ventana de uno de los torreones del Sur, en el castillo de Priorio. Fijos en la inmensidad del cielo sus azules ojos, con esa atraccion que existe entre la sensibilidad de dos seres igualmente hermosos, revelaban la vaga inquietud de la esperanza, detenida en su vuelo, quizás por los abrojos de la tierra.

Vestia un luengo brial de seda carmesí, recamado de oro. Un corpiño de brocado, junto al cendal más fino de Holanda, objetos fueran de insignificante valor, sin el realce que les prestaba el seno palpitante, cuya gentileza velaban.

Debía respirarse ambiente de ilusion do quiera que apareciese su peregrina figura; debía su encanto disipar todos los recelos y acallar todas las penas; pero sin duda su mágia no alcanzaba al personaje que, inmóvil y cruzado de brazos, á su espalda, seguía con ojo centellante los movimientos de su

gallarda cabeza, como intentando adivinar la direccion de su mirada y el objeto de sus pensamientos.

Adusto como la adversidad; sombrío como el remordimiento; este personaje, cuya edad parecia encontrarse en un otoño vigorosísimo, por más que las escarchas de invierno prematuro empezasen á blanquear sus cabellos, podria recordar, á observadores atentos, una de esas estátuas imponentes que suspenden el ánimo del viajero sobre las ruinas abandonadas de algun monumento de la antigüedad.

Estaba completamente armado, á excepcion de la cabeza que sostenia descubierta, y de ostentar sobre el pecho una excelente cota de malla, en lugar de la incómoda armadura; aunque, en tal caso, la incomodidad nunca podria pesar mucho encima de su cuerpo atlético.

Era uno de los caballeros más distinguidos de la corte de Alfonso II el Casto; terror de los árabes y orgullo de las huestes asturianas. Era el castellano de Priorio.

—¿Qué es lo que tanto distrae tu atencion, Isabel? dijo pausadamente el adusto caballero, despues de largo rato de inmovilidad y de silencio.

—¡Ah!... ¿estabas tú ahí, padre mio? exclamó la doncella volviendo rápidamente la cabeza, con el rubor de la inesperada sorpresa, y fijando en él sus ojos con aire de infantil reconvencion.

—¿Es hoy desagradable para tí mi presencia?

—¿Y te ocurre preguntarme semejante cosa, como si hoy hubieras olvidado el cariño de tu Isabel?... ¡Me asustas, padre mio!

—Cuenta que álguien se asuste ménos que tú de mis palabras y de mis sentimientos; y, respecto á cariño olvidado, cuida no se venga á las mientes esa idea más que á tí.

—¡Padre! Me has preguntado qué distraia tanto mi atencion; y sin darme tiempo para contestarte, puesto que lo primero es mostrar lo agradable de mi sorpresa al encontrarte aquí á estas horas, al lado de tu Isabel, cuando acostumbras á pasarlas en consejo con el rey; vuelves á hablarme para reprender... No sé... No sé por qué motivo me reprendes.

Al terminar esta contestacion, convertíanse en rosas purpúreas las azucenas del rostro de la doncella, desmintiéndola su propia inocencia.

Don Pedro Otañez no dejó de reparar esta hermosa contradiccion, viéndose su amor propio de padre á la vez alhagado y castigado. Sentia celos de quien se atreviera á robarle los pensamientos de su hija, y se sintió orgulloso en haber dado la existencia á una criatura tan peregrina. Con tono pausado y solemne, y sin dejar un instante de contemplarla, por estudiar el efecto de cada una de sus palabras, la dijo:

—La verdad, Isabel, no puede fácilmente ocultarse bajo el espejo de la inocencia; y tú nunca te atreverias á revelármela, sabiendo cuánto daño me causaria, cuánto aborrezco esa verdad. Porque tu candoroso corazon ya no late inquieto por idear nuevas muestras de filial ternura: tu inquietud es la ansiedad y el desvelo de una pasion. Tú amas—entiéndelo bien—tú amas locamente á quien no es digno de tu nombre, á quien no debes amar, á quien no quiero que ames.

La severidad, la energía con que pronunció el señor de Priorio estas palabras, aterraron á su hija, que durante un breve rato no tuvo valor de contestarle. Pálida y temblorosa dirigió sus ojos al cielo, y como reanimada ante la serenidad del inmenso azul, balbuceó las siguientes:

—Yo no he creído ofenderte, padre mio; yo no te he engañado: yo no creo indigno de... ¡Oh! permíteme amarle, que si has podido descubrirlo, si sabes cuánto sufro por este amor, sabrás tam-

bien cuánto escondo mi sufrimiento por sonreír siempre á tu cariño, porque no sufrieras tú por causa mia.

— ¡Y lo confiesas, desventurada!... ¿No sabes que esa confesion es quizás la sentencia de muerte de tu amante? ¡Temerario es tu valor, como temeraria la audacia suya!

— ¡Padre!

— No me des ese nombre que me enorgullecía, hasta que estés dispuesta á obedecerme sin contrariedad ninguna. Yo te ordeno desistas de tu insensata pasion. Tú, la descendiente de una raza ilustre y sin mancha; tú, la virgen nobilísima de los valles asturianos, tan noble como la misma infanta Doña Jimena; tú, la hija de Don Pedro Otañez, no puedes bajar los ojos hasta un aventurero extraño, sin cuarteles ni divisa en su escudo, y que vive tan sólo de la munificencia que usa el rey con todos sus criados.

— No es un criado, padre mio: es el paje favorito del rey, que nunca le hubiera admitido en su servicio, á no saber que era caballero y de familia de caballeros procedia. ¡German no es indigno... nó, nó! ¡padre mio!

Isabel pronunció estas palabras con un calor y firmeza que habrian desconcertado al señor de Priorio, si en tal momento no le preocupase la aparicion y desaparicion repentinas de una figura humana por la opuesta ribera del Nalón. La vió desaparecer entre la espesura de los árboles vecinos, produciendo un rumor acompasado, que tenia todas las apariencias de una señal.

Don Pedro miró de hito en hito á su hija. Isabel bajó sus ojos pálida y azorada, clavándolos con la rapidez del relámpago en la misteriosa espesura.

— ¡Defiéndele, defiéndele, hija ingrata, porque pudiera oírte, y él no ha de ser tan ingrato como tú! Pero... aguarda, aguarda, que muy pronto ¡vive Dios! voy á saberlo.

Y sin escuchar las súplicas, y sin atender á las lágrimas de la doncella, salió de la estancia con ademan amenazador. El eco de sus pasos llegaba á poco desde la sala de armas del castillo, á helar la sangre en las venas de la amante.

IV.

Simultáneamente aparecieron Isabel, desolada, avanzando su cuerpo fuera de la ventana, y agitando febrilmente un blanco pañizuelo, y sobre la ribera del rio la misteriosa figura que habia ocasionado la amenazadora salida del castellano.

Era un bizarro y juvenil caballero. Nada más gallardo que su cabeza, tipo griego, de perfil incomparable, realzada por una gorra de terciopelo azul celeste con galon de plata, del cual partia, ondeando al viento, una pluma de garza, sujeta por un broche de oro. La estremada blancura de su cutis revelaba la pureza de su sangre goda, mientras que el brillante negro de su abundante cabellera, desparramada en rizos sobre sus hombros, dar pudiera envidia á la hija más privilegiada del Oriente.

Pardos y rasgados sus grandes ojos, relampagueaban de amor, midiendo el ancho espacio que de su amada le separaba con la noble audacia que idealiza á los héroes.

Las admirables proporciones de su alta estatura no necesitaban acrecer su natural gentileza con el rico vestido de paje del rey, á pesar de la elegancia de las prendas que le componian, como no era

preciso fijarse en que ceñía la larga espada del caballero, para comprender en seguida, á su aspecto, la hidalguía de sus sentimientos.

Acaso no tardemos en comprobarlo, puesto que, despojándose galantemente de su gorra, se adelanta resuelto hasta el pié de la torre, desde la cual su amada ansiosamente le contempla, sin reparar en que, al propio tiempo que sus miradas le regalan con mayor ternura que nunca, con actitud y ademanes de súplica le pide que huya de aquellos lugares, donde graves peligros le aguardan.

Aunque de bastante consideracion la altura de la ventana, puede sin gran esfuerzo llegar á ella la sonora voz del paje, auxiliada por el silencio de la tarde que espiraba, y por la soledad del sitio.

— ¡Isabel!... exclama con ardor: ¿por qué me pides lo que sabes que no puedo hacer? ¿Cómo crees que habré de huir de lo que me arrebató y me fascina? ¿Por qué llamarme tus ojos con tan dulce encanto para sufrir ahora esta cruel decepcion?

— Porque quiero salvarte, German; porque mi padre te ha visto; lo ha descubierto; lo sabe todo; y acaba de dejarme, lleno de ira, y... ¡Dios mio! huye, Germán, ¡huye, por la Virgen de Covadonga! ¡huye, por mi amor, por nuestro amor!

Y la jóven elevaba sus manos al cielo, y fijaba sus ojos, arrasados de lágrimas, en los ardientes ojos del paje.

— ¡Huir! replicó; ¡huir, amada de mi corazon, cuando los acentos de tu pena me infunden un ánimo sobrehumano!... ¡Huir, por miedo á la muerte, cuando es toda mi vida la que miro reflejarse en el puro espejo de tus lágrimas!... ¡Ah! ¡la amarga pena que me anuncias no puede producir unas lágrimas tan hermosas! Pero nó... ¡moriré, sí, moriré, alma de mi alma, porque para que yo muera basta que me reveles que esas lágrimas no son vertidas por el dolor amargo; que esas lágrimas se desprenden del dulcísimo seno de tu amor! ¡La muerte de felicidad, la muerte de amor, entre las embriagadoras caricias de la esperanza, será la eterna vida que habrian de envidiar los ángeles.

— ¡Cesa, German, cesa, por piedad! Tu acento me enloquece, y... el valor me falta para suplicarte que no desoigas mis ruegos, que obedezcas á mis fervientes súplicas. No invoques una felicidad que se ha convertido en la más cruel de las desdichas; no hables de un amor, cuya inefable dulzura la fatalidad envenena. Huye, sin vacilar; huye, amado mio, porque si no... quizás la separacion sea para siempre. ¿No sabes que, aunque te alejes, he de escuchar los latidos de tu corazon; que, á donde quiera que vayas, te han de acompañar mis suspiros? ¡Yo quiero que huyas porque te adoro, y porque mi padre te aborrece, porque... — ¡Dios mio! ¡Dios mio! — aún no me obedeces... ¡tú no me amas!

— ¡Isabel mia!!... déjame verte un momento más!...

— ¡German... que ese momento va á ser nuestra perdicion! ¡Mi padre va á sorprendernos!... ¡oh!... ¡cierto! ¡cierto!... ¡fatalidad! ¡fatalidad!... Mira y... ¡pronto!... ¡que descargue su cólera sólo sobre mí!... ¡Ya es tarde! ¡ya es tarde!

En efecto, el castellano de Priorio llegaba en aquel momento galopando sobre un corcel briosisimo, haciendo inútil toda tentativa de evasion.

Bien es, que el sorprendido amante tampoco manifestaba el menor impulso de intentarla.

V.

Cual si una fuerza sobrenatural le mantuviera enclavado al pié del muro, no dió ni un solo paso para librarse del peligro inminente que le amagaba, ni aún se le ocurrió oprimir la empuñadura de su espada.

Inaccesible al temor, toda su ansiedad estaba reconcentrada en Isabel, que acababa de desaparecer de la ventana exhalando ahogados gemidos.

Don Pedro descabalgó á dos pasos de él, y prorumpió en estas expresiones:

—Atrévete á decirme á mí tus pretensiones insensatas, aventurero procaz. Dime, cara á cara, á dónde osan llegar tus pensamientos, que ¡por Santiago! te juro que no habrás de decírmelo dos veces.

—Reportaos, caballero, replicó German, viendo que desenvainaba su acero: reportaos, puesto que yo no os ofendo. Ved que no ha de ser tan insensata mi audacia cuando á vuestros insultos contesto sin la cólera justa que merecen. Si hubiéseis tardado en preguntarme el alcance de mis pensamientos, yo me habria apresurado á participároslos: yo hubiese ido á suplicaros que no hallárais indigno de vuestros blasones el término de mis esperanzas, el objeto de mis aspiraciones, el amor de vuestra hija.

—Calla, temerario: que bastante es lo que acabo de escucharte para el término de mi paciencia. ¿Tú has medido bien la distancia que hay de tu miserable procedencia á la altura que pretendes? German Ramirez, el hijo no reconocido por su padre, el fruto infame de una bastardía!...

—¡Callad, callad, ó ¡por el cielo! que sin reparo á vuestras canas, ni al sagrado puesto que ocupais para mi corazon, os arranco la lengua!...

—¡Prueba intentarlo, villano!

Y el castellano de Priorio cerró con furia terrible contra el jóven, quien, sin escudo y sin armadura, milagrosamente pudo evitar los primeros golpes con la hoja de su espada, y gracias á su temple teledano.

—¡Atrás! gritaba el paje con voz estentórea, y sin ceder una pulgada de terreno. ¡Yo no quiero ofenderos! ¡yo no puedo heriros!... porque mataria mi felicidad... ¡Vos infamais la memoria de mi madre, y yo no quiero echaros en cara la desigualdad de este combate: yo todavía no os he dicho que si me dais la muerte, nada tendreis que envidiar la premeditacion de los asesinos, vos, el hidalgo y orgulloso señor de Priorio!

Don Pedro lanzó un rugido de rabia, y redobló sus embestidas, y triplicó sus golpes formidables.

La sangre de German corria ya por algunas heridas, y continuaba limitando su accion á la defensa.

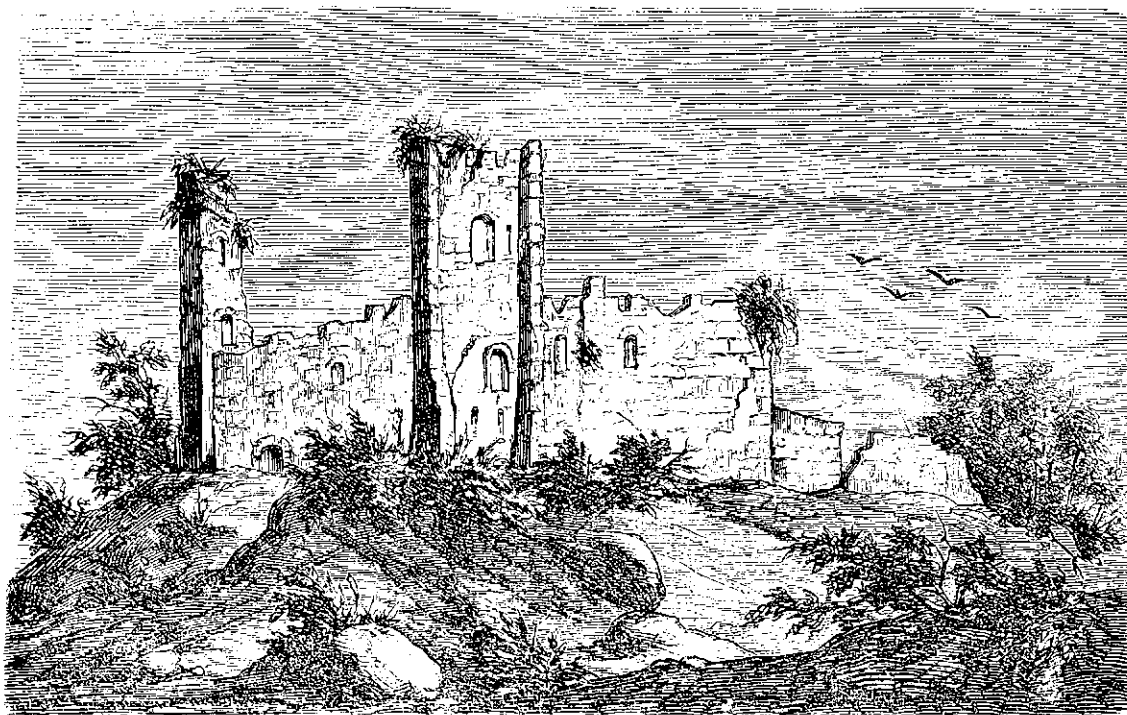
De repente abrióse con estrépito la puerta principal del castillo, dando paso á una nube de pajes y escuderos, entre los cuales venia, sobre una litera, Doña Isabel de Otañez.

Al reparar cuál la palidez de su semblante se confundia con la blancura de su cendal; al ver la inmovilidad de su cuerpo, sin vislumbrar las silenciosas lágrimas que por sus mejillas se deslizaban, ninguno diria sino que aquellos hombres conducian á un cadáver.

VI.

El castellano, enfurecido por aparicion tan inesperada, mandó á los pajes y escuderos que se retiraran; lo que inmediatamente verificaron, depositando la litera á diez pasos de los combatientes, no sin muestras de compasion por su jóven y desolada señora.

Apenas hubieron desaparecido, Don Pedro apostrofó á su hija en términos durísimos, que hicieron palidecer de cólera al generoso mancebo, y á los cuales ella contestó irguiéndose majestuosamente de la litera y descendiendo en seguida con la resolucion de una mártir y en resignada actitud.



CASTILLO DE PRIORIO.

—Padre mio, exclamó con acento suplicante; vengo á evitar que tu enojo contra mí, sea causa de que derrames la sangre de un inocente. ¡Mia es la culpa de amarle! ¡toda mia! Impon el castigo que te plazca á tu infortunada hija; pero... ¡Dios mio! ¡Dios mio!... ¿qué has hecho? Y cayó desvanecida sobre el suelo, ántes de que German, que voló á sostenerla, hubiese podido recibirla en sus brazos.

Era que sus ojos acababan de descubrir la sangre que los vestidos de su amante manchaba.

—¡Aparta! ¡fuera, sacrilego! exclamó Don Pedro, viendo que los brazos del jóven sostenian el cuerpo de su hija, levantando su espada á dos manos. ¡Aparta! que tu bastarda sangre no la...

No pudo decir más. Fuera de sí de furor; exaltado ante el sufrimiento y la exanimacion de su amada; lanzando un grito de venganza, el paje fulminó su espada al pecho del castellano, y la finisima hoja penetró por un punto vulnerable de la armadura, atravesándole de parte á parte.

Don Pedro cayó sin exhalar un gemido, produciendo un ruido análogo al de un pino gigantesco al último golpe de la segur.

Al siniestro rumor acudieron en alas del espanto las gentes del castillo. Un grupo de hombres de armas corrió á arrojarle sobre el jóven que, embargado por el horror de su accion, permanecia mirando de hito en hito al sangriento cadáver, como esperando que reviviera. Pero las imprecaciones de los servidores del castellano hiciéronle volver en su acuerdo, y colocado entre el cadáver del padre y el cuerpo inanimado de la hija, dispúsose á vender muy cara su vida.

Principió el combate, cuyo fin no era difícil prever, atendida la inmensa desigualdad de uno y otros contendientes; por más que el valor heroico y la admirable destreza de German Ramirez, uno de los primeros adalides de aquellos tiempos, pudiera contener algun tanto á la ferocidad de sus adversarios.

Dos de ellos habian mordido ya el polvo blasfemando, y nuevas heridas debilitaban el vigor del héroe, cuando Isabel despertó de su letargo. Con un gesto, con una sola mirada libró á su amante de sus acometedores, que á considerable distancia se apartaron.

Mas Isabel no habia visto aún el cadáver de su padre. Cuando sus ojos le encontraron, tuvo lugar uno de esos extraordinarios sucesos que tan raramente ocurren en la naturaleza moral como en la física.

Aquella jóven dulce y tímida, en vez de caer anonadada para no volver á levantarse, bajo el peso horrible de su infortunio sin ejemplo, mostró de repente un valor y una energía que pudieran envidiar los ánimos más viriles.

Sin duda se habian agotado sus lágrimas, ó afluyeran todas á su corazón, porque no lloró más. Arrodillóse ante su padre; besó una de sus manos con augusta veneracion; permaneció un instante balbuceando una plegaria, y en seguida, levantándose, entre el religioso silencio que la acompañaba, ordenó con un imponente ademán á los hombres de armas que se apoderasen del matador.

Atónito German, protestó que él no entregaria su espada más que á ella, puesto que allí no habia un noble para recogerla; y unió la accion á las palabras, implorando perdon para su crimen, y que tuviese en cuenta la fatalidad que le impulsara.

—Ansío y merezco la muerte, balbuceó; pero... ¡no me maldigas, Isabel, no me aborrezcas tú!

El héroe lloraba de amor. Nunca habia visto tan hermosa á la adorada de su alma.

El llanto agolpado al corazón de la huérfana salió al fin, rompiendo su dique, convertido en dos torrentes de lágrimas, que cayeron abrasando al mancebo.

—¡Me amas todavía! prorumpió éste con sublime exaltacion, sin reparar en el cuadro que á su alrededor se desplegaba, desde el lago de sangre hasta los aterrorizados habitantes del castillo.

—¡Imposible! ¡Imposible!... ¡Aparta!... ¡ya has muerto para mí!... dijo Isabel en un acento que parecia el eco de la justicia divina, cubriéndose el rostro con las manos.

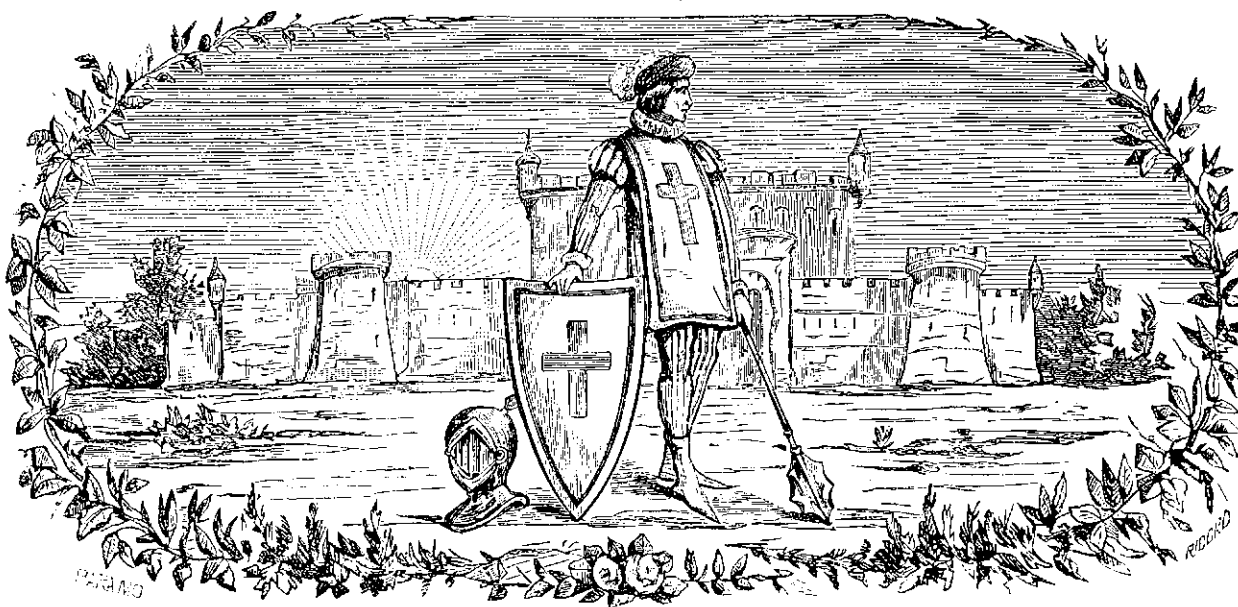
Al oirlo alzóse German, poseido del vértigo, y murmurando un ¡adios! que parecia salir de la tumba, lanzóse frenético en direccion al cercano rio, sin que nadie se atreviese á contenerle.

Instantes despues era arrastrado su cadáver por las impetuosas ondas del rio, mientras que las doncellas y dueñas de Isabel tenian que pedir auxilio á los demás servidores para sujetarla y acallar sus gritos, ya espantosos, ya lastimeros; ya llorando, ya riendo.

Su jóven señora se habia vuelto loca.

Aun hoy enseñan al viajero los campesinos de aquellos valles el *Salto del paje*, peñasco prominente, á la orilla del rio, y á un tiro de fusil del punto donde está amarrada la barca de San Juan de Caces. Todavía creen descubrir la huella sangrienta del infortunado amante, al arrojarse á la tumba de las ondas, en las manchas negras que se observan en la cima de dicho peñasco.

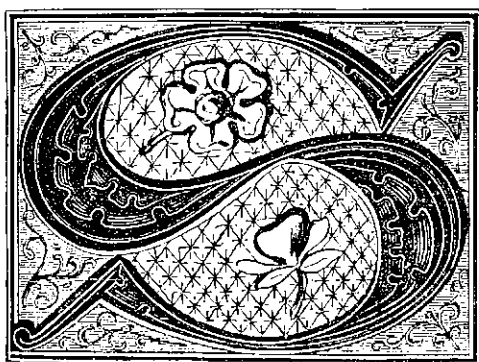
LUCIANO GARCÍA DEL REAL.



CASTILLO DE GAUZON.

Á LA EXCMA. SRA. DOÑA ÁNGELA FERNANDEZ DE CÓRDOBA PEREZ DE BARRADAS, DUQUESA DE UCEDA.

I.



SOBRE el más avanzado promontorio de la costa asturiana, entre Gijón y Avilés, distinguíanse, en tiempo de Ambrosio de Morales, las ruinas del magnífico monumento que, para asombro de su siglo, levantara la eminente piedad de Alfonso III el Magno, con objeto de custodiar la famosísima cruz de la Victoria, bandera de Don Pelayo en los combates; al propio tiempo que su genio guerrero le cubría de inexpugnables muros, destinados á impedir las terribles devastaciones normandas.

La Geografía nombra Cabo de Peñas al gigante grupo de las que á Gauzon cimentaban. La Historia debiera darle un nombre que recordase la pulverizada grandeza de este castillo. Pero la Historia no siempre logra reparar las grandes injusticias del tiempo.

Tal pensamiento me ocurrió al contemplar un día los miserables despojos de la obra del rey *Batallador*. De otros monumentos de erección más remota y de más modesto destino, ha podido quedarnos el esqueleto; miramos sus ruinas. De Gauzon ni las ruinas de las ruinas. Acaso el Océano las redujo á la nada, celoso de su grandeza majestuosa. Tal vez las arrebataron sus olas al seno de sus abismos, para acrecentar el tesoro de sus incalculables tesoros.

¡Sin duda! ¡sin duda! Yo, entre el mujido de las olas, escuché la voz lastimosa de las ruinas. Era un eco tan hondo como su tumba. Lloraba su pena. Cantaba su grandeza.

Lamentábase amargamente del indiferentismo en que se las tenía sumidas, protestando con la elocuencia de un silencio de muerte contra la irreverente audacia de las olas, por más que intentaran éstas turbarle, con la rudeza despiadada de sus armonías.

Antes de repetir los ecos de su pena profunda; ántes de elevar nuestro acento con el acento de las ruinas de Gauzon, oportuno ha de ser el consignar en este sitio la descripción que hace de sus grandezas un distinguido escritor asturiano, autoridad irrecusable en cuanto se refiere á antigüedades de dicha provincia.

II.

«La seguridad de este noble país, cuna suya y de sus padres, y solar de la monarquía cristiano-española, era uno de los predilectos objetos de la atención de Alfonso el Magno. A este fin restauró ó edificó muchos castillos, como los de Luna, Gordon, Tudela, Arbolio y Alba, que debían servir de antemural á los sarracenos, y para la defensa de las costas, devastadas de continuo por los piratas normandos; los de Cultrocies, San Juan, Boides y *Gauzon*.

Este era el más grandioso y preferido de Alfonso, y en el que residía con más frecuencia, pues al mismo tiempo que de fortaleza, servía de palacio de recreo. Habíase, pues, desplegado en él todo el lujo de la época. Su situación era sobre elevadas rocas, á la orilla del mar, cuyas olas, siempre embravecidas, besaban sus robustos muros.

El todo del edificio formaba un gran cuadro, cuyos ángulos estaban defendidos por cuatro enormes torreones, coronados de almenas.

Otro mayor que estos, y de forma circular, se elevaba altivo en el centro del alcázar, como ciudadela; y su planta baja, revestida de ricos mármoles mirados, como un primor de la arquitectura bizantina, servía de capilla real. Sólo un altar había en ella, dedicado al Salvador, como el principal de la catedral de Oviedo; y había sido consagrada por los tres obispos, Nausto, de Coimbra, Sisenando, de Iria, y Recaredo, de Lugo.

Los cuatro lados del castillo estaban ocupados por los aposentos del rey, la reina, infantes y principales condes del palacio. En la más espaciosa cámara brillaba el modesto trono de Alfonso el Magno, compuesto de un escaño de ébano, que se alzaba sobre tres gradas, y un pabellón de tela de seda, que lo superaba.

Muy cerca del trono, y fijo en el pavimento, estaba el pendón real, que era azul, con la cruz de la Victoria y el *alpha* y *omega* bordadas de oro. Las paredes estaban ornadas con severas columnas que sostenían la alta bóveda, y cuyos esculpidos capiteles representaban los principales sucesos de los reyes asturianos. En uno se veía al gran Pelayo, saliendo con sus bravos compañeros de la *Cova-fonga*, y acometiendo á los sarracenos. En otro la lastimosa muerte de Favila, el Cazador, en las garras de un oso. En otros el descubrimiento del sepulcro del Apóstol Santiago por Alfonso el Casto; la magnífica y ostentosa recepción que este príncipe hizo á los embajadores de Carlomagno; las batallas de Lutos y Albelda, etc. etc.

Finalmente, muchos trofeos, formados de armas y banderas moriscas y que pendían de las co-

lumnas, completaban el decorado de esta estancia, y mostraban el espíritu guerrero de su noble dueño Don Alfonso el Magno, el Batallador, el Victorioso.»

III.

Como quiera que la Historia nos suministra datos insuficientes para hacer una reseña con todos los caracteres de verdad que exige la importancia del castillo de Gauzon, ha sido preciso dejar á un lado las crónicas y los cronistas, acudiendo á la inagotable fuente donde el pueblo bebe sus inspiraciones para que, de generacion en generacion, vayan formando el libro por excelencia, las páginas pósticas y fieles de la tradicion.

Porque la tradicion es la gran verdad encarnada en el corazon de los pueblos, acerca de sus altos destinos; verdad intuitiva en ellos y que no se desvirtúa jamás.

Intentaré trascribir en este sitio una de las más verdaderas páginas de ese gran libro. Poco tendrá que hacer mi pluma para darla un relieve que luengos siglos profundizaron. Héla, pues:

A un corto paseo, hacia la izquierda del castillo, existia, durante el citado tiempo de Alfonso el Magno, un bosque espesísimo llamado de *Lambro*, en cuyo fondo se alzaba una reducida planicie, donde se asentaba modestamente una casa de campo.

El que hubiese traspasado sus umbrales cierta noche de otoño, en que el viento silbaba entre los árboles con mayor empuje que de costumbre, habria visto, á la escasa luz de una lámpara de mano, cómo velaban silenciosamente dos mujeres de bien distintas edades y de condiciones muy diversas.

La que en primer término se encontraba, era, como suele decirse, persona de buen parecer, aunque entrada en años. Su rostro trigueño reflejaba la salud exuberante que las brisas del campo acrecientan, y en sus ojos castaños echábase de ver en seguida la envidiable serenidad de una conciencia honrada.

Vestia un traje de tela burda, siendo de notar el adorno de lienzo que á su cabeza cubria, muy parecido al que hoy usan las hermanas de la Caridad.

Reparando en la ocupacion á que atendia, consistente en hilar, no podria dudarse un momento que en efecto aquella mujer habria nacido en el campo, porque las hijas de las ciudades no poseen tal facilidad y maestría en el humilde trabajo del huso y de la rueca.

No así su compañera. En el Abril de la existencia, y pudiendo compararse únicamente á la lozanía de su juventud la gentileza de su hermosura, ofrecia, á la primera ojeada, el aspecto distinguido de una descendiente de nobles. Y quien de esto dudare, no tendria más que fijarse en sus manos, leves copos de nieve; en su dorada y riquísima cabellera, sujeta á un cendal, en forma de cofia, con una grande aguja de plata, y que al descender en rizos deslumbradores, cubria completamente la garrida espalda, como rebelándose contra el intento de aprisionarla en dos trenzas.

Sus facciones tenian la delicadeza con que los grandes artistas consiguen á veces mostrarnos á los serafines de la Gloria; y la mirada de sus ojos garzos podria dar una idea del cielo á la exaltada mente de algun genio de la Poesía.

La actitud altiva de su cabeza incomparable, unida á la dulzura de su semblante, revelaban al

ménos observador que para conocer á los vástagos dignos de familias ilustres, no es necesario que hagan ostentacion de sus títulos de nobleza. Al ménos en aquellos tiempos así sucedia, porque áun conservaban las razas vigor y pureza, y es actualmente inútil buscar estas circunstancias reunidas, por lamentables confusiones que aqui no se han de recordar.

Consistia el traje de esta primavera criatura en una larga túnica, color de naranja, de finísima lana; cuyas holgadas mangas, de corte morisco, permitian distinguir las de otra túnica interior, blanca.

Ocupábase en bordar una especie de banda carmesí, formando una cifra ó enseña de primorosas letras, con cierto ardor febril que indudablemente correspondia á los latidos ansiosos de su seno virginal. De vez en cuando fijábanse sus ojos en el bordado, parando de repente, con un éxtasis que si no se parecia al del amor, era porque éste en su esencia purísima residia en su alma, impidiendo á miradas profanas el acceso á sus recónditos verjeles. El amor entónce podia traducirse por felicidad; sin desvelos; sin dudas; sin vagos presentimientos; amor del ángel en el cielo, y á quien si el acaso le trajo á la tierra fué ignorando su pequeñez y sus sufrimientos, su esterilidad y sus miserables abortos, sus altas rocas y sus abismos.

Era hermosa como el albor de la esperanza, y nombrábase Gabriela. A su compañera se la conocia en aquellos contornos con el nombre de Lorenza.

IV.

Una y otra parecian preocupadas, á pesar de la aparente calma y de la satisfaccion que reflejaban sus rostros.

Poco se prolongó el silencio con que una á otra se observaban. Palabras de consuelo fueron las primeras de Lorenza, probando que tal vez lo necesitaba la jóven, á pesar de sus momentos de éxtasis.

—Mi buena Lorenza, contestó ella, quiero creer que no te falta razon para esperar el logro de tus locos deseos respecto á mi porvenir; pero cree tú tambien que me basta pensar en que él me ama para figurarme que nada falta, absolutamente nada, en mi suerte dichosa.

—Y, sin embargo, Gabriela mia, te he sorprendido muchas veces vertiendo lágrimas, quizás demasiado amargas para un ángel como tú, y no has querido ¡ingrata! que mi mano te las enjugara, la mano de tu aya cariñosa, tu segunda madre, tu madre única hoy en la tierra.

—No me lo reproches, puesto que yo misma no lo comprendo, por más que le pregunto á mi corazon la causa de esas lágrimas que tan pronto me llenaban de consuelo como me sumian en incomprendible abatimiento. Dicen que el corazon abriga muchos misterios de estos, mi buena Lorenza, cuando se siente como siente el mio.

—Pues mira, Gabriela, me parece que si vuelves á preguntárselo, ha de contestarte de modo que lo comprendas como yo sospecho, misteriosilla. ¡Vaya! pregúntaselo muy despacito, con el fin de que el viento no llegue á enterar á tu amante del caso, y luego..... luego te ayudaré yo á poner en razon á ese corazoncito que tan incomprendible y silencioso se ha mostrado hasta ahora, asegurándote contra sus temores, y previniéndote contra sus excesivas esperanzas. ¡Ea! descúbreme todos sus secretos, si es que yo no acabo de atinar cuáles pueden ser los del corazon de un ángel.

—Intentaré obedecerte, como deseas. Escucha: todo ha de consistir en que me ocurre soñando, con frecuencia, la idea de que Odoario olvide mi amor, el amor de la huérfana desvalida, por... no sé... no sé... porque él, tan gallardo y poderoso, él, señor de castillos y de miles de vasallos, no podrá unir su suerte sino á una de las más ricas-hembras de la Corte, á una de esas hermosísimas señoras á quienes hacen acatamiento y rinden homenaje ilustres caballeros, y van por donde quiera servidas y rodeadas de innumerables bizarrísimos pajes y dueñas venerables.

—¡Ay! Gabriela, ¡qué sentimiento seria para él, si así te oyera dudar de sus juramentos y de su leal cariño! ¡Qué pena tan grande la del noble Odoario saber ¡ojalá no suceda nunca! lo que acabo yo de saber ahora! ¡Tan cierto es que el amor más grande y más puro no puede vivir en el mundo sin rodearse de temores y sobresaltos, cuando más firme se encuentra!

—¿Con que no podrá ser así, mi buena Lorenza? exclamó Gabriela con exaltada alegría.

—Y tanto no puede ser, locuela, que tan cierto como que yo te he traído en mis brazos, es que Odoario va á cumplir sus juramentos de amor.

—Dios te oiga, mi Lorenza, Dios te oiga. Si lo que dices se realiza, ofrezco una capilla, en ese bosque, á la Virgen de la Esperanza.

—Pues dá por hecha la capilla, de la cual yo he de ser guardadora, hasta que tengan término mis dias. Entre tanto escucha lo que ya no te puedo ocultar; lo que ya es tiempo de que sepas: tu historia y tu porvenir.

Hubo una pausa en seguida; y á poco empezó Lorenza á expresarse, con emocion profunda, en los términos siguientes:

V.

Durante una de aquellas contiendas gloriosas que nuestro pueblo sostenia contra los moros, Alfonso el Magno se alejó de los términos de su reino, llevando lo más florido de sus huestes. Los próceres y obispos, los nobles y pecheros, todos siguieron en pód de su estandarte victorioso; y, entre otras muchas comarcas, habia quedado la de Gauzon indefensa y desguarnecida.

Tan sólo permanecieron en ella las mujeres, los ancianos, los niños y algunos esclavos para el cultivo de las tierras.

Entónces el mar de Astúrias cubrióse súbitamente de embarcaciones, de una forma nunca vista, en las cuales ondeaban banderas negras, signos de muerte y de exterminio, de sangre y de horrores. Aquellas embarcaciones traian á los temidos piratas normandos, terror de todas las costas de Europa.

¡Oh! yo me estremezco al recordar aquellas siniestras naves que, á semejanza de espantosos mónstruos abortados del abismo del mar, vomitaban de su seno un enjambre de hombres de hierro y de aún más duros corazones; hombres que devastaron, como torrentes de fuego, toda la extension de magníficos campos que se descubren desde la torre más alta de Gauzon. Los templos, las viviendas, las mieses; todo fué pasto de la saña devoradora de aquellos Atilas. Eran sus únicas huellas el pillaje y la violencia. Allá, no léjos de los linderos de este bosque, alzaba sus muros el monasterio de San Salvador de Perlora, asilo santo en donde acostumbraban á tomar el velo las esposas del Crucificado, en su mayor parte huérfanas y viudas de la nobleza, que no hubieran conseguido entrar en San Juan de las Dueñas.

Las cuantiosas riquezas, dentro de los sagrados muros guardadas, excitaron, más que otros objetos, la rapacidad de los piratas; y San Salvador de Perlora fué saqueado y entregado á las llamas. Las religiosas muertas ó cautivas.

Pero el cielo no podia presenciar sin castigo tan horrendos crímenes. Al retirarse con sus presas los piratas: cuando se apresuraban á depositarlas en sus embarcaciones, cayeron sobre ellos como rayos, numerosos donceles de catorce á dies y seis años, acaudillados por un anciano, todavía fuerte para blandir poderosa espada, y que era el señor de uno de los castillos de la comarca; siendo auxiliados en su vengadora empresa por varios esclavos fieles que en aquel mismo dia obtuvieron su libertad, en premio de su inmenso servicio.

Esta tropa valerosísima destrozó las huestes de los normandos, cuyos restos, poseidos de un terror que el cielo les inspiraba, apenas tuvieron tiempo para emprender la fuga, abandonando casi todas sus presas.

Para mayor asombro, quien más se habia distinguido en la lucha era un niño que áun no contaba doce años, hijo del anciano caudillo, libertando á una jóven madre, que moribunda y cubierta de sangre, oprimia contra su seno una niña de dos años. La infeliz dió el último beso á su hija al exhalar el último suspiro, y el animoso niño corrió á poner á la pequeñita en los brazos de su nodriza. ¿No te dice el corazon quién era aquel niño, Gabriela mia? exclamó de pronto Lorenza, interrumpiendo su narracion.

— ¡Odoario! contestó Gabriela con entusiasmo infantil.

— ¿Y acertarás tambien quién era la pequeñita libertada por su arrojo?

— ¡Yo! ¡yo!.... ¡por eso le amo tanto! ¡Lo presentia!.... ¡Lo adivinaba! ¡Tan gallardo como noble y generoso!

— Y ahora, ¿podrias dudar acerca de quién fué la segunda madre de esa niña, la nodriza de mi jóven señor?

— ¡Lorenza!.... ¡qué buena eres!.... Dime, dime..... ¿y mi desgraciada madre?....

— Un poco de paciencia, que será, si te hablo ahora mismo de ella, demasiada felicidad para un momento solo; y quiero que esa felicidad, aunque entristecida por la memoria de su muerte cruel, te la procure Odoario en persona.

— ¿Como?.... ¿Él va á revelarme la historia de mi madre adorada?

— Contados son los momentos que te faltan para alcanzar tal fortuna, y..... para otra mayor aún, locuela..... ¿No adivinas tambien?.... murmuró Lorenza con sonrisa la más placentera, haciendo colorearse como la púrpura las frescas mejillas de Gabriela.

VI.

Vea el lector si el amante de la huérfana podia haber llegado en mejor oportunidad á la campestre morada, que cuando Lorenza hubo pronunciado las últimas palabras que se han trascrito.

Ningun hombre podria aparecer más hermoso que Odoario á los ojos de una mujer. La majestad de un héroe; la juventud y gracia de un Apolo; conjunto varonilmente armonioso, que atrae y con-

tiene, que infunde temor al par que inspira confianza: así el amante de Gabriela habría de ser considerado.

Cuando se presentó en el umbral de la vivienda de Lorenza, vestía una especie de gaban de tela de seda ceñido por un tahalí ornado de piedras preciosas, y del cual pendía una espada de forma antigua.

Encima de este gaban llevaba una caperuza, que se cerraba sobre el pecho, por medio de cuatro botoncillos; completando su atavío unas calzas de terciopelo azul y unos borceguís de piel, de largos acicates armados.

El negro brillante de sus pupilas sólo admitía comparacion con su rizada cabellera ó con su barba sedosa, que un musulman envidiaría.

Este jóven guerrero era señor de varios castillos, entre los cuales se distinguía el de San Juan, que generalmente ocupaba, y estaba situado á la boca de la ría de Avilés, muy próximo al de Gauzon. Había salvado la vida á Alfonso el Magno en la sangrienta batalla de Zamora; y agradecido el rey, se constituyó en tutor y protector suyo, cuando hubo quedado huérfano, prodigándole cuantiosas mercedes y tratándole como á hijo.

La profunda simpatía que le ligara á Gabriela desde que consiguiera libertarla, niño aún, del poder de los normandos, habíase convertido, á impulso del tiempo, en una pasión vehemente, en un cariño inmenso.

El jóven héroe llegó á adorar á la huérfana más que á la gloria. Gabriela era toda su esperanza: era su alma.

Llegado ante las dos mujeres, mientras Lorenza se levantó y le abrazó cual pudiera haberlo hecho una madre, Gabriela permaneció temblando de gozo, bajo la influencia magnética de su mirada.

¡Cuál sería su emoción al verle arrojarse á sus piés, y apoderándose de una de sus manos de nieve, cubrirla de besos y de lágrimas; besos de amor y lágrimas de felicidad!

Y mucho debía tener que decirle, puesto que entre los ecos dulcísimos de sus besos, no acertaban sus labios á confundir su elocuencia con palabras, exhalándose tan sólo por suspiros.

— ¡Odoario!.... ¡Odoario!.... ¿qué me anuncia tu sentimiento? ¿qué nuevas me trae tu corazón? ¡Habla!.... porque tu llanto me enajena y me dá un presentimiento de dicha, que no me atrevo á creer!.... exclamó la enamorada niña, inclinando su gentil cabeza de modo que las doradas trenzas llegaban á acariciar la ardorosa frente de su amado.

— ¡Gabriela, Gabriela, prorumpió al fin Odoario; ya ha llegado el día; ya ha sonado la hora en que pueda llamarte mía!....

— ¿Cierto?.... ¡Oh! sí.... sí.... tú no puedes engañar á mi esperanza, dijo Gabriela, llorando también.

— ¿Qué otras lágrimas que las de la felicidad podrían humedecer mis ojos, amada de mi alma? ¿Qué otra emoción que la del peso de tanta ventura podría hacerme temblar, cuando así te contemplo, cuando tu purísimo corazón me regala todos sus tesoros, cuando tu alegría inmensa es mi alegría?....

— Díme, Odoario, díme al punto la causa de que tan ansiado día haya, al fin, llegado, para nuestra dicha.

— Para nuestra unión eterna, Gabriela mía.

Y el bizarro caballero, sentándose al lado de su adorada, y mientras Lorenza los contemplaba radiante de satisfacción y con maternal orgullo, dió principio á las expresiones siguientes:

VII.

—Habrás sabido, por mi excelente nodriza, por mi querida madre Lorenza, que desde el primer día de tu triste orfandad no tuve un punto de reposo por averiguar cuanto podía serte precioso, respecto á tus padres; qué habia sido del que te diera el ser, y cuál el nombre de la que yo he visto espirar, estrechándote con brazos amorosísimos, como á la más adorada de las hijas.

Asimismo habrás sabido cuán inútiles fueron mis investigaciones, durante mucho tiempo, hasta que ayer..... amada mia, el júbilo rebosa de mi corazon, la gratitud al rey.....

—¡Al rey! exclamó Gabriela con asombro.

—¡Oh! sí, Gabriela; para colmo de sus bondades conmigo, faltábale esta última que acaba de hacerme, que vale más que todas las que me ha prodigado hasta ahora. El rey, amada mia, me ha llamado hoy dos veces hijo; el rey nos dispensa la honra de apadrinar nuestras bodas; Alfonso el Magno, el Victorioso, el Monarca más grande de la cristiandad, es..... dílo tú.....

—Acaba, Odoario.....

—El rey es tu padre.

Las dos mujeres arrojaron un grito, y se miraron con estupefaccion.

Alfonso el Magno, en efecto, tan buen galanteador como guerrero, habia tenido amores con una hermosísima señora, de la noble familia de los Miranda; y Gabriela, fruto de su pasion, habia nacido en una apartada celda de San Salvador de Perlora, donde con el mayor secreto se criaba, al tiempo de la invasion normanda, que costara la vida á la madre infeliz.

Odoario refirió que, sin la circunstancia de habérsele ocurrido mostrar al rey una pequeña reliquia que Gabriela le hubiera entregado, como prenda de amor, y la cual llevaba ella sobre su seno, el día de la muerte de su madre, no habria podido darla nunca tan alegre sorpresa. Aquella reliquia era una imagen de la Virgen, ornada de piedras preciosas, que el rey habia regalado á su infortunada amante.

Al siguiente de este inolvidable día, el castillo de Gauzon presentaba un aspecto deslumbrador, aspecto de fiesta, como el de la conmemoracion de las grandes victorias de Alfonso el *Batallador*.

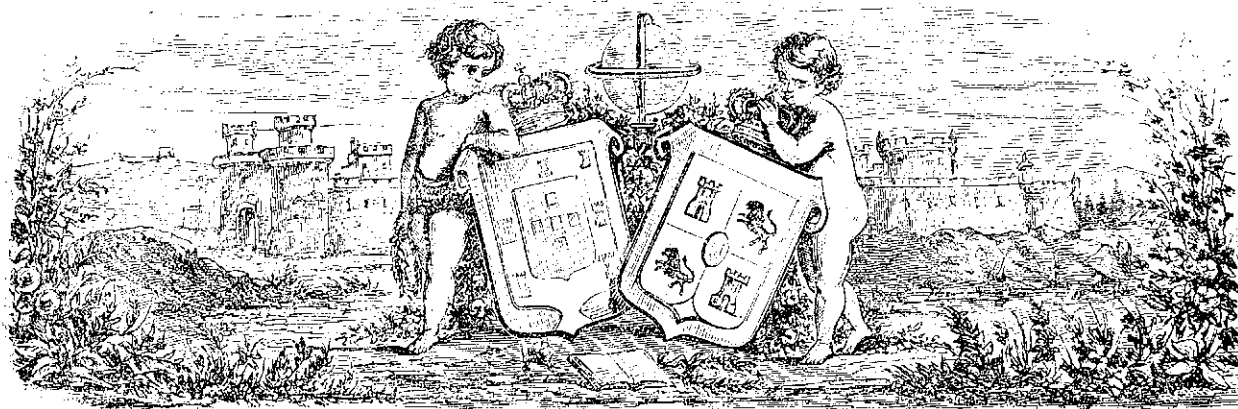
Gabriela, vestida con extraordinaria magnificencia, y conducida por la mano de Odoario, era reconocida como hija por el monarca, en medio de toda su corte, dotándola como á una princesa; y el obispo Sisenando consagraba al propio tiempo las ceremonias nupciales.

En aquel mismo día los esposos colocaban en el bosque de Lambro la primera piedra de la capilla ofrecida á la Virgen de la Esperanza.

Los restos de este humilde santuario duraron más que los del soberbio castillo, pues, como anteriormente se ha dicho, no quedan de Gauzon ni aún las ruinas de las ruinas, mientras que el recóndito lugar donde la capilla tuvo su asiento, ni ha sido devastado por las olas del mar ni de los siglos, ni yace en el abandono y el olvido.

El habitante de aquellas comarcas le muestra todavía al viajero, descubriéndose respetuosamente, porque vive y vivirá siempre, como la esperanza.

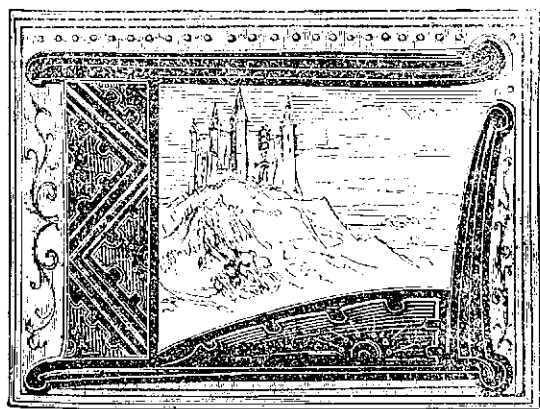
LUCIANO GARCÍA DEL REAL.



EL CASTILLO DE TUDELA.

A LA ENCOMIA. SEÑORA

DOÑA CÁRMEN PEREZ DE BARRADAS, MARQUESA DE VILLASECA.



Los recuerdos que, perdidos entre las edades remotas, vienen de vez en cuando á herir nuestra imaginacion, con la viveza que hieren á la mente del anciano las conmovedoras escenas que en su infancia presenciara, cúbrense de un velo sombrío para el filósofo, y de color de rosa para el poeta. Delante de unas ruinas, el hombre pensador habrá de hacer historia; el hijo de las Musas pedirá á su laud armonía. Meditará el uno bajo el peso de abrumadoras ideas, al comparar la nada de la humanidad con lo infinito del tiempo, y elevará el otro un canto plañidero, que consuele á la pena de su alma, pues el poeta goza, aún gimiendo.

Todo lo que es muy antiguo nos inspira algo de ese respeto peculiar á lo misterioso. El hombre no sueña solamente con el porvenir; sueña también con el pasado. Lo primero es tan natural como el revestir de las imágenes halagüeñas de la esperanza las siniestras huellas que deja la desgracia en el campo de nuestra existencia. Lo segundo es el signo más característico de la edad caduca; carácter que ya hacia notar Horacio respecto á su época, y que, al sobrevivir al mundo romano y á las inmensas vicisitudes de la Edad Media, infiltrándose de igual modo en todas las generaciones moder-

nas, puede formularse en estos términos: «Lo anterior es mejor que lo posterior.» Absurdo que sólo se concibe soñando; y tan irrealizables son los sueños de los viejos como los de los niños.

Cuando nos detenemos á considerar el aspecto de unas ruinas tan imponentes como las que forman el objeto del presente estudio, podrá ocurrirsenos admirar la férrea virilidad del siglo que las diera el sér, el que levantara al coloso sobre sus hombros de granito, el que hiciera erguirse su frente entre el fragor de las tempestades, armando á su brazo formidable con el rayo de las batallas; pero de ningun modo habremos de empequeñecer á los siglos, de aquél sucesores, no más que porque presenciaron impasibles el derrumbamiento de tal gigante, abandonando su carcomido esqueleto á los siniestros buhos.

I.

Descúbreanse las ruinas del castillo de Tudela, en el concejo de este nombre, á dos leguas de la capital de Astúrias, sobre el monte llamado Pico de Lanza. A las faldas de este monte existia, durante la dominacion romana, la ciudad de Lancia, cuya posesion fué considerada por los dominadores del mundo de tal importancia, que en tiempo de Augusto edificaron, para su defensa, la fortaleza de *Tutela*, nombre que en la Edad Media sufrió la ligera adulteracion con que hoy se le conoce, ya con objeto de contener las frecuentes sublevaciones de los indomables montañeses, ya de precaverse contra los amagos de las tribus bárbaras.

Hasta la invasion de los sarracenos fué el castillo para el país lo que un altivo señor para sus esclavos, por más que no siempre sufriesen con resignacion los *Astures* el abuso constante de su poder. Pero desde la época citada, los esclavos hallaron, entre los brazos fortísimos del señor, seguro asilo, humanitario albergue contra el terrible conquistador. La antigua raza sojuzgadora se confundió y hermanó con la vencida, por arrojar de su suelo á los hijos del desierto.

Lo mismo que sus leones, embistieron contra Lancia y su castillo. La ciudad fué arrasada; pero el coloso se irguió sobre sus humeantes escombros, merced al heroismo de los compañeros de Don Pelayo, cuyos esfuerzos eran mutiplicados hasta un límite fabuloso por el aliento de la fé y por el valor de la constancia. La epopeya de Covadonga no se iniciaba con ménos grandiosidad en el lugar más célebre que nuestra historia señala, que bajo los derruidos cuanto olvidados muros de Tudela.

Vanamente estrechaban el sitio los árabes, puesto que, obligados de continuo á distraer lo más florido de sus ejércitos contra las furiosas arremetidas que sufrían, ya de un lado, ya de otro, por aquellos incansables guerrilleros, que caían sobre ellos como avalanchas desde lo alto de sus montañas, y cuyo rápido acrecentamiento amenazaba convertir un día en sitiados á los sitiadores; cada vez que intentaban el asalto, experimentaban, con nuevas é irreparables perdidas, la imposibilidad de la rendicion de los firmísimos baluartes.

El mismo Tarik, el invencible, el mimado por la victoria; aquel guerrero, cuya sangrienta huella no se ha borrado todavía de las márgenes del Guadalete, hubo de humillar su frente orgullosa ante el gigante de Tudela, que le vió volver grupa desesperado y desaparecer con rumbo á Leon, en medio de sus huestes. Y aquella retirada, aunque sin desórden, era la primera derrota de Tarik.

Desde entónces libró el castillo de Tudela á la parte principal de Astúrias de las incursiones agarenas. Pasaron muchos años: alejóse la guerra de las fronteras de la provincia, y los inexpugnables

muros quedaron á solas con el respeto venerable que á las gentes del país infundian. Mas no por ello quedó su importancia anulada, y del dominio del concejo pasó á la propiedad real, sin que las crónicas que hablan del caso determinen la época en que sucedió, mencionando únicamente, que el año 1222 fué conferido el título de gobernador al jefe de la guarnicion de la fortaleza.

II.

Queda reseñada la primera parte de la historia del castillo; y ántes de principiar la segunda, que, si no tan gloriosa, ofrece en su grande interés mayor variacion y certidumbre indudable, no habrá de conceptuarse inoportuno el dirigir una rápida ojeada al estado social de Astúrias, durante casi toda la Edad Media.

De entre las nuevas generaciones que surgieron simultáneamente con la dominacion de los sarra-
cenos, surgió asimismo, mucho más desigual que nunca, la servidumbre de los débiles bajo los fuertes; advirtiéndose que los señores asturianos, aquellos nobles improvisados, que arrancaran con las lanzas su ejecutoria de los broqueles de sus contrarios; aquellos rudos soldados, que debian la obediencia y acatamiento de sus compañeros á un valor más terrible que el suyo, á una impiedad más feroz con el vencido, daban á la referida servidumbre un carácter tan cruel é irritante, como era humana y llevadera la impuesta por los conquistadores.

Llevaba entónces el Asia en cultura algunos siglos de ventaja á la Europa, y por la ley eterna é inmutable del progreso, así como los romanos habian tenido por bárbaros á los españoles y á los godos, así tambien, junto á la civilizacion de los hijos de la Arabia, bárbaras habian de ser las costumbres de los descendientes de romanos. Porque los restos de la dominacion del gran imperio en la península ibérica, al perder su nacionalidad, confundiendo con los naturales, no hallaron mejor medio de borrar sus huellas de oprobio, que bajarse hasta el tosco nivel de su primitiva rudeza.

Los jefes animosos que, entre los cántabros y astures, eligiera Don Pelayo para dar principio á la reconquista, tardaron muy poco en ser sustituidos por los señores de horca y cuchillo, quienes no tanto se cuidaron de llevar sus mesnadas á la frontera, como de alimentar sus mútuas rivalidades en sangrientas peleas, con gran desolacion del país é irremediables detrimentos de sus moradores.

Pasado el peligro comun; rechazados los agarenos á las llanuras de Castilla y á los valles de Andalucía, natural hubiera sido que la fraternidad más humanitaria volviera á aposentarse en los libres hogares, bajo las bóvedas de aquellos magníficos bosques, en medio de aquella naturaleza, cuya exuberancia y prodigalidad convidan á la paz y á la concordia.

Y así sucedía, en efecto, dentro de las cabañas, pero nó en las moradas señoriales, tan numerosas como inexpugnables, á la sazón, en el reino asturiano. Cada castillo era un nido de buitres, cuya voracidad insaciable nunca dejaba de encontrar alimento, ya entre los siervos miserables, ya entre sus rivales altaneros.

El de Tudela, no tanto por lo ventajosísimo de su posicion, cuanto por la férrea estructura de sus almenadas torres, que con decir que eran de construccion romana, no habrá necesidad de añadir nuevas palabras á las de su mayor encarecimiento, habria precisamente de ocasionar desgracias más considerables. Así, al menos, lo consignan antiguos cronicones, en los que, sin duda por hallarse

escritos por monjes asturianos, se ha querido evitar la vergüenza ó indignación que había de arrojar la posteridad sobre la memoria de aquellos inhumanos señores, omitiendo sus nombres, ó dejándolos completamente sepultados bajo el polvo de sus archivos.

Nada hay tan sombrío y horrible como algunas narraciones histórico-fantásticas, que aún hoy día puede escuchar el viajero de los labios de los campesinos tudelanos, con referencia á los calabozos y subterráneos del castillo en los primeros tiempos de dominación de los señores de pendon y caldera.

En dichas narraciones abundan sobremanera las heroicidades de bandoleros convertidos en libertadores del pueblo, las violaciones de doncellas, espantosamente vengadas por manos misteriosas, los combates de los desalinados caballeros con vestiglos y dragones guiados hasta las profundidades subterráneas, donde el fruto de sus rapiñas encerraban, por medio de columnas de fuego, que súbitamente aparecían en los espacios, ó por flamígeras antorchas, que negros demonios llevaban con giro vertiginoso.

No faltan tampoco rasgos de extremada hidalguía, por parte de alguno de los señores, ni hazañas tan maravillosas como las de los caballeros de la Tabla Redonda. Ni se ceba, á las veces de ménos, al nunca bien ponderado enano del cuerno de la abundancia, ni la poética dama blanca de las leyendas alemanas: en lo cual claramente se desmiente á los que niegan á nuestras provincias del Norte su analogía con las razas eslavas. Ciertó que la dama blanca es el alma de todas las leyendas principales de la Alemania, y que en las de Astúrias sólo de vez en cuando aparece como un elemento secundario; pero esto procede de la grande alteración que sufrieron aquellas razas entre nosotros, desde siglos remotos, por repetidísimas invasiones, que naturalmente habían de impelerlas hácia su centro primitivo, los bosques de la Germania.

Tan densa como fué la oscuridad de la historia, durante los primeros siglos de la Edad Media, tan radiante apareció el brillo de las tradiciones romancescas, de las leyendas milagrosas, de los cuentos, cuyas fantásticas proporciones dejaban atrás á los de las «Mil y una noches.»

No habiendo quien contase ó quien escribiese los rasgos de la Gloria y del Amor con la sencillez de la verdad, necesariamente habían de apoderarse de su campo las acaloradas imaginaciones, por el abundantísimo alimento que donde quiera encontraban, y que ofrecía á su atrevimiento la credulidad sin límites de la ignorancia.

No resiste el autor de este trabajo al deseo de transcribir aquí una de las tradiciones á que se refiere, aunque promete hacerlo de la manera más concisa, siquiera como muestra de las creencias populares de Astúrias, respecto á uno de sus monumentos famosos.

III.

Arruinado hoy completamente el castillo de Tudela, y sin haber encontrado, en las crónicas, detalles suficientemente descriptivos, para que en presencia del resto aislado de un torreón, el único que no ha concluido de desmoronarse, y de los cimientos que se descubren, y llegan á once piés de espesor, pueda suplirse, con probabilidad de certeza, al descuido ó negligencia de los cronistas, y á la saña implacable de los tiempos; habrá que prescindir de tan importante circunstancia, respecto al interés de la relación.

Era, segun el cómputo popular, á principios del reinado de Alfonso VI, cuando dominaba en el castillo uno de esos señores cuya generosidad y valor constantemente ofrecian motivos de alabanza á la consideracion de sus vasallos; quienes, en prueba de ella, añadian los dictados de «muy noble y dadivoso» á su nombre de Don Albar Tellez.

Tenia este caballero una hija hermosa como la primavera de los valles del Nora, y pura como el cristal de la fuente de Guanga (1), la de virtudes maravillosas.

Ningun mancebo podia envanecerse de haber atraído una mirada de sus ojos, de color de cielo, por apuesto y gentil que le encontraran las demás doncellas del país.

Llamábase Hermesinda, y en prueba de cariño, su padre la habia ofrecido casarla con el hombre que fuera de su gusto, en la seguridad de que no habia de entregar su mano sino al más digno de poseerla, y nunca á individuo alguno de otra religion que la cristiana.

Tiernamente la repetia su oferta al declinar de una tarde de otoño, hallándose una y otro disfrutando de apacible temperatura, asomados al balcon principal del torreon de Oriente del castillo, cuando apareció de improviso un jinete árabe, á la entrada del puente levadizo. Venía cubierto de polvo y jadeante, perseguido por una turba inmensa de hombres, mujeres y muchachos, que le arrojaban piedras y ballestas.

Insuficiente á resguardarle contra su innumerable multitud el ancho escudo, pugnó por revolver su cabalgadura contra la muchedumbre, al encontrarse con el puente, aguijoneándola sangrientamente, ya con los acicates, ya con la punta de su cimitarra, que blandia con el desembarazo propio de un caballero.

Y el noble animal, herido y maltratado, revolvió á tiempo que Don Albar, con enérgicas voces, y Hermesinda, agitando su blanco pañuelo, pudieron contener á los perseguidores, quienes incontinenti se dispersaron, haciendo acatamiento á su señor, no sin que alguno protestase asegurando que habian querido matar ignominiosamente á aquel perro musulman, por traidor y por villano, más que por enemigo de su fé y de su patria.

Y hubo todavía quien se atrevió á suplicar á Don Albar que les permitiese dar cumplimiento á su homicida proyecto, jurando y perjurando que habia de ser un acto de justicia divina y humana.

Pero el castellano de Tudela, atento únicamente á sus sentimientos de caballerosidad, y sin otra guía que un generoso impulso hácia un enemigo solo y perseguido, y perseguido por villanos, mostrando ser un caballero, un hombre de su altiva clase, aunque de pueblo distinto, mandó que en el acto fuese alzado el rastrillo del puente; y á los pocos momentos el árabe descabalgaba briosamente dentro del patio del castillo, entre numerosos pajes, escuderos y palafreneros, que el honor de servirle aparentaban disputarse, puesto que su voluntad repugnaba lo que el mandato de su señor debia hacer agradable.

Hermesinda vió á aquel hombre, y su rostro de azucenas coloreóse como una aurora de Mayo. ¿De dónde procedia aquel dulce fuego? Sólo podria ella habérselo preguntado á su corazon, único responsable, á juzgar por su temblor y repentino azoramiento.

Hacer aquí un retrato del árabe caballero seria casi poner en duda el exquisito gusto de la delicada

(1) Existe en lo alto de una montaña, casi á las márgenes del Nalon, y dominando á la villa de Pravia. Segun los campesinos, toda doncella que lava el rostro en sus aguas, lava tambien sus malos pensamientos.

doncella; y por más que haya de defraudar las esperanzas de alguna curiosísima lectora, me limitaré á decir que era todo lo perfecto que puede suponerse, el tipo varonil más acabado de la raza árabe pura; un moreno de ojos negros y ardentísimos, frente prominente, nariz aguileña, barba sedosa, cabeza arrogantisísima, sobre un cuerpo no ménos arrogante.

Don Albar recibió á su huésped á la entrada del salon destinado á los festines y otras solemnidades, haciéndole alzar del suelo, donde habia hincado una rodilla, obstinándose en besarle la mano, con vivas muestras de gratitud.

Aben-Zobey (que este dijo era su nombre), dando á entender que no desconocia completamente el lenguaje castellano, lo cual no ha de causar extrañeza á quien tenga presente la afición de los árabes al cultivo de los idiomas y el contacto en que se hallaban con nuestro pueblo, refirió qué á consecuencia de un disgusto grave, que habia tenido con su rey Almenón, se alejara de Toledo en busca de Alfonso VI, con ánimo de pasar en su corte el tiempo necesario á que este huésped y amigo de su monarca hubiese de conseguir volverle á su gracia.

Añadió que el rey de Castilla, aunque le recibiera con atencion y consideraciones, le habia manifestado que no creía prudente su permanencia en medio de su corte, dándole al propio tiempo guardias suficientes á acompañarle á otro punto de su reino que designara; lo cual habia llevado á cabo, acordándose de la buena fama de Don Albar Tellez, para suplicarle la hospitalidad que acababa de obtener.

Preguntándole Don Albar la causa de haber llegado sin la escolta, y en la deplorable situacion de que le librara, contestó que habia despedido á los guardias, á su llegada al concejo de Tudela, porque se habia considerado más seguro bajo la salvaguardia del nombre de su señor.

Mordióse los labios el castellano, y observó que la ignorancia de los villanos tan sólo pudiera ocasionar el conflicto, asegurándole castigaria á los culpables, y acompañándole en seguida á la bien exornada habitacion que le destinara.

Al saludar á Hermesinda lanzó sobre ella Aben-Zobey una mirada como un relámpago, y al contestarle con otra la hermosa doncella, confundiéndose las dos miradas, se convirtieron en un rayo; rayo de amor, que Don Albar no vió brillar.

A la mañana siguiente, muy temprano, invitó á su huésped á acompañarle á la caza del jabalí, y el huésped admitió de muy buen grado, ocultando su inmensa satisfaccion, al saber que la cristiana beldad, de quien ardientemente se enamorara, habia de ser de la partida.

Púsose en movimiento todo el castillo, y á poco salia de sus puertas una lucida cabalgata, seguida de innumerables monteros, y de una jauría considerable, internándose en los bosques seculares situados á un tiro de ballesta de la parte occidental del castillo.

Hermesinda, sobre una hacanéea blanca como el armiño, cabalgaba entre su padre y Aben-Zobey, que gallardamente dominaba un potro negro como el abismo, y cuya ancha nariz parecia aspirar el fuego del África.

Aben-Zobey ahogaba sus suspiros: Hermesinda velaba sus miradas.

La caza principió. El eco sonoro de la trompa retumbó de valle en valle y de montaña en montaña, asustando á los tímidos corzos, y haciendo salir con furia de sus guaridas á los fieros jabalies.

En la distribucion de puestos, habia correspondido uno de los más peligrosos al castellano, su hija y Aben-Zobey, solos. Pasó, no obstante, algun tiempo, sin que indicios descubriesen de que habia

de cumplirse su deseo. Únicamente les entretuvo una corza que mató el árabe con su jabalina, con una destreza que asombró á sus compañeros, cortándola en seguida la cabeza y presentándosela galantemente á Hermesinda, quien la admitió con un rubor que hizo las delicias del diestro cazador.

Impaciente Don Albar, salió á recorrer los demás puestos, con objeto de enterarse de las dificultades que se oponian á la continuacion de la caza, con el éxito que esperaba, y dejando entre tanto á su hija encomendada á la guarda de su huésped.

Este era el momento anhelado por Aben-Zobey para arrojarle á los piés de la doncella, y jurarla un amor eterno y delicioso como el paraíso de las huríes; á ella, la reina de la hermosura, la sultana de sus sueños, la virgen de ojos de cielo y mejillas de azucena; la que Alá habia enviado al mundo para hacer la felicidad de su siervo Aben-Zobey, el vasallo poderoso, casi tan poderoso como el rey Almenón, que le temia y envidiaba, y por eso le habia obligado á abandonar su corte, donde él poseia alcázares y jardines maravillosos que ofrecerla, esclavos para servirla, y valientes guerreros para custodiarla.

Prolijo fuera expresar cómo acrecentaria las proporciones de esas magnificencias, la ardiente imaginacion y el amoroso entusiasmo del árabe.

Hermesinda temblaba, enajenada por la ilusion, al escucharle, y al rogarle que no continuase de hinojos ni hablase á su corazon con aquella mágica elocuencia, no tuvo valor para libertar á sus manos de nieve de los besos febriles de sus labios de fuego.

Aben-Zobey la propuso la huida. Hermesinda contestó que tal propósito era de imposible cumplimiento, y que desgarraba su filial corazon. Volvió á arrojarle él á sus plantas, y volvió ella á decirle, con lágrimas en los ojos, que si queria hacerla feliz, bastaba con que se convirtiera á su religion, porque entónces su padre consentiria, puesto que la habia ofrecido casarla con el hombre á quien quisiera, y no habia de dar su mano á quien, al adorarla á ella, no adorase igualmente á su Dios, el Dios verdadero.

Iba el enamorado musulman á prometer y á jurar el cumplimiento de cuanto ella quisiera, á tiempo que hendieron los aires, partiendo de lo más espeso del bosque, gritos de espanto y de dolor, que debian anunciar alguna terrible desgracia.

Impulsados por el mismo sentimiento, Hermesinda y Aben-Zobey se lanzaron al lugar del peligro. Cruel y horrible espectáculo hirió sus ojos. Ante ellos yacian dos moribundos; un hombre y una fiera: el hombre era Don Albar Tellez; la fiera un oso gigantesco, que aún, cubierto de heridas y de sangre, afianzaba una de sus garras poderosas en el pecho desgarrado del caballero.

Hermesinda cayó, como herida de un rayo, sobre el cuerpo de su padre, y Aben-Zobey, despues de rematar al feroz animal, hubo de llevarla en sus brazos á la orilla de un arroyo inmediato, yerta como un cadáver, y manchado de negra sangre el blanco cendal que su seno velaba.

A este tiempo llegaron presurosos varios monteros, y descubrieron igualmente, y levantaron de entre unos matorrales vecinos, el cadáver de otro compañero, horrorosamente despedazado por la fiera, y por cuya salvacion intentada, yacia su señor moribundo.

El duelo de aquellos hombres, tan rudos como fieles, fué imponente, conmovedor; sombrío y mudo en unos; ruidoso y exaltado en otros. Estos hicieron trizas, en un momento, en su impotente rabia, el cuerpo enorme del oso; aquellos hicieron palazos el tosco lienzo de sus camisas, para con-

tener los torrentes de sangre, que manaba de las heridas de Don Albar, y para retener, por breves instantes, su postrer aliento.

Uno de ellos ayudó á Aben-Zobey á volver en sí á Hermesinda, por medio del agua del arroyo.

IV.

Y pasaron algunos mesés; y el árabe continuaba en el castillo de Tudela, prodigando á la huérfana dolorida los consuelos de su amoroso sentimiento, con asombro y escándalo de los vasallos de Don Albar, á quien habian dado sepultura, al siguiente dia de la catástrofe, en la capilla de su mansion.

Y acrecentóse la indignacion de aquellos leales, cuando vieron á Hermesinda trocar su brial enlutado por las alegres galas del himeneo; cuando contemplaron á aquella hija del más cabal cristiano, dispuesta á entregar, con su mano, las primicias de su virtud y de su hermosura á quien ostentaba, sobre el turbante aborrecido, la aún más aborrecida Media Luna.

Aben-Zobey habia seducido á Hermesinda hasta el punto de reducirla al lazo conyugal, sin que él hubiese sido bautizado, aunque con la promesa de verificarlo al propio tiempo ó inmediatamente despues de las bodas.

Ménos crédulos los tudelanos que su confiada señora, dispusieron una venganza terrible para la misma noche de la fiesta nupcial, secundados por la mayor parte de la guarnicion del castillo, pues sólo á unos cuantos demasiado codiciosos y un si es no es desalmados, habian conseguido atraer las dádivas y astucia del árabe.

A altas horas de la noche indicada, á pesar de que el castillo resplandecia como una áscua de oro, por las iluminaciones de la fiesta, siniestros augurios resonaban alrededor de sus almenas, producidos por los buhos y otras aves nocturnas; augurios que no tardaron en verse justificados.

Al estruendo espantoso de un encarnizado combate, se unió el fragor del incendio en el torreón de Oriente, que era el principal, donde se defendian, como tigres acorralados, los servidores de Aben-Zobey, contra los innumerables acometedores que sobre ellos lanzaban toda clase de armas mortíferas, y con especialidad enormes piedras, desde los otros torreones, desde el patio y desde afuera.

Aben-Zobey alentaba á los suyos, sosteniendo á Hermesinda entre sus brazos; pero en un momento que dieron de tregua los sitiadores á su faena devastadora, desapareció con su preciosísima carga, sin que ni unos ni otros hubiesen podido averiguar su paradero.

Digo, si lo averiguaron, pues los tudelanos creen hoy como artículo de fé, que Hermesinda y su seductor fueron ahogados entre las llamas por Don Albar Tellez, que se alzó vengador de su tumba de la capilla; y respecto á los compañeros de Aben-Zobey, alguno, de vista larga, alcanzó á distinguirle penetrando en tierra de los suyos, y llevando á la grupa de su magnífico potro, de color de abismo, á la enamorada cuanto bella Hermesinda.

Queda de esta tradicion el referir que, despues de tal desenlace, amigos y enemigos tornaron á hacer las paces, volviendo asimismo á construir, entre todos, el derruido é incendiado torreón de Oriente.

V.

Llegando ahora á la última parte histórica de los recuerdos que trae á la mente el aspecto de las ruinas del Castillo de Tudela; ya explorado el campo de la tradicion, y conocidas las creencias que el fanatismo religioso y el patrio entusiasmo han arraigado en el país, resta manifestar que hasta principios del siglo xiv no volvió á recuperar la famosa fortaleza la importancia perdida, y fué con ocasion de las reñidas contiendas entre el obispo y el concejo de Oviedo, durante la ausencia larga de D. Rodrigo Alvarez de Astúrias, *Corendero* (1) del Rey.

Asalariada por el obispo la guarnicion del castillo, hacia incursiones por el concejo, cometiendo atropellos y robando á sus habitantes, en tal manera, que indignado el Rey Don Alonso XI, escribió al obispo y su cabildo en 2 de Octubre de 1315, reprendiéndoles severísimamente por los daños causados á los pueblos. Y como no bastasen amonestaciones, llegó á poner sitio al Castillo Don Rodrigo Alvarez, durante la primavera del año siguiente, logrando apoderarse de él despues de muy obstinada resistencia.

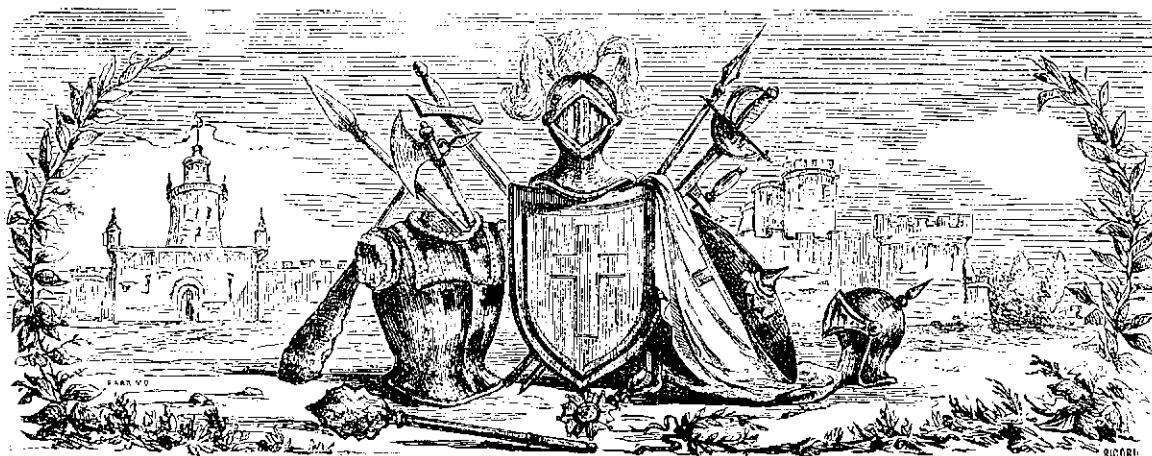
Vuelto el castillo, despues de este desastre, al poder real, distinguióse por su fidelidad al rey Don Pedro, habiendo sostenido varios sitios, sin entregarse á las tropas de Don Enrique sino en el último extremo de desesperacion de sus defensores, y cuando hubieron sabido el trágico suceso de Montiel.

Don Enrique le cedió á su hijo natural, Don Alfonso Enriquez, el cual, en abierta rebelion contra su hermano Don Juan I el año 1381, le obligó á acudir á Astúrias con el ejército real, y poner al castillo el último de los sitios que sufrió; pues habiéndose apoderado de él por asalto, no sin tres meses de terrible asedio, ordenó su desmantelamiento completo en 1382. Y tan completo fué, que no se hizo necesaria la poderosa ayuda del tiempo, para que el viajero exclame con tristeza melancólica, al detenerse en lo alto del Pico de Lanza: «Hé ahí los miserables restos de un monumento célebre; hé ahí las ruinas del castillo de Tudela.»

(1) Autoridad superior en la provincia.

LUCIANO GARCIA DEL REAL.



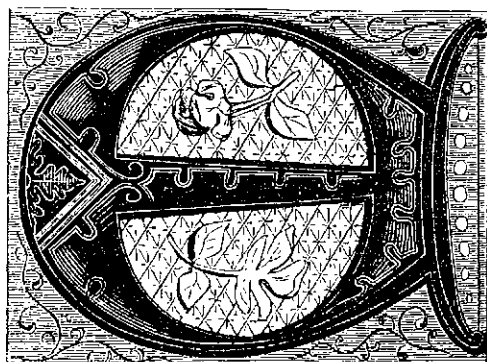


EL CASTILLO DE INARO.

DEDICADO Á LA SEÑORITA

DOÑA CÁRMEN CROQUER.

I.



n uno de esos días que preceden al enlace de la Primavera galana con el Estío ardoroso, cuando las frescas brisas de una arde de Mayo van suavizando el rigor del cálido ambiente de Mediodía, el que esto escribe salía de Granada, en dirección á las márgenes del río de las arenas de oro, absorto en la contemplación de las innumerables bellezas que pródigamente derrama la Naturaleza sobre aquella tierra bendita.

Llegaba á los cármenes del Darro. El que no haya tenido la suerte de conocer estos innumerables paraísos que decoran ambas orillas del famosísimo Darro; el que no haya subido una vez siquiera por la carrera que lleva su nombre, y despues de pasar el puente del Algibillo no haya seguido por las cuestas de la fuente del Avellano, hasta que la admiración y el placer le hicieren detenerse en la explanada inmediata á la misma fuente; el que no haya llegado allí, aspirando la vida de aquella vegetación magnífica, que ante la vista se despliega con una rapidéz mágica; mágica cuyo secreto se revela en una emoción cual la del avaro que mirase extenderse ante sus ojos un inesperado tesoro

de esmeraldas y de rubíes; quien desde allí no exclame, al gozoso latido del corazón: «¡Bendito sea el Creador, que se ha dignado anticipar en este mundo, á sus criaturas, lo que en el otro las tiene reservado!» El que no sienta un día la intensidad de ese gozo, no podrá saber lo que son los cármenes del Darro; no podrá exclamar tampoco, en convicción profunda: «Ya he visto los jardines de la Esperanza: ya he visto realizadas en un rincón de la tierra las ilusiones del Paraíso.»

Se expresa que hay que ver esta maravilla para comprenderla, porque al decir que los cármenes del Darro son unas quintas ó casas de recreo bastante parecidas á las de otros puntos, rodeadas de álamos corpulentos, de avellanos, naranjos y demás frutales; ceñidas de pequeños jardines, algunas con un desórden tan raro como encantador, cuyas flores crecen por donde quiera, por todas partes, ufanas con su lozanía perenne, gracias á la frescura de numerosas acéquias que hasta las altas cumbres llevan sus raudales; al diseñarlos de este modo ha de creerse engañada la credulidad de los lectores, y no dejarán seguramente de preguntar en dónde está la maravilla, sucediéndoles lo que á quien intentara conocer el mérito de una obra maestra de pintura por el valor de las tintas que en ella se emplearon. Y asimismo preguntarán la relación que tiene con el castillo de Inaro. Pero yo les suplico den alguna tregua á su impaciencia, que «todo se andará, Dios mediante» según la dicción popular.

Para saber lo que son los cármenes, preciso es verlos desde la fuente del Avellano; y, al verlos, hay que armonizar sus verdores con la transparencia del cielo y con la nieve deslumbradora de las enhiestas cumbres de la sierra. Hay que aspirar los efluvios embalsamados de aquella naturaleza, siempre virginal. Es preciso recordar que esa naturaleza fué la pródiga madre de innumerables razas de héroes, dignísimos rivales de nuestros abuelos.

Es necesario escuchar el arrullo embriagador de las brisas, los ardientes suspiros de las princesas árabes, y ver las blancas tocas que velan sus formas peregrinas en las vaporosas nubecillas que huyen tímidamente del lecho de flores de los valles. Allí cualquier hombre, dotado de alguna sensibilidad, tiene que ser poeta.

Mas, sin invocar á la Poesía, subamos hasta la eminencia que allá lejos domina un horizonte inmenso. Es otro panorama de límites más dilatados. En aquella parte umbría de la sierra, próxima al pueblo de Güejar, en aquel valle, de fecundidad maravillosa, allí debe nacer, de allí toma el Genil gran parte de sus riquezas. Ocúltalas después dentro de aquella especie de cañada, que se nombra el barranco de Guadarnón, y, al proseguir, recibe las aguas de su primer tributario, el San Juan, aumentando igualmente su caudal con el abundante arroyo de Aguas-blancas, que es el que á esa parte izquierda se descubre, como una cinta de plata sobre el manto de esmeraldas.

Del efecto de su llegada, bien pueden hablarnos la frondosidad de las alamedas que al Genil decoran, la lozanía de esas huertas, la magnificencia de aquellos paseos.

Su poder, fácilmente habrá de sernos revelado también por sus tributarios de la Vega, el Dilár, el de Alfacár, el de Monachil, el Cubillas y el Beiro. El mismo Darro, por último, va á ofrecerle sus homenajes á las puertas de la ciudad de los Alhamares.

Mi imaginación volaba incansable, con fascinación, con delirio, de una en otra de aquellas suntuosidades de la naturaleza, de aquellas maravillas de la tierra, de aquellas magnificencias del cielo, desterradas sin duda de su asiento. La mente se engrandecía. El alma traspasaba las últimas barreras del mundo. El pensamiento se agigantaba.

La tarde iba á decaer, y el albor de la inspiracion guiaba mis pasos. Aún ahora no podria decir por dónde me encaminé á la ventura, entre tantas sendas de flores, de árboles y de arbustos, entre aquellos bosques y jardines sin término.

II.

Callado estaba el viento; la atmósfera serena;
la vega suspiraba, de amores del Genil,
y en plácido abandono dormíase mi pena,
fingiendo mil placeres, soñando glorias mil.

(L. G. DEL REAL.—*Fantasia granadina*.)

Poco á poco fué extendiéndose por los valles una niebla blanquecina, que venia en auxilio de mis sensaciones y de mis pensamientos, cubriéndolos sin perder su transparencia, á la manera que una madre amorosa envuelve en blanco cendal los tiernos miembros de su hijo.

Seguia caminando, pero mis pasos habian dejado de hollar las flores y las plantas. Mis piés tropezaban á cada momento con pedazos de roca y con montones de arena, con ramas secas de árboles, y con plantas parásitas, formando un informe conjunto de harto melancólica apariencia, para tener que compararlo con la exuberancia de animacion y de alegría que acababa de atravesar.

Quise remover un grupo de piedras de argamasa granítica, cual la que usaron los árabes en sus construcciones, como la que se observa en Torres Bermejas y en los muros de la Alhambra; pero el estridente grito y el aleteo siniestro de un buho enorme pusieron término á mi intencion, ántes de que llegase á hecho consumado.

El buho habia salido de un agujero inmediato á las piedras, y parecia muy quejoso de mi presencia, y especialmente de mi atrevimiento. Y en efecto, era audacia profanadora la de mis piés y mis manos. Con demasiada justicia protestaba el rey de las ruinas, el amigo de las noches lóbregas, el guardian de esos esqueletos carcomidos, herencia única legada por el tiempo á las humanas miserias.

Su protesta no fué inútil. Me encontraba desconcertado. Habia perdido la brújula, como suele decirse. Mis impresiones acababan de sufrir una trasformacion tan rápida como penosa. Acababa de pasar de la vida á la muerte, de la ilusion al desengaño, de los paraísos del ideal á los cementerios de la realidad.

Me hallaba sobre unas ruinas. Me encontraba donde nunca hubiera querido penetrar. Habia llegado á los dominios del desencanto, de la eterna tristeza, de la nada en el mundo.

Debo rectificar este último concepto, ampliándolo: allí estaba representada elocuentísimamente la nada del mundo, sí, pero del más pequeño y efímero de los mundos; el de la materia que se pulveriza, el de la humanidad que pasa.

Mudo, solemne, invisible á otros ojos que á los de la mente purificada en la clara atmósfera de las cumbres, otro mundo se elevaba sobre aquellos escombros; mundo grandioso, infinitamente más grande que la tierra y que la humanidad; el mundo del sentimiento. Yo le miré de hito en hito, sin poder apartar los ojos, merced á una atraccion indecible. ¡Qué armonía en todos sus objetos! ¡Qué severidad en sus monumentos! ¡Qué lozanía en sus vergeles! ¡Qué hermosura en sus cielos! ¡Y qué modestos los que le habitan! ¡Y qué poéticos sus horizontes!

En aquel mundo reinaban, en admirable concordia, los poetas y los historiadores, los filósofos y los artistas. Todos ellos me recibieron con la sonrisa en los labios y la amistad en el corazón, compitiendo en fraternidad y en deseo de prestarme sus gratos servicios, manifestando que habían adivinado el objeto de mi visita.

Dijeles que efectivamente no habría sido difícil adivinarlo; que acudía á suplicarles me enseñasen alguna de las preciosidades que decían ocultarse entre aquellas ruinas; que me diesen algunas noticias acerca de las vicisitudes que las ocasionaran; que me mostrasen la existencia que revelaban; que exhibiesen ante mis ojos los misteriosos hechos de su historia.

Con unánime asentimiento fué acogida mi proposición, y en seguida dos de aquellos amigos, á quienes los demás abrieron paso respetuosísimamente, se adelantaron hácia mí, dirigiéndome de un modo pausado la palabra, y con la misma cordialidad que á sus compañeros.

Me causó extrañeza que hablaran en español perfectamente, porque su trage, su figura, y sus maneras daban á entender otra procedencia muy distinta que la del castellano suelo. Vestían los dos á la usanza oriental, y el uno representaba el apogeo de la vida, mientras que el otro reflejaba su decrecimiento. Asemejábase aquél al enhiesto pino de la montaña; pudiera tomarse al segundo por el añoso roble del valle. La naciente barba del uno era negra y brillante, cual sus grandes ojos rasgados, de mirada intensa y deslumbradora: los luengos cabellos del otro traían á la memoria las escarchas espesas del invierno.

Sostenía el viejo entre sus manos un libro abierto por las páginas postreras, y cuyo peso había de serle muy llevadero, á juzgar por la seguridad de su pulso. En poder del joven despedía fulgores mágicos una guzla primorosa de ébano, con cuerdas de oro.

El mozo bizarro, el enhiesto pino de las montañas, era uno de los amados favoritos de la Poesía: el viejo venerable, el añoso roble de los valles, uno de los intérpretes más fieles de la Historia: el inspirado trovador y el cronista concienzudo del castillo de Inaro, acudían á satisfacer mi ansiosa curiosidad; á acceder á mis súplicas; á dar vida y animación, luz y esplendores á aquellas ruinas tan tristes como misteriosas.

III.

Invitáronme á tomar asiento en medio de ambos, á fin de que holgadamente escuchase la relación que, alternando, se aprestaban á hacerme; y confieso que al manifestarles mi gratitud por la señaladísima honra que á mi humilde personalidad dispensaban, turbóse mi ánimo, con no escasa zozobra y pena, ante la incierta expresión de mi lenguaje, respecto á la profundidad de la emoción que sentía.

Tomó el viejo la palabra el primero. El tiempo y la experiencia daban á su autoridad ésta primacía. Extendiendo su mano derecha sobre el libro y señalando con el índice á los caracteres de una de las páginas anteriormente mencionadas, caracteres rojos y negros, en idioma árabe, dió, con mesurado acento, principio á la relación siguiente, en los propios términos que trascribo:

—«Dios es grande y omnipotente. Era el más humilde de sus siervos el poderoso de los poderosos de la tierra, el monarca de los monarcas, Alhamár I el *Nazarita*, rey de Granada, el bien amado de sus vasallos. Sus guerreros eran tan numerosos como las arenas del Desierto, y tan valientes como

sus leones; sus tesoros, tan inmensos como los que encierran los abismos del mar. La magnificencia de su corte sobrepujaba á las maravillas que se cuentan de las más famosas de la antigüedad. Su alcázar de la Alhambra era obra de los genios inspirados por las huries del paraíso. Los espíritus de la sabiduría presidían constantemente en sus academias, y nunca la Justicia se alejaba de los escaños de sus jueces.

Alhamár era feliz. Era feliz porque creía en la felicidad, y creía en la felicidad porque su pueblo le veneraba, porque le amaba su sultana favorita, porque sus enemigos le temían y porque su amigo de la infancia correspondía cordialmente á su cariño.

El monarca de los monarcas creía en la felicidad, porque aún no había visto el triste semblante de la desgracia, porque no esperaba que un día pudiera encontrarla en el fondo de su corazón.

Alhamár poseía la flor más hermosa desprendida del paraíso, y aspiraba, embriagado de deleites, su aroma celestial. Ella, Zobeya, la escondida perla de primores peregrinos, no era aquella mísera esclava elevada por el amor á las alturas de la soberanía, al rango de sultana, sino la inolvidable compañera, en cuyo dulcísimo seno se aposentaba una joya más preciosa que todos los imperios y poderes del mundo, más bella que todas las maravillas de Granada: aquella joya era la esperanza, la vida, el alma del alma de Alhamár.

El amor de Zobeya era más todavía para él: era el emblema de su gloria.»

En este punto hizo el viejo una pausa, conteniendo con un gesto severo al joven, cuyos ojos centelleaban, animados del númen poético, y cuyas manos recorrían, con febril impaciencia, las cuerdas de oro de su guzla. Aunque mostraba gran respeto á su compañero, echábase de ver en su actitud algo de acusador y de reprobivo, como si quisiera advertirle que se excedía en sus facultades de historiador, permitiéndose ciertas excursiones al campo de la fantasía, á los ideales dominios de su incumbencia.

El viejo le miró afectuosamente. Su mirada hubo de parecerle satisfaccion cumplida para la impaciencia con que le acusaba: era la súplica de una tregua y la promesa de una restitucion. El fiel intérprete de la Historia pedía dispensa por los rasgos de adorno de que circundara á la verdad, cual un padre solicita la aprobacion de su gusto, por las galas con que ha cubierto á su hijo.

Otorgada la dispensa con no ménos afecto que pedida, la pausa terminó, prosiguiendo el viejo su narracion, con aire de satisfecho, y en mayor animacion que al principio: esto es, que así continuó la Historia, auxiliada por la Poesía:

IV.

«¡Cuán lejos se hallaría Alhamár de imaginarse que uno de los más firmes apoyos del templo de su gloria y de su felicidad hubiera de convertirse en ariete formidable, para derribarlas!

El griego Inaro, bello como París y como Apolo, era el amigo querido de su infancia. Había sido esclavo de su padre, que le comprara á un mercader de su nacion, y, niños los dos, se habían hecho más bien hermanos que amigos, ignorando la distancia que media desde el mísero banco del esclavo hasta las gradas del trono; distancia que cuando hombre salvó Inaro, libre y conducido por la mano de Alhamár.

Y no era el griego indigno de tanta merced, que la planta de la gratitud habia echado hondas raíces en su pecho, y en él competían los nobles instintos de la virtud y los impulsos fieros del valor. Harto lo probara en ocasiones repetidas, sirviendo á su señor de escudo en los combates, y librándole de una muerte segura, al precio de su sangre.

Pero ¡ay! que la mano de la Fatalidad pesa sobre el destino de los hombres, infinitamente más que la voluntad del genio del bien, y la mano de la Fatalidad guió un día á Inaro á los jardines reservados de la sultana favorita, frente á frente de Zobeya.»

El viejo exhaló un gemido; cerró su libro; cruzóse de brazos, é inclinando la barba sobre el pecho, miró al jóven, con una expresion de inexplicable elocuencia.

Irguió el trovador su frente magestuosa; clavó en el cielo sus ojos de águila, é instantáneamente un raudal de armonía surgió tierno y sonoro de las cuerdas de su guzla, raudal cuya pureza no puede reflejar la prosa que sigue:

«Rodeada de una corte de flores presididas por las gentiles rosas de Hirán y los altivos tulipanes de Estambul, yacía la favorita lánguidamente reclinada, acariciando los alelíes y los claveles, los mirtos y las violetas, las deslumbrantes trenzas de su negra cabellera, en cuyos perfumados rizos hallaran el céfiro y la brisa el más preciado edem de sus amores.

Zobeya era hermosa como la aurora que la contemplaba, llena de asombro al descubrir sobre la tierra una deidad que igualar pudiera á sus encantos celestiales.

Sus ojos eran negros como una noche de dolor, y ardientes como el sol del desierto. De su frente copiara la Luna la pureza de sus resplandores, y de sus labios habia tomado el rubor la viveza y frescura de sus tintas.

Sentíanse humilladas las azucenas ante la gallardía de su talle, ante la nieve de su garganta, y los lirios blancos estremecíanse de placer al contacto de sus manos acariciadoras, imaginándose los halagos de las azucenas.

Zobeya soñaba cuando Inaro llegó á sus piés. Yacía en ese dulce sopor que sucede á un insomnio febril y que hace confundir las imágenes de la fantasía entre la ilusion y la realidad, entre una esperanza que huye y otra que vuelve á aparecer. Sus labios se entreabrian mostrando apenas las perlas que guardaban, como el capullo de una rosa descubre, al rayo de sol, las que el alba ha depositado en su cáliz. Confundidas con suspiros salían palabras de sus labios, llevando sus ecos melodiosos al corazon de Inaro, que extasiado delante de tan inesperada maravilla, tembló de amor al escucharlas.

¡Qué bello es! decían. ¡Y él no sabrá que le han visto mis ojos una vez sola, y que... desde entonces le ve siempre mi alma!... ¡le guarda siempre mi seno!

Pero Alhamár... ¡ah!... nó, nó... ¡le mataría! ¡le mataría!... ¡y su venganza... sería la venganza del Cielo!.. Alhamár es mi señor, mi dueño, pero no tiene otras leyes que las de mi amor... ¡mi amor!... ¡ay! ¡ingrata de mí, que creía amarle!... ¡y no le amaba! ¡Desdichada! ¡No puedo!... ¡corazon rebelde, corazon traidor!... ¡dime donde está él!... ¡Me engañas!.. ¡me engañas!... ¡él no puede llegar hasta mí!... ¡él no conoce á la que le adora!... ¡él no sabe que la felicidad de la sultana favorita sería el llamarse su esclava, sin más premio que una mirada de sus ojos, sin más halago que el de su sonrisa!...

¡Qué bizarro!... ¡qué noble!... ¡su hermosura no se parece á la de los demás hombres!... ¡Es un

héroe!... ¡Qué tormento no haberme atrevido á preguntar por él!... porque... ¡nunca! ¡nunca!... ¡si su amigo sospechara!... ¡Alhamár cruel!... ¡te aborrezco!... ¡El corazon de Zobeya pertenece á Inaro!...

No acabó de balbucear este nombre. Una voz mágica la despertó ¡Ya no soñaba! ¡Allí estaba él... sí, no era ilusion!... ósculos de amor abrasaban sus manos... la felicidad de su esperanza radiaba en los ojos del héroe que fascinado la contemplaba... y no podia ahogar su emocion avasalladora, al exclamar, arrodillado á sus plantas:

— Todo mi corazon, toda mi alma ¡oh hurí! la más peregrina del Paraíso, no bastan á contener la ventura que en este momento rebosa mi existencia... ¡Yo te adoro!.. ¡yo te adoraba ya, cuando sólo te habia visto en mis delirios, por una gloria, por una esperanza... que tu imágen me refleja... que tu mirada me promete... que enciende en mi pecho un fuego que me enloquece... inextinguible... inmortal!

Zobeya le contemplaba y le escuchaba con un asombro que tenia algo de incredulidad infantil, con un enajenamiento parecido al de la niña que encontrara de pronto, al alcance de sus manos, un objeto muy lejano, y tan precioso como codiciado por ella; objeto que no hubiera esperado, creyéndole de imposible consecucion. Y sin embargo, los besos de Inaro seguian abrasándola las manos y estremeciendo su corazon.

V.

Las ilusiones brillan y viven lo que viven y brillan los relámpagos. Fria y terrible llegó la realidad á anonadar las que alimentaban los amantes, á apagar los delirios de la pasion, á cortar las alas de su esperanza. Extremos de dolor se sucedieron en ambos á los trasportes de alegría. Considerábanse criminales. La imágen sombría de Alhamár se presentaba á sus imaginaciones, implacable como la conciencia, invulnerable como el deber, vengadora como el remordimiento.

Impelido por la desesperacion, el amigo ingrato, el hermano desleal, el traidor á su rey, intentó arrancarse la vida con su alfanje, pero los brazos y las lágrimas de Zobeya lo impidieron; y por una de esas transiciones tan frecuentes en los grandes afectos á las naturalezas volcánicas, la idea del crimen se ofreció sin horror al alma noble del mancebo. Porque desde entónces toda su existencia estaba concentrada en su idolatría por Zobeya, y no habia de ser posible acercarse al ara del ídolo, sin sacrificios sangrientos.

Nubes lóbregas se oprimian sobre su mente. El genio del mal le inspiraba en la embriagadora sonrisa de Zobeya. El amor velaba su profanada pureza. La dulce esperanza huia llena de amargura. Pero el genio del bien, aunque vencido, no habia abandonado su campo, y esperando á que terminara la embriaguez de la seducccion, logró contrapesar, con auxilio de la conciencia, el abrumador poderío del mal, arrojando al crimen muy léjos, humillado por la vergüenza.

Y ocurrió en seguida una cosa extraña, un fenómeno sin ejemplo, la alianza de los dos genios, la union del bien y del mal para inspirar á Inaro. Y ambos, aproximándose con su pensamiento á la esfera de lo maravilloso, sin perder de vista los términos de lo real, invocaron y obtuvieron prodigios para su protegido.

El uno le sugirió la idea de una felicidad tranquila, en un retiro ignorado; el otro puso ante sus ojos los inmensos tesoros de Alhamár, la magnificencia de un palacio donde pasar la vida con Zobeya, en delicias sin cuento, y los muros inexpugnables de un castillo para defenderla.

Y con la alianza de los dos genios, aunque maravilla parezca, Inaro lo alcanzó todo. Robó á su amigo y rey sus cuantiosos tesoros; sedujo á los artífices divinos que habian creado la Alhambra; construyó el palacio; rodeóle de torres formidables, y allí se refugió con su adorada, allí estuvo el edem de sus amores, hasta que...» Los sonidos de la guzla se apagaron. El viejo acababa de detener la mano del jóven, sellando al propio tiempo sus labios.

La Poesía enmudeció, y la Historia volvió á recobrar la palabra, como á continuacion se espresa:

VI.

—« Alhamár tuvo conocimiento de la traicion cometida por los dos séres que le eran más queridos. Revelósele el remordimiento, en sus rostros grabado, y en los insomnios de ella, cuando, fatigado de la caza ó del Consejo, buscaba entre sus tiernos brazos dulcísimo reposo. El amigo, el hermano, huía su presencia, humillada la altiva cabeza, temerosa la mirada de héroe. La amante, el alma, la gloria suya, esquivaba el ardor de sus caricias, sombría la frente, marchitas las mejillas y el siniestro fulgor de la culpa en los límpidos rayos de sus ojos.

Pero en Alhamár, la grandeza de ánimo del hombre sobrepujaba á la grandeza inmensa del monarca. Era el *Nazarita* generoso hasta la abnegacion, como Inaro valiente hasta el heroismo. El ofendido perdonó á sus ofensores, ahogando su odio y su venganza, devorando su pena desgarradora, al ver á su ventura hundirse en el abismo.

Él hizo más todavía quien no era un Dios, quien no tenia otras fuerzas que las del más mísero de los mortales; aún llegó á mayor altura la magnanimidad de aquel hombre. Él fué quien dejó exhaustas las arcas de sus tesoros para que los divinos artífices de la Alhambra hicieran la maravilla que Inaro soñara en medio de sus criminales desvelos: él, terminada esa maravilla, levantado el esplendente palacio, como el en que:

«Juntaron cierto día los genios sus grandezas,
sus galas los amores, tal obra por crear,
pues vieron no bastaban del mundo las riquezas,
el oro, los diamantes, las perlas de la mar.»

dijo á Zobeya y á Inaro estas palabras: «Os condeno á recordar mi perdon, mientras dure vuestra existencia en esa mansion, que contiene todos los encantos del mundo. Tened entendido que no he de volver á veros jamás: y si algo de vosotros hubiere de llegar á mis oidos, ¡por Alá! que no haya de ser un eco de la ingratitud.»

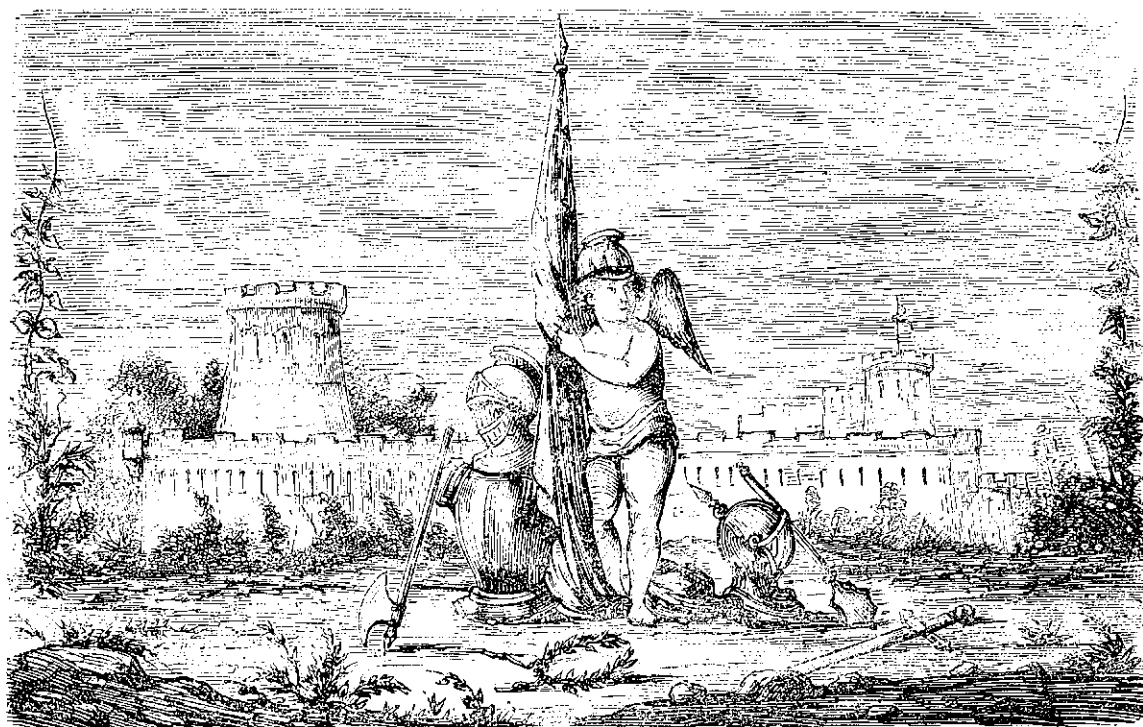
— ¡Nunca! ¡nunca! exclamaron los culpables, cayendo de hinojos é intentando vanamente besar las plantas del más magnánimo de los hombres. Él lanzándoles una última mirada de piedad, desapareció majestuosamente entre las régias galerías de su alcázar.

Desterrados, arrojados por su sino fatal del palacio, los amantes no encontraban una gota de dulzura en la amarga copa de sus goces, ni un instante de tregua al batallar de sus hondos remordimientos. Para Inaro, sobre todo, era el más horrible y el más continuo de los insomnios la magnanimidad de su amigo. Y tanto le torturaba, que se imaginó, en su locura, había de sorprenderlos un día con alguna venganza monstruosa. Y esclavo de este delirio, como condenado por la Justicia divina, no se consideró seguro entre aquellas magnificencias, é hizo construir para custodiarlas, formidables torres y murallas de granito; el castillo, que llevará su nombre hasta que los siglos fenezcan, por más que de sus grandezas no queden sino los restos miserabilísimos, que solamente el buho aprovecha; esas ruinas, abandonadas como los ingratos, eternamente tristes y sombrías, como el remordimiento eterno de su culpa. »

Calló el viejo cerrando su libro; la guzla del jóven exhaló un gemido lastimero; levantáronse uno y otro de sus asientos en las ruinas, y estrechándose en silencio la mano, desaparecieron ante mi asombro, sin darme tiempo á solicitar su permiso para mostrar al público su poética historia. Y, recordando su amabilidad y deferencia, firma por ellos

LUIS GARCÉS DE RELA.

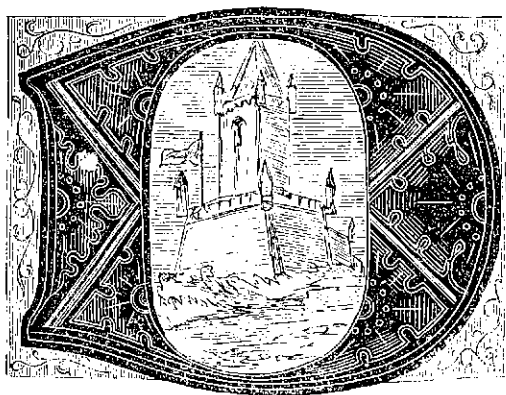




EL CASTILLO DE MONCADA.

DEDICADO Á LA EXCMA. SEÑORA DUQUESA DE MEDINACELI.

I.



espues de llegar á la primera estacion del ferro-carril que va de Barcelona á Zaragoza, el viajero puede ver alzarse á su izquierda, sobre un monte, las ruinas de un castillo, cuya antigua torre de homenaje ha servido estos últimos años de telégrafo militar.

Aquellas pocas piedras, tostadas por el sol de diez siglos, que asoman en lo alto del monte, recuerdan un pasado ilustre y un nombre más ilustre todavía. Ellas nos dicen que allí estuvo el castillo de Moncada, ese castillo famoso en la historia de Cataluña, de que fueron señores los orgullosos barones de Moncada, raza de héroes, de quienes bien se puede decir, como se decia de los condes de Cardona, que si no eran más que barones entre los reyes, eran en cambio reyes entre los barones.

Un monton de piedras señala el sitio donde ántes se levantó la for taleza catalana, desde la cual un puñado de héroes cristianos resistió un dia el impetu devastador de la morisma , presentando sus des-

nudas murallas como roca inamovible donde debian estrellarse los combinados y numerosos ejércitos de cuatro reyes moros.

Allí donde tremolaba ántes el pendon de la cruz, alza hoy sus descarnados brazos un misterioso telégrafo, y sólo quedan algunos lienzos de murallas y algunos derruidos torreones del castillo señorial de los Moncadas.

De su puerta no cuelga ya la bocina; no estremece sus bóvedas el relincho bélico de los caballos; no tiemblan sus muros bajo las sonoras pisadas de hombres cubiertos de hierro; no despierta los ecos de las montañas vecinas el grito de guerra de *¡San Jordi, firam! firam!* lanzado por huestes valerosas al aprestarse al combate; ni en su torre del homenaje, por fin, la bandera de grana de D. Hugo despliega sus milagrosos siete panes.

¿Quién no ha oído hablar de esa nobilísima familia? ¿Qué hecho de armas notable, qué gran hazaña, qué gloria tiene Cataluña á la cual no vaya unido el nombre de un Moncada?

Era hereditario en los Moncadas el título y empleo de senescal de Cataluña, y no parece sino que servian á los condes de Barcelona más como aliados que como vasallos, siendo frecuentes en la historia las ocasiones en que se les ve alzar pendones contra los condes sus señores y luchar abiertamente con ellos, negándoles pleito-homenaje y corriendo sus tierras.

Así la tradicion como las crónicas de Cataluña dan comienzo á la época de la reconquista con la aparicion de nueve estrenuos varones ó capitanes, los cuales, bajo el mando de uno de ellos llamado Otjer, principiaron la gloriosa lucha contra los moros invasores de nuestro país. Por tan heroica resolucion fueron apellidados *los nueve barones de la fama*, y entre ellos se hallaba, apareciendo en las crónicas como el primero, Naufer, Napifer, ó Dapifer, que es de quien tuvo origen la casa de Moncada en Cataluña.

Los Moncadas comienzan, pues, á figurar en el primer periodo de nuestra historia, en el primer albor de nuestra independencian. Su raza aparece en Cataluña como más antigua que la misma de los condes de Barcelona. Dapifer es una arrogante y poética figura de los tiempos de la reconquista, y cuando Otjer, el caudillo de los *barones*, ó mejor de los *varones de la fama*, exhaló su último suspiro ante las murallas de Ampúrias, legó á Dapifer la continuacion de su patriótica tarea. Tomó Dapifer el mando del ejército cristiano, y fué, de hazaña en hazaña, de gloria en gloria, á clavar el pendon triunfante de la cruz sobre los vencidos torreones de Urgel. Debia nacer aún en Cataluña el fundador de la casa de los condes de Barcelona, cuando estaban ya cansados los Moncadas de conquistar ciudades y sujetar reyes moros.

Sabemos ya el origen de esta casa de ilustres barones catalanes: indaguemos ahora el de su nombre y el de la fundacion de su casa señorial. El cronista catalan Pujades traslada dos opiniones, sin admitir decididamente ninguna de ellas.

Dice la primera que Dapifer tenia su campamento en uno de los peñones del Pirineo, y que, como era entónces costumbre, cada noche se cerraba este campamento por medio de una cadena que servia de muro, empalizada ó palenque entre los cristianos competidores y los moros enemigos. Supónese que, con motivo de esta cadena, se comenzó á llamar á aquel monte *Montecatenó*, y al señor de aquel campamento *el capitan de Montecatenó* ó Dapifer de Montecatenó, cuyo nombre, corrompiéndose, se trasformó en Moncada andando el tiempo.

La otra opinion, que no se desvía mucho de la primera, asegura que Dapifer tenia su campo for-

tificado en la montaña de Canigó, que en otro tiempo era llamada *Canaco* ó *Caco*; de esto diz que vino llamarle Dapifer de Montecaco ó Monteaco, nombre que alterándose se convirtió en Moncada.

Cuando la conquista de Barcelona por Ludovico Pio á comienzos del siglo ix, un hijo ó nieto de Dapifer, al frente de un puñado de cristianos, tomó á los moros una torre ó atalaya que tenían sobre el que luego se llamó *Coll de Moncada*, y en aquel sitio echó los cimientos del que hubo de ser con el tiempo fortísimo castillo é inexpugnable ciudadela (1).

Desde entónces fué aquella la mansion señorial de los Moncadas, y allí, en lo alto de aquella colina, que se alza como un centinela gigante en los límites de las llanuras de Barcelona y del Vallés, comenzaron á anidar esas águilas orgullosas de la nobleza catalana, comenzó á reproducirse esa familia, siempre turbulenta, independiente siempre, que habia de enlazar con los reyes y príncipes más poderosos de la tierra, que habia de dar tan grandes capitanes á su patria, tantos nombres ilustres á la historia, tantos héroes al drama, y que habia de prestar asunto á los trovadores para sus románticas consejas y peregrinas leyendas.

II.

Evoquemos los recuerdos que nos inspira el castillo de Moncada.

Corria el año 985 de nuestra era, el 374 de la egira de los musulmanes. Almanzor el victorioso, el invencible, el terror de los cristianos, que todos estos nombres le daba su corte de poetas y guerreros, decidió un dia apoderarse de la *Marca Hispánica* y sujetar la fiereza de los bravos catalanes, que tanto daban que hacer por cierto á las armas de los musulimes. El 5 de Mayo de dicho año salió de Córdoba al frente de un ejército tan poderoso, que bajo sus piés se estremecía la tierra, y pasando por Granada, Baza, Lorca, Murcia, Valencia, Tortosa y Tarragona, recogió en todas estas ciudades nuevas tropas que juntó á las suyas, interin su escuadra iba siguiendo por la costa con rumbo á Barcelona.

Salvadas las fronteras cristianas, atravesó el Llobregat por el puente romano de Martorell, y siguiendo la antigua via romana, entró en el Vallés á sangre y fuego, y se detuvo al pié del *Castrum Octavianum* (San Cucufate del Vallés).

El conde Borrell de Barcelona esperaba al ejército enemigo en la llanura de Matabous, al pié del castillo de Moncada. La tradicion dice que sólo quinientos caballeros acompañaban al conde, y que despues de hacer prodigios de valor, sucumbieron todos, cortándoles los moros las cabezas y arrojándolas luego por encima de los muros de Barcelona. Sin embargo, por dramática que sea esta tradicion, la critica histórica la rechaza. Es fama que el ejército mandado por el conde Borrell peleó con denuedo y bizarría en la llanura de Matabous; pero no quiso Dios aquella vez acudir en auxilio de los que empuñaban las armas en su nombre, y el conde con los pocos de los suyos que escaparon á la der-

(1) No falta quien crea, y de este parecer es Zurita, que la casa de Moncada tomó este nombre y título de la baronía de Moncada en la época de Ramon Berenguer *el grande*. Don José Antonio Llobet en una erudita Memoria sobre esta casa, que presentó á la Academia de Barcelona, cree que los Moncadas tomaron su nombre del monte y del castillo, en lugar de dárselo. Es, á nuestro parecer, la opinion más fundada.

rota del ejército catalán, hubo de refugiarse en Barcelona, que también pocos días después se veía obligado á abandonar, pudiendo afortunadamente evadirse por mar sin ser notado de las huestes enemigas. Verdad es que si el conde abandonó por un instante á Barcelona, fué para volver sobre ella pocos días después, al frente de un ejército de valientes caballeros reunidos en las alturas de Manresa, y arrancar á los moros su conquista, de la que apenas habían podido gozar cuatro meses.

Durante esta corta pero terrible invasión de los musulimes, Cataluña toda quedó sometida al implacable vencedor. Sólo en dos castillos continuó tremolando victorioso el pendón de la cruz. Uno de ellos fué el de Cervelló, el otro el de Moncada.

Mientras la llanura de Barcelona aparecía devastada por el torrente asolador de la morisma; mientras la noble capital del Principado veía convertidos sus templos en mezquitas y los palacios de sus señores en serrallos; mientras el árabe muezin llamaba á la oración á los creyentes, la campana de la capilla de Moncada continuaba cada día cantando himnos de gloria á María, y á sus sonos melancólicos se congregaban cada noche en el templo los catalanes refugiados en el castillo, para implorar de Dios que socorriese á sus defensores, devolviendo la victoria á las armas catalanas.

A la sombra del pendón de la cruz enarbolado en Moncada, fueron juntándose y replegándose las partidas de dispersos guerreros que cayeron luego sobre la vega y reconquistaron Barcelona, con ayuda de San Jorge, que según cuentan cándidamente los cronistas, apareció visiblemente á nuestros catalanes en aquella batalla.

El castillo de Moncada solo, aislado en los alrededores de Barcelona, desafió entonces todo el poder reunido de la morisma, como más tarde en dos distintas épocas debía desafiar el poder de los franceses. Este castillo guardará siempre en las páginas de la historia, como un muy grande y glorioso recuerdo, el de no haber sido nunca tomado por los enemigos de Cataluña en tantos y tan diversos sacudimientos como ha experimentado este país.

Continuemos la historia de esta fortaleza.

III.

Las Moncadas, con perdon sea dicho de su preclaro apellido, se distinguieron siempre por su rebeldía, y el carácter turbulento de esos ilustres vasallos dió que hacer más de una vez á los condes de Barcelona, siendo ellos causa también de que más de una vez se levantasen encarnizados bandos en nuestra patria.

Ya en 1134 vemos los castillos de Moncada y San Lorenzo alzar el pendón rebelde contra el conde de Barcelona Don Berenguer Ramon IV, con motivo de haber mandado un día á sus vasallos el senescal Don Guillen Ramon de Moncada destruir la acequia y conducto que proporcionaba el agua del Besós á los molinos del conde. Fundábase el senescal en que, teniendo origen dicho conducto en la acequia que pasa por debajo del castillo de Moncada, le causaba notable daño y perjuicio el agua que se tomaba el conde para sus molinos, quitándosela á los suyos.

Según la crónica, hubo de ello gran enojo el conde, y entonces el de Moncada recurrió á las armas, y se amuralló en su castillo, haciendo fortificar también el de San Lorenzo, cerca de Tarrasa, negando el vasallaje á su señor y declarándose independiente.

Por entónces fué cuando tuvo lugar una terrible escena bajo las bóvedas del castillo señorial, uno de esos terribles dramas que los cronistas han procurado disfrazar ú ocultar dándole una version distinta enteramente.

Levantado el pendon de rebeldía contra el conde de Barcelona, proclamada la guerra civil en Cataluña, Guillen de Moncada llamó en su auxilio á sus amigos y deudos, que con armas, hombres y dinero corrieron á agruparse bajo su bandera.

Entre los primeros que acudieron, contábanse Riambaldo de Baseya, Bernardo Guillermo de Vezia, Pedro Udalardo, Bernardo Gilabert, Berenguer de Queralt y Guillermo de San Martin; Guillermo de San Martin, noble caballero que habia más de una vez cantado trovas de amores bajo las ventanas de Doña Beatriz, ántes de que esta hermosa dama hubiese unido su suerte á la de Guillen de Moncada.

No ignoraba el castellano esta circunstancia de los juveniles dias de su esposa, y sintiendo á la vista de su antiguo rival rasgar su corazon la punta de los agudos celos, recibió con las cejas fruncidas y la mirada torva el juramento de fidelidad y pleito-homenaje que le rindió Guillermo de San Martin.

Segun uso y antigua costumbre en la casa de Moncada, al disponerse los nobles caballeros para alguna peligrosa correria ó aventurada expedicion, celebraban un banquete en la sala de armas, á cuyos postres se presentaba la castellana de Moncada con una copa llena de sabroso vino, que ofrecia á uno de sus huéspedes, dando con esto á entender que quedaba nombrado jefe de la expedicion el favorecido.

El senescal habia dispuesto correr las tierras de algunos caballeros más adictos al conde de Barcelona, y principiar por las de Ramon Bernardo de Ripóllet, su particular enemigo.

Al tratarse de esta expedicion, celebróse el banquete de costumbre, y las antorchas clavadas en los garfios de hierro de la pared iluminaban ya con fantásticas tintas los rostros de los convidados, á quienes la noche habia sorprendido en el festin, cuando se abrieron las puertas de la sala para dar paso á la hermosa Beatriz de Moncada, que precedida de sus pajes, entró en la habitacion con severo continente y majestuoso ademan.

Llevaba en su mano la copa cincelada que debia ofrecer al futuro jefe de la expedicion, y detúvose un momento en el umbral como para escoger al noble caballero que debia trocar en venturoso capitán. Entónces fué cuando en medio de aquellos guerreros de moreno rostro y marcadas facciones, vió destacarse una fisonomía dulce y blanca, de suaves contornos, á la que daban una poética expresion los puñados de negros rizos que en profusion bajaban á besar su cuello desnudo por la ausencia de la armadura.

Claváronse sus ojos en aquel rostro que le sonreia como un grato recuerdo de su infancia, y atraída por una de esas simpatías desconocidas al corazon en el acto mismo de obrar, adelantóse gravemente y ofreció la copa al gallardo caballero, el cual halló en sus ojos una mirada de desdeñosa fiereza que pasear por el círculo de ilustres guerreros que le rodeaban ántes de mojar sus labios en el vino esquivo que por la bella castellana le era presentado.

Hubo entónces un murmullo de desaprobacion y de asombro, que no fué reparado ni por Guillermo de San Martin, entregado por entero á la satisfaccion de su orgullo presente, ni por Beatriz de Moncada, entregada por entero á las dulces memorias de su deleitoso pasado.

La copa, luégo de haber mojado en ella los labios el elegido, debia correr á la redonda para que,

á su vez, templando en ella sus labios todos los caballeros, manifestasen con ese mudo asentimiento recibir por jefe en aquella expedicion al nombrado por la hermosa castellana.

Aquella vez, cuando la copa, despues de haber circulado en torno á la mesa, llegó á manos de Guillen de Moncada, éste la arrojó con furor al suelo, y levantándose repentinamente dió por terminado el convite y por aplazada la correría que á tierras del de Ripollet se proyectaba.

A la mañana siguiente, uno de los hombres de armas se presentó al senescal para decirle que aquella noche, al efectuar su ronda por las murallas del castillo, habian despertado su atencion dos extrañas ocurrencias que el buen soldado no acertaba á explicarse.

Primeramente, al pasar una vez junto á la torre donde tenia sus habitaciones la noble Doña Beatriz, habia oido entonar por una voz dulce y desconocida unas endechas amorosas, y al acercarse al sitio de donde partiera la voz, habia cesado el canto misterioso, viendo huir una sombra por la revuelta del muro á tiempo que de la ventana de Beatriz se desprendia un pañuelo blanco que el soldado habia cuidadosamente recogido.

En el pañuelo conoció el senescal el de su esposa.

Seis dias despues de ésto, D. Guillen al reunir á sus nobles y amigos para una salida que intentaba con objeto de sorprender á una partida de hombres de armas que se habia apostado en el vecino campo de Matabous, vió lucir en el pecho del de San Martin una banda con los colores de Beatriz. Ya por una de las doncellas de ésta tenia noticia el de Moncada de que su esposa estaba bordando esta banda.

Bastó aquella imprudencia del jóven caballero para que tomaran incremento los celos en el alma del senescal.

Conjeturas y suposiciones, todo desde entónces pasó á ser una realidad para D. Guillen, que creyéndose ofendido en lo más caro de su honor, determinó tomar pronta y cumplida venganza.

Así es que aquella misma noche, mientras por sus escuderos hacia encerrar á Doña Beatriz en una profunda cueva del castillo, dirigíase él á la habitacion de Guillermo de San Martin, donde entraba acompañado de Bernardo Gilabert y Pedro de Udalarlo.

Despertó sobresaltado el jóven caballero al ver entrar á deshora en su habitacion á tan inoportunos huéspedes, y helóse la sangre en sus venas al ver al pié de su cama la figura severa y sombría del senescal.

Éste, sin decir una palabra, mandó prender á Guillermo de San Martin, y dispuso que fuese bajado y encerrado en la misma cueva que su esposa para que ambos muriesen de sed y de hambre.

Y en efecto, luégo de cumplida su orden, sin resistencia por parte de Guillermo de San Martin, la boca de la cueva fué tapiada con enormes piedras, de modo que les fuese imposible á los presos, no sólo la salida sino toda esperanza de salvacion.

D. Guillen ignoraba una cosa sin embargo, ó á lo ménos su cólera le cegó hasta el punto de no dejársela recordar.

La cueva, atravesando por bajo del rio Besós, iba á salir á orillas del mar, y esta circunstancia desconocida ú olvidada por el senescal, salvó á aquellos dos desgraciados cautivos, que corrieron á ampararse y ponerse bajo la proteccion del conde de Barcelona, el cual poco tiempo despues influia para hacer anular el matrimonio del senescal con Doña Beatriz, y casaba á ésta con Guillermo de San Martin, mientras que algunos reveses hacian refugiar en Aragon á D. Guillen de Moncada.

IV.

Corria el año de 1148.

Acababa apenas de llegar D. Ramon de Moncada del sitio de Tortosa, donde brillantemente habia combatido bajo la bandera de su señor el conde de Barcelona D. Ramon Berenguer.

Por aquel tiempo Cataluña estaba dividida en dos bandos, Castellvines y Cervellones, deudos estos últimos de los Moncadas.

Durante la ausencia de D. Ramon Berenguer, que con gran séquito de caballeros y hombres de armas habia ido á poner sitio á los moros en Tortosa, los dos bandos hicieron tan rápidos progresos, que el conde de Barcelona se volvió á su tierra precipitadamente, dejando la direccion del sitio á D. Ramon de Moncada, el cual se portó con tanta bizarria, que el conde le dió gran parte de la ciudad conquistada y la mitad del castillo en señorío.

Acababa, pues, de llegar el de Moncada de vuelta de su gloriosa expedicion, y con el apoyo decidido que prestó á los Cervellones, volvieron á despertar las iras de los bandos, apaciguadas algun tanto por la mediacion del conde mientras estaba el senescal D. Ramon combatiendo á Tortosa.

El senescal, ya lo hemos dicho otra vez, pertenecia á una raza de héroes turbulenta y algo aventurera, siempre pronta á empuñar la lanza del combate, á vestir la armadura de batalla ó á levantar el pendon de la discordia.

Por lo mismo, no sólo apoyó la razon que pretendia tener el bando de los de Cervelló, sus deudos, sino que se puso á su frente y lo reforzó con sus gentes y castillos.

Aunque tal refuerzo en el bando contrario hizo secretamente temblar á los de Castellví, su terror, sin embargo, no se manifestó en sus actos, y, decididos á todo y por todo arrojando, resolvieron librarse á toda costa del poderoso enemigo, que acaso con el solo nombre de sus mayores iba á dar la victoria á sus adversarios.

Tuvieron al efecto una reunion en el castillo de Rosanes, cerca de Martorell, y aunque fueron tratados varios medios de apoderarse de don Ramon de Moncada, sin embargo, el consejo de don Berenguer de Vilademuls, arzobispo de Tarragona y deudo de los Castellvines, fué el que prevaleció como el más acertado y prudente.

Era no obstante bien sencillo.

El senescal, como hombre de gran valor, acostumbraba muchas noches salir á deshora del palacio de los condes de Barcelona, y atravesar solo, á caballo, el camino desierto y solitario que desde la ciudad conducia al castillo.

Debíase, pues, tratar de esperarle, echarse sobre él, aprisionarle y conducirle al castillo de Rosanes para tenerle allí á buen recaudo.

Don Guillen de Pinell fué el primero en aprobar el consejo, y propuso que desde aquella misma noche fuesen á apostarse seis hombres valientes y decididos en el camino del senescal.

—Nó; seis no, dijo el arzobispo; doce. Matará á seis y los seis restantes se apoderarán de él.

Lo que predigiera el arzobispo pasó al pié de la letra. Doce hombres fueron apostados por los Cas-

tellvines en una encrucijada del camino, y al ver llegar á D. Ramon de Moncada, solo como de costumbre, se arrojaron repentinamente sobre él.

Moncada no mató á seis, mató á cinco, y los otros le sujetaron é hicieron prisionero.

Fué llevado al castillo de Rosanes y encerrado allí en un oscuro calabozo, puestos lo piés en un cepo.

Hacia ya algunos dias que permanecia de aquel modo, cuando una noche bajó á visitarle el mismo arzobispo D. Berenguer de Vilademuls.

En cuanto el de Moncada le vió, dirigióse á él con arrogancia, y le dijo que no era aquella prision para un hombre como él, y se la aliviase por lo tanto.

Entónces el arzobispo, con una gravedad estudiada, vovióse hácia un secretario que le acompañaba, pidióle un cuchillo de cortar plumas, y llegándose al cepo cortó de él una arista.

En seguida, dirigiéndose al senescal, que con asombro le habia mirado hacer:

—Servido estais ya, D. Ramon, le dijo, pues no tiene tanta madera el cepo, y debe seros por lo mismo más liviana la prision.

A semejante afrenta, la cólera encendió el rostro del senescal, que exclamó con voz entrecortada por la ira:

—Pedidle á Dios, D. Arzobispo, que no salga jamás de esta cárcel, pues en saliendo, os lo prevengo, sea cara á cara ó á traicion, como vos habeis hecho conmigo, juro á Dios que me la habeis de pagar.

El arzobispo se salió del calabozo sin proferir más palabra, y el senescal quedó entregado á su ira y saña, que le hacian trazar mil planes de venganza, los cuales bien pronto venia á destruir la idea de su acaso eterna prision en aquel castillo.

En el calabozo en que los Castellvines pusieran al de Moncada, habia existido en otro tiempo una gran ventana que fué tapiada para abrir una claraboya en el techo por donde pénétrar la luz y el aire.

Una noche, el senescal oyó golpes repetidos en el sitio donde habia estado la ventana, pero golpes dados con cierto misterio y prudencia como si aquellos que los daban temieran ser oídos.

Dirigió D. Ramon la vista al punto que le fué denunciado por el ruido, y no tardó en ver caer hecho añicos el tabique de piedra que tapiaba la ventana, apareciendo en la abertura Pedro Aleman de Cervelló, que se precipitó en el calabozo y en sus brazos.

Al saber los deudos del senescal su prision, habian propuesto á los Castellvines diferentes medios de rescate, que fueron todos rehusados.

Entónces, los que á toda costa querian libertar á Moncada, compraron tres hombres de armas del castillo de Rosanes, uno de los cuales habia ántes servido bajo las banderas de D. Ramon, y pudicron fácilmente por este medio llegar á su prision, derribando la ventana que les fué indicada y por la cual recobró el senescal su libertad.

Al verse libre y fuera del poder de sus enemigos, el de Moncada no pensó más que en los medios de llevar á cabo su venganza proyectada contra el arzobispo de Tarragona, y convínose con el almirante Galcerán de Pinós, Ponce, vizconde de Cabrera, y Pedro Aleman, para el modo como podia llevarla á cabo.

En esto, llegó á oídos del conde de Barcelona—que estaba ideando el ir á poner cerco á Lérida para que la ociosidad de sus caballeros no acrecentara la ira de los bandos,— la trama que contra el arzobispo D. Berenguer combinaban el de Moncada y sus deudos.

Con objeto, pues, de evitar una escena sangrienta que llenase de luto á los Castellvines y empañase el timbre de los Moncadas, dispuso enviar al arzobispo á Roma por su embajador cerca del Santo Padre.

Don Berenguer de Vilademuls aceptó la comision y partió para Roma, pero habia apenas salido de Barcelona y atravesaba el llano de Matabons, cuando presentándose de improviso varios caballeros al frente de una partida de hombres de armas, pusieron en fuga á la escolta, y apoderándose del arzobispo subiéronle al castillo de Moncada y le hicieron comparecer ante un tribunal formado de Don Ramon de Moncada, Galcerán Pinos, Ponce de Cabrera, Pedro Aleman de Cervelló y Guillen de Anglesola.

—Nunca un Moncada ha faltado á su juramento, D. Arzobispo, le dijo el senescal en cuanto le vió; se ha seguido con vos el proceder que conmigo habeis usado, sólo que al llegar al castillo de Rosanes encontré yo un cepo, mientras que vos hallais aquí un tribunal que os sentenciará en justicia.

—No reconozco ningun tribunal que pueda juzgarme, más que el de mi señor el conde de Barcelona, contestó el arzobispo.

—Yo no soy conde de Barcelona, arzobispo, dijo temerariamente el de Moncada, porque me lo impide la sangre de mis mayores derramada en servicio de los condes; pero soy más que él, porque mi nobleza es más antigua y valedera que la suya.

Entónces, en el vasto salon de armas, cobijados por las primeras sombras de la noche que á toda prisa acudieron, cual si quisieran cubrir con su manto la escena que iba á pasar; entónces, decimos, aquellos hombres cuyas varoniles frentes ceñian todas laureles de gloria, recapitularon las ofensas hechas al de Moncada por el arzobispo, y unánimemente le condenaron á muerte.

Pasada una hora, la sentencia estaba cumplida, y acaso tambien con el vespertino crepúsculo, envuelto en los oleajes de dudosa luz, oculta la frente con su flotante manto, abandonaba los lares de Moncada el ángel protector de la familia.

Pocos dias despues, huyendo la justa cólera del conde de Barcelona, pasaba D. Ramon de Moncada á Aragon, en donde permaneció hasta que, por haber mediado en el casamiento del conde con Doña Petronila, hija de D. Ramiro *el Monje*, y haber coadyuvado á la union de Cataluña y Aragon, volvió á conquistar la gracia y afecto de su señor.

No sólo éste le devolvió entónces sus feudos y castillos, sino que le alcanzó el perdon del Santo Padre, que en penitencia le mandó fundar y dotar, á él y á los que en la perpetracion del crimen le ayudaron, el famoso monasterio de Santas Cruces.

V.

El rey más grande que ha tenido la Corona de Aragon; el Almanzor de los cristianos; el hombre que parecia haber nacido para todo subyugarlo, para conquistarlo todo; el rey-héroe, á cuyas plantas se habian un dia de postrar sumisas las Baleares, Valencia y Murcia; D. Jaime *el Conquistador*, en una palabra, intentó un dia apoderarse del castillo de Moncada, pero en vano. Por espacio de tres meses resistió esta fortaleza al vencedor de Mallorca, viéndose éste por fin obligado á ceder

de su empeño y á levantar el cerco; él, el hombre que más tarde con su solo nombre desbandaba ejércitos enteros, y con solo desnudar su espada conquistaba reinos.

Fué en 1243. Don Guillen Ramon de Moncada, senescal de Cataluña y vizconde de Bearn, ayuntó un dia, como dice Zurita, mucha gente de sus parientes y amigos en Cataluña para entrar á correr el condado de Rosellon y hacer guerra en las tierras del conde D. Nuño Sanchez, de quien al parecer tenia que reclamar agravios. Quejóse al rey el conde de Rosellon, y D. Jaime, habido consejo en Córtes, mandó requerir á D. Guillen de Moncada para que desistiese de proseguir su pretension por aquella via, si no queria que le pesara. Era D. Guillen demasiado soberbio de raza para ceder al requerimiento del monarca. Lo que éste consiguió fué sólo que aquél adelantase su proyecto.

Curóse poco ciertamente de lo que el rey mandaba, y á principios del 1243 entró en el Rosellon con los barones y caballeros de su linaje, talando la tierra, tomando por combate de lanza y escudo el castillo de Alvari, y apoderándose de Perpiñan.

Grande enojo hubo el rey de la desobediencia del D. Guillen, y declarándole rebelde, reunió toda su gente en Aragon y cayó sobre las tierras del de Moncada y de los de su linaje y valedores, tomándoles ciento treinta fortalezas entre torres, fuertes y castillos de homenaje. En seguida, comenzado ya el mes de Agosto, puso cerco al castillo de Cervelló, que, á pesar de ser muy enriscado y fuerte, fué ganado en catorce dias, y corrióse á poner sitio al mismo castillo de Moncada en el cual estaba ya D. Guillen de vuelta de su excursion á las tierras de D. Nuño. Cuatrocientos caballeros iban con el rey; ciento treinta se habian encerrado en el castillo con D. Guillen.

Llegado á las puertas de la fortaleza, D. Jaime mandó requerir al de Moncada para que le acogiese en su castillo; pero respondió, segun dicen las crónicas, «que de buena voluntad lo recibiera si se lo demandara de otra manera; mas visto que el rey habia hecho tanto daño en su tierra é iba con ejército contra él, no era obligado de entregarle el castillo.»

Al recibir esta contestacion, formalizó D. Jaime el cerco, y cuéntase que aunque era entónces muy mozo, pues no contaba mas allá de catorce años, manifestó en todo aquel sitio grandes conocimientos militares, tomando muy acertadas disposiciones, y acudiendo á todo lo necesario; pero esto no impidió que en los asaltos que diera á la fortaleza viese sucumbir la flor de sus caballeros. Esto, y el que, segun sienta Zurita, muchos caballeros del mismo ejército del rey, á quienes displacia mucho que recibiesen daño D. Guillen de Moncada y los que con él estaban, proveian de vituallas á los cercados, desalentó á D. Jaime, el cual, viendo que perdía el tiempo en aquella porfia, mandó por fin alzar el cerco, volviéndose con los suyos á Aragon.

Más tarde arregláronse los bandos, volvió á la gracia del rey D. Guillen, y sirvióle leal y valerosamente en varias empresas, señaladamente en la de Mallorca, donde le esperaba gloriosa muerte.

En tiempo de Pedro *el Grande*, y cuando el Papa por supuestas quejas de D. Pedro dió el reino de la Corona de Aragon á Carlos de Valois, realizándose aquello de que á quien no ha ganado reinos poco le cuesta darlos, un numeroso ejército francés quiso venir á sentar al de Valois en aquel trono tan fácilmente dado. Poco se esperaban el Papa y los franceses la leccion severa que entónces habia de darles Cataluña levantándose indignada y arrojando de su territorio á aquel ejército y á aquel rey de nuevo cuño, á quien los catalanes llamaban por irrision el rey del chapeo (*lo rey del xapeu*). Sin embargo, ántes que esto sucediera, cuentan nuestras crónicas que á la entrada de los franceses,

desde los Pirineos hasta el castillo de Moncada, quedaron desiertas todas las comarcas, hallándose á duras penas un miserable villorrio en que ondease el pendon catalan. En el mismo Vallés sólo tres castillos se mantuvieron por D. Pedro. ¿Hay que decir que uno de ellos fué el de Moncada?

En tiempo de D. Juan II, este castillo, que era ya de posesion y dominio de la ciudad de Barcelona, tremoló en su torre la bandera llamada por los enemigos de rebelion catalana, y que no era sin embargo sino una bandera de lealtad, amor y fidelidad á las santas y veneradas instituciones de un país libre: en la guerra de Cataluña contra Felipe IV, ó mejor, contra su privado el Conde-duque, permaneció fiel esta fortaleza á la justa causa catalana; y por fin, cuando en 1697 un ejército de Luis XIV, rey de Francia, entraba por capitulacion en Barcelona, despues de setenta y tres dias de sitio, el castillo de Moncada, inexpugnable siempre, continuó tremolando el pendon nacional á los ojos mismos del francés que no se atrevió á subir á aquellas alturas.

En la guerra de sucesion, Moncada siguió la suerte de toda Cataluña, y en nuestro siglo, en la guerra de la Independencia, sabido es que las alturas coronadas por esta fortaleza eran nido de los bravos somatenes que muy á menudo descendian al llano persiguiendo á los franceses hasta las puertas de Barcelona, de la cual por engaño se habian apoderado.

Tal es la historia de este castillo.

VI.

Y ahora, vamos á decir algo de los Moncadas, que no es justo enmudecer de ellos habiendo hablado tanto de su solar.

La casa de Moncada tenia por escudo de armas siete panes sobre campo de púrpura. El origen de este blason nos lo refiere una tradicion, que podrá no ser cierta, pero que es muy bella y que es tan poética como piadosa.

Tocaba ya á su término la conquista de Mallorca, en que tanto se habia distinguido la familia de Moncada, muriendo dos de esta casa en la primera refriega contra los moros insulares. Don Jaime se habia ya valorosamente apoderado de la capital, y los pocos sarracenos que quedaban habíanse refugiado en las cuevas de Artá, á las que el monarca de la Corona de Aragon pusiera estrecho sitio. Dos dias hacia ya que apenas tenia víveres el campamento de los cristianos, y sabedor D. Jaime de que habia pan en la tienda de D. Hugo de Moncada, dirigióse á ella con D. Nuño Sanchez y más de cien caballeros.

Al ver el de Moncada la honra que merecia del rey, levantóse apresuradamente para recibirle, y enterado del motivo que allí guiara al monarca, cuenta la tradicion que se quitó la capa de grana que llevaba puesta y la extendió en el suelo á guisa de mesa, colocando sobre ella siete panes solos que tenia, los cuales ofreció caballerosamente al rey y á su comitiva, siendo tanto el milagro, dice la crónica, que de aquellos siete panes comieron hasta satisfacer su hambre D. Jaime y sus cien caballeros. En memoria de este hecho tomaron los Moncadas por armas siete panes de oro en campo de grana, abandonando las armas de Baviera que se supone habian usado hasta entónces por descender de aquellos duques.

Esta es la tradicion que, como cuentan, cuento.

Por lo demás, y volviendo ahora á nuestro asunto, la familia de los Moncadas ha figurado siempre con gloria y con honra sobrada en los anales de la historia de Cataluña. Larga y muy entretenida tarea sería la de reseñar las glorias todas de esa raza: me contentaré con citar algunos hechos principales.

Dejemos á un lado al capitan Dapifer, tronco de esta familia, el primer baron de la *Fama*, que ganó á Urgel y rindió tres caudillos moros; no hablemos tampoco de aquel Moncada que, segun una bellissima conseja, montó á la grupa del caballo de San Jorge, trasladándose por los aires desde Antioquía á la llanura de Alcoraz, y tomando parte el mismo dia y á la misma hora en dos batallas; y demos al olvido la fábula de aquel otro Moncada, que ofendido por el arzobispo de Tarragona, esperóle al paso una noche y le mató, fundando luégo un monasterio en desgravio de su crimen. Por peregrinas que sean estas tradiciones, la historia las rechaza, y la familia de que hablamos no tiene afortunadamente que recurrir á la fábula para buscar dramáticos episodios y hazañas caballerescas realizadas por la poesia de la gloria.

Ninguna expedicion contra moros, ninguna empresa grande tomaron á su cargo los condes de Barcelona, en que no contasen á algun Moncada entre sus más valientes y atrevidos capitanes. Esta noble familia, cuya gloria va enlazada á todas las glorias de aquellos tiempos, figura por medio de dignos representantes é ilustres varones en la expedicion de los catalanes á Andalucía á principios del siglo xi; en la reconquista de Barcelona por el conde Borrell; en la expedicion á las Baleares, llevada á cabo por el conde D. Ramon Berenguer III, y en la toma de Lérida y en la de Fraga efectuadas por el conde don Ramon Berenguer IV. En la conquista de Tortosa fué tanto lo que se señaló un Moncada, que el conde le dió en feudo la tercera parte de la ciudad por sus servicios: á este mismo Moncada se debió principalmente la union de Cataluña y Aragon, y mientras, más tarde, un Moncada se enlazaba con una hija del rey de la Corona de Aragon, D. Pedro *el Católico*, otro tomaba por esposa á la vizcondesa de Bearn, emparentando así con dos razas de soberanos.

Dos Moncadas, yendo en la armada de D. Jaime, son los primeros en tomar tierra en Mallorca y los primeros en regar con su sangre aquellos campos, abriendo paso con su muerte á las huestes del *Conquistador*; los Moncadas, que han sido siempre senescales de Cataluña, pasan á ser tambien procuradores generales de Aragon; una hembra de su familia, Doña Constanza, se enlaza con el principe D. Alfonso, como más tarde otra, Doña Guillerma, se ha de enlazar con el principe D. Pedro, y como otra, Doña Elisenda, ha de ser, andando el tiempo, mujer de Jaime II, reina de Aragon, y, muerto su esposo, fundadora y primera abadesa del monasterio de Pedralves.

Un Moncada es grande almirante de la Corona aragonesa en tiempo de Pedro IV, vence en Estepona á una armada de moros, socorre á los aragoneses y catalanes en Sicilia, y es jefe de la escuadra que marcha contra Mallorca y su rey D. Jaime; otro es condestable del reino, y es en Sicilia el caballero defensor de la reina Doña María; otro es gobernador general de Cerdeña y Córcega primero, de Mallorca despues, y brilla lo mismo en el campo de batalla, donde es el primer héroe, que en los parlamentos, donde es el primer orador; otro toma parte en los bandos de Aragon ántes del parlamento de Caspe, y figura en las asambleas de Mequinenza y Tortosa; otro libra á la reina Doña Blanca de Sicilia cercada en el castillo de Marqueto, socorre á la reina doña Juana de Nápoles, se señala en la guerra de Córcega, y pelea valerosísimamente en Nápoles, con Sforza; otro conquista á Argel; otro defiende á Puigcerdá; otro es el capitan de más fama del duque de Valentinois;

otro deja fama eterna en Calabria, de cuyo país es gobernador; y por fin, otro, Hugo de Moncada, al que llaman las crónicas *el Neptuno catalan*, es virey de Sicilia, corre las costas de Berbería y se apodera de Tripoli.

Tales han sido los varones más culminantes de esta raza. Podeis, pues, acercaros con respeto á las ruinas de este castillo, y con toda la religiosa unción del amor patrio descubriros la frente y saludar esas pocas piedras, único resto del solar de una familia que ha dado espléndidos días de gloria á su país.

Junto á las ruinas de este castillo su abre la boca de una cueva que, segun fama, baja desde lo alto de la colina al llano, pasa por debajo del rio Besós, y rozando los cimientos de Santa Coloma de Gramanet y San Adrian, se abre paso por entre unas peñas cerca del mar. No hace mucho que entre Barcelona y Mongat se mostraba un profundo agujero que se decia ser la otra entrada ó boca de esa misteriosa caverna.

En varias y distintas épocas, hombres valerosos han intentado atravesar ese camino subterráneo, pero todos se han arredrado ántes de entrar ó á mitad del pasaje. En la capilla de Moncada se conservó por mucho tiempo cierta tablilla en memoria de tres mozos que decidieron una vez penetrar en la cueva y que hubieron de retroceder, contando al salir que les habian interceptado el paso visiones y fantasmas que les siguieron picándoles los talones.

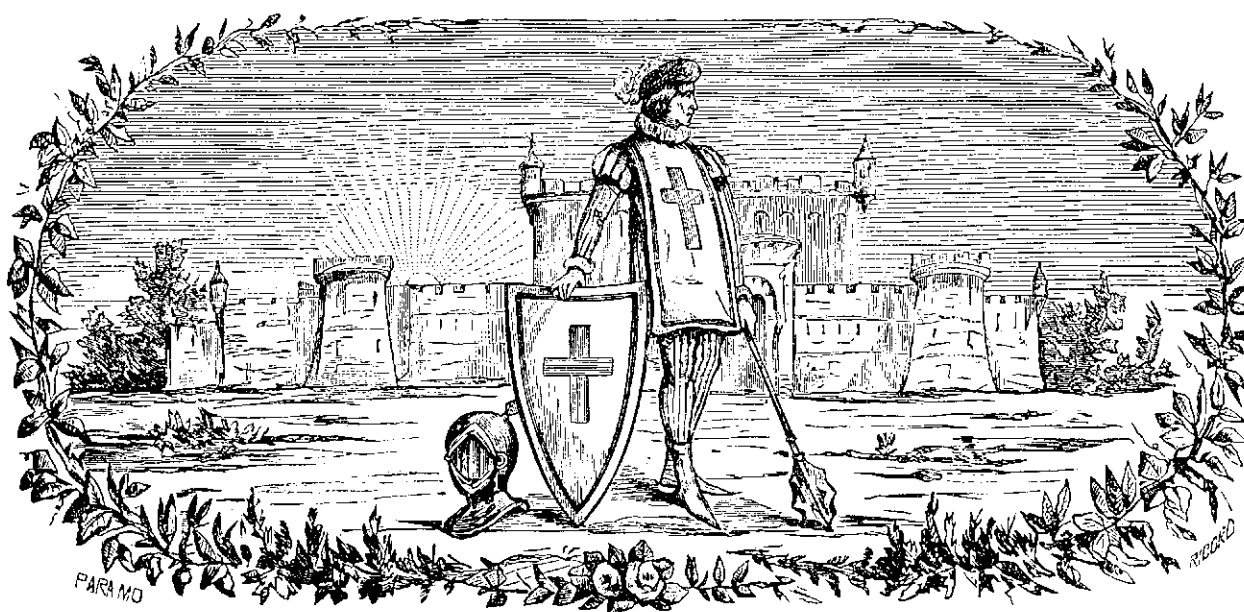
El celoso cronista Jerónimo Pujades, que escribió su obra á mediados del siglo xvii, dice habiendo de esta cueva, haberse encontrado con hombres que habian entrado tan adentro que entendian haber pasado más allá del camino real que va á la villa de Moncada, pues le dijeron que habian oido retumbar la bóveda cuando los carros y cabalgaduras pasaban por encima, pero se volvieron por haber hallado agua embalsada que destilaba la bóveda. Este mismo cronista quiso una vez penetrar en la caverna, habiendo subido al castillo con este objeto; pero confiesa, con aquella ingenua sencillez en él característica, que hubo de arredrarse y desistir del que llama su temerario intento; primero por haberle acudido á la memoria las muchas cosas que oyera contar, y despues por el asombro que le causó ver su entrada y precipicio.

Si efectivamente, como se da por cierto, la cueva de este castillo tenia comunicacion con el mar, ya entónces es más fácil comprender que pudiera por ella ser abastecido, siendo muy factible mantenerse mientras que los demás se rendian y entregaban á los moros. Una comunicacion subterránea de esta clase es la que existia tambien en el antiguo castillo de Egara ó de Tarrasa.

Segun Pujades, esta cueva, que el vulgo continúa en creer habitada por espectros y fantasmas, se llamaba *cueva de Doña Guillerma*, señora de la casa de Moncada y mujer que fué del infante D. Pedro de Aragon; pero no dice el cronista ni hemos podido averiguar nosotros, el por qué de tal nombre.

En una de nuestras frecuentes excursiones por los alrededores de Barcelona, subimos cierto dia á este castillo, y los soldados del telégrafo nos dijeron que habian intentado penetrar en la cueva y que habian andado por ella como unos doscientos pasos, pero que les obligara á volverse la falta que tenian de antorchas y lo escabroso y descompuesto del camino.

VÍCTOR BALAGUER.



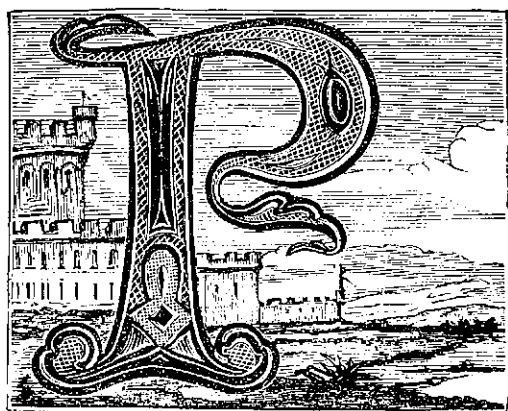
EL CASTILLO DE LINZA.

Á LA MEMORIA

DE LA

SEÑORITA DOÑA MERCEDES DE CASTRO.

I.



RÓXIMO á Guejar de la Sierra, y no léjos de la espesura donde tiene lugar el nacimiento de los ricos caudales del Genil, si hemos de creer á los serranos; aseveracion que el más reacio no habrá de poner en duda cuando en evidencia la ponen lo maravilloso de la fecundidad y lo espléndido de la lozanía de aquella olvidada comarca; álzase humildemente una casa, albergue de colonos, de cuyas paredes podria decirse que victoriosamente compiten con la nieve de las cumbres vecinas. Pero no sucede lo mismo con los raros cimientos que la sostienen: raros, porque se hallan del todo en descubierto, dejando admirar en su desnudez una firmeza secular.

El color bermejo de estos cimientos se halla revestido de las pardas tintas del tiempo. Ni una sola grieta, por cien y cien inviernos causada; ni una piedra sola, por los huracanes derribada. La casa atrae y seduce; su asiento asombra y contiene. Aquello es un puñado de nieve sobre una mole de granito, únicamente acompañados por el silencio y la soledad, en medio de la más pródiga de las naturalezas.

¿De dónde proceden? ¿Cuál origen es el de esos cimientos? ¿Qué circunstancias determinaron su conservacion al construirse la modesta vivienda? ¿Qué representan? ¿Qué dicen? ¿Qué revelan ó qué ocultan?

Entremos en la casa, pues á pesar del silencio y de la soledad que la circundan, seres humanos deben habitarla, á juzgar por su aseo y compostura, no ménos esmerada que la de las garridas seranas de sus cercanías. La puerta se ha franqueado á impulso de la franca hospitalidad, propia del mediodía. Nuestros pasos resuenan en una estancia, cuya única ornamentacion consiste en un taburete de pino, dos sillones de nogal, desprovistos del mullido aditamento que la comodidad les diera, y allá como incrustado en la pared, un armario de hierro, de antiquísima construccion, herméticamente cerrado.

En uno de los sillones yace, con el sopor con que abruman á la vez, el cansancio y los años, una mujer septuagenaria, de simpático aspecto y muy respetable continente.

Breves pero afectuosas son las palabras con que á nuestro saludo contesta; y bástala un movimiento de cabeza para decidirnos á tomar asiento; despues de lo cual, sin la menor extrañeza nos pregunta en qué pudiera servirnos.

Expuesto por mí el objeto de la impensada visita, reducido á los límites de la historia de los cimientos en cuestion, de aquellos regulares peñascos de color bermejo, que tal asombro nos causarían, la anciana se sonrie; luégo hace un movimiento de hombros, que podría traducirse por imposibilidad de satisfacernos, y por último, fija sus dulces ojos en el armario de un modo que indudablemente augura íntima relacion entre nuestro deseo y lo que allí se encierra.

Como quiera que permaneco silenciosa, durante un largo espacio, abstrayéndose, al parecer, en pensamientos melancólicos, preciso es llamar su atencion de la manera ménos indiscreta, recordándola el objeto de nuestra visita.

—De ello me acordaba, exclamó entónces exhalando un suspiro. Sabed que la memoria de mis padres y abuelos, así como la de todos mis ascendientes, va íntimamente unida á la historia que me pedís, á lo que esos peñascos sustentaban, á un monumento cuya azarosa existencia podríais revelar al mundo, pues salir merece de los estrechos lindes de estas sierras, al famosísimo y nunca bastante ponderado castillo de Linza.

—Contad, contad su historia, amable anciana, la digo con anhelo.

—¡Ah! yo no sabría, yo no acertaría, me contesta con desaliento. Pero hé aquí lo que cumplidamente habrá de suplir mi insuficiencia. Las llaves que os presento, servirán para poner á vuestros ojos el fondo de ese armario, si os tomaís la molestia de abrirlo, y un pergamino enrollado que hallareis en dicho fondo, habrá de satisfacer vuestra curiosidad justísima, á la par que se cumplan mis deseos de universal conocimiento, respecto á mi castillo querido.

Y diciendo y haciendo, mientras la respondo con expresiones de verdadero agradecimiento, me entrega las dobles y pesadas llaves del armario, y en el acto, merced á esfuerzo poderoso, quedan descorridos los cerrojos y en mis manos el pergamino inapreciable.

Escrito en castellano antiguo, habré de traducirlo á los nuevos términos del idioma de Cervantes, para inteligencia del lector, sin permitirme la alteracion de un ápice de su texto, entre tanto que la simpática anciana permanece abstraída de nuevo en sus meditaciones.

II.

«Al invadir á España los árabes, habian ido destruyendo ó desmantelando todos los castillos que no hubieran sido incontrastables á su empuje devastador, y que pudieran hallarse expuestos á un golpe de audacia, por su alejamiento de las fronteras propias y su proximidad á las que tan valerosamente guardaban los defensores de la Cruz.

Uno de los pocos que se libraran de esta general y desgraciada suerte, era, en el reino de Granada, el castillo de Linza. Construido por los romanos, durante los últimos años de la dominacion de Augusto, fuera el valladar más formidable contra las irrupciones constantes de los bárbaros, al mismo tiempo que el baluarte más seguro de las legiones del imperio.

Cuando los árabes se hubieron posesionado de sus muros, á costa de torrentes de sangre, de donde procede, segun sagradas tradiciones, el bermejo color de sus cimientos; cuando hubieron inundado en la arrogancia de la victoria, desde el ancho patio á los altivos adarves, desde el inmenso salon de las armas y los trofeos, hasta el sagrado retiro de la paz y de la oracion, cesó como por encanto la embriaguez de su triunfo y la insolencia de sus pasos.

Habian traspasado los umbrales de la capilla, y habian visto un milagro, milagro de hermosura realizado por el Cielo. Una huri yacia postrada de hinojos ante el Dios de los cristianos, al pié del altar donde se veneraba la imágen de Nuestro Señor Jesucristo.

Aquella huri del Paraíso, aquel ángel de la gloria en el mundo, ni habia visto entrar á los mahometanos, ni se habia apercibido de su aproximacion al santuario. Orando con fervor, elevándose de la tierra en alas de la esperanza suprema, mientras el fragor del combate hacia retemblar espantosamente aquel asilo de la fé y de la piedad, era imposible que oyese otros acentos que los que ensalzaran las victorias del Empíreo, que otros ecos llegaran á su alma que los de la cumbre excelsa. El arrobamiento la enaltecia; el éxtasis la alejaba del mísero suelo.

Aquel ángel se llamaba Mercedes de Castro, ilustre apellido á que su padre D. Tello daba entónces nuevos timbres gloriosos, cayendo como un héroe á las mismas puertas de su castillo, para no volver á levantarse jamás. Pero Mercedes ignoraba todavía la catástrofe, áun no conocia ¡desdichada! la mayor de sus desdichas. Y una alegría sobrehumana brillaba en sus ojos, y un resplandor augusto radiaba de su frente.

¡Qué peregrina su hermosura! Más que una de esas mañanas que al despertar contemplamos animadas por un sol de primavera, cuando habíamos creído encontrarla entristecida con las copiosas lágrimas del invierno.

La lumbré de la esperanza no es más dulce que su mirada, y el claro azul de su aéreo trono no es más puro que el de sus pupilas. Los suaves rizos, de su ondulante cabellera, más gratos son á la fantasía que las deslumbradoras pilas de oro á la avidez del avaro.

No ostentan los copos de nieve de la montaña la nítida blancura de su seno, ni ante sus mejillas pudieran ufanarse las rosas cuando abren sus capullos para recoger las lágrimas de la aurora. La azucena que al soplo de las auras se gallardea, preciara en muy poco su gentileza, si al lado de Merce-

des hubiere de contemplarla, y los dos claveles más rubicundos habrian sentido lo inútil de su emulacion junto á sus labios.

Todos estos tesoros de hermosura abarcó la centellante mirada del caudillo sarraceno que á las victoriosas huestes conducia hasta el pié del altar de la capilla. Pasados los primeros momentos de asombro, y dejando el estupor plaza nuevamente á la audacia, cien de aquellos sacrilegos iban á precipitarse sobre la castellana, tal vez á arrancarla la vida, tal vez á arrancarla la honra. Un gesto del caudillo les hizo retroceder estremeciéndose y ruiendo. Otro imperioso ademan les obligó á salir de la capilla, dejando solos á Mercedes y su jefe.

El musulman, trémulo como un niño, en grave falta sorprendido, avanzó lentamente hácia la jóven. Los ángeles cuando no ven los peligros, los presienten. Mercedes se levantó súbitamente, y los rayos de su hermosura, fulminados sobre el hijo del Desierto, le humillaron aterrado á sus plantas. Sobrehumano valor resplandecía en los ojos de la doncella. No cayó desvanecida: no arrojó siquiera un grito de sorpresa, de dolor ó de indignacion. Miró serenamente al terrible enemigo de su religion y de su patria, y luégo, extendiendo un brazo hácia la puerta, majestuosa, irresistible, sin desplegar los labios, le ordenó que no profanase más aquel santuario, y que en el acto le dejara.

El árabe, ó no quiso ó no pudo obedecerla, bajo el imperio de la fascinacion que le cegaba y del sentimiento que le abrumaba. De hito en hito la contemplaba como á una aparicion sobrenatural, y parecia adorarla con todo el exaltado fanatismo de los creyentes de Mahoma, por las divinidades de su edem engañoso.

La hermosa castellana vió tanta exaltacion y tuvo miedo, y su serenidad desapareció tan súbitamente como habia surgido, é intentó la huida, objeto imposible. La puerta estaba guardada por los vencedores, y salvajes gritos de triunfo resonaban por todos los ámbitos del castillo, acompañando á la venganza con el degüello, el pillaje y el incendio.

Entónces Mercedes cayó en el umbral anonadada, pero el noble caudillo la recibió en sus hercúleos brazos, besando con trasportes de veneracion y de entusiasmo los bordes de su brial recamado de oro y las yertas manos enlazadas implorando piedad é hidalguía.

III.

«¡Ilusiones venturosas!...
¿Por qué tan pronto os marchais?
¿Cómo á mi anhelo ocultais
vuestro sendero de rosas?»

Por muy sensible que haya de ser la suspension de este relato en el punto del manuscrito á que se ha llegado, la regularidad del cronista exige una interrupcion de cortos momentos, dedicados á diseñar los principales rasgos y á exponer las circunstancias más interesantes que al héroe musulman atañen, así como las que se refieren á la cristiana hurí, de su entusiasmo inspiradora.

Amir-bem-Abdalá se nombraba aquel hombre entre los suyos.

Era el compañero de armas más querido de Tarik, el invencible, y uno de los capitanes que secundaran su indomable bravura á orillas del Guadalete. Puesta á sus órdenes una de las divisiones que en mayor grado contribuyeran á aquel triunfo, sin ejemplo en la historia, habia sometido al

yugo del conquistador con rapidez increíble, gran parte de la Bética, especialmente á Granada y Córdoba.

Solamente los muros de Linza lograron contener su paso impetuoso; mas ¡inútil heroísmo! ¡Vano ardimiento el del puñado de sus defensores! ¡Malogrado tesen el del castellano D. Tello de Castro, rehusando fiero el rendirse!

No le cupo suerte ménos aciaga que la de sucumbir, pronunciando confundidos los nombres de su patria y de su hija, único vástago que de su familia quedaba; ni tuvo consuelo ménos amargo en su aliento postrero, que mirar como á su rededor tambien le exhalaban heróicamente sus leales guerreros.

En aquella hija idolatrada, en la huérfana sin ventura, al empezar la vida habia empezado el sufrimiento. A su situacion podrian aplicarse los siguientes versos de cierto romance:

« Al darla vida su madre,
la suya entregó al Altísimo:
¡Que si un ángel viene al mundo,
otro vuelva al Paraíso! »

Sus deudos, ó habian perecido en la lucha contra el invasor, ó yacian en las mazmorras de la esclavitud, sufriendo igual suerte en el asalto de Linza todos sus servidores. Ninguna de sus doncellas, ni uno sólo de sus pajes se libraron del cautiverio ó de la muerte.

Mercedes no sabia hasta dónde alcanzaba entónces el espanto, el horror de su desamparo y soledad. La tímida y pudorosa violeta no imaginara que el añoso roble, á cuyo abrigo vivia, pudiera ser arrancado de raíz por los huracanes.

Alejado constantemente D. Tello del hogar doméstico por sus belicosas faenas, habíala bastado su nobilísimo instinto para crearse una educacion esmerada, para improvisarse un círculo de afectos de familia, conforme á las aspiraciones de su alma angélica, por medio de una caridad inagotable, llevando donde quiera pan y consuelos al hambriento y al afligido. En el crisol de la virtud habia tomado su belleza tintes celestiales. Cada primavera que pasaba la cedia en recuerdo un nuevo encanto, y diez y ocho veces se desplegara su manto de flores en las riberas de Darro y Genil, cuando vino la guerra á fulminar á un tiempo sobre su existencia todos sus horrores. Soñaba al orar en la capilla, la salvacion de su padre, el triunfo de su patria, la paz venturosa, y halló... pero ya es tiempo de volver á su lado.

IV.

« En un soberbio aposento
de anchos tapices de Flandes,
sobre morisco divan
la niña llorando yace. »

Así yace Mercedes en su cámara rodeada de su aya y de sus doncellas, á quienes Amir-bem-Abdalá ha otorgado la libertad, devolviéndolas tambien las preseas que sus soldados las arrebataran, porque pudiesen acudir al socorro y servicio de su jóven señora.

Entre los lamentos de aquellas mujeres, oye la nueva fatal de su orfandad, y adivina lo inmenso del desastre que la acompaña. Y la desesperacion no la aniquila, no agota el cáliz de su vida: sólo agota las lágrimas de su corazon, las que á torrentes salen de sus ojos en oleadas de sollozos y de gemidos.

Cuando Amir la contemplaba, resplandeciendo en su faz angélica la lumbré de la esperanza, se enamoró de ella con vehemencia sobrehumana; ahora que ve aquella lumbré apagada por el dolor, no la ama con delirio; la adora como á una deidad; la venera como al más sagrado de los objetos.

Los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, arrimado, en pié, al ángulo de la cámara opuesto al lugar que ella ocupa, sobre cojines de terciopelo, muestra el caudillo musulman tanto respeto como gallardía, tan bello corazon como porte bizarro.

Es alto, atlético, con gracia, con majestad. Parece alimentada por dos focos abrasadores, inextinguibles, la vívida llama de sus ojos negros rasgados; y no puede hallarse nada más varonil y correcto que el contorno de su cabeza dominadora. Es una figura de acero que hace recordar al leon del Zahara, y pensar en la facilidad de las asombrosas conquistas de su raza, deplorando el enervamiento de la monarquía goda.

Por abrumadoras que sean sus desdichas, por amarguras que entrañen sus sentimientos, Mercedes no puede ménos de considerar, siquiera en breves instantes, á través de las lágrimas de sus ojos, el hermoso continente de su protector enemigo, la nobleza de su comportamiento, la piedad y la veneracion que le inspira, y tal vez la pasion que en sus miradas sorprende. ¡Tal vez... porque ella se siente estremecer al vislumbrarla, é instintivamente gira su vista por la estancia para cerciorarse de nuevo de que no se encuentra sola con aquel hombre.

Cediendo á este instinto de temor, ó á la gratitud de su alma, ó al móvil de otro sentimiento, para cuya explicacion fuera preciso el conocimiento de todos los misteriosos resortes del corazon de una mujer, previene á su aya hacer presente á Amir, por medio de un intérprete, que á sus órdenes las enviara, cuánto es lo que siente y deplora la fatalidad de que un guerrero tan generoso haya acaudillado á los matadores de su padre, y que un abismo de sangre y de horrores hubiera de interponerse entre su eterno agradecimiento y la magnanimidad del más grande de los enemigos de su Dios y de su patria.

Despues de leer en los ojos de Amir la respuesta á sus expresiones, la escuchó de los labios del intérprete en palabras parecidas á las siguientes:

—Dios es grande, es infinito, señora; y lo mismo que ha podido crear una maravilla tan pasmosa como la de vuestra hermosura, podrá dar á vuestro corazon una felicidad y un consuelo no ménos maravillosos. La mano que impulsa á la segur, abatiendo las mieses, puede depositar en los surcos abandonados nuevas semillas, gérmenes de abundantes y ópimos frutos. No existe valla alguna incontrastable al corazon; y si este corazon á otro corazon se aproxima, los más profundos abismos desaparecen de su camino. El corazon de Amir, señora, va en busca del vuestro, como buscan sus ojos el paraíso que los vuestros reflejan, con la avidez con que busca el ciervo herido las cristalinas aguas de la fuente. ¡Sí!... Amir es vuestro esclavo. ¡Oh, la más peregrina de las hurís!; y ahora de vos se despidе á fin de que su presencia no turbe la augusta soledad de vuestra pena. Pero vendrá un dia á suplicaros recordeis cuán desconsoladora habrá de ser la ausencia para quien ama como él os ama, para quien os adora como se adora al cielo.

Pronunciadas estas palabras, Amir-bem-Abdalá se despidió, con efecto, de Mercedes en humildísimo acatamiento, lanzándola al trasponer los umbrales, una mirada profunda, ardiente y melancólica; mirada que ella intentó en vano sostener.

V.

Y pasó un día, y otro, y otro: y pasaron algunos meses. Y fueron innumerables las pruebas de respeto, de veneración y de amor de que Mercedes de Castro era objeto para Amir-bem-Abdalá.

Hizo que arquitectos cristianos reconstruyesen el casi destruido castillo, guarneciéndole con gentes de su confianza, que obedecían en absoluto las órdenes de la castellana; hizo levantar un magnífico mausoleo, en honor de D. Tello y de sus guerreros, y buscó á un sacerdote de la religion del Crucificado para que hubiese de sustituir en la capilla al que arrebatara la guerra.

Mercedes lo sabia. Sabia tambien que todos los dias, á altas horas de la noche, deslizábase un hombre en ancho alquicel embozado bajo el muro sombrío sobre el cual se asentaba un torreón, cuya ventana principal era el mirador de la melancólica niña.

Pero aquella ventana no se abría jamás durante la noche, y en cuanto al día, de raro en raro. Mercedes sabia quién era aquel hombre misterioso y cuánto suspiraba por ella, porque en el silencio profundo de las noches habia oído cántigas de amor, habia tenido que escuchar ardientísimos suspiros.

Aquellas cántigas, dulces como el arroyuelo y sonoras como el torrente, eran moduladas con el acento hermoso de su patria por el extranjero invasor. Amir-Bem-Abdalá habia aprendido el idioma que hablaba su amada.

Cuántas tentativas hiciera por obtener una respuesta favorable á sus esperanzas, habian sido infructuosas. Y, sin embargo, Amir era correspondido; Mercedes le amaba, escondiendo su pasión en lo más recóndito de su seno, porque entre el albo color de sus ilusiones de enamorada, no se borraban nunca las manchas rojas de la sangre, el horrible recuerdo de sus desgracias, la sombra vengadora de su padre.

Pero el término de esta penosísima incertidumbre debia trascurrir para ellos fatalmente tambien. Habia llegado á noticia de los compañeros de Amir lo sucedido en el castillo. Murmurábase que se habia convertido á la religion cristiana, y aún se aseguraba que la guarnición de la fortaleza estaba compuesta de castellanos disfrazados de musulmanes.

Munuza en persona acudió con poderoso ejército á cerciorarse de estas verdades. Y para ello tuvo que batir el castillo, pues Amir se negó rotundamente á dar otras explicaciones que á cerrar sus ferreadas puertas, á cubrir de hombres de armas las almenas, y á mostrar, en fin, la más belicosa rebeldía.

Diez mil combatientes cayeron sobre Linza, como los aquilones sobre el pino. Amir corrió al encuentro de Mercedes; momento supremo en que no puede contener la hija de D. Tello una explosión de afecto, un arrebató de ternura, que á la vez al noble caudillo arrebató. «¡Tú me amas! ¡tú me amas!» exclama aquel león sollozando, loco de amor. «¡Te amo! ¡te amo!» balbucea la tímida doncella con el rubor de un ángel.

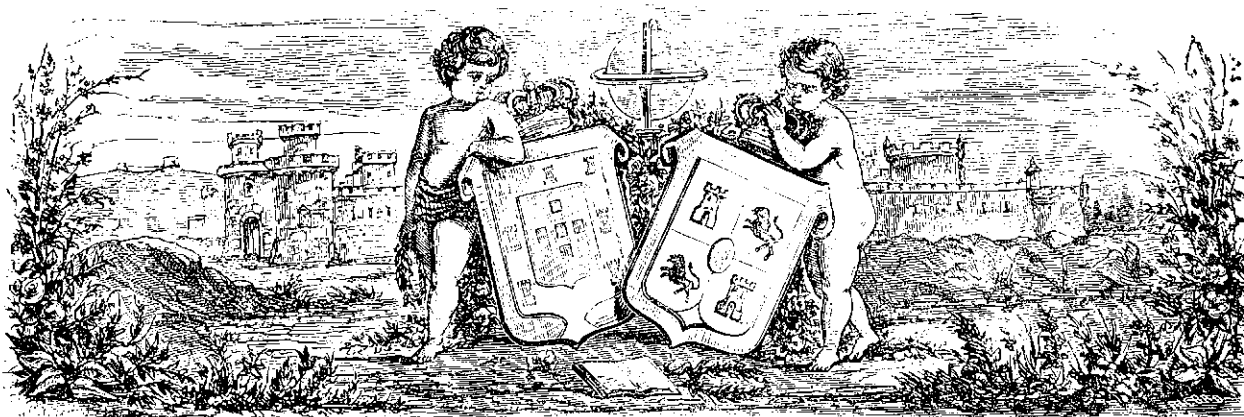
¡Mas ¡ay!... felicidad... que es aún más breve tu nombre que tu paso en la tierra! Al volver sus ojos los amantes, imaginando encontrar el cielo de la dicha, encontraron... el siniestro resplandor de innumerables aceros. Pronto dejó el de Amir en redor suyo un círculo de cadáveres. Su diestra formidable parecía el rayo de la guerra. Con la siniestra oprimía á Mercedes sobre su corazón.

¡Ah! la muerte batió sus alas sobre el héroe; la gloria le sonrió desde la altura. Amir cayó... pero cayó con Mercedes, heridos sus pechos por el mismo golpe. ¡Última suprema ventura de este suelo!

La Virgen Santísima, la Madre del Redentor, llevó sus almas puras al Empíreo bajo su manto esplendoroso.

La anciana que me proporcionó el manuscrito de la presente historia, me manifestó, cuando hube leído, que ella descendía del aya de Mercedes, y que era tradición ciertísima de su familia que el castillo de Linza había sido arrasado hasta sus cimientos, instantes después de haber exhalado el postrer aliento su infortunada señora y su heroico amante.

LUCIANO GARCIA DEL REAL.

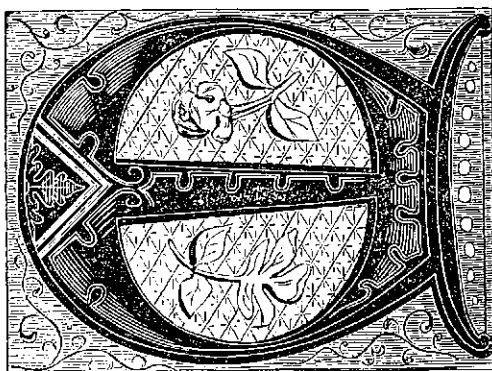


CASTILLO DE BENAVENTE.

DEDICADO Á LA EXCMA. SEÑORA

Duquesa de Osuna, Condesa de Benavente, Princesa de Salm Salm, etc., etc.

I.



El origen histórico de este monumento célebre aparece tan dudoso como el del pueblo que le da su nombre, y sólo se sabe con certeza que uno y otro pertenecieron desde su principio á los caballeros Templarios, siendo cedidos muy posteriormente por el rey Don Enrique II á su hijo Don Fadrique, habido en Doña Beatriz Ponce de Leon, y quien mereció en Castilla primero el título de Duque.

Cuando llega el viajero ansioso en demanda del palacio-castillo de los Pimenteles, por la feracísima ribera del Orbigo, suspenso y asombrado se queda, no tanto de encontrarle en pie, coloso de hierro que aún parece abrigar cabe sus muros á los guerreros del Temple, á la vez que magnífico albergue de noblezas reales (1), cuanto de tener que perderse en vanas conjeturas para descubrir ni el más leve testimonio de su antigüedad, ya hubiera de llamarse inscripcion, indicio artistico ú otro

(1) Pertenece al Excmo. Sr. Duque de Osuna.

cualquiera de los numerosos auxiliares con que acude la Cronología á enriquecer el campo de la Historia.

No obstante, en una crónica manuscrita de la villa, debida á la pluma del Dr. Ledo, se lee lo siguiente, al tratar de la antigüedad del Ducado: «El castillo con dos torres, que sirvió de primera defensa á su poblacion, fué demolido muchos años despues de haberlo dominado los sarracenos, como se nota en los cimientos que áun subsisten á la parte de Poniente. La fortaleza que existe hoy fué fabricada despues de la expulsion de los sarracenos y fundacion de esta villa.»

La más probable de las conjeturas habrá de ser, por lo tanto, la de haberse fundado el nuevo castillo sobre los cimientos del antiguo, ocupando el área que hoy se admira de seiscientos diez y ocho piés naturales, sobre una elevada planicie, entre las últimas casas de la villa.

Los robustísimos cubos, grandiosas murallas, fuertes almenas y altas ventanas — despojadas éstas de sus balcones, durante la invasion francesa de 1808 — se hallan poco ménos bien conservadas que si acabaran de construirse; y no hay perspectiva más bella que la que se descubre desde sus corredores y balcones. Dilatado inmensamente el horizonte, mientras el sol derrama sus tesoros deslumbrantes sobre bosques umbríos sin término, y prados cubiertos de blancas margaritas; próximo á sus murallas, agrietadas por la hiedra, el incomparable paseo de la *Mota*, que calificó Napoleon I de bello en grado sorprendente; al Norte y Mediodía el rio Orbigo, famosísimo por las sangrientas batallas de que fué testigo, entre castellanos y musulmanes, y que semeja á un escamoso reptil, sesteando al borde de los oscuros sotos, solitarios jardines y huerta de los poseedores del castillo; y en último lugar, los molinos y los pueblos que, ya inmediatos, ya en lontananza se descubren, encima de las lomas de los puertos de Sanabria y Galicia; difícilmente se encontraria en gran parte de la Península un paisaje á cuyas naturales ó espontáneas bellezas hubiese el arte de contribuir con tan naturales y espontáneos primores. El pasado y el porvenir, allí poéticamente se reflejan; la vida de la Primavera y la vida de la muerte; recuerdos melancólicos y esperanzas risueñas.

II.

Éntrase al castillo, en su parte del Mediodía, por una puerta angosta, construida entre dos cubos de piedra, y viniendo por la llamada del Puente. Encima de sus antiguos linteles, se distingue una figura de piedra, que representa á un hombre á caballo, galopando; en la cual se imagina el vulgo ver al Apóstol Santiago, aunque con mayor probabilidad debe creerse que representa á uno de los caballeros ascendientes de los condes de Benavente.

Mirando al Norte, se sube desde esta puerta por un callejon estrecho, largo, oscuro y empinado á causa de la elevacion del edificio, y que llega al mencionado paseo de la Mota, dejando á un lado la fortaleza, con sus escamosos de piedra, y á otro las viejas caballerizas de palacio. La fachada de este lado forma un contraste regular y completo con la del Oeste, donde todo es lúgubre y sombrío. Sus murallas están ennegrecidas, y las escamas de los pequeños cubos desfiguradas por el musgo. Penetrando en el pasadizo, que se parece mucho á un subterráneo, el silencio que se enseñoorea del edificio recuerda con terror al ánimo, el de una lóbrega cárcel.

Y sucede lo contrario en la fachada de Poniente. Allí todo es animacion y amenidad. Las aceñas

al pié del precipicio sobre el cual se halla fundada la fortaleza, semejan grandes nidos ocultos entre los árboles; y los cantares de las graciosas lavanderas, que acompañan á los murmullos del río, no disminuyen lo arrullador de sus armonías. En repetidas ocasiones, con particularidad las de los días de fiesta, penetran igualmente por las ventanas de este lado del castillo los ecos del tamboril y de la flauta, entusiasmando á los muchachos de ambos sexos que, reunidos junto á la fuente que llaman de las *aguas saludables*, bailan sin descanso.

Lo que singularmente atrae la atención del viajero es un bosque espesísimo, cuyos árboles no han visto ni verán nunca el sol, si hemos de creer á los proféticos habitantes del país. Encuéntrase bajo el citado precipicio, sobre la márgen izquierda del río. Son árboles verdaderamente milagrosos, pues no se diría sino que ellos solos impiden la próxima ruina de la fortaleza. Pero bien mirado no lo hacen sin el poderoso aliciente de la propia conservación, puesto que los escombros le habrían hecho desaparecer en la destrucción, impidiendo á la par el curso del río.

El castillo-palacio de Benavente, como el de Corullon, como el de Altamira, como tantos otros de su tiempo, conserva perfectamente ese carácter ambiguo de recreo y defensa, que tan bien cuadraba á su objeto caballeresco y guerrero. Si desde los cubos, si desde las almenas se descubren bosques interminables y jardines sin cuento, es trayendo á la memoria el « alerta » belicoso del vigía confundido entre el sonoro y alegre acento de las cornetas de caza.

Allá, en el fondo de las alamedas, se vislumbra el siniestro fulgor de las armaduras de combate, y en pos se agitan, gallardeándose á impulsos del viento, los vistosos penachos de los galanes gentiles y los deslumbrantes briaes de las garridas damas.

Y no pasa únicamente, á nuestra admiración, la bizarra y animosa juventud, la alegría de la esperanza, la vida de una primavera que há luengos siglos sonríe á los poetas. También los recuerdos de la ancianidad augusta vienen á prestar, con su encanto melancólico, nuevos colores al armonioso panorama. Entre el vago fondo de sus fantásticas proporciones, claramente se vislumbran dos figuras de un realce maravilloso: una niña de hermosura sobrehumana y un viejo de imponente majestad, conducida la una por el amor, y guiada la otra por el honor. De ambas nos hablan luegamente los siglos xv y xvi. Célebres son por la voz austera de la Historia y por el canto sonoro de la Poesía. La Tradición ha hermanado á una y á otra.

Bastará para evocar á la primera el nombre de Doña Leonor Pimentel. Satisfechas podrian quedar las más impacientes exigencias respecto á la segunda, recordando *El Castellano Leal* del Duque de Rivas, que principia:

« Hóla, hidalgos y escuderos
de mi alcurnia y mi blasón;
mirad como bien nacidos
de mi sangre y casa en pró:

» Esas puertas se defiendan,
que no ha de entrar ¡vive Dios!
por ellas quien no estuviere
más limpio que lo está el Sol.

» No profane mi palacio
un fementido traidor,
que contra su Rey combate,

y que á su Patria vendió;
 »Pues si él es de reyes primo,
 primo de reyes soy yo,
 y Conde de Benavente,
 si él es Duque de Borbon.
 »Llevándole de ventaja
 que nunca jamás manchó
 la traicion mi noble sangre,
 y haber nacido español.»

III.

España, país privilegiado entre los privilegiados países, cuna de glorias universales, venero inagotable para las artes y para las ciencias, regala los más preciados de sus tesoros á los inspirados trovadores legendarios y á los dramaturgos insignes.

La tradicion, la leyenda, la balada, la conseja, ofrendas son tan abundantes y espontáneas de su suelo como el trigo, la oliva, la vid y la higuera. Ufanos deben hallarse los poetas con la preferencia que les otorga, con las riquezas que les prodiga, y culpa no ha de ser de su maternal solicitud si mienten lo contrario mal intencionados rumores. La Poesía es rica, como el cielo. ¿Qué importa que esa riqueza nunca llegue á tocarse con las manos? Habria, para ello, que descender primero á la prosa.

Sea como sea, la hermosa Leonor Pimentel me dispensa en estos momentos la inapreciable honra de visitarme, tiernamente conducida por la Poesía, é indigno fuera del nombre de caballero y de mis aspiraciones de trovador, si en el acto no me apresurase á rendir homenaje á su hermosura y á hacer acatamiento á su virtud.

Cierto que ella, con una sonrisa que los ángeles copian con tristeza envidiosa, con una gracia, cuyo vagaroso enajenamiento envuelve al alma, confundiendo en una sola todas las ilusiones suyas y todas las ilusiones de ella, intenta dispensarme de la grata cuanto interminable tarea de diseñar siquiera los encantos y primores que me ha permitido descubrir. Pero aún así, no me siento dispuesto á procurar al recibimiento de Leonor el interés vivísimo que requiere, por más que todo el ánimo de mi voluntad se haya rendido á su albedrío.

Melancólicamente se ha ido aproximando á mi alma, suspirando amores, de amarga memoria. Y habiéndola yo manifestado que los tristes ensueños de su pasion no podrian nunca ocasionar desvelos en el corazon hastiado de este mundo mezquino, fijos sus azules ojos en los míos, penetra plácida-mente hasta el fondo de mi pecho, y me revela que basta á su consuelo que en mis penas comprenda las suyas, que mis amores de poeta reflejen sus amores de virgen.

¿Qué otro consuelo más dulce? ¿qué premio más hermoso á mis esperanzas de trovador de la castellana de Pimentel? Una sonrisa de sus labios para mi alma y una mirada de sus ojos para mi corazon.

Leonor no ha vacilado en revelarme las más preciadas de sus alegrías de otro tiempo, y los más recónditos de sus pesares de ahora. «Llega, me ha dicho de un modo inefable, hasta el último abrigo de mi seno; «yo prestaré á tu inspiracion el puro ardor del fuego que le alimenta.»

Y en seguida la contemplo, en ascension fantástica, guiarme hasta la cumbre de donde mana toda inspiracion poética; hasta el inmenso azul del firmamento.

Y, desde allí, mostrándome la tierra suspirando: «¿cómo habia de vivir, me dice, en tan pequeño albergue, un amor tan grande como el mio?» «Solo aquí se respira el ambiente de la existencia, lo que da aliento á la esperanza. Mira, poeta, eleva siempre sobre el mundo las alas de tu fantasía, si quieres que tu númen no se apague, si anhelas que la Gloria ilumine tu frente.»

Así el amor, el dia que desciende de la altura del sentimiento; el dia que el deseo le sustituye, poco, muy poco tarda en desaparecer, en morir.

Mas, voy reparando que Leonor quiere despedirse, abandonándome en medio de esta inmensidad, desde donde el mundo aparece como un grano de arena, y tiemblo de verme solo y de haberme atrevido á alterar la solemne armonía de cuantos grandiosos objetos le componen.

Es preciso descender de tanta altura. Es necesario aproximarme á la tierra. Allá, por esa atraccion de unas cosas de análogas simpatías sobre otras de idéntica manera de ser; como el desamparo busca la soledad; como la desgracia atrae á la melancolía, mis ojos se fijaron instintivamente en un abandonado monumento, baluarte de hierro y palacio de estuco, adusto torreón de enhiesta cimera y risueño alcázar de afilligranados atavíos.

Sobre el ancho frontispicio aparece, iluminada por tristes resplandores, la siguiente inscripcion ó lema, en gruesos caracteres de bronce y plata: «El castillo de Benavente vivirá perenne en la memoria de los hombres, y sus graníticos cimientos dejarán de serlo cuando hayan de derrumbarse las grandezas de su historia, por siglos y siglos sustentada.»

IV.

Como á impulso de una fuerza tan misteriosa como gigante, se han abierto á mi presencia las puertas ponderosas del alcázar, pareciendo que aquellas viejas paredes, y aquellos enmohecidos cerrojos, y aquel pavimento hundido bajo el peso del tiempo y del desengaño, me dicen imperiosamente con su silencio venerable: «Entra.»

Y en verdad que fuera vergonzosa descortesía el no obedecer instantáneamente á la invitacion; el temor supersticioso que me infunden habrá de acallar al momento sus recelos humillantes, si evitar quiero que caiga despiadado sobre mi frente el desprecio que inspiran los cobardes.

Entro, pues, sin más vacilaciones. Pero no basta haber entrado. No basta permanecer sereno entre los sombríos fulgores que guian mis pasos al centro de la imponente sala de armas. No basta saludar, sin estremecimiento penoso, á cien y cien héroes, que con altivo ceño me miran, dispuestos sin duda á descender corpóreamente de los empolvados lienzos en que sus sombras se retratan, y á intimar á mi osadía que deje de turbar su reposo, si he de juzgar, al ménos, por su ademan amenazador.

No basta que el sigilo de mis pasos y el respeto de mi actitud puedan contrapesar, con mayor ó menor éxito, el efecto de hostil extrañeza causado por mi inusitada visita. Es necesario protestar con hechos y palabras contra ese agravio gratuito que á mis intenciones se infiere. Y por de pronto, otra manifestacion no puedo hacer que alargar afectuosamente mi mano á los severos habitantes,

á cada uno de esos bizarros y orgullosos señores de Benavente, pues creo que todo el poder de su orgullo no ha de atreverse á trasponer los regulares términos de la cortesía caballeresca.

Y no se imaginan ellos, ciertamente, á dónde alcanza mi satisfaccion por la merced que acaban de dispensarme, por haber realizado mis aspiraciones, al estrechar la mano que se les presentaba, con un afecto, rudo sí, pero no ménos noble y sincero. Su ceño se ha desarrugado. Su hostilidad sombría ha desaparecido, franco dejando el puesto á la clara expresion de su contentamiento.

«Seais bien venido,» me dicen, «si es que venís, como vuestro respeto anuncia, á tomar parte en el duelo que há luengos siglos nos aqueja.» «Seais bien venido, poético cronista de desventuras sin cuento y de glorias infinitas, al recinto de nuestro olvidado alcázar, á la solitaria mansion de nuestros tristes recuerdos y de nuestras memorias placenteras.»

«Y si, áun más merecedor quereis haceros de nuestra consideracion y simpatía, del vivo reconocimiento que en este hospedaje se os tributa, otorgadnos tambien la merced de no exhibir á la faz de ese mundo sin creencias que, despreciando su pasado, existe haciendo alarde de indiferencia por el porvenir, con el glacial despego de su presente, el brillo mohoso, pero no manchado, de nuestras espadas y el limpio espejo de nuestras conciencias. Dejadnos ¡pardiez! á solas, en este silencio del sepulcro, con la castellana altivez que nuestras armaduras sustenta; y no vayais á mencionar siquiera, eco de lauros inmarcesibles, las mil batallas en que jamás ha sucumbido nuestro valor, y en que el honor, acrisolado por el santo afecto de la Patria y el vehemente amor de virtuosas bellezas, ha dado cima á esas mil y mil hazañas, cuya grandeza no ha podido nunca abarcar la Fama, en medio de su asombro y maravilla.»

«Tened, por Dios, en cuenta que no cuadra mayor respeto y veneracion á este augusto recinto en que nos cabe la honra de abrigar nuestros recuerdos, que el silencioso saludo de vuestra alma, que esa melancólica simpatía que nos revela vuestra mirada y que rebosa de vuestro pecho.»

«Y perdonad que en un principio hayamos escuchado con enojo el eco de vuestros pasos, y que ante la extrañeza de vuestro aspecto, un relámpago de cólera fulgurase en los ojos que ahora con benevolencia os miran, pues nos tiene acostumbrados la gente de ese siglo xix, de que os mostrais tan ufanos, á irreverencias que no debemos tolerar y á desprecios que nunca toleraríamos.»

Volvieron lúego á estrechar mi mano los altivos señores, los guerreros heroicos de mil combates, los bizarros triunfadores de justas y torneos, los adalides generosos de la patria y del amor, y enmudecieron en seguida, vagando por sus labios la triste sonrisa que precede á los sueños de la Eternidad.

V.

Mucho ménos que tan profunda y desconsoladora emocion se habria necesitado para sumir á mi alma en harto melancólicas meditaciones. Todavía no acierto á explicarme el motivo de que aquella emocion se haya hecho más honda, más indeleble, á cada momento desde entónces pasado. Aun no acabo de comprender cómo vibra tanto en mi corazon la voz de aquellos fantasmas.

¿Será que haya despertado sentimientos que el indiferentismo mundano habia aletargado en mi corazon? Tal vez ese acento, sonoramente repetido por los ecos de la soledad, bajo las oscuras te-

chumbres del alcázar, inspiracion seria del espiritu de las titánicas generaciones que aquellos fantasmas representan. ¡Imposible! ¡Hoy nadie cree en fantasmas! ¡Hoy ninguno imaginara escuchar desde el fondo de su conciencia voces sobrenaturales, ecos misteriosos, acentos de irresistible elocuencia, remedo vago de la queja de un inmenso sepulcro contra la profanacion del polvo que encierra! ¡Hoy no es posible sospechar siquiera la existencia de sombras que hablen al alma y al corazon!

Yo podria asegurar que aquellos fantasmas me revelaron, acerca del Castillo de Benavente, historias y dramas que el mundo rechazaria como absurdos, si me atreviese ahora á encomendar á la pluma la improba tarea, la irrealizable empresa de mostrar todo lo que de terrible y grandioso, de tierno y heroico, su interés palpitante encierra.

Habria de decidirme á arrostrar el calumnioso concepto de que puedo faltar á la verdad, la despreciativa opinion de los incrédulos por excepticismo y la sarcástica burla de los positivistas recalitrantes, si otra consideracion no me detuviera que lo limitado de los términos de este trabajo y lo estéril de los rasgos de esta pluma, no siempre fácil y obediente.

De la bella Leonor y de su desgraciado page, ¡cuánto no han revelado la tradicion y los romances caballerescos, y cuánto, sin embargo, permanece guardado á la vista de los profanos, bajo el velo de polvo del olvido! ¡Cuál brilla eternamente la pureza de sus amores entre las nieblas de los siglos, á la manera que el diamante su brillo esconde entre los espesos arenales! Pero tambien, ¡qué sombríamente severa surge, bajo el cielo de aquellos amores, la figura del padre de la desgraciada doncella!

Sin embargo, la grandeza de esta figura no desmerece de la grandeza de la pasion; y aún cuando se siente herida el alma por el implacable rigor de aquel padre, y destrozado el corazon por la desdicha de los amantes, queda todavía una admiracion sin límites hácia cada uno de los actores de aquel drama conmovedor (1). ¡Y gracias que nos queda la admiracion!

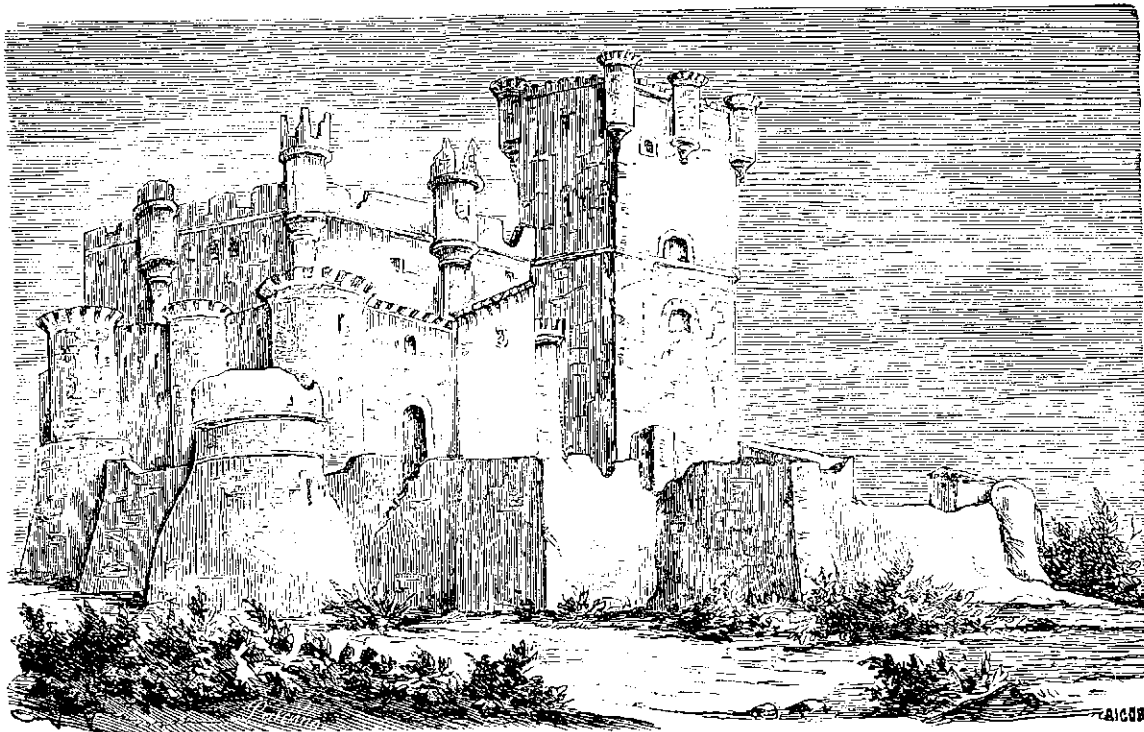
A fuer de narrador amante de la verdad, de cronista obediente á las justas reclamaciones de los hechos, he de consignar aquí los grandes beneficios que el monumento en cuestion debe al amor á las Artes y al respeto á la memoria de sus antepasados de los actuales poseedores. El ilustre descendiente de aquel Don Pedro Giron, de quien el incomparable Quevedo dice:

« Faltar pudo á su patria el grande Osuna,
pero no á su renombre sus hazañas. »

no ha desmentido al restaurar las preciosidades tradicionales de Benavente, á la fama del nombre que lleva. Cumple el mencionarlo así á la conciencia del escritor y á la satisfaccion del amante de gloriosos recuerdos.

R. G. L.

(1) Es digno de mencion en este punto el drama del Sr. D. Manuel Valcárcel, titulado *Doña Leonor Pimentel*, admirablemente interpretado hace algunos años por Carolina Civi. Tambien debo citar una novela, *El page Sancho Sanchez*, que ha tenido la atencion de remitirme, inédita, el apreciable escritor D. Angel Rodriguez Chaves.

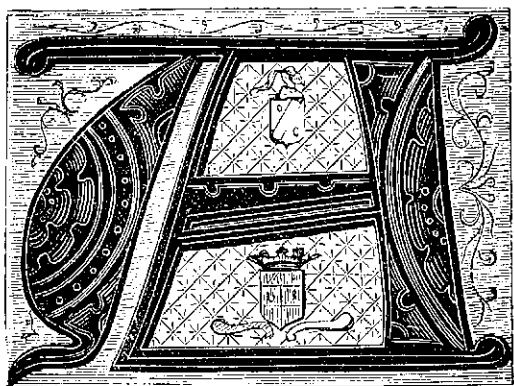


EL CASTILLO DE GARCI-MUÑOZ.

DEDICADO Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

Doña Matilde de Altuna de Nieulant, Marquesa de Gelo.

I.



Ún no habian trascurrido dos años cabales desde que el poderoso y altivo Marqués de Villena se reconciliara con los Reyes de Castilla y Aragon, Don Fernando y Doña Isabel, en la historia conocidos con el nombre de *Católicos*, cuando, declarándose de nuevo en rebeldía, acudió al expediente de las armas para mantener sus derechos, que conceptuaba menoscabados, y reclamar lanza en ristre la justicia que, segun él, se le negaba. Grande y honda perturbacion produjo en el reino castellano semejante suceso. Mal aquietados los ánimos desde la pasada y sangrienta lucha; vivos en mucha

parte los motivos de irritacion que entónces produjeron intestinas contiendas entre los magnates; falta la monarquía de aquella organizacion robusta y de las condiciones morales necesarias para enfrenar, no sólo las asechanzas de sus émulos, sino los naturales sacudimientos del poder municipal y feudal, que la realeza aspiraba á destruir, bastó una sola chispa para que el anterior y deplorable incendio se reprodujera.

Ni era aquella edad propicia á que desde luego se escucharan, acatándose, los consejos de la razon, ni á los indómitos señores, que el carácter de la reconquista habia levantado en cierto modo hasta el nivel mismo del solio, podia exigirse que bajaran humildes la cabeza ante las primeras amonestaciones de los reyes, á quienes sólo en determinado concepto estimaban á ellos superiores. Y agravaba esta rebeldía la circunstancia de que no siempre los ejecutores de los designios y mandatos soberanos se limitaban á poner de su parte cuanto les fuese permitido para obedecerlos. Antes atendiendo á satisfacer propias ambiciones y dar satisfaccion á resentimientos privados, no era difícil que los que, en nombre del jefe del Estado, pretendian restablecer la alterada disciplina, reivindicando los fueros de la Corona, se excedieran en mucho del círculo de sus facultades, procediendo contra los rebeldes de modo y manera que, en vez de atraerlos á la obediencia, se les obligaba á persistir en sus belicosos intentos, librando á la violencia lo que debió ventilarse pacíficamente, cual cumplia á hombres buenos y honrados caballeros.

Precisamente el de Villena alegaba en la ocasion presente, razones de esta índole, cuando queria justificar su actitud. Decia el Marqués que no habia sido su ánimo, ni desconocer la autoridad de los príncipes, ni mucho ménos ejecutar acto alguno que pudiera redundar contra sus prerogativas y su imperio. Agradecido como les estaba á la merced que le hicieran, perdonándolo, cuando terminó la anterior guerra, si ahora habia vuelto á lanzarse al campo con sus gentes, era motivado por la obligacion en que se hallaba de defender los timbres de su alcurnia y los bienes de su casa. Causaba, pues, la guerra, no el intento de ir contra los Reyes, sino el propósito de rechazar al gobernador que habian mandado á su marquesado y responder á las demasías que ese mismo ministro cometiera asediando, sin causa alguna y sin mandato superior, su ciudad de Chinchilla; todo lo cual era contrario á lo convenido entre los Reyes y Villena al recibirle aquellos á su servicio.

II.

Corria el año de 1499. Situados Don Fernando y Doña Isabel en Guadalupe, dispusieron que el Duque de Villahermosa, hermano bastardo del primero y capitan mayor de la gente de las hermandades, tomara consigo suficiente número de escuderos y peones, y con ellos se trasladase á los campos de Almorox y de Maqueda, á fin de tener á raya desde allí á los secuaces del Marqués, que, apoyándose en la fuerte villa de Escalona, corrian la tierra entregándose frecuentemente á todo linaje de excesos y desafueros. Tenia el regimiento de esta fortaleza, como alcaide, el hidalgo madrileño Juan de Lujan, y en el puesto de capitan á guerra figuraba un hermano bastardo del Marqués, llamado D. Juan Pacheco, el cual disponiendo de cuatrocientos jinetes y quinientos peones, solia molestar grandemente á los contrarios.

Tocante al Marqués, ocupaba lo que se decia el territorio del marquesado. Combatíanlo de frente

dos capitanes reales, Jorge Manrique y Pedro Ruiz de Alarcon, quienes solian acercarse con sus huestes hasta los mismos muros del castillo de Garci-Muñoz, donde el de Villena tenia su acostumbrada residencia.

Mientras esto ocurría en el centro de Castilla, Doña María Pacheco, condesa de Medellin y hermana del Marqués, levantábase tambien en armas en Extremadura, amenazando á los reyes con aliarse al monarca portugués si no accedian á las que ella calificaba de legítimas y justas pretensiones. Era la rica-hembra de genio altivo y entera voluntad. Viuda y avezada á las peripecias de las luchas civiles, habia comenzado por aprisionar á su propio hijo con motivo de ciertas reyertas sobre la herencia paterna. Empero, avenidos al cabo, dióle libertad despues de cinco años de encierro; y como los reyes no le otorgasen la encomienda de Mérida, á que decia tener derecho siendo hija de D. Juan Pacheco, maestre de Santiago, declaróse en rebelion, segun acabamos de expresar. Segundaban á Doña María D. Alonso de Monroy, clauero de Alcántara, otro descontento, y el rey de Portugal, que los auxiliaba con hombres y recursos.

Respondió, pues, al alzamiento del Marqués de Villena, que ensangrentaba los contornos de Toledo, el de las comarcas de Medellin y Mérida: cruzaron los lusitanos la frontera, y unidos á los insurrectos, dieron una terrible acometida á las tropas reales en Albuera, señalándose grandes pérdidas por ambas partes.

Crecian en el entre tanto en el marquesado los estragos de la guerra. No podian los pueblos permanecer indiferentes. Cuando los realistas no los señoreaban, debíale á que los rebeldes eran sus dueños. Sucedianse los rebatos á las algaradas, y los pobres pecheros experimentaban fieros daños en sus propiedades y personas.

Insistia el Marqués en que no era responsable de tantos desastres, sino los oficiales de los reyes, que, abroquelados en la inmunidad de la autoridad real, satisfacian en su persona resentimientos antiguos y privadas venganzas. Así lo publicaba, y como comprobacion de sus asertos, envió, con el nombre de mediador, á donde los reyes posaban, á D. Rodrigo de Castañeda, hidalgo de muchas prendas, á fin de suplicarles que mandasen suspender las hostilidades y que le permitieran exponer ante ellos sus querellas, seguro como estaba de su imparcialidad.

Acogieron los reyes con benevolencia al parlamentario, y áun cuando manifestáronse enojados de que Villena hubiera recurrido á tomarse la justicia por su mano, atentos á descubrir la verdad, comisionaron hombres de pró que, depurando los hechos, se la pusieran de manifiesto.

Parecia natural que, hallándose la contienda en este medio, se aminorase la fuerza de los combatientes. Nada de eso. Llevado de su ardimiento, el capitan Jorge Manrique empeñase en acometer y apoderarse del castillo de Garci-Muñoz, intentando al efecto una sorpresa; pero sus guardadores advierten á tiempo la aproximacion del enemigo, y salen resueltos á rechazarle. Trábase entre unos y otros tremenda funcion de guerra: Manrique hace prodigios; sucumben ante su furia numerosos contrarios; mas en un momento de verdadero enajenamiento, como su caballo le condujera á lo más récio del combate, cae allí herido de muerte, y destrozado rinde la existencia, salpicando con su sangre los muros de la fortaleza.



III.

La noche, más compasiva que los hombres, puso término á la batalla.

Recogiéronse los unos al castillo, desde cuyas almenas el Marqués habia contemplado la lucha. Retiráronse los otros á las villas circunvecinas, llevando consigo no pocos prisioneros y el mutilado cadáver de su adalid.

Pedia la soberbia de los capitanes reales una cruel venganza, y no hallaron otra más legítima que el arrancar la vida á los prisioneros. Sin respetar los derechos del vencido; sin tener para nada presentes los santos fueros de la humanidad, y hasta las mismas reglas de la Caballería, aquellos guerreros, llevados de su ira y de su amor propio, acordaron por propio arbitrio enforcar á seis de los prisioneros, pretextando que, tratándose de sediciosos, no habia lugar á respetarles las vidas, no embargante el vencimiento.

Ejecutóse la arbitraria sentencia, sin que fueran parte á evitarla ni los consejos de los más sensatos, ni el fundado argumento de los que se oponian afirmando que los reyes no les concedieron poder para tanto. Cundió la fatal noticia por campos y poblaciones, produciendo inexplicable efecto de indignacion y enojo. Léjos de aquietarse los ánimos con tan bárbaro castigo, encendiéronse de nuevo, reclamando terribles represalias, y tan torpe providencia demostró que el rigor desusado y el ensañamiento no traen, ni con mucho, la moderacion y suavidad que se pide á los revoltosos.

Ante el extraño y triste acaccimiento, los más allegados al de Villena exigieron que se respondiese con idéntica dureza. La impericia y la soberbia de los capitanes reales, con su desmedido orgullo, habian dado proporciones desmesuradas al conflicto, convirtiéndolo en una guerra sin tregua ni cuartel.

Llegaron las quejas á oídos del Marqués, y comprendió que no era cuerdo el desoirlas, si bien, consecuente con el sistema á que se atenia, encaminado, al parecer, á pelear cuando se le incitaba á ello, manteniéndose á la defensiva mientras no se le provocaba, declinó en sus capitanes la facultad de tomar las providencias que el suceso requeria. Apoyados en esta autorizacion, los capitanes de Villena hicieron salir al campo á sus hombres de armas, quienes sin gran esfuerzo toparon con las fuerzas reales. Suscitóse ligera escaramuza, y aquellos consiguieron apoderarse de varios escuderos y peones, con los cuales dieron la vuelta al castillo de Garci-Muñoz.

No es difícil adivinar lo que debia acontecer. Pidieron los rebeldes á Juan Berrio que enforcase tantos realistas como sublevados habian sido sacrificados por los capitanes. Y la demanda se acentuaba con tono y ademanes tan imperiosos, que los irritados mesnaderos mostrábanse resueltos á vengarse por sí mismos si es que se dilataba el satisfacerlos.

En tan apretado trance, dispuso Berrio que entre los cautivos se echase á suerte quiénes habian de ser las víctimas expiatorias del atentado cometido. No queria el capitan cargar su conciencia designando á los que debian pagar culpas ajenas, ni le parecia tampoco razonable dejar que la muchedumbre, ciega y apasionada, designase por sí misma los condenados.

IV.

Era una tarde del caloroso estío. Las cercanías de la fortaleza, lejos de ofrecer el agradable espectáculo de campos cubiertos de doradas mieses que el labrador recoge solícito, presentaba el cuadro de la devastación y del estrago. Habían sido destruidas las cosechas, incendiados los montes y destrozadas las moradas. La paz y el trabajo huían asustados de aquel territorio, frecuentado únicamente por el espía, atento á delatar las marchas y movimientos de los contrarios.

Aislado de todo comercio con el exterior, como mudo testigo de tanto desastre, alzábase en el centro de aquel enojoso panorama el castillo de Garcí-Muñoz. Preparado contra toda sorpresa, hallábase limpia de maleza su honda cava, izado el puente levadizo, artilladas sus lombardas.

Flotaba enhiesto en la torre del Homenaje el pendon guerrero de los Pachecos, y no muy lejos veíase el enrejado cesto donde se encendía la almenara. Repartidos los centinelas convenientemente, vigilaban unos el exterior tras de las angostas saetias, mientras otros cuidaban de los prisioneros.

Notóse de repente inusitado movimiento en los grupos que frecuentaban el patio principal de la fortaleza: había anunciado el agudo tañido de una bocina que el alcaide se disponía á salir de su estancia. Presentóse éste, con efecto, de allí á poco, anunciando que inmediatamente iba á procederse al funesto sorteo. Formáronse los soldados en dos filas, y los prisioneros fueron atraídos de las mazmorras, acercándolos á un tajo, donde en un bacinete se contenía cierto número de dados.

Cuenta la tradicion, y las crónicas confirman, que entre los míseros escuderos á quienes la suerte volvió la espalda, figuraba uno natural y vecino de Villanueva de la Jara, aldea de Alarcón. Hombre pacífico, hacendado, con mujer ó hijos, habíase visto constreñido á tomar las armas contra su inclinación y contra su gusto. No por esto mostróse por debajo de lo que el trance requeria. Armado de un valor y de una resignación que hacían más simpático su infortunio, disponíase á morir como bueno, cuando la infausta nueva llega hasta un hermano suyo, de menor edad, mozo, prisionero como él, y á quien, favorable el destino, habían vuelto á encerrar en su calabozo.

Pide el mancebo con todo encarecimiento que le conduzcan á donde se halla su hermano, y en llegando á su presencia, estréchale fuertemente entre sus brazos, afirmando que de ningún modo consentirá en que sucumba.

Responde el hermano mayor á aquellos trasportes de cariño con muestras de acendrado afecto, y calcula que llegarán á calmarse; mas pronto advierte que la resolución de su hermano es decisiva.

—«Nó, no morireis, dice el mozo; no morireis, hermano mio. Yo he de morir por vos, porque no podría sufrir la pena que habría en vuestra muerte y en carecer de vuestra vista.»

Intenta tranquilizarle el escudero, pidiéndole respeto y se conforme con el fallo de la suerte. «No plegue á Dios, le dice, que padezcáis por mí. Quiero yo sufrir resignado esta muerte, pues á Dios plugo que muriese de esta manera. Y no es razón que vos, que sois más mozo, que aún teneis grandes alientos y conserváis frescas las esperanzas; vos, que no gozásteis de los dones de esta vida, vayáis á fenecer en tan tierna edad. Tranquilizaos, pues, hermano querido, repite el escudero, y servid de amparo y sostén á mi desventurada mujer y á mis hijos.»

Enterneciéronse los circunstantes, y por un momento escuchan los impulsos del sentimiento, que

no las voces de la saña. Mas el perdón del escudero no es posible. Hubiera sido necesario perdonar á los demás sentenciados. Entre los rebeldes habia más de uno á quien los realistas hirieron sacrificando á sus deudos. La sangre pedia sangre; la venganza crueles represalias.

—«Hermano, replica el mozo, es inútil cuanto digais. Sois casado, teneis hijos pequeños; muriendo vos morirán ellos. Vale más que perezca yo, que de mi muerte á nadie viene daño sino á mí, y por el contrario, beneficio á vos, á quien tanto estimo y debo.»

Aun pretendió insistir el escudero; mas el mozo anuncióle que, no bien hubiera perecido, él á sí propio se quitaria la vida. Separóse con esta resolución de su hermano, y corrió á donde estaba el capitán Berrio, donde postrándose á sus piés, con palabras y ademanes suplicábale le permitiera sustituir á su querido hermano.

Aquel guerrero, avezado á los combates, curtido en el ejercicio de las armas, no puede resistir á la emoción que le causa tanta abnegación y tanto heroísmo. Se necesitaba abrigar poderosos alientos para conducirse como él se conducía. Su tranquilo valor, la nobleza de sus sentimientos, la energía de su propósito, denunciaban un corazón superior, una voluntad grande y bien templada. Comprendía el capitán el valor que en la refriega se manifiesta, el ardimiento del que pugna en revuelta contienda; mas aquella serenidad majestuosa, aquel menosprecio de los atractivos de la vida, sacrificada en aras del cariño fraternal, realzaban á sus ojos al mancebo hasta convertirlo en un héroe, á quien de buena gana hubiera libertado de la muerte.

Vacila Berrio en aceptar la sustitución, hasta que el joven extrema tanto sus ruegos, que el adalid no halla palabras para disuadirle ni se siente con fuerzas para rechazarle.

Las ejecuciones habían comenzado. Llegaba su turno al escudero de la Jara; los soldados no querían darle muerte, esperando la resolución del jefe.

Decidese al fin el capitán, y haciendo una señal de asentimiento, retirase á su estancia mientras el mancebo, acompañado de la admiración de todos, unida al asombro y al dolor que muchos manifiestan, corre á donde le espera el verdugo, que, ávido de concluir, hace saltar su noble cabeza sobre el ensangrentado tajo.

IV.

La sangre de aquella víctima inocente fué como rocío de bendición que cayó sobre los agostados campos. No cesó la guerra por el pronto; pero las partes beligerantes se limitaron á observarse mutuamente, sin volver á hostilizarse. Llegaron unos y otros á convencerse de que si continuaban por el camino que habían comenzado á recorrer, aquellos disturbios, concluirían por trocarse en bárbara contienda de salvajes, ajena á todo sentimiento de religión y humanidad.

Tomaba la rebelión en Extremadura mientras tanto amenazadoras proporciones, circunstancia que obligó á los reyes á trasladar su residencia á Trujillo, y desde allí á Cáceres, á fin de proveer lo necesario á contenerla. No importa á nuestro intento narrar los episodios de aquella lucha, que se prolongó durante algunos meses; baste decir que al cabo asentáronse paces, y que también se comprendió en la concordia al Marqués de Villena.

Firmada ésta en Toledo el 26 de Setiembre de 1480, levantáronse sucesivamente los asedios que

sufrían las fortalezas y pueblos del Marqués, y el castillo de Garci-Muñoz, donde ni un solo día había dejado de ondear victorioso su estandarte, abatió su puente levadiza para que salieran de sus aprisionamientos cuantos habían sido retenidos en rehenes desde el principio de la lucha.

Abandonaron los presos sus mazmorras contentos y alborozados. Eran otros tantos Lázaros que resucitaban al amor de sus desconsoladas familias. Despedíanse los libertos con señales de júbilo de los seculares muros donde creyeron debía labrarse su sepultura, y las alegrías presentes pusieron en olvido las pasadas desventuras.

En medio de tantos plácemes, alguno había que triste, demacrado y macilento, cruzaba el abovedado ingreso del castillo con las lágrimas en los ojos, la cabeza sobre el pecho reclinada, las manos caídas, en ademán de hondo é inextinguible desconsuelo. Era el escudero de Villanueva de la Jara, que volvía á su hogar con las ansias de la muerte. ¡Allí quedaban los tristes despojos de su misero hermano, la sombra querida de su noble salvador! Por eso cuantos le vieron pasar sin serle permitido contener los sollozos, comprendieron y respetaron su dolor.

El tajo del verdugo era para aquella oscura familia un padron de altísima honra, y la posteridad agradecida saludará con respeto la memoria de aquel héroe olvidado, cuya fama vivirá imperecedera mientras haya corazones que se sientan movidos ante los hechos grandes y las acciones generosas.

V.

Bástale al castillo de Garci-Muñoz este interesante episodio de nuestras discordias civiles para que su nombre goce en adelante de la consideración que hasta ahora no se le había otorgado. Poco importa que las mudanzas de la fortuna lo convirtieran en triste hacinamiento de informes ruinas: Si ya no desafía robusto la furia del cierzo; si el viajero no emprende ruda caminata para visitar sus primorosas estancias; si sobre sus escombros extendió la naturaleza un manto de verde musgo, la fantasía se lo representará siempre como recio padron de la altivez de nuestros grandes, como monumento eterno de un suceso digno de mención y remembranza.

Son los castillos páginas de piedra donde se hallan escritas las premáticas de nuestra raza: son testimonios elocuentes del antiguo valor, son los restos que hasta nosotros llegaron de una doble lucha: lucha de nuestros mayores contra el poder islamita, lucha de la gente noble contra la realeza. Durante la primera, cada castillo que se levanta es un nuevo empuje de la ola que se llama reconquista; durante la segunda, cada fortaleza que sucumbe, cada foso que es cegado, cada muro que se arrasa, es una nueva invasión del poder real, un nuevo paso hacia el despotismo del monarca. Representan los castillos lo más castizo, propio, fundamental y antiguo del pueblo castellano; la tierra misma que disputan palmo á palmo nuestros padres denominase Castilla, tomando su nombre de las atalayas que la cubren en todas direcciones. Apegados á cada contrafuerte, unidos á cada almena, existen los fueros conquistados con la lanza ó con la espada; son los castillos otros tantos títulos que confirman la división de la soberanía. No han sido los reyes los que han arrojado á los musulmes primero de los contornos de Asturias, después del reino de Leon, más adelante de las vertientes orientales del Guadarrama, andando el tiempo del otro lado del Muradal, y definitivamente de su último refugio que se llama Granada. Han sido los pueblos personificados en sus guerreros, en sus

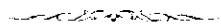
mesnadas, en sus milicias, en sus consejos. Del fondo de las muchedumbres salieron los héroes, condecorados con títulos nobiliarios, emblema y premio de sus proezas. Del fondo de los pueblos proceden esos soberanos tenaces é indómitos que disputan su soberanía al monarca.

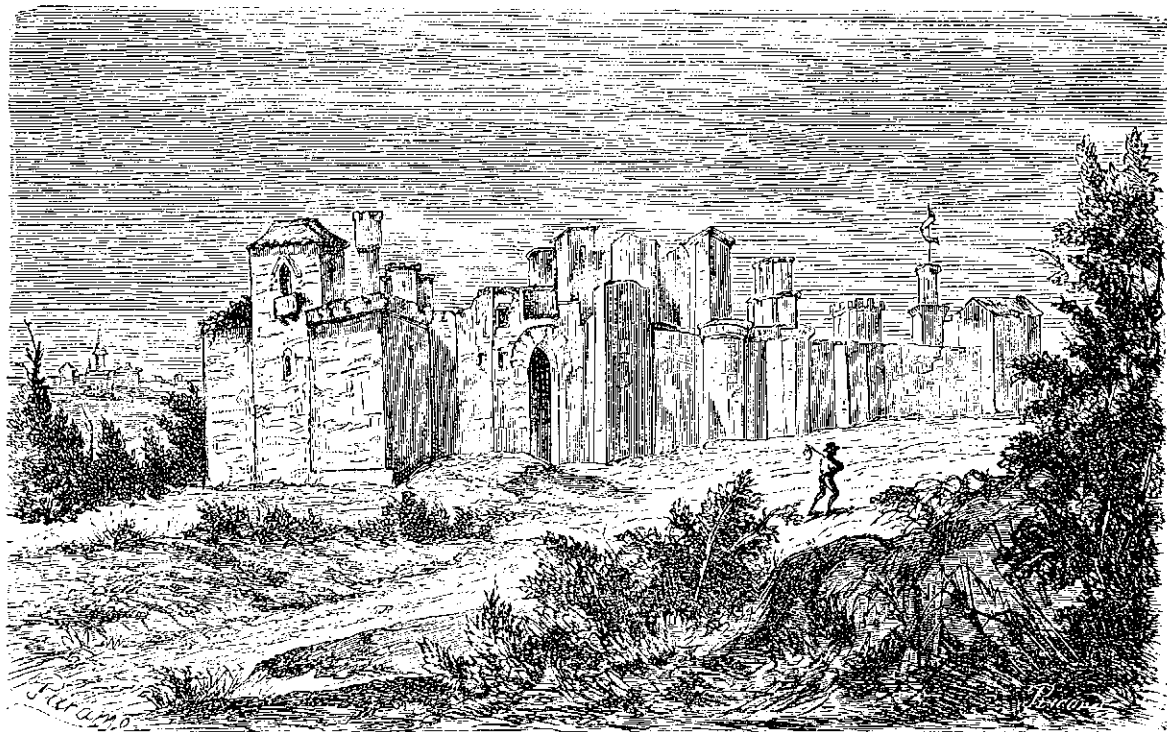
Y hé aquí por qué cuando la monarquía se siente fuerte inicia una lucha monstruosa y sangrienta contra los nobles; hé aquí por qué se afana en destruir y arrasar castillos; Fernando de Aragon é Isabel de Castilla comienzan la cruzada; Cárlos V y Felipe II la continúan; el nieto de Luis XIV, Felipe V, dióla por terminada. El hierro y el fuego en una parte, el cadalso en otra; aquí el halago, allí la astucia; de toda clase de armas se sirve el trono para llevar á cabo su empresa. Como tantos otros, el castillo de Garci-Muñoz era una protesta contra la invasion agarena y contra la invasion real. Triunfó de la primera, sucumbió en aras de la segunda.

¿Quién se preocupa ya de esos ennegrecidos paredones, por ante los cuales cruza rápido é indiferente el viajero muellemente recostado sobre los divanes del ferro-carril? ¿Quién tiene un recuerdo de simpatía para esos mudos testigos de pasadas glorias, que vieron lucir otras ideas y otras grandezas? Y sin embargo, ellos engendraron los elementos de la nacionalidad, de ellos brotó la patria, y sobre ellos se afirmaría nuestro carácter y los timbres que llevaron victorioso el nombre español á todos los extremos de la tierra.

Por eso nosotros que, ardientes propagadores de las ideas modernas, queremos avanzar llevando en nuestras manos la enseña de lo porvenir, tenemos tambien sentimientos de cariñosa simpatía para esos restos despedazados del edificio que un día albergó á nuestros abuelos; por eso mismo recogemos el rasgo más brillante de la historia del castillo de Garci-Muñoz para transmitirlo á las generaciones futuras, otorgándole puesto distinguido en esta galería.

FRANCISCO M. TUBINO.

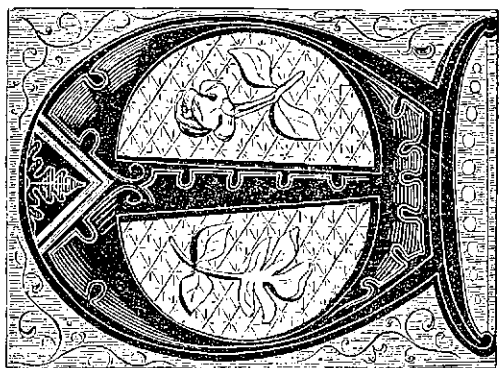




EL CASTILLO DE ARBANDO.

DEDICADO A LA SEÑORA DOÑA PURA MOSCOSO DE MARTEL.

I.



El más delicioso de los pueblecillos de Asturias es tambien el más desconocido de ellos; un nido graciosamente oculto en la espesa enramada, y cuya propiedad corresponde al concejo de Lena, donde se nombra La Cortina. Dentro de su término existe un bosque, rara vez hollado por la planta del campesino, á pesar de la frondosidad con que convida en el verano y de su excelente leña en el invierno.

Para encontrar la causa de este alejamiento, es necesario penetrar hasta el fondo de dicho bosque; lo cual no habrá de conseguirse, sin vencer los obstinados obstáculos de arbustos, malezas, troncos derribados, zanjás escondidas y otra infinidad de enemigos del transeunte, que por milagro se verá li-

bre de su rudeza, alcanzando su objeto, si no les deja, como trofeo de la lucha, algun pedazo de su vestido. Por cierto que el tal objeto parece al pronto no ha de valer la pena de semejante percance, pues los despojos de una cabaña tienen bien poco que ver; y á fin de no empezar desilusionando á los lectores, hay que consignar ahora un «distingo» en la manera de ver. Aquellos despojos no dirán nada interesante á los ojos de la cara, si primero ó al propio tiempo no los miran los ojos del alma; si el pensamiento y la memoria nada dicen de su existencia al transeunte.

Cuatro paredes ennegrecidas, adornadas á trechos con gruesas matas de hiedra, y á las que sostienen montones de escombros, obstruyendo una entrada que el tiempo agrandó, es lo que se encuentra en el centro del bosque.

Pero dentro de esas cuatro paredes se encierra un tesoro, el tesoro de una tradicion, el recuerdo poético y terrible de una historia trasmitida con fantásticos caracteres, de generacion en generacion, desde el siglo segundo de la dominacion mahometana, y lo cual no mencionan los sencillos habitantes de aquellas comarcas sin santiguarse con respeto y pavor; porque las cuatro paredes y los escombros que las sostienen son los restos de la *Cabaña del condenado*.

Y bien, se preguntará; ¿qué relacion existe entre la cabaña del condenado y el monumento con cuyo nombre se encabeza este trabajo?

II.

Muchos, muchísimos años se sucedieron —dicho queda que en el siglo segundo de la dominacion de los arabes,— desde que en la cima de una alta montaña, que al norte de la Cortina se descubre, sustentábase á manera de peñasco inmenso, un castillo de torres almenadas, foso anchísimo y muro inexpugnable. Tan formidable fortaleza, levantada por los romanos y mejorada por los godos, habia merecido de unos y otros el dictado de *Invencible*, en superposicion á su nombre genuino de Arbandó.

Jóven y gallardo uno de los castellanos que más contribuyeran á su fama, sólo echaba de ménos, en su buena suerte, aumentada con los ricos trofeos de sus enemigos, el amor de una mujer que uniese el encanto de la virtud al poderoso atractivo de la hermosura.

En vano acudió á todos sus amigos y compañeros, los nobles de la comarca, en demanda de lo que su corazon imperiosamente reclamaba. A pesar de los vivos deseos que por complacerle mostraban, poniendo ante sus ojos los tipos más perfectos de la belleza femenil, damas dispuestas con muy halagüeña voluntad, al dulce lazo de Himenco, á regalarle la felicidad por que suspiraba; sus afanosas esperanzas no se satisfacian; sus desvelos no encontraban término. Entre las dulcísimas sonrisas; en la tierna pureza de las miradas; junto á la satisfaccion de las promesas; con el perfume de los suspiros, encontraba el vil interés, sentia el hielo del desengaño, aspiraba un hálito impuro.

Y desistió de su propósito, resignándose á vivir sin compañera en su castillo solitario, si la casualidad ó su buena estrella no acudian á favorecerle.

No se hizo esperar mucho tal casualidad. Presentósele bajo las seducciones de una garrida aldeana, á la márgen de una fuente, cierto dia en que, fatigado de la caza, llegó á apagar en sus frescos raudales la sed que le abrasaba, y á reposar bajo la vecina enramada.

En seguida de verla, cubrió la ilusión, con su velo trasparente, los ojos asombrados del caballero, y á su lumbré mágica miró realizarse la más hermosa de sus esperanzas; vió cumplidamente satisfecho el más grato de sus deseos.

El poderoso castellano se acercó, con trémulo paso, á la humilde hija del último de sus vasallos, y herido por el amor, cayó á sus piés, implorando una mirada, y ofreciéndola en cambio dos inmensos tesoros; el de su corazón y el de su fortuna.

La aldeana aceptó el primero con la emoción que tanto había echado él de menos en las nobles damas, y pocos días después veíase precisada á aceptar el segundo, entre la pomposa solemnidad con que se celebraron sus bodas.

No hay memoria ni crónica que den cuenta de una luna de miel tan regalada como la que iluminó la dicha de María y Rodrigo de Vera, que así los novios se llamaban. Pero «no hay bien que cien años dure» dice el adagio; y ellos pudieron decir que «ni cien días.» A los tres meses de su enlace fué llamado Rodrigo por el rey, con la mayor urgencia, porque le hacían falta su vencedora espada y sus veteranos hombres de armas con objeto de contener las terribles invasiones de la morisma, y de invadir, á su vez, prosiguiendo sin descanso la epopeya de la reconquista.

No hubo remedio; fué preciso partir. La dulce esposa resignóse á la amargura del trance inesperado, y Rodrigo voló á la guerra, no menos aguijado por el deseo de gloria que por la esperanza de un pronto regreso, halagado además por otra idea sumamente consoladora, la idea de la paternidad, la de estrechar entre sus brazos al primer hijo de su amor. María quedaba en cinta, y él esperaba un heredero de su valor é hidalguía, ó una imagen de la virtud y belleza de su esposa.

III

La guerra fué larga y en extremo sangrienta, como lucha de gigantes y lucha de exterminio. La fama llevaba las hazañas de Rodrigo de los castillos á las cabañas, de las ciudades á las aldeas; ya cantadas por galanos trovadores en los salones artesonados, ya referidas toscamente por los juglares en medio de las plazas públicas.

Cuando así llegaba á María la fama, también llegaban con ella los homenajes debidos á la esposa de un héroe. Y entre tanto, en uno de los combates más encarnizados, tuvo ocasión el castellano de salvar la vida á cierto caballero aventurero, de lejanas tierras, el cual se había captado su amistad. Mas no le salvó sino quedando él mismo gravemente herido.

En tal situación, rogó á su amigo que fuese á tranquilizar á su esposa, único favor que le pedía, en pago de su inapreciable servicio. Accedió el aventurero, con grandes muestras de gratitud, y asegurándole de este afecto para cuantas empresas le encomendara. Despidiéronse, pues, y al cabo de un viaje tan largo como enojoso, ya por las dificultades de la guerra, ya por las pésimas condiciones de los caminos en aquellos tiempos, llegó el mensajero al castillo de Arbandó un día que fué de fiesta para sus habitantes.

El caballero puso en manos de la castellana su mensaje, escrito y firmado con mano insegura por su esposo, quien no había puesto en él menos cuidado en recordarle su constante ternura que en

prometerla un pronto regreso. Nada decia de sus heridas, omitiendo tambien que su amigo le fuese deudor de la existencia; omision que el amigo tenia el deber de suplir; deber que no cumplió.

Enamoróse insensatamente de María, y el amor arrojó de su corazon á la amistad, á la gratitud y al deber. La voz impía de su pasion adúltera ahogó en su alma los últimos ecos de la voz humana.

Con mayor pena que indignacion rechazó la castellana sus obsequios, pues no desconocia todo el poder de la hermosura, aunque hubiese de lamentar la indignidad y demencia de Don Gonzalo, — que este era el nombre del mensajero. — Rogóle que no insistiera en su pretension temeraria, por la felicidad de su hogar y por la honra de su amigo, ya que el propio decoro no bastaba á contenerle dentro de sus límites sagrados.

Fingió el desleal quedar completamente convencido por sus justísimas razones, mostrando un arrepentimiento tan sincero y un sentimiento tan profundo, que ella al otorgarle su perdon, sintióse movida de piedad, y por la puerta de la piedad se han perdido muchas virtudes.

No se lo imaginaba la esposa de Rodrigo, pero con ello contaba su falso amigo. Fijo en su idea de seduccion, preparó un plan profundamente disimulado, para alcanzar su objeto; plan el más lento, como el más seguro. Inicióle, ganando la confianza de María con las animadas é interesantísimas relaciones de batallas y torneos, que realizaban su fantasía con mil peripecias conmovedoras.

Luégo que obtuvo su simpatía, luégo que cautivó su interés con lo grande y lo terrible, pasó á cantar dulces romances, á entonar endechas de amores, á los melancólicos acordes de un laud. Don Gonzalo, como muchos de los caballeros de su época, era tan buen trovador como excelente guerrero, y entonaba una copla con la misma facilidad con que daba un mandoble.

La bella castellana le escuchó primero con curiosidad, luégo con anhelo, despues con pasion. El acceso al precipicio aparecia cubierto de flores. ¡Era tan tierno, tan apasionado el acento del caballero! ¡Sus miradas... tan expresivas, tan suplicantes y tan respetuosas!... que no podia ser el sonrojo de la vergüenza el que, al verle y escucharle, teñia las azucenas de sus mejillas.

IV.

«Fragilidad: tú tienes nombre de mujer.»
(SHAKESPEARE.)

Bajo los felices auspicios que anteriormente se mencionan, creyó Don Gonzalo llegada la ocasion de asegurar su triunfo empleando un recurso que hasta entónces no usara, por temor de un éxito desgraciado, en atencion á la resistencia de María: y fué manifestarla que habia dejado á Rodrigo tan gravemente herido que no ofrecia ninguna esperanza de vida, habiéndole encargado á él de darla su último adios, en caso de que trascurriera el plazo de dos meses despues de su llegada al castillo, sin noticias de su suerte; pues señal infalible seria de que la Providencia no habia hecho un milagro, arrancándole de las garras de la muerte, para volverle á sus brazos cariñosos.

En poco estuvo el que, al peso abrumador de la pena, á las angustias crueles del dolor, no se rompiesen los lazos tan traidoramente tendidos al puro corazon de María. Secos los ojos de llorar, desolada y fuera de sí, encerróse en su habitacion, negándose á tomar alimento, y acusando á Don

Gonzalo de haberla dado la nueva fatal demasiado tarde, impidiéndola volar al socorro de su marido, á recibir aquel ¡adios! tan desgarrador, si es que no lograba volverle á la vida y á la ventura con el aliento de su amor.

Don Gonzalo se creyó perdido. Intenciones tuvo de abandonar el castillo, emprendiendo una huida, cuyo oprobio podria devolver la paz y la felicidad que arrebatara; pero los que aman como él amaba no desesperan jamás, porque sacan ilesa á la esperanza del poder de la misma desesperacion. Confió su anhelo á los cuidados del gran médico de todas las afecciones, de todos los desengaños, de todos los rigores; al tiempo.

El castillo de Arbandó cubrióse de luto por la muerte de su señor, y las tocas de la viudez realzaron los encantos de la castellana; rosas y azucenas cuya lozanía celeste no lograba marchitar el hálito helado de la pena.

Don Gonzalo pareció hondamente conmovido por su desgracia, tanto que lloró con ella. Y ella creyó en su sentimiento; y volvió á su compasion, y despues... pasaron aquellos dias; y despues... otros dias; y despues... Shakespeare ha dicho: «Fragilidad: tú tienes nombre de mujer.»

Doña María habia jurado á su esposo fé eterna: no tenia pruebas seguras de su muerte; muy al contrario, debia tener motivos para creerle á salvo, pues la guerra tocaba á su fin, habiendo de pactarse una tregua, y en el mensaje que le enviara, escrito de su puño y letra, ninguna cosa grave dejaba entrever. ¿No era extraño, por otra parte, que Don Gonzalo hubiese aguardado dos meses á darla la nueva? Aquel hombre la amaba, y, ante el amor, conviértese el amigo en enemigo. Además, no le habia dejado muerto, sólo sin esperanza de vida. Tambien Don Gonzalo no abrigaba al principio esperanza alguna, ni remotamente, de ser correspondido por ella en su pasion insensata, y sin embargo... ¡sin embargo, ella le amaba ya!

¡Sí, le amaba; ya no llenaba de horror á su alma la idea de estrechar á aquél contra su corazon; ya no temblaba al imaginarse que viniera á turbar sus adúlteras caricias la vengadora sombra de Rodrigo! El veneno dulce de aquellas caricias, al emponzoñar su seno, habia aletargado su alma.

V.

Pasaron muchos dias y muchos meses. El placer no cuenta el tiempo: el dolor le multiplica. Esto último debió haber sucedido con un caballero cuyos ojos brillaban con el fuego de la juventud y de la vida, mientras á sus cabellos cubria una nieve prematura; el cual, cabalgando sobre un fuerte corcel de batalla, presurosamente se dirigia al castillo, á las primeras horas de una noche de invierno, por una senda escondida entre los árboles y que habria de conocer perfectamente la cabalgadura, á juzgar por la seguridad de su paso. Ó acaso seria por la seguridad del jinete, pues á pesar de su trasformacion, nadie hubiese desconocido en su fisonomía y porte bizarro al castellano de Arbandó, á Rodrigo de Vera; y los caballos caminan ufanos y seguros cuando se sienten dominados por héroes, en medio de los mayores peligros y de las noches más oscuras.

Rodrigo volvía de la guerra, cubierto de canas, de cicatrices y de gloria, bien ajeno de que su esposa adorada, su virtuosa María las cubriese de deshonor. Habia pasado mucho tiempo luchando

entre la vida y la muerte, á consecuencia de sus numerosas cuanto graves heridas; y habia olvidado, como se olvidan las vagas imágenes de un sueño, ciertos rumores extraños, que llegaran hasta su lecho de dolor, acerca de infidelidades, traiciones é infamias que por algun momento hicieran estremecer su corazon. Habíalos oído cual se escuchan esas voces quiméricas de siniestro augurio, cuando más cerca nos sonríe la felicidad.

Así, pues, arrojando muy léjos de su mente el recuerdo de aquellos rumores, aproximábase á su mansion señorial, recreándose con la idea de la agradabilísima sorpresa que iba á causar á su esposa, lo mismo que al amigo y compañero de armas, en caso de que éste siguiese todavía disfrutando de su hospedaje.

Tiempo era ya de llegar, porque la oscuridad de la noche iba convirtiéndose en lobreguez, y apenas confusamente se distinguian los objetos á dos pasos de distancia.

Sin duda por prevenir tal contratiempo, surgieron de repente en las nubes numerosísimas luminarias, que vivamente se agitaban de un lado á otro, á impulso de contrarios é impetuosos vientos. Brillaban hácia la parte del castillo, y parecia obra del cielo su repentina iluminacion, en honor á la llegada del héroe.

Pero nó, no era el cielo; era el mismo castillo el que magníficamente resplandecía; eran sus muros sombríos los que de mágicos fulgores se revestian, porque algun aéreo mensajero habria anunciado lo que no revelara él á nadie, por no privarse del inmenso gozo de la sorpresa.

—Avanza, avanza, Rayo mio, decia el noble caballero, espoleando su briosa cabalgadura: poco nos falta ya para el apacible descanso.

El bruto debia comprenderlo, pues en señal de agradecimiento, hendian el aire sus relinchos. Acercáronse más y más. Rodrigo contuvo el paso del caballo. Ya no veia sólo la brillante iluminacion. Oia claramente los ecos de una animacion extraordinaria, de una algazara sin ejemplo, bajo aquellos muros. Ni aún la del día solemne de sus bodas, que hicieran época en la comarca, se la podria comparar.

Ya no sentia perder el gozo de la sorpresa, porque más intenso y conmovedor se le habia prevenido. Si, sin duda le esperaba su esposa, y le esperaban sus leales servidores; y en verdad que tal prevision bien valia la pena de perder una sorpresa.

No habia un alma por aquellos alrededores, pero el paso estaba franco y el rastrillo del puente levantado— ¡prevision discretísima! — Ellos le daban á él la sorpresa.

Toda la animacion estaba concentrada en el salon principal del castillo, segun se deducia por el aspecto de sus ventanas. Ya por capricho, ya por cualquiera otro motivo, Rodrigo se acercó recatadamente á la poterna, calándose la visera del casco, que despedia vívidos reflejos, herido por tanta luz, echándose de ver entónces que no llevaba penacho en la cimera, así como que una ancha banda verde cubria completamente la divisa de su escudo, si es que éste la tenia.

Al ruido de los herrados cascos del caballo salió un escudero á la poterna, y preguntó al caballero el objeto de su venida, no dando la menor muestra de conocerle, aún despues que se le hubo contestado con vigoroso acento:

—¿No se me espera, tal vez?

El escudero se encogió de hombros, y miró de alto á bajo á su interlocutor, con curiosidad un poco impertinente.

—¿No me conoces, Fortun? volvió á decir el caballero, con tono imperativo.

El escudero manifestó al pronto cierta sorpresa, que debió proceder de oír su nombre en los labios de un desconocido, puesto que en seguida volvió á encogerse de hombros, y á reparar, con igual curiosidad, ora los blancos mechones de cabellos, que bajo su casco asomaban, ora el escudo sin divisa, ora la extraña gallardía del que juzgaba viejo.

Impaciente el viajero, blandía ya el cuento de su lanza, con evidente ánimo de obtener una respuesta tan decisiva como lo hubiera sido la elocuencia de su nueva argumentacion, cuando tuvo que contenerse ante la repentina atencion con que el escudero le dijo:

— Quien quiera que fuéreis, caballero, que así mostrais conocerme, sed bien venido al castillo de Arbandó, pues en días tan felices como el de esta noche, á todo viandante que llegare á sus puertas se le agasaja y sirve cumplidamente, además de otorgarle hospitalidad. Tales órdenes hemos recibido de sus nobles señores cuantos aquí á su servicio nos encontramos.

Asombrado quedó Rodrigo al escuchar estas razones. Estremeciéndosele el corazón repitió mentalmente varias veces, ántes de contestar, las palabras de «órdenes de sus nobles señores.» Violentos esfuerzos hubo de hacer para disimular su emocion, al preguntar:

—¿Qué acontecimiento celebra hoy el castillo?

—Sin duda venís, caballero, de muy lejanas tierras, cuando áun no ha llegado á vuestras oídos la fama que ha cundido ya por todos los términos del reino, de las magníficas bodas de mis señores.

Al expresarse así vió el escudero á su interlocutor apoyarse fuertemente con ambas manos en su lanza, inclinando mucho el cuerpo hácia adelante; y pensando que lo hacia por escucharle con mayor gusto y comodidad, siguió dando rienda á su escuderil locuacidad, en los términos que siguen:

—Y eso que las del difunto habíanse celebrado como las de un monarca; pero no merecen comparacion con estas, que la misma viuda ha dispuesto; y de ellas ha de quedar eterna memoria.

—¡Eterna, sí! exclamó el caballero, ahogando una imprecacion, y apoderándose, como un autómata, de una mano de Fortun, con ademan de que le guiara al interior del castillo.

Y como no se habia levantado la visera, en cuyo descuido el escudero no se fijara, desde el momento en que diera rienda á su charla, hízole considerar su nueva actitud y las vivísimas instancias que silenciosamente le dirigia, como una prueba de amistosa confianza, y muy especialmente del gusto con que su relacion escuchaba. Y en tal creencia se afirmó, al oírle preguntar, mientras atravesaban el patio, con cierto temblor convulsivo, que atribuyó al cansancio y á la edad:

—¿Y él... el castellano... se llama?... decid...

—Don Gonzalo Rolam, caballero provenzal, que vino á España á ayudarnos contra los infieles, con el poderosísimo esfuerzo de su brazo: el mejor amigo que tuvo mi difunto señor Don Rodrigo de Vera, cuyos hazañosos hechos eran el terror de la morisma y el orgullo de nuestros guerreros.

Fortun sintió una lágrima ardiente caer sobre su mano, y suponiendo que seria una gota de sudor, prosiguió: —Pero su bravura y desprecio á todos los peligros le fué fatal; y murió acribillado de heridas, al concluirse la guerra.

—¿Y quién dió la noticia de su muerte?

—La trajo su amigo y compañero de armas.

—¡Cómo!... ¡ah!...

—¿Qué decís, caballero?

—Nada... que... que lamento la muerte de... tan leal caballero.

—¡Oh! ¡si le hubiérais conocido, caballero! Don Rodrigo de Vera fué el hombre más cabal y más cumplido señor que se ha conocido en estos reinos; y no lo habria mejor en los extraños. ¡Tan bueno, tan generoso, tan valiente!... —Y aquí, para entre los dos, caballero,—ninguno de sus vasallos hemos visto con buenos ojos... vamos... asegúroos á Vd. que no nos ha parecido nada bien el que su viuda haya dejado tan pronto las tocas... cuando á él se lo debia todo. ¡Figuráos... él la habia levantado hasta el nivel de su grandeza, desde el suelo de una cabaña, y...

No pudo continuar, por dos causas muy diferentes. Una era el súbito ruido de choque de vasos y estrépito de brindis y algazara, y otra la brusca actitud de su interlocutor, que saltó del caballo con la agilidad de un mozo, y llevó airadamente su mano á la empuñadura de la espada.

—No os asusteis, caballero, le dijo, pasada su primera sorpresa; no os asusteis; es el ruido alegre del festin, y los convidados celebran los últimos brindis, ántes de levantarse para ir al salon destinado al sarao. Mirad, mirad: hácia aquí se dirigen. Ya han concluido. Desde aquí, si os apartais, podreis verlos pasar, y conoceréis á la novia, que es un sol, Doña María...

Ella, en efecto, dulcemente apoyada en el brazo de Don Gonzalo; hermosa, hermosísima; pero no con el puro atractivo de un serafín de la Gloria, sino con el encanto fascinador del ángel caído, en su tentacion primera; voluptuosa la sonrisa y divina la mirada; ostentando una deslumbrante corona de brillantes sobre la magnífica diadema de su cabellera de oro; percibiéndose en las ondulaciones del cendal de argentería, el agitado afán de su seno de náyade, como el aliento del céfiro entre la nieve; realzada la gentileza majestuosa del talle por el brial recamado de finísima pedrería; vivamente animada su actitud, en medio del abandono de la pasión, como la ilusión de sus ojos y el deseo de sus labios: tal aparecía Doña María á la puerta de la sala donde se celebraba el festin de sus bodas: tan régiamente habia podido trasformarse la humilde aldeana.

Por un instante pareció fascinado Rodrigo, creyendo lo que veía obra mágica de los delirios de su mente, inspirada por una embriaguez satánica; por un instante olvidó los ecos extraños de la historia de oprobio, que aún resonaban fatídicamente en su oído y en su corazón.

Mas ¡ay! con harta presteza sucedió al delirio la realidad. Don Gonzalo preguntó desabridamente quién era el descortés caballero que permanecía con la visera calada delante de la castellana y sin hacer acatamiento alguno á su persona.

Don Rodrigo, por respuesta, levantóse en el acto la visera, y desenvainó su espada, cuyos destellos no eran tan centellantes como los que sus ojos lanzaban.

María cayó desplomada, sin sentido, sin lanzar un grito, y el estupor se apoderó de los demás circunstantes, incluso Don Gonzalo.

Fortun haciendo por tres veces la señal de la cruz, postróse de rodillas ante su antiguo señor, mirándole de hito en hito para cerciorarse de que no era un espíritu del otro mundo quien en tal talante y ocasion se aparecía.

Súbito, el estupor fué interrumpido por el fragor sonoro de la lucha de dos rayos. La espada de Don Gonzalo se habia cruzado con la de Don Rodrigo.

Aquella lucha, con la muda desolacion de los espectadores; las luces de la iluminacion multiplicándose á los vívidos reflejos de ambos aceros; la hermosísima castellana desmayada, y sobre todo, las figuras atléticas de los combatientes animados por el fuego de la venganza, tenia algo de sobre-

natural, de siniestramente fantástico. Aquella lucha, que debía ser un juicio de Dios, parecía más bien dirigida por el genio del mal; era un combate sometido al fallo del Infierno.

Cuál sería el resultado de este fallo, excusado parece consignarlo, si se tiene en cuenta el favor que venia dispensando el juez á uno de los contendientes, al considerar cuanto este llevaba ganado en el camino del abismo.

El abismo, sí, cegó con su cólera, no solamente al alma, sino tambien los ojos de Don Rodrigo, guiando, al propio tiempo, hasta su corazon, la espada de su contrario.

El ultrajado esposo cayó para no volver á alzarse en el mundo, quizás por haberse anticipado á la justicia del Cielo contra los adúlteros.

VI.

Hasta aquí van acordes las crónicas con la tradicion. Las crónicas refieren en seguida que, ya por la horrible confusion que se produjo entre las gentes del castillo, aún dudosas de que el muerto fuese su antiguo señor, porque, en su entender, no hubiera resucitado para volver á la tumba tan pronto; ya por alguna casualidad fatal, y providencial tal vez; ello fué que apenas hubo caído Don Rodrigo, un voracísimo incendio estalló en el castillo; incendio ocasionado por la magnífica iluminacion de la fiesta nupcial, y atizado por el huracan.

Todos los habitantes del castillo perecieron en las llamas. Únicamente se salvó Fortun, el buen escudero, vengando á su señor de una manera espantosa; pues, cuando alcanzó, en su fuga, la poterna, cerróla tras de sí, sin atender á las súplicas ni blasfemias de Don Gonzalo, que en pos de él se arrastraba, agobiado bajo el peso de los escombros y estrechando frenéticamente en sus brazos á la infortunada culpable.

La tradicion asegura que ni Don Rodrigo pereció en el trance de la lucha con Don Gonzalo, ni ha muerto todavía: que, encontrándose, como por ensalmo, muy gravemente herido, casi exánime, en medio de un frondoso bosquecillo, sitio que hoy ocupan los restos de la cabaña, á poco de haber ocurrido el combate, intentó darse cuenta de su situacion, y acudió á ello muy solícito el mismísimo diablo en persona, y á proporcionarle un medio de vengarse, no exigiéndole, en pago, más que uno de los pequeños sacrificios que bastan á satisfacer á su majestad infernal. Manifestóle el caballero que aunque fuese el alma habria de darle, y él le contestó que ya la tenia ganada con permitirle sus ofrecimientos, y que lo que deseaba era el alma de su hijo, que se habia salvado con Fortun, y apenas acabara de nacer, al contraer su madre otros lazos.

Y verdaderamente anduvo el diablo generoso, pues ofreció librarle del cuidado de la educacion del niño, además del regalo de una cumplidísima venganza. El caballero aceptó gustosísimo, imponiendo á su vez una condicion, igualmente aceptada; la de que su hijo le fuese devuelto á los diez y seis años de edad.

Por de contado que se llevó en el acto á término la primera parte de lo ofrecido. Don Rodrigo vió su castillo reducirse á cenizas, al soplo del Infierno, y presencié los abrasadores tormentos de los culpables, desde la frescura del bosquecillo.

En cuanto á la segunda parte... todavía no se ha cumplido. Esta es la hora en que el diablo no ha devuelto el hijo á su padre; el cual sigue esperando, y seguirá tal vez, hasta la consumacion de los siglos, encerrado en la cabaña.

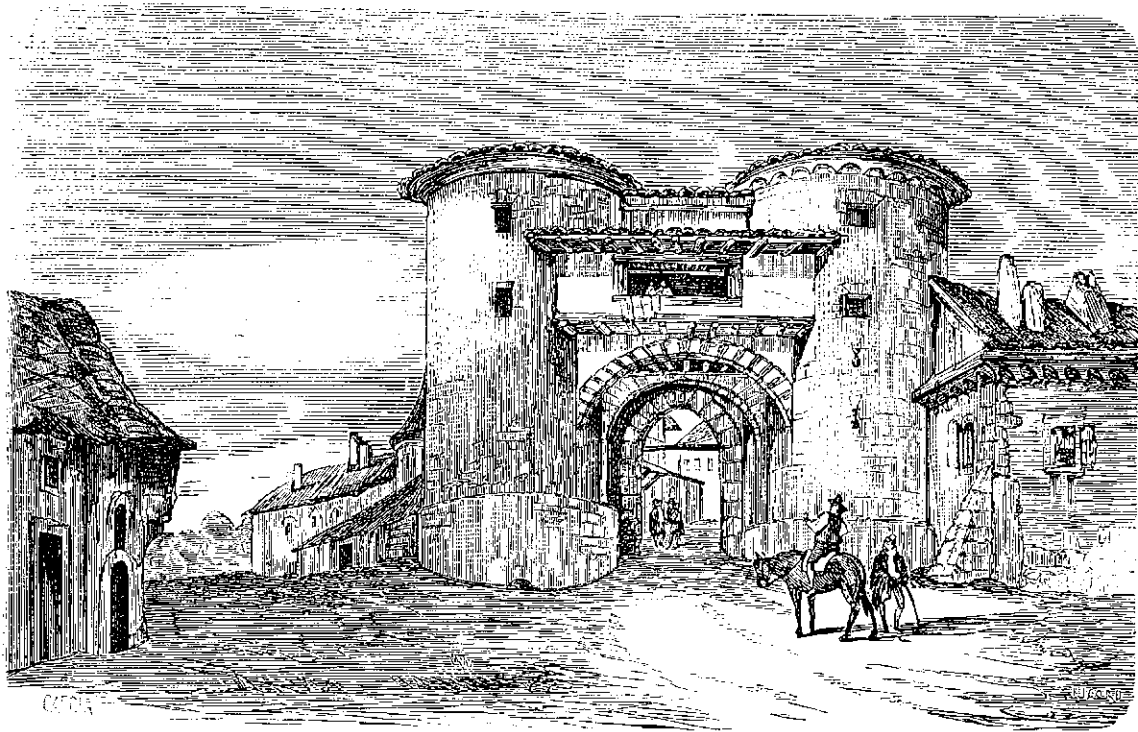
Los campesinos de la Cortina calificarán de impío y temerario á quien tenga suficiente ánimo para penetrar hasta los referidos restos, y rezarán, desde luego, un padre nuestro por su alma, juzgándola sin remision en el lugar peor del otro mundo, aún cuando al dar semejante paso no se hubiese hallado en pecado mortal.

Alguno, sin embargo, consiguió librarse de la fatal suerte reservada á su temeridad; y, segun sus noticias, en la cabaña mora un viejo, vestido con una túnica negra, tan larga como su barba, de una blancura deslumbradora, pero no tanto como los ojos de un macho cabrío, de enormes proporciones, y del color de la túnica; el cual los tiene constantemente fijos en los del viejo, sin permitirle salir de su angosto encierro, hasta el dia en que haya de cumplirse el término de su condena, puesto que aquel viejo es Don Rodrigo de Vera, el castellano de Arbandó.

Fatigas y sustos sin cuento me ha costado el averiguar esta historia, y todavía, al finalizarla, no las tengo todas conmigo, cual suele decirse de los temerosos, que los ojos del enorme macho cabrío no cesan de observarme amenazadores, y ¡sabe Dios! la suerte que me aguarda, por la temeridad de haber descubierto al público tan terribles secretos.

R. G. L.



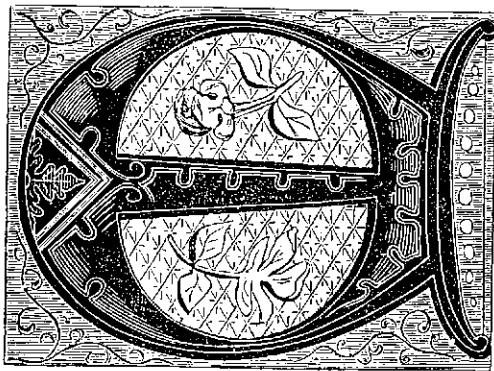


CASTILLO DE MONLEON.

DEDICADO Á LA EXCMA. SEÑORA

M. DE LA CONCEPCION DE TORO DE BASTIDA, CONDESA DE ROBLEDO.

I.



El viajero que cierto día, del año de 1477, recorriera el camino que desde la celeberrima ciudad de Salamanca dirige y lleva á Medina del Campo, toparia de seguro con un grupo de jinetes, que casi al despuntar el día y á todo caminar venian en direccion opuesta.

Traian la delantera hundiendo los agudos acicates en los ijares de sus recios corceles, tres hidalgos, entre quienes señalábase el del centro, tanto por su aire de superioridad, cuanto por las muestras de acatamiento que de los otros recibia. Armado á la ligera, conociase que fiaba la defensa de su persona, más que á la impenetrable coraza y al alto capacete, al respeto que á los demás inspiraba. Seguian á nuestros desconocidos á corta distancia otros tres jinetes, descubriéndose sin esfuerzo ser otros tantos escuderos.

Apretaba su caballo el que de los tres parecía principal, y de tiempo en tiempo solia dirigir alguna frase á sus acompañantes.

—Ansío encontrarme presto en Salamanca. Seguid, Proaño, seguid.

Hostigó el aludido su bestia, y ésta, por el dolor irritada, arrancó con violencia, rebasando la línea de los otros ginetes: aguijaron estos sus caballos, y pronto volvieron á caminar unidos.

—Así, así, exclamó el del centro.

—Reparad, señor, dijo el que habia sido llamado Proaño, que no han pasado más de cuatro horas desde que abandonamos á Medina, y llevamos ya vencida la mitad de la jornada.

—No importa, Proaño, no importa. Ya sabeis cuánto interesa que lleguemos á Salamanca ántes que Maldonado se aperciba de mis propósitos.

—Lo sé, señor. Cuanto redunde en el mejor servicio de V. A. añadió Proaño despues de una ligera pausa, será mirado por mí con el interés propio de un súbdito leal. Mandad á vuestra guisa, y descansad en que sereis obedecido.

Inclinó el del centro la cabeza en señal de asentimiento, y callando el otro acompañante, y cambiándose entrecortadas palabras entre el primero y Proaño, diéronse tanta priesa, mostráronse tan diligentes, que al cabo de ocho horas de marcha alcanzaron á ver los muros de la ciudad á donde se dirigian.

Produjo la entrada por las ferradas puertas alguna extrañeza en sus custodios. El aspecto marcial de los desconocidos, la espesa capa de polvo que cubria sus armaduras, el ahinco con que caminaban, la no comun apostura del que jefe parecia, esparcieron entre los ballesteros que guardaban los ingresos, la sospecha de que se trataba de alguna notabilidad cortesana. Por su parte los viajeros, evitando miradas indiscretas y sin dejar de la mano á sus caballerías, llegaron con presteza á la posada del Corregidor, donde hicieron alto; apeáronse y penetraron sin obstáculo, ni previo requerimiento. ¿Quiénes eran los desconocidos? ¿Cuyo el personaje que muy luego de llegar producía insólito movimiento entre autoridades, oficiales de justicia y personas más encumbradas? ¿Por qué los hijodalgos, seguidos de sus deudos, acudian presurosos á rendirle párias y homenaje?

Era el incógnito Fernando de Aragon, rey de Castilla mediante su enlace con Isabel I. Acompañábale Diego de Proaño, caballero principal y alcalde de su córte, y un secretario.

II.

Entre las familias más distinguidas de Salamanca figuraba en primera línea la poderosa estirpe de los Maldonados. Ricos homes y valerosos caudillos, constituían numerosa y bien acomodada parentela, que se habia señalado, tanto por sus altos hechos de armas y por su teson en sostener los privilegios de su clase, cuanto por la parte principalísima que en las contiendas y revueltas civiles les habia cabido. No eran los Maldonados de aquellos nobles de dudoso origen que se avenían á seguir el arbitrio de los gobernantes sométiéndose dóciles á sus fallos. Raza bien templada, de reconocido vigor y no domeñados brios, los Maldonados equiparaban sus ínfulas á las de los más linajudos, y no usaban ofrecer vasallaje á otro que no fuera aquel, que con sujecion á las leyes y fueros establecidos tenia derecho á reclamarle.

Genuinos representantes del tipo feudal, considerábanse á sí propios, ántes que inferiores al rey, como iguales y señores independientes, que se asociaban á la corona bajo ciertas relaciones, para hacer posible la gobernacion de la república, no consintiendo nunca ni por ningun estilo que la realeza pusiera en olvido y menoscabo las premáticas, que con el empuje de sus lanzas habian conquistado en cien batallas. Trasunto más ó ménos fiel la doctrina, de las máximas introducidas en España con la gente germánica, respondia á móviles grandes y generosos, siquiera la rudeza de aquellas edades, tirara á convertirlas y la trocara á menudo, en intolerable y bárbaro sistema de autocracia y tiranía. El feudalismo, y queremos aprovechar la ocasion que de decirlo se nos depara, arrancaba del legítimo conato de contrastar la idea semítica, abstracta, socialista, autoritaria y teológica, oponiéndole el principio positivo, personal y humano del individualismo: procedia la una del Oriente y tendia á absorber la personalidad en el ente fantástico llamado Ciudad ó Estado; brotaba el otro de las naciones occidentales, y produciendo aquellas superiores instituciones magistralmente bosquejadas por Tácito, y cuya eficacia y resultados hoy mismo reconoce el filósofo, que con verdadero sentido científico busca lo fundamental de la gigantesca lucha, que en estos momentos contrista al orbe civilizado.

Con sus excesos y demasías, con su desconocimiento frecuente de lo justo y lo moral, con todo el cortejo de errores que le empañan y amenguan, el feudalismo, no obstante, es en su punto de arranque y en parte de sus crecimientos, enérgica protesta que òpone la dignidad humana, al inplacable dogma, cruel, despótico y absoluto de la razon de Estado. A la salud del pueblo con que Roma, síntesis del mundo semítico, barajándose con las reminiscencias jafóticas (si la clasificacion mosaica es exacta), disfraza el imperio de los ménos sobre la autonomia de los más, levanta el Septentrion el lema de « Dios y mi derecho, » que afirma la soberanía del individuo, su albedrío y el dominio de sí propio.

Muchas y notables eran las familias nobles que en la época á que nos contraemos residian habitualmente en Salamanca, si ya no era que en su murado recinto ó en su tierra tuvieran sus solares. Pero cabe los Monroyos, Manzanos, Abarcas, Fonseca, Cornejos, y Solises, destacábanse altaneros los Maldonados, tanto por el irresistible prestigio de su alcurnia, como por lo recio y no domeñado de su poderio. Distinguiéronse los Maldonados en las guerras de la reconquista, realizando singularísimas fazañas; y más tarde, cuando el poder real suscitó entre los grandes rivalidades, ojerizas y divisiones, cúpoles un papel asaz importante en las turbulencias que conmovian el territorio castellano desde mediados del siglo décimoquinto, aunque más especialmente la comarca salmantina.

Un Maldonado sucumbió á la crueldad de Pedro I cuando sus contiendas con Enrique de Trastámara; pelearian otros en la hueste de D. Suero de Solís al acometer éste la empresa de reducir al turbulento Arcediano de Juan Gomez, que en armas se habia levantado. Los bandos que trajo la fiera venganza de Doña María la Brava, ocasionó tambien que los Maldonados hicieran famosos alardes de audacia, arrojo y atrevimiento; y cuatro años ántes de aquel en que comienza nuestra narracion, esos mismos próceres expulsaban ruidosamente de Salamanca al Conde de Alba, parcial de los Reyes Católicos, alzando pendones por Doña Juana la Beltraneja, cuya causa se aprestaban á defender como homes buenos, honrados adalides y servidores diligentes del derecho.

Habia perecido en la refriega uno de los Maldonados, D. Alfonso; y el otro, D. Rodrigo, áun contemplándose vencedor, comprendió que la causa que él y sus parciales consideraban de la legi-

timidad, no alcanzaria un definitivo triunfo, pues acudiendo presto los reyes con sus mesnadas y segundándoles los secuaces de la corona de Aragon que en la ciudad moraban, veríanse constreñidos á defender sus personas, no cuadrando á su talante declararse domado sin apelar al forzoso recurso de las armas. No de otra suerte se conduciría el bizarro Juan Maldonado cuando años despues, defendiendo las franquicias municipales contra el despotismo austriaco, caeria sin vida al lado de Bravo y de Padilla.

Preparado á todo evento, conservó D. Rodrigo su casa solariega en la ciudad, que con la de sus deudos formaba una manzana casi aislada y fortificada en el barrio de San Benito, si bien no considerándose seguro, retuvo el castillo de Monleon, que en tenencia se le diera, trasladando á él su mujer é hijos y mucha parte de su hacienda, y preparándose allí para una desesperada resistencia. No se atrevían los numerosos partidarios que en Salamanca habia ganado el bando realista y aragonés á afrontar sus iras. Odiaban muchos al campeon de la infanta; mas temiéndole, disfrazaban su flaqueza con el traje de la prudencia. Sabían todos que los Maldonados eran celosos por extremo de su honra, y que afrontarían los mayores peligros ántes de someterse: de aquí el convencimiento de que se debía emplear para domeñarlos recursos extremos y no acostumbrados expedientes.

Llegó un dia en que la ciudad con sus cabildos y corporaciones, tornándose hácia la estrella que se alzaba en triunfo, declaróse por el aragonés y su consorte, y sin embargo, los Maldonados conducíanse como no vencidos, y nadie osaba requerirlos para que depusieran sus querellas. Librement entraban y salían en la ciudad, y ¡guay del que se hubiera atrevido á cerrarles el paso! que pronto el más severo castigo habria dado razon de tamaño atrevimiento.

III.

Tal era el estado de las cosas, que podríamos llamar políticas, cuando el rey Fernando personóse en Medina del Campo con la mira de ir reduciendo á los magnates que se negaban á reconocerle. Atento á concluir con el poder feudal, é impulsado en mucho á semejante proyecto por la reina Isabel, que asaz resentida de los grandes de su reino queria tomar ámplio desquite de sus agravios, mostróse dispuesto á transigir con los rebeldes, careciendo de medios para resistirlos, proponiéndose dividirlos y hasta derrotarlos, cuando reducidos á la paz fuérale fácil y posible su vencimiento. Presenta la historia á los Reyes Católicos cual enemigos declarados de la nobleza, implacables jueces de sus desafueros, y tambien verdaderos fundadores de aquel sistema de despotismo y centralizacion política, que encaminándose á robustecer la soberanía real y pasando por las aventuras y las ambiciones austriacas, habia de entregar á la nacion maniatada, decadente y cubierta de oprobio, en manos de los borbones.

Acabamos de decir que los partidarios que en Salamanca tenia la causa monárquico-aragonesa, no se atrevían á habérselas por sí solos con D. Rodrigo Maldonado: con efecto, siéndoles insufrible su presencia, recurrieron á medios hábiles para descartarse de tan temido antagonista. Muy secreta y sigilosamente organizaron una considerable hueste, aprestáronse tambien para la funcion los caballeros, y una vez todo dispuesto, el Corregidor D. García Osorio pasó á Medina del Campo, á exponer al rey la urgencia y utilidad de que viniese á Salamanca, donde para castigar al rebelde ha-

llaria un bando numeroso y aguerrido, volviendo así por el esplendor de su corona y satisfaciendo los personales resentimientos que principalmente les movian á semejante resolucion.

Esforzaba el buen corregidor su raciocinio, manifestando que las demasías de D. Rodrigo no tenian limites, é implícitamente denunciaba su flaqueza no acudiendo á ponerlas el debido correctivo, cuando para ello no habian de faltarle consecuentes y leales sostenedores. Añadía tambien, que sin temor alguno á las justicias, entraba el magnate en Salamanca, dando en rostro por tal manera con su osadía á los buenos vasallos de SS. AA. y que además mantenía contra todo derecho el citado Castillo de Monleon, que á la ciudad pertenecía, habiendo batido allí moneda, cosa privativa de los príncipes, y corrido con frecuencia la tierra para ensañarse contra los que no seguian sus pendones.

Compartió el rey con Osorio la opinion de que urgía poner remedio á aquellos males, y advirtiéndole el último, que á la sazón se encontraba en la ciudad el principal de los Maldonados, halló bueno trasladarse á ella con toda presteza y secreto, para caer de improviso sobre D. Rodrigo, precediéndole el Corregidor á fin de preparar la sorpresa.

IV.

Cundió por Salamanca la alarma, segun expresamos, tan luego como se supo la llegada del soberano. Cerráronse las puertas de la ciudad, sonaron los bélicos instrumentos, armáronse nobles y pecheros, y pronto los contornos de la posada del Corregidor, viéronse interceptados por una gran muchedumbre de capitanes y mesnaderos.

Sintióse D. Rodrigo preso en la red que sus contrarios le tendian, y cogiéndole desprevenido, rugió de despecho y ardimiento. Todas las cercanías de su casa estaban ocupadas por fuertes golpes de realistas, y no habia medio de evadirse ni de congregarse á sus parciales. Fué su primer arbitrio resistir en su casa y no dejar las armas sino con la vida; empero no se le ocultó que la lucha iba á ser desigual, toda vez que los medios de ataque eran muy superiores á los de defensa. En estas imaginaciones llega el rey á una plaza frontera á su domicilio, y Maldonado calcula que no se intenta reducirle, entregándole á jueces severos pero honrados que le juzguen, sino satisfacer el rencor de los irritados próceres, cuya soberbia enfrenó largo tiempo.

Midiendo despues la entidad del peligro que corria, acuerda pedir asilo á la inmunidad de un lugar sagrado, y poniendo en ejecucion su pensamiento logra introducirse por vias excusadas en el convento de San Francisco, donde segun la usanza de aquella edad, se le acoge sin tener para nada en cuenta el carácter de sus faltas y la calidad de sus perseguidores.

En el entretanto allanan su casa los monárquicos, cual trahilla de perros sedientos de venganza; se encuentran, y su rabia se exagera creyendo que se les ha escapado de la ciudad; mas luego descubren el punto donde ha conseguido refugiarse. Trasládanse todos á las cercanías del convento, y el católico monarca, atendiendo más que á su piedad á su amor propio, pide perentoriamente la entrega del fugitivo, amenazando con entrar por la fuerza á buscarle, derribando ántes las puertas.

Alborótase la comunidad y niega al rey derecho para obrar como pretende. Pide se respete la santidad de la casa, y D. Fernando, vacilante entre desconocer un fuero por todos acatado, exponiéndose de no hacerlo á graves conflictos y ceder en algo de sus pretensiones toma este partido, consiguiendo

que el guardian consienta en que se apodere de Maldonado bajo la promesa de respetar su persona y su vida. Quiere el rey saciar en el reo el enojo que los grandes le producen, más cede al fin á las amonestaciones del religioso, quien fiado en la real palabra, abre las puertas del monasterio y entrega á D. Rodrigo. Sale éste desarmado, y no obstante le maniatan iracundos, mientras el mismo D. Fernando le increpa con alterado lenguaje; y sin darle reposo, ordena le lleven la vuelta de Monleon, hácia donde él mismo se encamina asistido de hueste numerosa.

V.

Distante algunas leguas de la por tantos títulos nobilísima Salamanca, caballero sobre enriscada cumbre, rodeado de ágrios y dilatados escarpes, álzase el castillo de Monleon, atalaya tan antigua como robusta, llave de la frontera castellana en sus confines con la portuguesa, y mudo testigo de sangrientos y trágicos acaecimientos.

Bañan su base las aguas de tres distintos rios, que aislándola con sus corrientes, consienten al cabo se una al circunvecino territorio sólo por un estrecho itsmo. Aumenta así la naturaleza las defensas que en lo eminente acumuló la mano del hombre. Enseñorea el castillo la comarca, que cubren frondosas y apretadas breñas é interrumpen profundas quebradas y rápidas ramblas, dando al panorama un aspecto montaráz, selvático y agreste.

Humildes casas en estrecho recinto distribuidas, encierran una escasa poblacion, que á la sombra de la fortaleza vegeta, hallando paso al exterior por tres estrechos ingresos practicados en el muro.

De tiempo atrás el castillo de Monleon fué estimado por la ciudad salmantina cual codiciado baluarte. Desde la reconquista habia gozado su dominio (segun cronistas respetables) y en los momentos en que tiene lugar el episodio que mueve nuestra pluma, pugnaba por sustraerlo al poder de Maldonado á quien un dia le nombró su Alcaide. Resistíase éste á entregarlo pretextando tenerlo por la Beltraneja, y como la contienda se trocára en gravísimo conflicto, Don Fernando habia resuelto ir en persona á reintegrar á la ciudad en el disfrute de la fortaleza, más que por complacerla, por quitar ésta de las manos del rebelde.

Si en aquella edad guerrera los varones mostrábanse capaces de las más altas proezas, no les cedían en nada las hembras. Razon bastante hubo para decir que las mujeres fueron siempre lo que los hombres quisieron, y que con ellos han crecido en virtudes y perfecciones, y con ellos bajaron y bajan al abismo de la ruindad y de la decadencia. Digna era la cónyuge de Don Rodrigo de tal esposo: Rica hembra castellana, noble de antigua cepa, respondiendo al carácter de la época, la esposa del optimate sentíase con valor, decision y brio para las más difíciles empresas. Ni el choque de las armas en revuelta lid mezcladas la amilanaban, ni con excusados é impropios consejos pretendia apartar á su consorte del peligroso plan á que se habia asociado. Llegó hasta ella la nueva fatal de lo ocurrido en Salamanca y poniendo á buen recaudo á sus hijos, tomó las oportunas providencias para mantener enhiesto en la torre del Homenage el pendon que allí enarbolara su marido.

No trascurrieron muchas horas sin que el rey se presentara ante la fortaleza; entrarla por la fuerza no era fácil recurso, reducir á la defensora á que la entregase voluntariamente parecia excusado.

Hizo D. Fernando que D. Rodrigo compareciera, y en estando ante él hablóle en estos términos, que la tradicion histórica ha conservado :

—Alcaide, cumple que luego me deis esta fortaleza.

—Pláceme de lo fazer, contestó D. Rodrigo, convencido de que harto bien librado saldria del trance conservando la vida.—Pero dadme lugar que fable con mi mujer é con mis criados que están dentro para que lo fagan.

Dispuso entónces el rey que se permitiese salir del almenado recinto á algunos hombres, garantizándoles la libertad : vinieron á donde estaba D. Rodrigo, quien describiéndoles su situacion y las fuerzas que le rodeaban, les dijo :

—Criados, el rey demanda esta fortaleza, é yo estoy en sus manos, é mi vida está en las vuestras: por ende cumple que luego salgais della, é decid á mi mujer que la entregue á quien el rey mandare.

Adiestrados los soldados por la castellana contestaron negativamente, afirmando que no consentirian en el abandono de la fortaleza, á ménos que el rey no prometiese al alcaide y á ellos mismos las mercedes á que se creian con derecho. Expusieron las razones que les asistían para expresarse de esta manera, añadiendo que ántes de rendirse llamarían en su auxilio á los portugueses, á los cuales de buen grado se darian.

Regresaron los rebeldes al castillo, y el rey pareció exasperado y decidido á tomar cruel desquite de tal desabrimiento. Encarándose con Maldonado, gritóle con voz alterada por la cólera :

—Alcaide, disponeos á la muerte que os dan esos á quienes fiásteis la fortaleza.—E mandó luego, escribe un cronista, que á vista de su mujer é de todos los que estaban en el castillo le degollasen.

La esposa del reo habíase asomado á una de las almenas, y los muros veíanse coronados de sus defensores. Aproximaron á D. Rodrigo al fuerte, de suerte que le fuera posible entablar conversacion con los suyos. Encarecíales aquél atendieran su demanda, contemplando excusada la resistencia; contestaban su mujer y sus soldados, que si él padecía por aquella causa, ellos farian tal guerra á Castilla que su muerte quedase bien vengada.

Mas por lo visto, esta recompensa póstuma no satisfacía al guerrero, que persistía en sus clamores. Pensaba D. Rodrigo, y pensaba con acierto, que aquel sacrificio no cedia en beneficio de los suyos, y si en contentamiento de sus émulos, que tiraban á exterminarle. Hé aquí por qué insistía en sus ruegos, no por excesivo aprecio de una existencia que habia expuesto en repetidas ocasiones.

Tenaces los de dentro y traído ya al sitio del suplicio, llamó á su mujer, y acudiendo esta, diz que así le habló:

—O mujer, gran dolor llevo por haber conocido tan tarde el amor tan falso que me mostrabas: sin dubda parece agora bien que te pesaba de mi vida, pues eres causa de mi muerte. No me mata por cierto el rey, sino tú, ni ménos me mata este que me liga las manos, mas mátanme mis criados y mi mujer, porque les fié lo mio. ¿E qué me aprovecha ya muerto la venganza de mi muerte?

No era natural que la esposa resistiera por más tiempo á los impulsos de su corazon. Irritábale la presencia de los realistas, el medio que para vencerla habian tomado; mas D. Rodrigo era su cariñoso cónyuge, el padre de sus hijos, el regocijo de su vida. Los sentimientos de su pecho superpusiéronse á las voces desacordadas de la pasion, y exigiendo préviamente que habian de respetarse las vidas de cuantos en el castillo estaban, que no era propio de aquel corazon generoso una felonía, accedió á lo que se pedia, arrancando á D. Rodrigo de manos de sus verdugos.

VI.

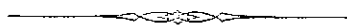
Salieron los Maldonados de la fortaleza con su hueste, entrando á gobernarla por el rey, Diego Ruiz de Montalvo. Retiróse D. Rodrigo á Salamanca, donde nadie se atrevió á molestarle fiado en la impunidad. La causa de la Beltraneja no prosperó, pero los Maldonados no fueron nunca traidores á la justicia y al derecho. Símbolos de la hidalguía castellana, pelcaron siempre en defensa de los sacrosantos fueros de su patria, y nunca inclinaron la cerviz al halago cortesano.

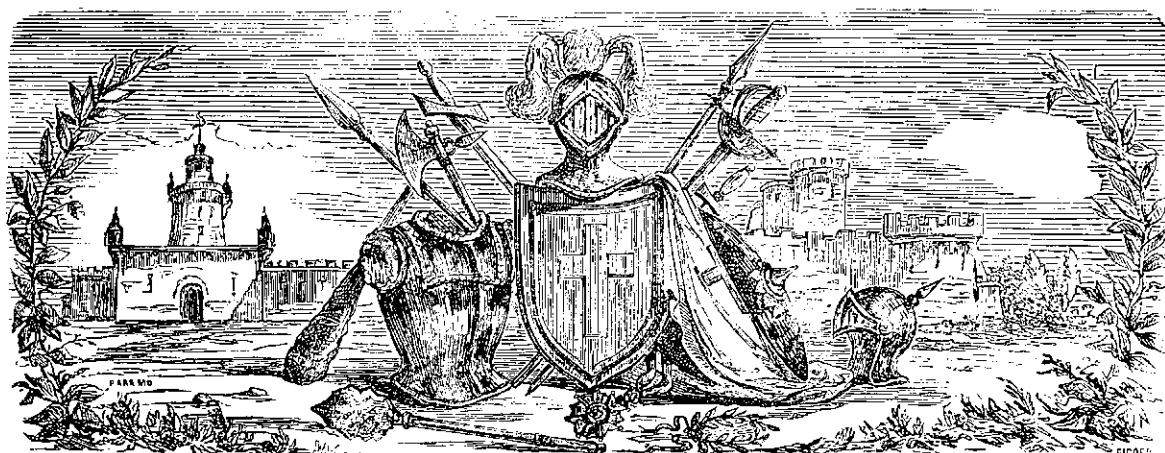
Cuando pasados bastantes años, los ciudadanos vieron destruidas las antiguas libertades, á tanta costa conquistadas; cuando el cetro igualó á todos con el nivel de la tiranía, hubo varones de edad proveya que recordando el suceso de Monleon, sintiéronse apenados de no haber seguido las huellas de su alcaide, y su nombre anduvo en boca de muchos con encomio. Un cronista imparcial habia escrito de D. Rodrigo lo siguiente: « Valeroso y esforzado caballero, que con su demasiado valor puso en cuidado á los reyes sus señores: por su demasiado esfuerzo no era bien quisto en la ciudad. Buenos servicios hizo que Salamanca le diese en tenencia el castillo de Monleon, de importancia mediante las guerras con Portugal. » Sobre su sepulcro púsose una lápida que decia:

« AQUÍ YACE EL MUY NOBLE CABALLERO Y EN SU TIEMPO MUY
ESFORZADO RODRIGO MALDONADO DE MONLEON, EL CUAL FALLECIÓ
AÑO DE MDVII.

Vencido el feudalismo, todos se olvidaron de la fortaleza de Monleon; pero habiase levantado sobre tan sólidos cimientos, que hoy es el dia en que robustos murallones demuestran en parte lo que fué en lo antiguo. Y cuando se contemplan sus ruinas desafiando las asechanzas del tiempo, imagínase que no en vano se albergó allí la altivez y dignidad castellana, que no sin motivo desde sus cubos se arrojó el guante al poder invasor de la monarquía: pudo éste domeñar la resistencia de nobles y pecheros, mas no han podido barrer su suelo aquellos eternos testimonios de sus funestos progresos y de los fuertes y heroicos reparos con que nuestros padres quisieron detenerla.

FRANCISCO M. TUBINO.



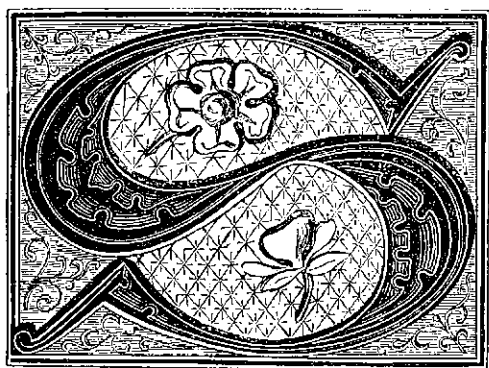


EL CASTILLO DE SAN JUAN.

DEDICADO Á LA SEÑORITA DOÑA LAURA SARTORIUS.

HILIA DEL CONDE DE SAN LUIS.

I.



Y los restos de antiguos monumentos en un país pueden formar el mejor índice cronológico de su historia, ninguno es más digno que Astúrias del estudio preferente de los cronistas. En sus templos y en sus castillos; en lo profundo de sus valles y sobre la cumbre de sus montañas, encuéntrase grabada, con caracteres indelebles, la existencia del pueblo astúr, en todas sus grandes vicisitudes, en sus glorias y en sus infortunios, con su heroísmo y con su servidumbre.

Cada resto de antiguos monumentos viene á ser la petrificación de una idea, que se ofrece al descarnado análisis de la humanidad, como los huesos de abandonados esqueletos á la consideracion del naturalista. La idea de la fuerza y del orgullo la encontramos en las Pirámides y en las Esfinges del Egipto; la de un materialismo grosero en las monstruosas columnas de Karnac; la de temor en las pagodas de la India; la de progreso en los puentes romanos; la de la fé pura en las catedrales góticas.

Contemplamos grabada la idea de armonía entre el espíritu y la materia, en las incomparables

estátuas griegas: hallamos la de una utilidad rudimentaria, fundamento de las vastas teorías de la moderna ciencia económica, en las miserables chozas de las tribus nómadas: se nos muestra la idea de lo superfluo, con todos sus lujosos atavíos, en los alcázares morunos. Vemos, en fin, perfectamente reflejada la idea de la civilización, en el palacio de cristal de Londres.

Aproximándonos ahora al determinado objeto de este trabajo, diremos que á pesar de la luz que arrojan, al paso de la historia, los monumentos de la antigua cuna de nuestra nacionalidad, vanamente habrán de buscarse en sus viejos cronicones esos indicios detallados, esos datos minuciosísimos en que tanto abundan, tratándose de castillos que, por su situación, por otras circunstancias, ó por las especiales condiciones de sus dueños ó habitantes, fueron algun tiempo reñido objeto de sangrientas y continuas turbulencias, tales como las que hubieron de tener su teatro en los muros del de Tudela y del de Noreña; contiendas salvajes que absorbían todo el interés histórico de los siglos del feudalismo.

Demasiado se sabe hasta dónde alcanzaban entónces los límites de la instrucción en las clases elevadas; instrucción completamente desconocida para el pueblo, y relegada á los sombríos rincones de los claústros. Los monjes cronistas no solían consignar en sus pergaminos sino aquellos acontecimientos, cuyo ruido atronador llegaba inoportuno á arrancarles de sus meditaciones, á través de las ojivales de sus mansiones solitarias; y entregados á la contemplación y al estudio, debían cuidarse poco de unos sucesos que juzgaban de orden muy inferior, como fundaciones y donaciones de castillos, y aún del tesoro inagotable de sus romancescas tradiciones.

Tal sucede con el castillo de San Juan, tan rico para los apasionados de la leyenda, como pobre para los eruditos rigurosos. Mas, ya que la incuria ó el desdén de los cronistas, auxiliados por las crueldades del tiempo, contra el propósito de efectuar aquí el exacto dibujo de una descripción cumplida y de referir los pormenores de una completa historia, dejan á la mente del narrador ancho espacio donde espigar á su placer los feracísimos términos de la tradición popular, verá de esplayarse entre ellos, á contentamiento de los lectores benévolo, después de haber apurado el último detalle de la escasísima materia descriptiva; teniendo entendido que, si siempre merecieron las tradiciones el calificativo de fuentes de la historia, no habrá de alterarse, en la ocasión actual, la límpida pureza de sus raudales, habiéndose alcanzado la fortuna de obtenerlos en el propio teatro de la escena, mirándoles brotar cristalinamente de las mismas ruinas del monumento feudal.

Acerquémonos, pues, todo lo posible, á esos restos venerables, lector amigo, no sin que primero hayamos de recrear plácidamente el ánimo ante los galanos esplendores de que les ha rodeado la Naturaleza.

II.

Ninguno que hubiere tenido la suerte de encontrarse en el valle de Vega de Poja, uno de los más pintorescos de Asturias y que nada puede envidiar á los tan renombrados de la Suiza ó de la Escocia, dejaría de considerar con asombro el aspecto de un torreón, en forma de alta y puntiaguda roca, como gigante de granito que jura venganza implacable á los bravíos huracanes que

desencadenaran los siglos contra su firmísimo asiento, habiéndole despojado, uno por uno, de los poderosos elementos con que la mano del hombre á su defensa y guarda concurriera.

Observaria el viajero que, al Norte de dicho valle pintoresco, aquel gigante sirve de atalaya á una larga cadena de montañas verdinegras, cuyos titánicos eslabones parecen próximos á romperse.

Por más indagaciones que ha hecho el que esto escribe en los archivos de los numerosos pueblos de la comarca y entre los recuerdos de ancianos habitantes del valle, no le ha sido posible precisar aproximadamente la época de la fundacion del citado castillo, al cual dió su nombre el evangelista tan querido por Jesucristo, en virtud, segun la tradicion, de la religiosidad profunda del poderoso señor que hiciera construirle, y de la devocion especial que le inspiraba el referido evangelista.

Insistiendo, no obstante, en la indagadora tarea, no es el éxito del todo infructuoso, puesto que al convencimiento de que ya llevaba más de un siglo de asiento la dominacion agarena en la peninsula, en vista de los pocos datos fundamentales que para el caso pueden consultarse, cuando se puso la primera piedra del castillo, se une la comprobacion de tal creencia, comparando los carcomidos restos de sus muros con los de otros levantados en el propio reino asturiano, durante los siglos x y xi, particularmente en el reinado de Alonso VI.

A pesar del informe aspecto en que un abandono nunca bastante lamentable ofrece al observador hasta el robustísimo asiento del solitario torreón, bien se echa de ver desde luego un espesor de diez piés, á través de la bárbara estructura de aquellos redondos muros.

El más hábil artista que se obstinara en diseñar el monumento, en presencia del monstruoso conjunto que muestra, tendria que desistir de su empeño, á no contentarse con basar su obra en indicios erróneos. Ni aún es posible calcular aproximadamente el área que ocuparia el castillo de San Juan, ni mucho ménos la elevacion de sus torres. En cuanto á la forma en general, seria necesario, como anteriormente se expresa, atender á la de castillos de la misma época, más respetados en el país por los siglos y por los hombres, y que, considerada la nulidad del arte entre aquellas toscas generaciones, no podian diferir notablemente del que ahora ocupa nuestra atencion.

III.

«La niña su tierna infancia
vió correr, cual manso río
que, entre violetas humildes,
y pasionarias, y lirios,
del cielo el límpido azul
refleja siempre tranquilo.»

(Romance inédito del autor.)

Don Sancho Pelaez se nombraba, si la tradicion no miente, el poderoso fundador del castillo de San Juan. Pero por notoria que sea la importancia que hayamos de dar al nombre ilustre y á la ejemplar religiosidad que á dicho castellano se atribuyen, así como á su patriotismo y valor, probado á los alarbes en cien combates gloriosos, mucho más notoria la tiene á nuestro objeto el de Rosa María, que así su hija única se nombraba.

Era Rosa María, al decir de los campesinos, rubia como la espiga del mejor trigo candeal, y sus cabellos caían con asombrosa profusion y agradabilísimo desorden sobre unos hombros, envidia de la misma nieve. Solía ceñir á sus sienes guirnaldas de violetas, única ofrenda que aceptaba de los sencillos siervos de su padre, en pago á los beneficios sin cuento y á los consuelos inagotables que recibían de su pródiga caridad; y cuentan que sus ojos azules, grandes, rasgados, de una mirada que daba gloria, parecían dos luceros, alumbrando en el cielo de los amores. Añaden (y en esto por favorecerla, infieren un agravio á su modestia), que acostumbraba á vestir sus formas peregrinas de trajes maravillosos, cuajados de perlas, que no podían competir con las de su boca, y de rubíes, muy inferiores á sus labios.

Dicen de ella también (y no podemos creerlo), que su ocupación predilecta consistía en tejer madejas de oro y pedrería, y en cantar con una voz que hacía enmudecer á los ruiseñores y jilgueros de su jardín y de los bosques de su padre, los cuales acudían á sus ventanas, codiciosos inútilmente de aprender á igualarla.

Rosa María, no sólo era la doncella más hermosa de aquellas comarcas, pretendida por los más bizarros caballeros que se conocían en veinte leguas á la redonda, sino que igualmente podía considerarse como la más dichosa. Adorada de un padre que la procuraba toda clase de honestos recreos y útiles enseñanzas, y adorada asimismo por cuantos alcanzaban la suerte de conocerla, nada debía echar de ménos en lo risueño de su porvenir, ni en lo apacible de su presente.

Y..... cierta noche llegó un bardo á las ferradas puertas del castillo de San Juan, en demanda de hospitalidad, acompañando su ruego con unas endechas tan tiernas, vibrando su laud unos sonidos tan armoniosos, que el tranquilo corazón de la joven castellana se estremeció, de placer primero, y luego de inexplicable temor.

La densa oscuridad de la noche la impidió distinguir al bardo, y ver si su figura la inspiraba el conmovedor interés que su canto. Pero pronto iba á saberlo. Su padre, conmovido también por las suplicantes endechas del desconocido, dió orden á sus criados de que se alzara el pesado rastrillo, y que se le aderezase una cena abundante, la cual debía servirse en su presencia.

El bardo llegó agradecido ante el generoso señor.

Rosa María le vió. No se había equivocado en los halagüeños pensamientos de su corazón. El bardo peregrino era un mancebo muy interesante, de negros ojos, undosa cabellera, cutis pálido, y dulcísima al par que ardiente mirada. Era su talle vigoroso y arrogante, y muy distinguido su porte, á pesar del pobre tabardo que le cubría. Había en él la melancolía del poeta y la fuerza del guerrero.

Pero no era más que un misero bardo, uno de aquellos jóvenes, en su mayor parte sin familia y sin hogar, que vagaban de pueblo en pueblo y de castillo en castillo, en demanda de albergue para una noche, ó de un pedazo de pan en pago de sus cantos al amor, á la religión y á la gloria. Su laud era todo su patrimonio; su techo el cielo.

El bardo vió á Rosa María y tembló de amor, porque Rosa María era la realización del sueño de felicidad de un poeta. La belleza de la castellana de San Juan era la imagen más pura y deslumbrante de la ilusión. Temblaba además porque descubría para su pasión un abismo que no podría salvar, un abismo entre su pobreza y desgracia, y la riqueza y ventura de su amada. Olvidaba que el amor no reconoce otro poder más que el suyo propio, y este poder alcanza milagros.

El amor creció en aquellos juveniles corazones, como la llama de un incendio á impulsos del viento.

Pasaron algunos días, y la llama se hizo inextinguible y devoradora, aunque un obstáculo poderoso se la oponía. Este obstáculo era el viejo castellano.

Si el orgulloso D. Sancho Pelaez hubiera sospechado siquiera las aspiraciones de los amantes; si hubiera sabido que aquel advenedizo bardo, aquel pobre vagabundo merecía el cariño de su hija, y que ésta daría todas sus riquezas, toda la gloria y nobleza de sus mayores, por hacer la ventura de aquel hombre oscuro, el inexorable señor le habría hecho arrojar de lo alto de una almena, juzgando todavía insuficiente esta barbarie para castigar su audacia; el padre severo hubiera encerrado á su hija idolatrada entre las estrechas paredes del más sombrío torreón.

IV.

Sin embargo, debía el amor mostrar todo su poder. Así sucedió una noche en que el bardo, después de haber visto adormecido al padre de Rosa María, al influjo de ciertas lánguidas armonías de su mágico laúd, obtuvo de ella una cita bajo el espeso follaje del jardín.

La luna quiso ser testigo de la pureza de su ternura, y salió límpida y serena, rodeada de blancas nubecillas, cual brilla el alma enamorada en medio de las ilusiones.

—¡Rosa! ¡Rosa! exclamó el mancebo, en la exaltación de su sentimiento, de hinojos á sus plantas y bañando sus manos de lágrimas, que el fuego de sus besos no lograba secar: azucena del pensil de los amores, alma esperanza del cielo; ten piedad de este corazón que no alienta sino á la luz de tus ojos; que no respira, que no puede vivir sino en el ambiente de ventura que te circunda, como á los serafines de la gloria: ven, amor de mi amor, abandonemos este recinto terrible, este castillo sombrío, que parece prevenido á sepultar nuestra dicha. Huyamos lejos, muy lejos de estos tristes lugares, á vivir como las tórtolas enamoradas, bajo las verdes bóvedas de los bosques, en el seno florido de los valles, en las alegres riberas de los ríos. Visitaremos las ermitas solitarias, y daremos á Dios las puras ofrendas de nuestra eterna gratitud, por la dulce libertad, por la celeste felicidad que quiere anticiparnos sobre la tierra.

—¡Piedad te pido yo también, amado mío! balbuceó Rosa María, confundiendo sus lágrimas con las del bardo. ¡Acuérdate de mi padre!

—¡Ah! tu padre sería el cierzo implacable que arrancaría uno por uno los pétalos de la flor de nuestros amores. ¡Ay! Ven: huye, amada de mi alma, porque es imposible que tu padre consienta nunca en la unión de tu suerte brillante con la mía miserable.

—Mi padre... ¡Dios mío! ¿no podría nunca ablandar su corazón y hacerle ver toda la felicidad de su hija en esos dulces lazos, de que me hablas? Y luego... ¡oh! no! no!

—Ya sé lo que vas á decir, Rosa mía. Tu padre intenta desposarte con un rico caballero: tu padre quiere arrojarte en los brazos de otro hombre, de un hombre á quien aborreces.

—¡Sí!... ¡Es tan orgulloso! Tiemblo á la sola idea de su venganza, porque mi padre se vengaría de una manera horrible, de lo que él cree un ultraje á su blason.

—Huyamos, pues, Rosa mía.

—No me lo digas otra vez... ¡Compasión! ¡compasión por mi padre, que moriría de dolor y de

desesperacion! Virgen Santísima: tú, protectora de la inocencia y amparo del oprimido, no me abandones: dame valor y virtud suficientes para resistir, para no huir por una felicidad tan dulce y tan pura, para no cubrir de eterno luto las canas venerables de mi padre!...

—¡Amada mia, tú lo has dicho: la Virgen es protectora de la inocencia y de la pureza. Nuestro amor es puro como la esperanza del cielo, y la buena Virgen, la purísima Madre de Dios, nos protegerá sin duda... ¡nos protegerá!

—¡Calla... amado mio!...

—Huyamos, pues.

—¡Que la Virgen nos proteja!

Instantes despues, la poterna del castillo se abrió sigilosamente, dejando paso á una dama y un caballero. Eran los amantes. Un gallardo corcel los aguardaba, atado al efecto por el bardo, al tronco de una encina.

Pero D. Sancho Pelaez, que se durmiera agitado por la idea de un riesgo gravísimo para su honra y ventura, despertó á tiempo para descubrir en los linderos del bosque la silueta de los fugitivos. El ultrajado anciano arrojó un grito horrible, sobrehumano; grito arrancado por la venganza á la desesperacion.

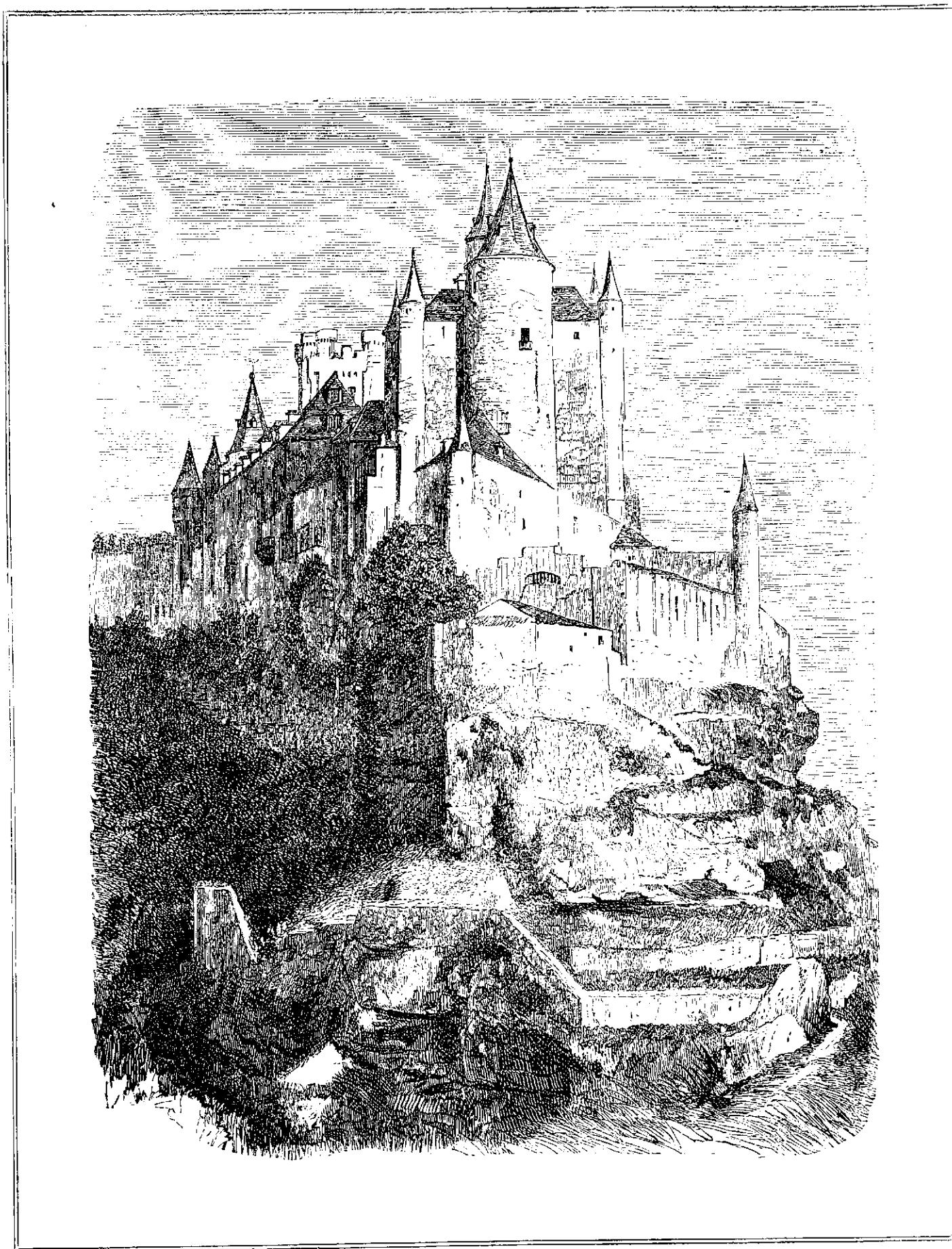
Y otro jinete partió, como el rayo, en seguimiento de los amantes.

Y no tardó en alcanzarlos. La espada de D. Sancho, flameante como la del ángel exterminador, fulminábase ya sobre ellos: iba á herirlos. Mas una férvida invocacion de Rosa á la Virgen del Amparo hizo que se abriese el cimientó de una roca á que en tal momento llegaban, volviendo á cerrarse instantáneamente, despues que los fugitivos se hubieron precipitado por el abismo salvador.

Entónces el castellano lanzó, arrancándose la barba y los cabellos, una maldiccion satánica, conminando á cielos y tierra para que los amantes no saliesen jamás de aquel abismo, que en el país se nombra la gruta de Carses.

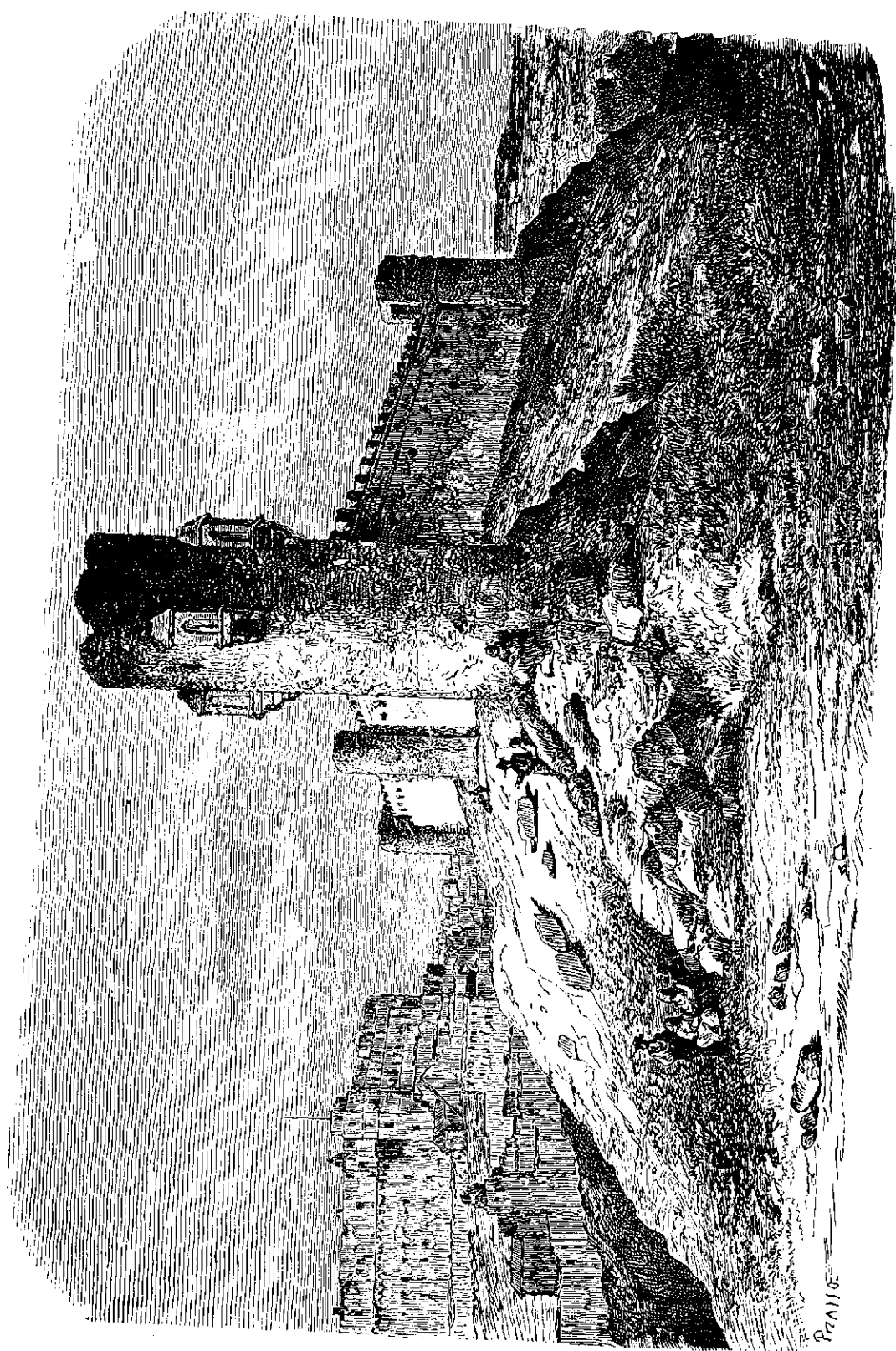
Segun los campesinos, allí continúan Rosa María y el bardo: y habrán de continuar hasta la consumacion de los siglos; él haciendo vibrar á su laud amorosas armonías, y ella tejiendo guirnaldas de oro y pedrería.

L. R.



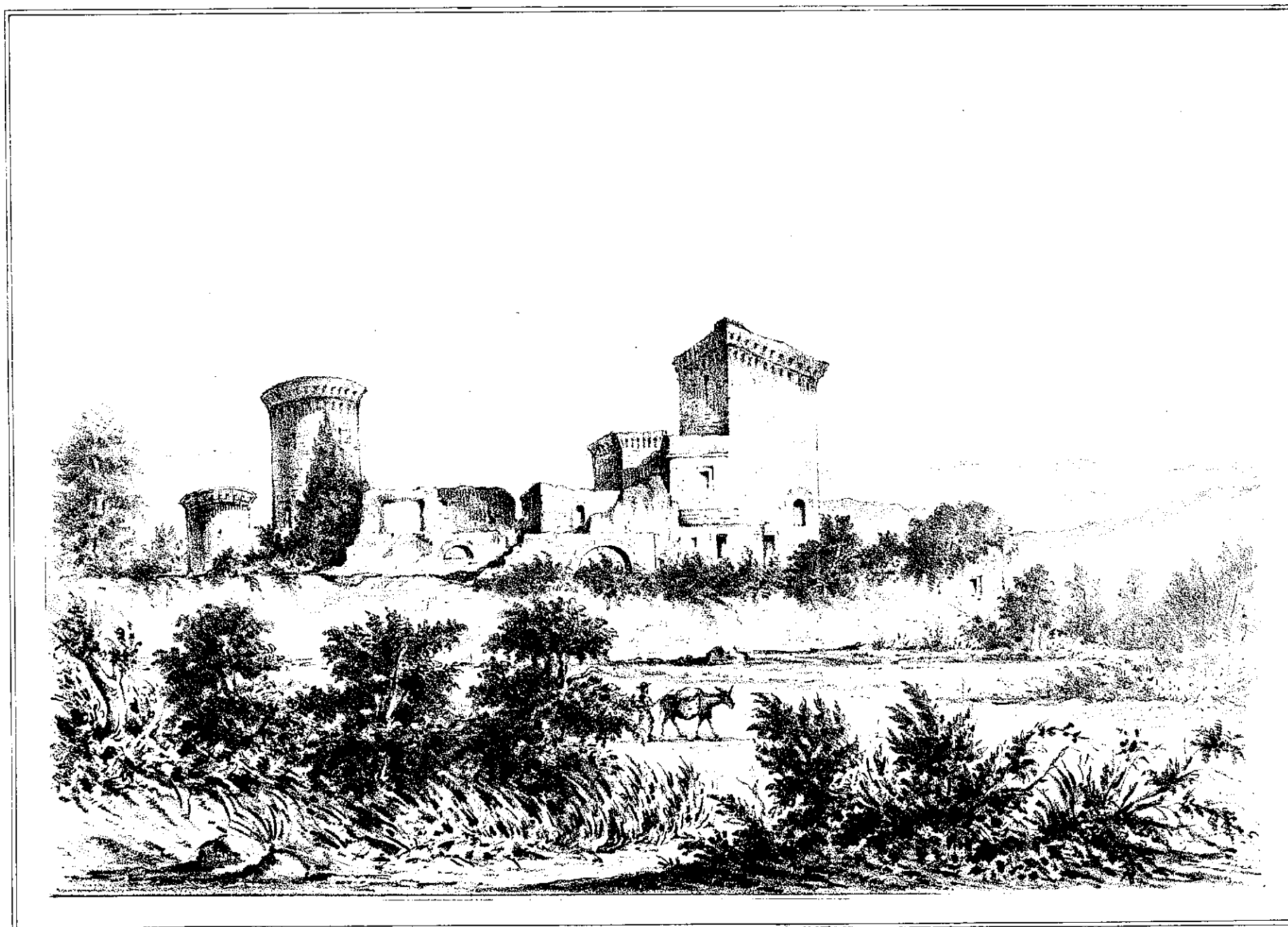
EL ALCAZAR DE SEGOVIA.

(A. RONCHI, EDITOR.)



CASTILLO DE SAN SERVANDO (EN TOLEDO).

(A. RONCHI, EDITOR).



V. Forano

Lit. H. Gonzalez Madrid

CASTILLO DE JARANDILLA.

(A. Ronchi Editor.)



Lit. de N. Gonzalez Madrid.

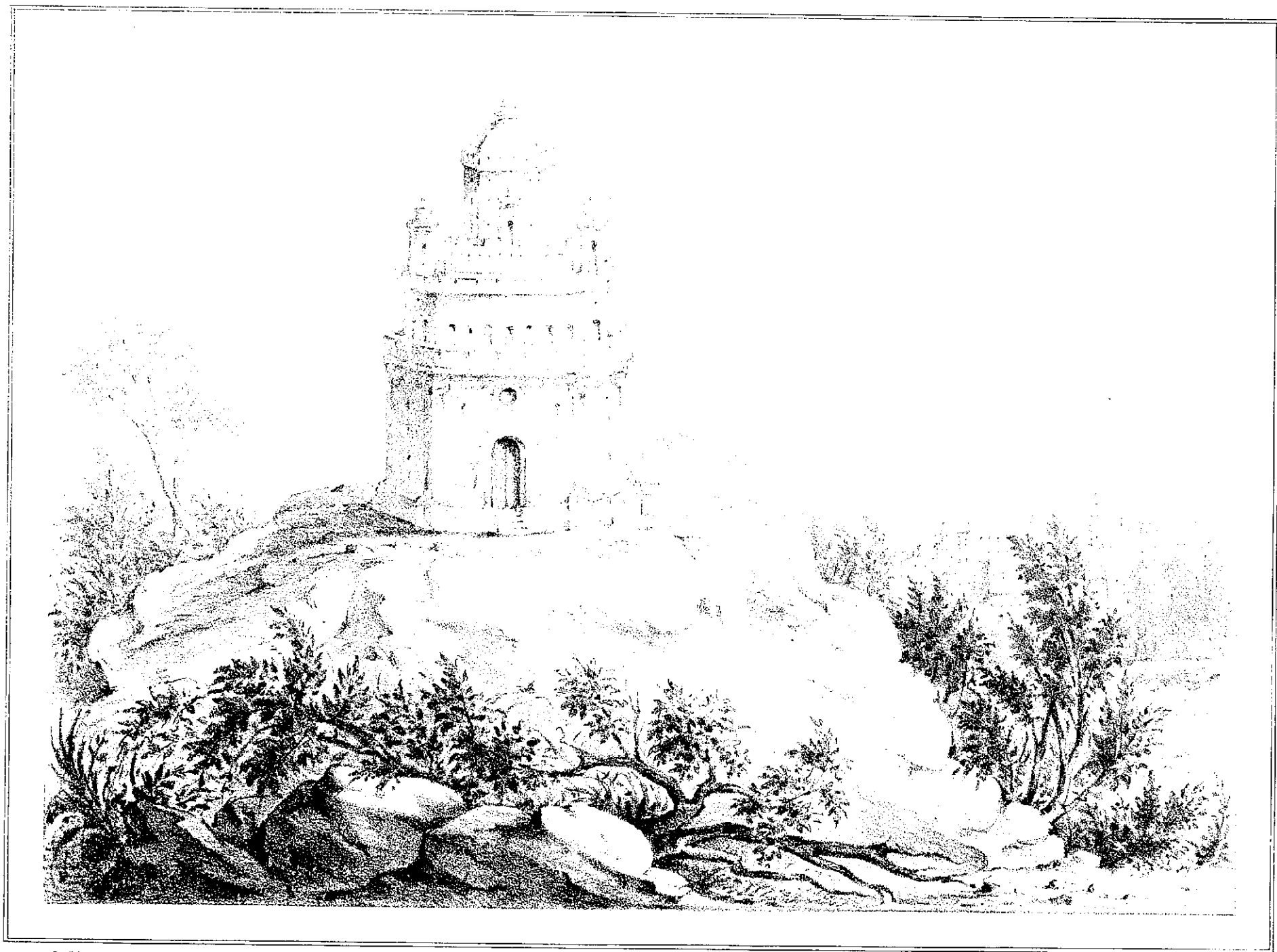
N.º 1000. 1895. 1.º

CASTILLO DE ZORTIA DE LOS CANES.



CASTILLO Y ARCHIVO DE SIMANCAS.

(A. RONCHI, EDITOR).

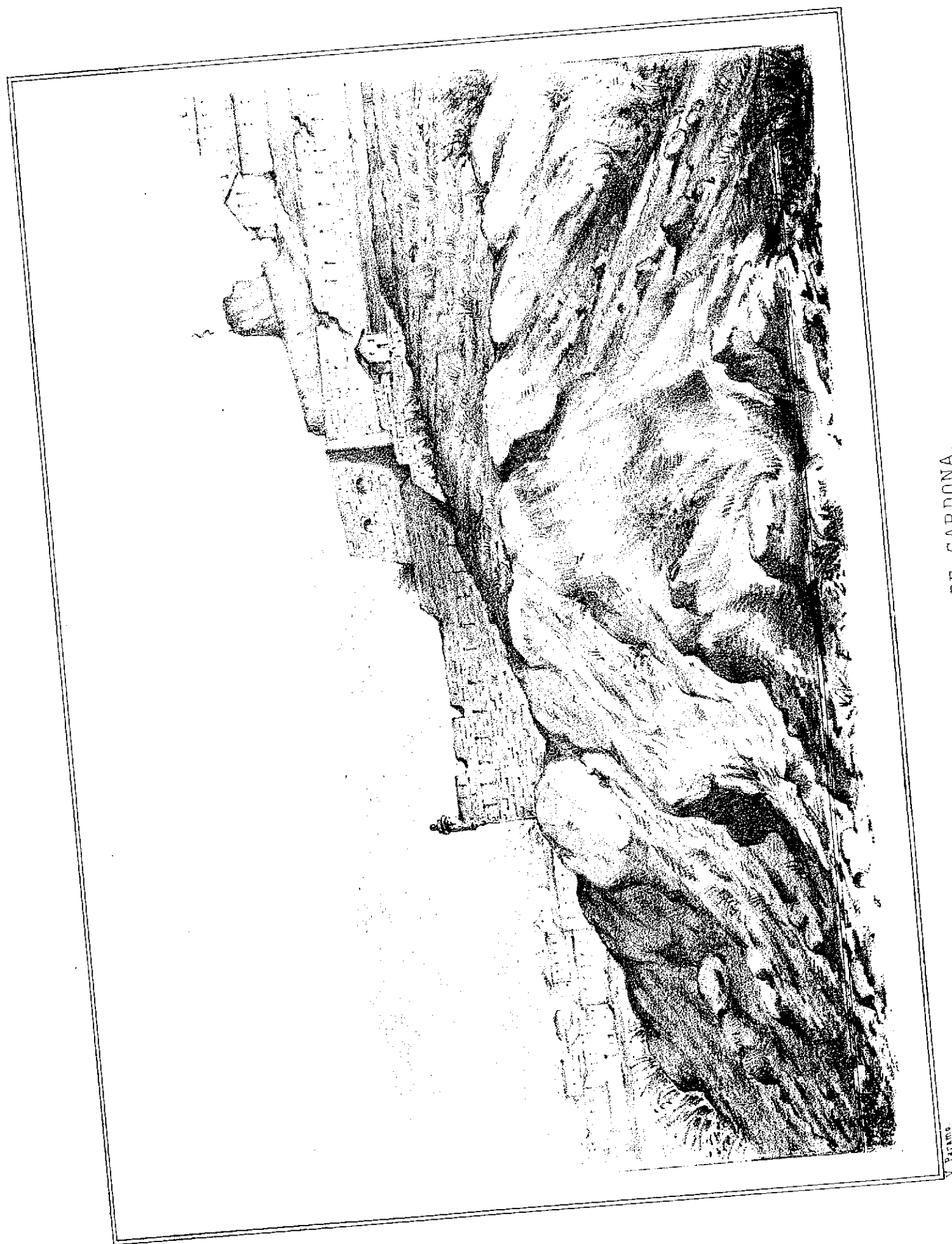


V. Páramo, dib.^o y lit.^o

Lit. Denon. Madrid.

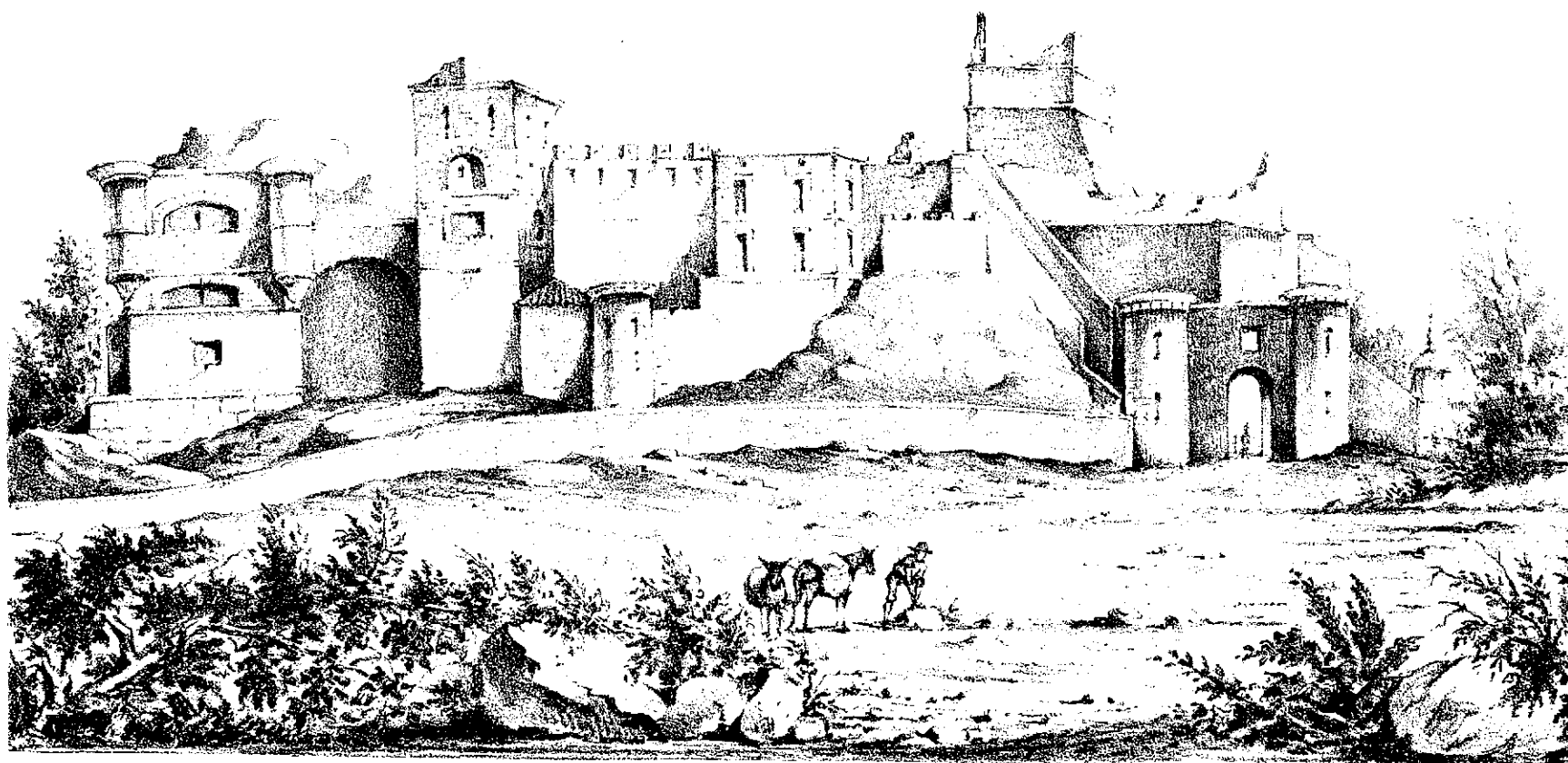
CASTILLO DE MONTE-AGUDO.

(A. RONCHI. EDITOR).



CASTILLO DE CARDONA.

(A. Ronchi Editor.)

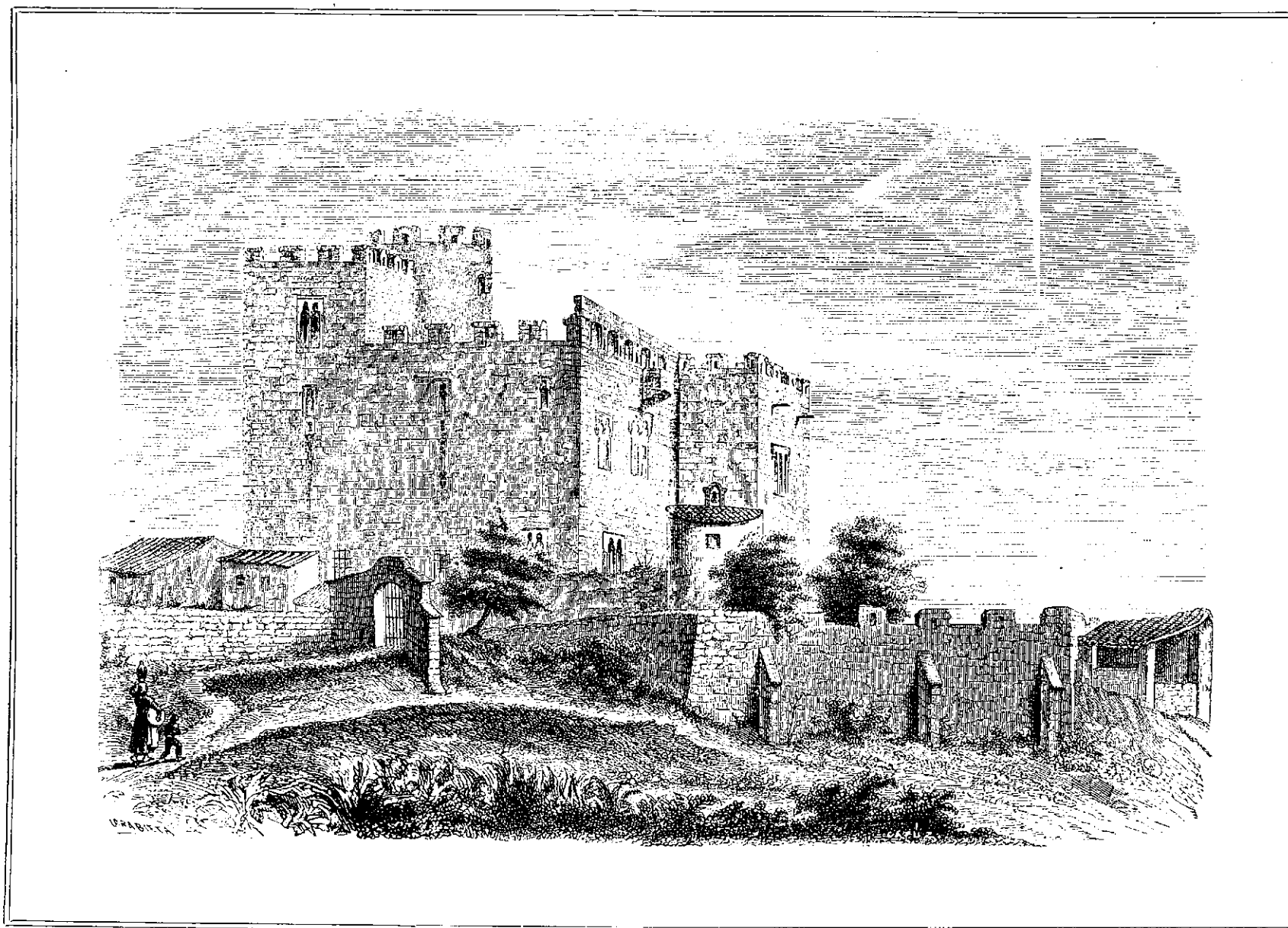


V. Páramo, dib. y lit.

Lit. Denon. Madrid

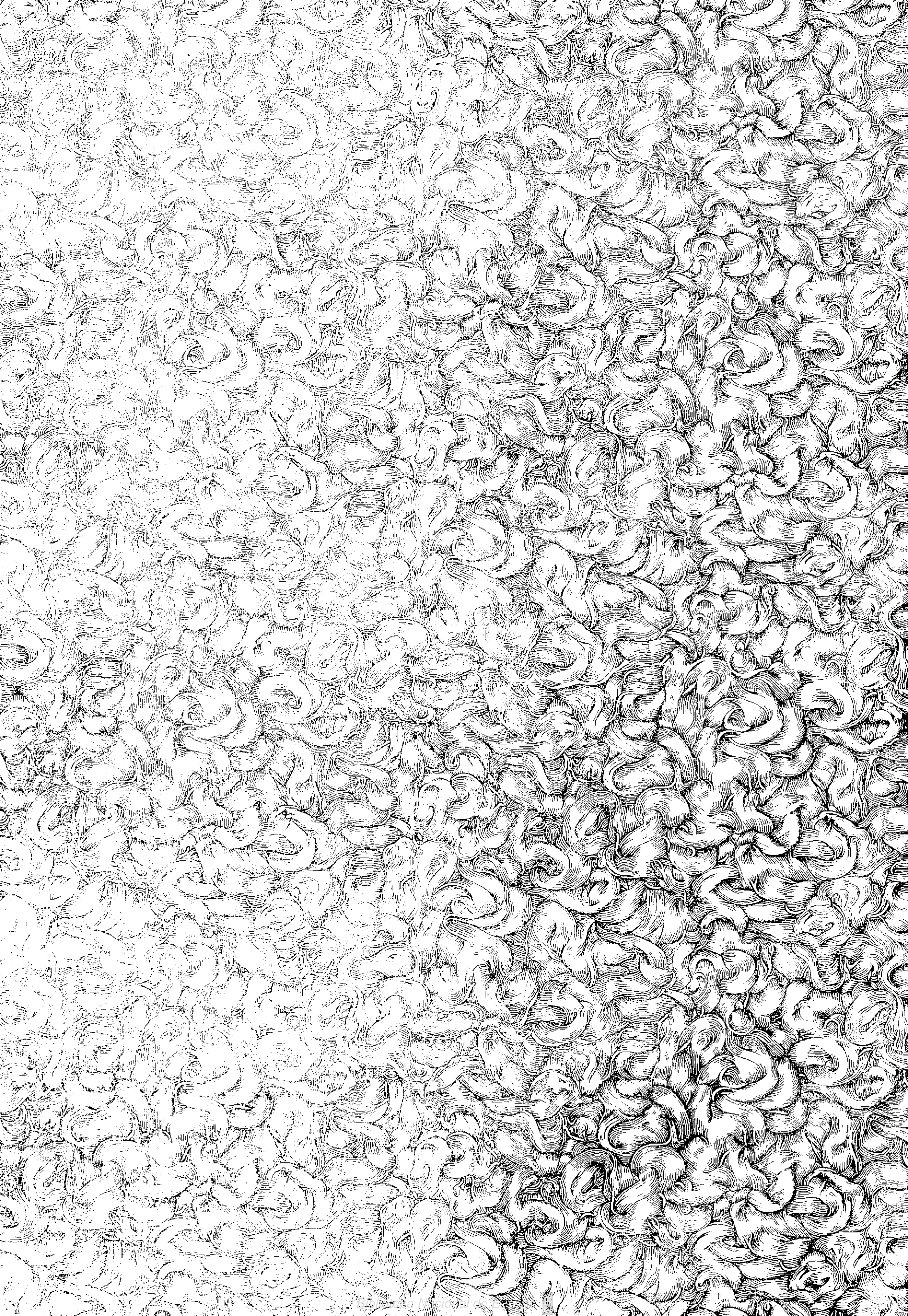
CASTILLO DE BENAVENTE.

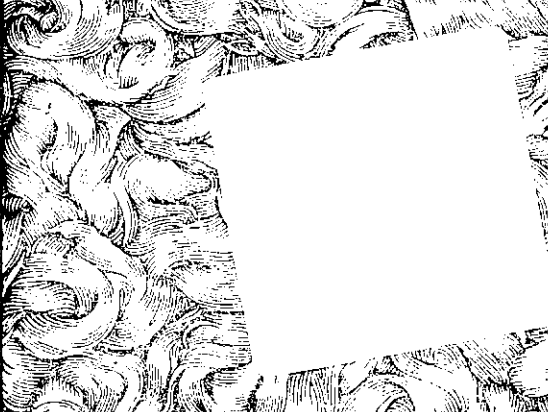
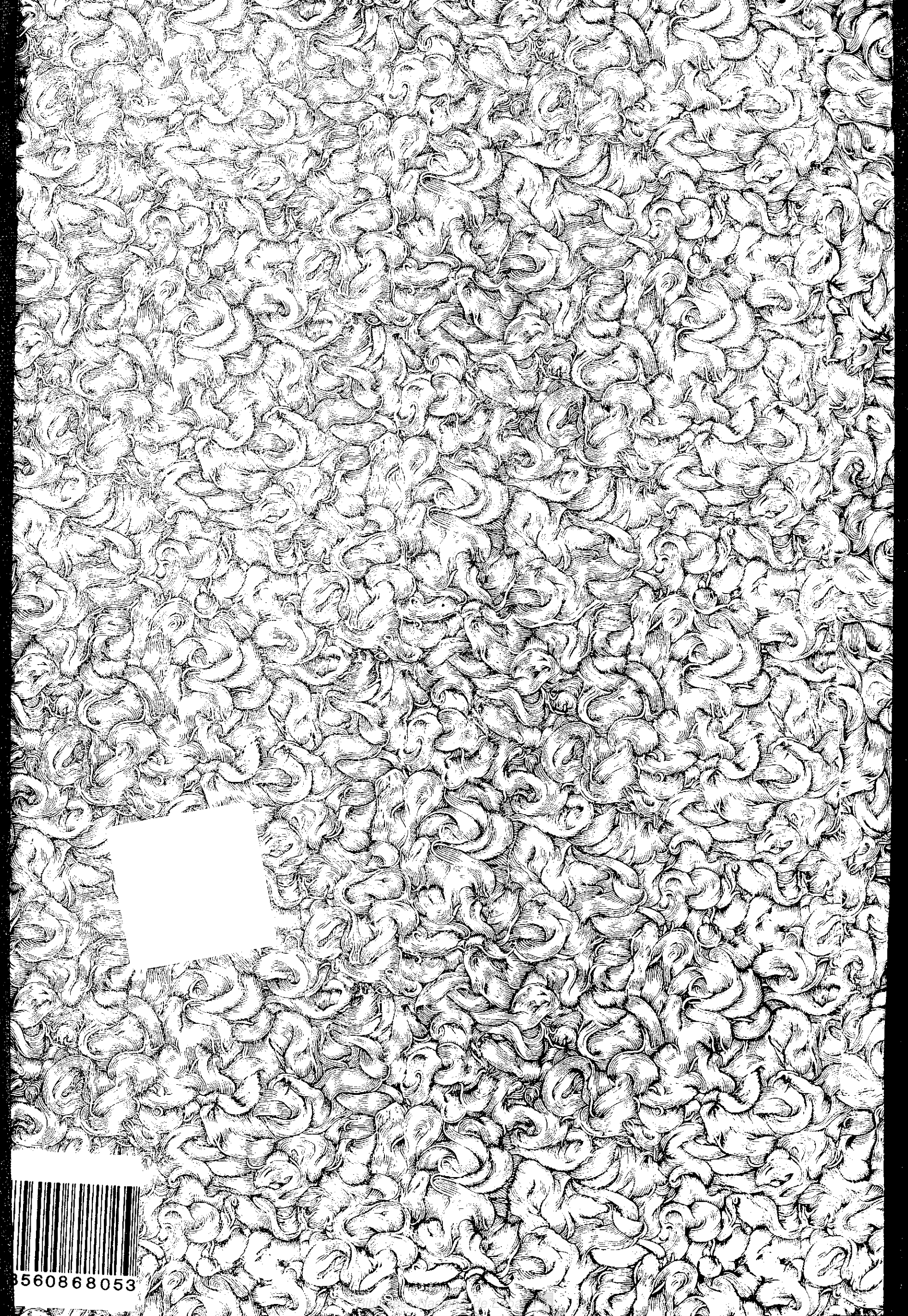
(A. RONCHI. EDITOR).



CASTILLO DE VILASAR.

(A. RONCHI, EDITOR.)





3560868053

